Jazmín® especial

La novia del ranchero

Barbara McMahon



La novia del ranchero
Barbara McMahon

La novia del ranchero (2006)
Título Original: The Rancher's Bride
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Jazmín Especial 4
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Jake Marshall y Brianna Dawson

Argumento:

Ella necesitaba cambiar de vida… y lo hizo gracias a él

Brianna Dawson, ejecutiva de Madison Avenue, iba camino de un rancho de Wyoming. Se disponía a pasar una semana en la carretera para aceptar la proposición de Jake Marshall, un hombre al que había visto sólo una vez… y hacía ya mucho tiempo.

Lo que Brianna no sabía era que el contrato de aquel matrimonio de conveniencia incluía una cláusula muy importante: debían tener un hijo antes de que acabara el año..

PRÓLOGO

JAKE Marshall llegó a lo alto de la colina y tiró de las riendas. Estaba cansado, tenía frío y hambre. El caballo castrado que montaba resopló con fuerza, sus flancos subían y bajaban al ritmo de su respiración. No les quedaba mucho. Estudió el horizonte y comprobó satisfactoriamente que todo estaba como debía estar. Centró la atención en una casa a lo lejos. El sol de la tarde se reflejaba en los cristales de las ventanas y parecía como si hubiera lámparas encendidas por todo el interior. La distancia y la luz menguante ocultaban el estado de la casa. Por un momento la vio tal y como había sido veinte años antes. Estructuralmente era recia. Con algunas reparaciones, una limpieza y una mano de pintura, volvería a convertirse en un lugar de interés turístico.

¿Pero quién tenía el tiempo y el dinero?

—¡Maldita zorra! —masculló por enésima vez refiriéndose a la vieja que seguía manipulándolo aun desde la tumba. Esa tierra era su herencia, su sangre, pero no a ojos de la ley. Ella se había ocupado de que así fuera.

Nunca olvidaría la conmoción que sufrió tras la muerte de su padre y al enterarse de que el rancho, que siempre creyó sería para él, seguía estando en posesión de Elsa Marshall, la madre de su padre. Y ella nunca había querido saber nada de su nieto. La amargura se había enconado ciertamente con los años. Él había regresado a Texas tras el funeral de su padre jurando que jamás volvería a Wyoming. Lo había dicho en serio, pero la vida se había interpuesto en su promesa.

Sin embargo, no se había mudado aún, hasta que se enteró de la muerte de Elsa... y de las condiciones de su testamento.

—Maldita sea —repitió consumido por la ira.

Durante meses, había insistido en que no dejaría que le diera órdenes, que no seguiría sus directrices. Pero trabajar la tierra en la que la familia de su padre se había asentado cinco generaciones antes había fortalecido el vínculo que pudiera existir con ella. Hasta el punto de que ahora ansiaba poder continuar con su herencia. Quería terminar con el deterioro y devolverle su antigua gloria.

Y tenía que admitir que también le gustaría poder contradecir las

predicciones de Elsa una vez que él consiguiera su objetivo.

¿Qué resentimiento había llevado a la vieja a desatender el rancho durante los doce años que hacía que había muerto el padre de Jake? ¿Venganza por el único acto de rebeldía que había mostrado éste años atrás? ¡Su padre había muerto deseando complacerla!

Ahora, Jake y Shell junto con dos trabajadores contratados se afanaban de la mañana a la noche. Durante más de once meses habían librado una dura batalla. Lentamente, las cosas estaban volviendo a su cauce. Si no fuera por las catastróficas pérdidas ocurridas durante el invierno, tendría una oportunidad de salir de aquel cenagal una vez llegara la primavera.

¿Habría esperado demasiado? Calculó el tiempo que le quedaba mientras arreaba su montura. Sabía que tenía el tiempo justo. Lo había ido retrasando hasta que sólo le quedaba un año de los dos que originalmente tenía para casarse y tener un hijo.

Jake guió al caballo colina abajo en dirección al establo. El sol se ocultó tras los picos y el paisaje quedó inundado de gris. Una hilera de luces se encendió en el establo. Sería Shell probablemente. El chico trabajaba realmente duro.

Jake suspiró. Otro obstáculo insalvable. No sabía qué hacer con el chico. El hombre. A veces le costaba recordar que su hijo había crecido, especialmente cuando sólo hacía seis años que se había enterado de su existencia. Shell tenía entonces quince años.

¿Sería el resentimiento que le resultaba tan familiar una maldición de la familia? Shell se sentía tan molesto con Jake como éste con Elsa. Cuando Shelly Bluefeather murió inesperadamente de apendicitis, Jake recibió la sorprendente noticia de que los dos habían engendrado un hijo antes de que él dejara Sweetwater la primera vez, justo después de graduarse en secundaria. Ella nunca se lo dijo. Al final, sin embargo, acabó diciéndole al chico el nombre de su padre. Cuando Jake apareció en el funeral de Shelly, conoció a un hijo realmente furioso.

Shell había vuelto con Jake a Texas, al rancho que éste dirigía allí, el Bar—XT, y después aceptó acompañarlo al Rocking M el pasado otoño.

Jake era consciente de que parte de la hostilidad de Shell tenía su origen en las condiciones impuestas por su bisabuela en su

testamento. Elsa Harrington Marshall se había negado a reconocer al hijo ilegítimo de su único nieto.

Jake deseaba salvar la distancia que los separaba. Al chico se le daban bien los animales. Era capaz de calmar a un caballo descontrolado como no había visto hacer a nadie. ¿Qué ocurriría si perdían el rancho? ¿Se rompería el delgado lazo que los unía? Jake siempre podía encontrar trabajo en Texas, pero ¿querría Shell acompañarlo?

Jake entró en el establo. El dulce aroma del heno llenaba el aire. Una luz en el cuarto de las monturas le decía dónde estaba su hijo. Jake miró la hora. Quedaba media hora para la cena. Cepillaría y daría de comer a su caballo y aún podría darse una ducha rápida.

Después de cenar se pondría con los libros de cuentas otra vez. Nunca había sido su tarea favorita, pero tenía que estar al día. El banco mantenía bloqueado el derecho de propiedad hasta que se cumpliera la condición impuesta por Elsa y no le daba más créditos. Y lo cierto era que él tampoco quería pedir más hasta asegurarse de que lo heredaría y podría sacarle beneficios.

Se lamentaba de no tener el personal administrativo con el que contaba en el Bar—XT y los programas informáticos que facilitaban tanto la tarea.

—¿Las alambradas están bien? —preguntó Shell desde la puerta del cuarto de las monturas, con un trapo en la mano. Tenía el sombrero calado sobre la frente, ocultándole los ojos.

—Dos secciones estaban un poco sueltas. He arreglado una. Necesitaremos más alambre para la otra. Está a un kilómetro y medio de distancia del recodo del río.

Jake desmontó. Estaba rígido. Otro signo evidente de que se estaba haciendo mayor, eso y las lamentaciones por algunas decisiones pasadas que ya no se podían cambiar.

Recordó el tiempo en que participó en rodeos, mucho ejercicio, fiesta toda la noche y al día siguiente vuelta al ruedo. Ahora se alegraba de poder desmontar después de diez o doce horas y poder sentarse en un confortable sillón.

—Le diré a Nolan que la repare mañana. ¿Ha hecho Hank la cuenta?

—Sí, se ha ocupado de ello —respondió Shell—. Si no perdemos demasiadas cabezas este invierno, deberíamos tener un buen número

de terneros en primavera. Loni dice que la cena estará lista a las siete y media esta noche. Se le ha hecho un poco tarde. Hoy ha tenido que ir al pueblo a ver al médico otra vez —explicó con tono neutro.

Jake asintió pero no podía dejar de preguntarse si el chico se mostraría algún día un poco más cálido.

—¿Le ocurre algo?

—Si le pasara algo no creo que me lo dijera —contestó el chico encogiéndose de hombros.

Jake se detuvo y lo miró. Deseaba poder cambiar las cosas, poder arreglarlo con su hijo. Loni Peterson estaba embarazada de ocho meses, de Shell, pero se negaba a casarse con él. Shell estaba loco por la joven pero ella insistía en que era demasiado joven para atarse. Aceptar el trabajo como cocinera en el rancho era toda la ayuda que había aceptado del chico. Y eso había sido necesario sólo porque su familia la había echado de casa al enterarse de que estaba embarazada de un indio americano, un mestizo, le llamaban. Los prejuicios tardaban en desaparecer, incluso en Wyoming.

Jake se volvió hacia su caballo, tomó el cepillo y se dedicó a los cuidados habituales. No podía hacer nada más. No podía controlar ni su propia vida, ¿cómo iba a ayudar a su hijo?

—Recogí el correo en la ciudad —dijo Shell al rato. Estaba apoyado contra la pared, con los brazos cruzados, contemplando a su padre mientras limpiaba al caballo.

—Más facturas, estoy seguro.

Jake condujo al animal a su cubículo y comprobó que el pesebre estaba lleno. Le palmeó la grupa para hacerlo entrar.

—Sí. Y también hay una postal de una mujer que pretende casarse contigo. Dice que llegará mañana —dijo Shell cuando Jake estaba cerrando la puerta del cubículo.

CAPÍTULO 1

QUIÉN pediría una novia por correspondencia para casarse en pleno siglo XXI? —dijo Brianna Dawson deteniéndose en la carretera desierta para repasar las indicaciones.

El camino de grava que arrancaba a su izquierda tenía que ser el camino de entrada al rancho que estaba buscando. ¿No podrían haber puesto una señal? Ella creía que los ranchos tenían grandes portaladas en las que se podía ver claramente el nombre y su marca. Un buzón podría haberle servido de ayuda igualmente. Tras comprobar que no venían coches, giró y dejó la autovía. Llevaba viajando más de una semana. Esperaba que hubieran recibido la postal en la que les decía que llegaría ese día.

Se preguntó si no tendría que haberse detenido en la ciudad para llamar. Brianna se detuvo una vez más. Echó un vistazo a su alrededor y tuvo que reconocer que algo la retenía.

Era como si la enorme bóveda celeste la estuviera llamando. Apagó el contacto y salió del coche. Se apoyó sobre la puerta y disfrutó de la soledad. El estrés que había acompañado su vida tanto tiempo había desaparecido poco a poco a medida que se acercaba a su destino; atrás quedaba Nueva York.

No podía creer lo diferente que era todo. Por primera vez en años se sentía joven, viva y perfectamente sana. Nada de tareas imposibles, nada de plazos. Ahora podía dormir del tirón incluso en un motel de carretera.

Miró a su alrededor. El paisaje sería probablemente muy parecido al que una novia del siglo XIX habría encontrado. Excepto por el camino de grava y la alambrada, aquella tierra era todo colinas peladas y árboles desperdigados aquí y allá.

Desde aquel verano en el que estuvo en un rancho cerca de Jackson Hole con su tío, se había enamorado de Wyoming. Estudió las colinas anhelando sentir la familiaridad, la bienvenida del hogar.

—¡Voy a vivir aquí! —dijo suavemente, sintiendo la calidez del sol de la tarde en sus mejillas a pesar de la brisa del invierno. Si lo repitiera muchas veces, tal vez llegaría a creerlo. Había dejado una vida atrás para enfrentarse a su nuevo futuro.

—Lo estás postergando —murmuró mientras gozaba del festín de

los campos dorados, a lo lejos el perfil de las montañas cubiertas ya por las primeras nieves.

Lo que necesitaba era un último empujón. Le había dicho a Jake Marshall que iba, pero ahora que estaba allí, la realidad se estaba imponiendo. Estaba a punto de terminar su viaje para casarse con un perfecto extraño.

No importaba su breve encuentro años atrás. Entonces, ella no era más que una adolescente enamorada de un joven y engreído vaquero. Para él, nada más que una pesada. ¿Acaso valía eso como base para un matrimonio?

Empezó a sentirse nerviosa al considerar el siguiente paso. Nunca antes había hecho algo tan alocado. Ni tan extraño. Se frotó las palmas de las manos en los vaqueros. ¿De qué iban a hablar? ¿Tendrían algo en común? ¿Recordaría lo que había aprendido a lo largo de aquellos tres maravillosos veranos con el tío Buck? ¿Cómo se desarrollaría la parte más íntima?

Eso último no había dejado de preocuparla durante su viaje desde Manhattan. Claro que habría tiempo de pensar en ello si seguían adelante con la idea del matrimonio, pensó ella reticente aún a entrar en el coche. Podrían esperar un poco, ver cómo se desarrollaban los acontecimientos antes de hacer algo irreversible. Un calor súbito se apoderó de ella ante la idea de compartir la cama con un hombre al que apenas conocía, al que ni siquiera había besado.

Cuando se sintieran cómodos con el otro, decidirían si aquello podía funcionar. Y de ser así, tal vez podrían intentar tener un bebé. Tendría un hijo, o varios, a los que colmaría de amor. Un niño luchador como su padre, o tal vez, una niña que aprendiera a cocinar las antiguas recetas familiares que la madre de Brianna había ido almacenando y que ésta aún conservaba. Brianna instauraría sus propias tradiciones para sus hijos.

Pero puede que la realidad no fuera tan de color de rosa como ella esperaba. ¿Qué ocurriría si Jake Marshall mascaba tabaco y tenía barriga cervecera? ¿Qué ocurriría si estaba calvo y había perdido la mitad de los dientes y no se parecía en nada al sexy y atrevido vaquero que recordaba?

Nada mejor que el momento presente para averiguarlo. Decidida a hacerlo, subió al coche y echó a andar por el camino desierto.

Preguntas y dudas surgían como nunca antes le había sucedido respecto a la elección que había hecho. Deseó saber más sobre Jake, lo que había estado haciendo en los últimos doce años, pero las pocas conversaciones telefónicas se habían centrado en la posibilidad de casarse. Su voz había sonado cortante, como si no se le diera bien hablar.

Sus cartas habían sido igualmente escuetas. No habían dejado entrever nada del hombre, lo que le gustaba y lo que no, sus sentimientos sobre el pasa—doy el futuro...

Sin tomar una decisión final, Brianna estudió el que habría de convertirse en su hogar. El ganado pastaba por las colinas sobre las que la hierba dorada se mecía con la brisa de la tarde, como olas en un mar de color azafrán.

Sufrió un ataque de pánico al cobrar conciencia de lo que iba a hacer. Había dejado atrás todo lo que para ella era familiar, su apartamento, el restaurante de la esquina, amigos y compañeros de trabajo, su carrera como ejecutiva de publicidad que tanto le había costado levantar. Incluso había dejado a Steven. Bueno, lo cierto era que él la había dejado antes a ella.

—Todo irá bien —dijo en voz alta mientras apretaba el acelerador. Durante generaciones, las mujeres se habían prestado a matrimonios previamente concertados. Ella era una más en una larga lista. Todos los que la conocían tenían que admitir que era una mujer que siempre lograba lo que se proponía. Esto era un objetivo más.

Giró en una curva y subió una pequeña colina. Se detuvo una vez más y contempló la escena que se presentaba delante de sus ojos. La casa estaba construida sobre un montículo a unos doscientos metros. A pesar de la distancia, podía comprobar que faltaba una contraventana en el piso superior así como varios postes de la barandilla del porche. No había jardín, ni árboles, sólo suciedad. De hecho, la casa parecía abandonada. Su nueva casa.

El corazón se le cayó a los pies. ¿Qué había hecho? Aquello no se parecía en nada a lo que había imaginado; no se parecía a otros muchos ranchos que había visto en Wyoming. ¿Y había dejado Manhattan por esto?

Había esperado que al menos se tratara de un próspero rancho. Pero aquello era como una pesadilla. ¿Era ésa la razón por la que

Jake Marshall no había sido capaz de encontrar esposa hasta ahora y por eso había tenido que poner un anuncio en el Western Ranchers? Debería haber sospechado que la solución a sus propios problemas no podía ser tan fácil.

No era demasiado tarde para cambiar de opinión. Podía retroceder y dar la vuelta en la carretera. Irse sin que nadie la viera. Llamaría desde la ciudad para decirle a Jake que había cambiado de opinión. Incluso podía dirigirse hacia California donde a aquel tipo ni siquiera se le ocurriría localizarla.

El pánico aumentó pero intentó calmarse. No estaba comprometida a hacer nada. No podía obligarla a casarse con él.

Y por otra parte, tal vez aquel particular ranchero necesitara desesperadamente ayuda. Tal vez dirigir un rancho era demasiado para una persona y no tenía tiempo para ocuparse de las cosas del hogar que le gustaban a las mujeres. Los extraños acontecimientos que la habían llevado a leer el anuncio, recordándole aquellos años de su juventud y la carta que le había enviado a su madre tras la muerte del tío Buck, todo parecía demasiado azaroso.

Con gran optimismo, se había imaginado una casa de un blanco prístino, con contraventanas de color verde. Había imaginado arriates de flores multicolores flanqueando el porche delantero. La mezcla de los fragantes aromas los envolverían a los dos cuando se sentaran por la noche a descansar después de un duro día. Uno o dos exuberantes árboles les darían sombra en los calurosos días de verano.

Brianna inició la última parte del camino hacia su futuro. A medida que se acercaba, vio el establo, los corrales y varios cientos de metros cuadrados detrás de la casa.

El establo no estaba en muy buenas condiciones. Fuera, había un tractor oxidado y rollos de alambre apoyados contra la pared. En el corral, pudo ver tres caballos.

Definitivamente era un rancho que trabajaba con el ganado. El olor de los animales, del heno y del polvo le resultaron a la vez familiares y extraños. Una sensación de nostalgia se apoderó de ella.

El camino de entraba rodeaba la casa y lo siguió hasta la parte trasera. La puerta se abrió en ese momento y una joven asomó la cabeza al tiempo que se ponía un jersey para protegerse del aire frío. Dos hombres aparecieron a la vez a la entrada del establo, vaqueros

a juzgar por su aspecto.

Como ejecutiva de cuentas en una importante empresa de publicidad de Manhattan, Brianna había lidiado con presidentes y directores generales de grandes empresas, iracundos directores de publicidad y ejecutivos de ventas con complejo de divos. Estaba convencida de que bien podría manejar a un desastrado ranchero que le debía un favor a su familia.

Y le había ofrecido la posibilidad de cambiar su vida.

Apagó el motor de su todoterreno y salió, tratando de calmar los nervios que se le habían agarrado al estómago. Podía hacerlo. Tenía que hacerlo.

El más alto de los dos hombres se acercó a ella.

—¿Brianna Dawson? —preguntó examinándola de pies a cabeza.

Ella asintió estudiándolo con el mismo interés. No había crecido más desde que lo conociera, pero estaba claro que su aspecto actual era más grande y fuerte. Llevaba el sombrero calado sobre la frente, lo cual no dejaba ver el pelo y hacía sombra a sus ojos, unos ojos que una vez la miraron divertidos, cuando se metía con ella en su juventud.

Brianna deseaba verlos con la esperanza de que lograran convencerla de que considerar la proposición no era un plan tan descabellado. Tragó con dificultad al tiempo que el corazón le latía desbocado. A juzgar por lo que podía ver, aquel tipo era un rompecorazones que iría por ahí quitando el sentido hasta a la mujer más sensata. Definitivamente, no estaba gordo, ni viejo ni lleno de pelo; más bien al contrario, era puro atractivo con aquellas botas y el sombrero Stetson. Los años habían sido generosos con aquel duro y provocativo vaquero.

—Jake Marshall —dijo ella extendiendo la mano—. Ha pasado mucho tiempo.

—Tú has cambiado un poco pero te reconocería en cualquier parte —dijo él—. Has llegado pronto.

Una mano callosa tras años de trabajo en el rancho cubrió su mano suave. La sensación de nervios arreció.

Incapaz de pensar con claridad, se limitó a mirarlo. Estaba tal y como recordaba, o más. Más corpulento, también más mayor, las líneas de expresión enmarcaban su boca. Había pasado mucho, estaba segura de ello.

Y de nuevo se preguntó por qué un hombre como él había tenido que pedirle a una extraña que se casara con él. Brianna creía que las mujeres harían cola para casarse con Jake Marshall. ¿Qué se le estaba escapando?

Los segundos pasaban y empezó a notar la agitación bajo la atenta mirada del vaquero.

—He venido sin parar —dijo ella retirando la mano—. Tal vez debería haber llamado desde la ciudad.

Él la dejó ir y se metió las manos en los bolsillos. Brianna no se explicaba cómo podía hacerlo por lo justo de los vaqueros. Entonces levantó la vista, consciente de dónde estaba mirando.

—Me alegra que hayas venido. Recibimos tu postal ayer. Te estábamos esperando.

Jake se giró hacia el segundo vaquero, un hombre mucho más joven, que se acercó a ellos.

—Éste es Shell Bluefeather, mi hijo —dijo con orgullo.

Shell era casi tan alto como su padre, pero no tan corpulento. Le recordaba al Jake que había conocido años atrás. Jake le había dicho pocas cosas sobre los otros habitantes del rancho, pero se había quedado sorprendida cuando le dijo que tenía un hijo bastante mayor.

Shell le ofreció una mano igualmente callosa y firme.

—Señora —dijo. Su voz y sus ojos oscuros estaban desprovistos de calidez.

—No la tengas aquí fuera con este frío, Jake —dijo la joven rubia desde la puerta—. Entrad en la casa.

—Buena idea, si no queremos congelarnos aquí fuera —dijo él mirando a Brianna—. Cuando se pone el sol la temperatura cae terriblemente —le hizo un gesto para dejarla entrar.

La chica rubia la recibió en la puerta con amigable voz.

—Hola, soy Loni Peterson —dijo extendiendo la mano que Brianna estrechó mientras trataba de no mirar su vientre hinchado.

—Soy Brianna Dawson. Encantada de conocerte.

Brianna entró y observó la antigua cocina. ¿Cuál era el papel de Loni? Jake no la había mencionado. ¿Sería hija suya también? ¿La mujer de Shell?

—Llevo mucho tiempo esperándote. Hace un año que Jake dijo que vendrías. Será muy agradable tener a otra mujer por aquí. Estoy

un poco harta de tanto vaquero —dijo Loni sonriendo a los hombres que habían entrado detrás de Brianna—. Estaba preparando café. ¿Te apetece una taza? No puedo creer que dejaras Nueva York por Wyoming. Cuéntame cosas de la ciudad. Me gustaría ir algún día. ¿No es el lugar más excitante del mundo? Quiero ver Times Square y todos los museos, visitar las galerías de arte, pasear por Broadway y ver algún espectáculo. Y comprar hasta reventar.

Brianna trató de no perder el hilo de la conversación mientras inspeccionaba la casa. Los fuegos de la cocina parecían antiguos. El frigorífico era pequeño y antiguo, uno de ésos que necesitaban ser descongelados continuamente.

Aún nerviosa, Brianna se acercó a la mesa. Antes de que le diera tiempo a sacar una silla, Shell lo hizo por ella. Brianna le sonrió.

Se había quitado el sombrero y ahora podía verle la cara. Tenía unos ojos casi negros y la piel algo más oscura que la de su padre.

Brianna miró a Jake Marshall por encima del hombro. Éste también se había quitado el sombrero y lo había dejado en un perchero junto a la puerta. Tenía el pelo castaño y bastante grueso, quizá tuviera las puntas un poco abiertas. Desde luego no lo llevaba impecablemente arreglado como Steven. Los vaqueros y la camisa arrugada también diferían mucho de los trajes de Armani y las camisas de seda a las que estaba acostumbrada.

Parecía más viejo de lo que esperaba. La risa alegre que recordaba había desaparecido dando paso a un gesto serio y un poco intimidatorio.

Cruzó la estancia entre el tintineo de sus espuelas y se acercó a la mesa. Sacó una silla y le dio la vuelta antes de sentarse a horcajadas sobre ella con las manos apoyadas en el respaldo.

Entonces la miró y ella se sintió repentinamente hechizada por sus ojos, como si pudieran ver el fondo de su alma. Aquel último verano en ' Wyoming, se había enamorado hasta los huesos de él pero no tenía ni idea de si él se habría enterado.

—¿Has tenido buen viaje? —le preguntó.

Ella asintió sin dejar de mirarlo, aunque esperaba que no pudiera leerle la mente. En ese momento, estaba pensando que, después de todo, el momento de irse a la cama con Jake no iba a ser tan malo como había pensado.

El contacto con él le había hecho cobrar conciencia de que era

una mujer salvajemente atraída por aquel hombre. Por todos los santos, nunca antes había sentido algo así con Steven Forrest, ¡y habían estado juntos dos años!

—Aquí tienes tu café. Tenemos leche pero no nata. Nadie la toma aquí pero, si la quieres, podemos comprarla la próxima vez que vayamos al pueblo —dijo Loni depositando la taza delante de Brianna y sentándose en la silla que Shell le estaba ofreciendo. Ella lo ignoró, no obstante, sin poder dejar de mirar a Brianna con curiosidad.

—No puedo creer que alguien elija mudarse aquí deliberadamente. No hay nada que hacer. Estamos a kilómetros de Sweetwater, aunque tampoco es que sea gran cosa.

—Loni —advirtió Jake.

—¿Qué hay de malo en este sitio? —preguntó Brianna sorprendida por las palabras de Loni.

—Tendría que oírlo todo, Jake —dijo Loni—. Esto es horrible. Estamos atrasadísimos. Sweetwater ni siquiera tiene cine. Si te quedas, Brianna, estarás muerta de aburrimiento en seis meses, si el trabajo no te mata antes. O el invierno.

—Tú has vivido aquí toda la vida y aún no te ha matado —dijo Shell quitándole importancia, mientras se apoyaba en la encimera, manteniéndose alejado de los demás como si la escena no le importara demasiado. Aun así, su mirada no se separaba de Loni en ningún momento.

—Eso es porque tengo la intención de irme de aquí —se apresuró a responder ella.

Brianna se percató de la tensión que había entre los dos y se preguntó qué estaría ocurriendo.

—Dejemos que Brianna tome sus propias decisiones —dijo Jake con voz potente y áspera, arrastrando las palabras. Brianna se giró hacia él y se preguntó lo que se sentiría al escuchar esa voz en la oscuridad del dormitorio. Hablaría en voz baja, sólo para ella. Al oírlo ahora apenas si podía compararse con el hombre frío con quien había hablado por teléfono. El tono de voz era embriagador, como un...

Brianna apartó todos aquellos pensamientos de su mente y dio un sorbo a su café.

—¿Vivías en el mismo Manhattan? —preguntó Loni con voz

alegre—. ¿A qué te dedicabas? ¿Naciste y te criaste en Nueva York?

—Ya habrá tiempo para que Brianna nos ponga al corriente de su vida, si se queda —dijo Jake.

Loni lo miró con sorpresa.

—Creía que estaba todo acordado. Dijiste que venía para casarse contigo. Ha venido conduciendo hasta aquí —dijo mirándola—. ¿No vas a quedarte?

Jake se levantó y metió la silla bajo la mesa otra vez.

—Tal vez será mejor que hablemos en privado, Brianna. El despacho está al fondo del pasillo. Podemos hablar allí —dijo él esperando a que tomara la taza y lo siguiera.

¿Había algún problema? ¿Había hecho todo ese camino para que la dejara plantada? Brianna pensó en lo anticuado del pensamiento y se rió aunque no había nada gracioso en que hubiera cambiado de idea.

CAPÍTULO 2

POR QUÉ no había respondido Jake? A su juicio, la cosa era bien simple: «sí, nos casamos»; «no, eso no va a pasar».

Aunque poco antes de llegar al rancho había tenido dudas en cuanto a lo de casarse con un extraño, ahora sentía pánico de pensar que fuera a rechazarla.

Cuando se detuvo delante de la puerta de la habitación a oscuras, Jake la rodeó para encender la luz. El despacho debió de haber sido una pequeña salita cuando la casa se construyó originalmente, pensó Brianna dirigiéndose a un desgastado sofá y sentándose en él. Las ventanas eras altas y no estaban cubiertas con cortinas, permitiendo así la entrada de la los últimos rayos de sol de la tarde. El escritorio de madera estaba cubierto de papeles y revistas. La chimenea parecía no haber sido utilizada en años.

Jake sacó el sillón del escritorio y se sentó frente a ella.

—¿Quién es Loni?

—La novia de Shell, o al menos lo era. Ahora no quiere saber nada de él. Le echa la culpa del bebé.

Brianna no estaba muy segura de por qué la chica vivía en el rancho si ése era el caso, pero tenía asuntos más urgentes que resolver.

—Parece creer que es bueno que haya venido. Yo también. ¿Hay algún problema?

—Ninguno. Has llegado muy rápido.

—¿Y eso es bueno o malo? —preguntó ella dándole vueltas a la taza en la mano. No entendía qué podía significar aquello.

El café caliente templó sus dedos helados. Deseó sentirse más cómoda. ¿Cómo se suponía que habían de sentirse las novias por correspondencia?

—¿No les has explicado lo qué íbamos a hacer? —preguntó ella.

—El asunto no está cerrado —dijo él evasivamente; parecía incómodo.

Brianna no dijo nada. El hecho de estar en la misma habitación con él le daba problemas para concentrarse. No tenía ni idea de lo que estaría pensando. ¿Esperaría a alguien diferente? ¿Se lo estaría pensando dos veces ahora que se habían visto?

—Como ya sabes, tengo treinta y cuatro años, nunca he estado casada y quiero formar una familia —ofreció ella, preguntándose si estaría empeorando las cosas al decirle la verdad desnuda; pero el silencio la ponía nerviosa.

—¿Y no había un hombre en Manhattan con quien quisieras hacerlo y por eso has elegido a un completo extraño de Wyoming? —preguntó Jake recostándose en el sillón y estirando las piernas por delante de él.

Brianna se aclaró la garganta.

—Bueno, no eres un completo extraño. Te recuerdo de los veranos que pasé en el rancho Garretson —dijo Brianna deseosa de poder evitar la parte que se refería a sus anteriores relaciones, pero no se le ocurría nada más que decir que la verdad. Hasta un punto, claro—. Lo cierto es que sí estaba con alguien. Pero… no funcionó. No quería casarse ni tener hijos. Y yo quiero las dos cosas —dijo ella con candidez. Quería que Jake no le preguntara más cosas sobre el tema porque la huida de Steven aún le dolía más de lo que podía soportar.

—Eres sincera.

—Necesitaba… esto… quería llevar a cabo un gran cambio en mi vida. Te lo dije cuando respondí a tu anuncio. Desde que pasé aquellos veranos con el tío Buck, he deseado una familia, un hogar. He estado sola desde que mi madre murió cuando yo tenía dieciocho años. No hago esto de forma inconsciente. Podría serte de mucha ayuda. Tengo experiencia gracias al rancho Garretson.

Estaba parloteando y se detuvo de pronto. Sabía que debería decirle por qué había abandonado su antigua vida, pero no se atrevía a hacerlo. Steven se había separado de ella tan rápidamente que aún se resentía. ¿Qué pasaría si Jake hacía lo mismo?

Unos meses antes, había acudido de urgencia al hospital y el médico le había diagnosticado un ataque transitorio de isquemia. Algo así como un mini ataque cerebral, pero el ATI no dejaba daños permanentes. Sin embargo, estos ataques podían considerarse una advertencia de crisis más graves, por ello era necesario evitar que ocurrieran y la única forma era eliminar la causa, en su caso dejar un estresante estilo de vida.

Se lo diría, pero más adelante.

Tal y como ella lo veía, Jake la necesitaba tanto como ella a él o

no habría tenido que hacer una proposición tan descabellada. Y aunque tenía la esperanza de que él no saliera corriendo como Steven, no podía correr riesgos. Tenía que salir bien. Estaba en juego su futuro.

Cuando Jake se había dado cuenta de quién era ella, le había hecho la proposición por teléfono. Había mencionado algo de una deuda que tenía con su tío. A pesar de que éste hubiera muerto dieciocho años atrás, Jake quería pagar su deuda.

Ninguna de las dos era una razón muy sólida para casarse, ni el cambio de estilo de vida ni el cumplimiento de una deuda. La vida no daba ninguna garantía y ella lo sabía. Pero en algún momento pensó en que los matrimonios se llevaban a cabo por amor. Era una ironía: había amado a Steven y se iba a casar con Jake.

Jake la miró un largo rato, y Brianna tomó otro sorbo de café. La cafeína era algo que se suponía tenía que dejar, pero pensó que un sorbo o dos no le harían daño.

—Me pregunto por qué estás aquí en realidad —dijo él lentamente.

Ella lo miró fijamente. No había ni la más mínima posibilidad de que lo averiguase. Así es que trató de sonreír.

—Te lo acabo de decir.

—Debe de haberte decepcionado mucho el aspecto del rancho. Sé que parece que está en las últimas..

La sorprendió que sacara el tema. ¿Qué se suponía tenía que decir? Tenía mal aspecto, pero con algunas reformas estaría arreglado. ¿O tal vez fuera su costumbre de ver la vida de color de rosa?

—Recuerdo cómo era este rancho hace veinte años —dijo Jake—. Las vallas eran firmes, la casa estaba recién pintada, había flores por todas partes. El establo estaba lleno de gordas reses que pastaban por las tierras durante el día. Ahora está en un estado tan calamitoso que a veces me pregunto si merece la pena seguir resistiendo —su rostro cambió entonces—. ¡Pero lo haré! Estas tierras han pertenecido a mi familia durante cinco generaciones y no pienso rendirme.

Ella asintió. La pasión que había en su voz se lo dijo todo. Parecía que amaba aquel rancho y quería conservarlo tanto como ella quería encontrar un hogar. Por un momento se preguntó por qué

había estado trabajando en el rancho Garretson cerca de Jackson Hole si amaba tanto ese lugar.

—Si lo arreglamos, quedará muy bonito —dijo ella con gran entusiasmo—. Un poco de pintura y una barandilla nueva para el porche harían maravillas. Creo que también quedarían bien flores y algunos árboles en la parte delantera —dijo ella, a quien le encantaría poder colaborar en la restauración. Habría que añadir también una cocina y un frigorífico nuevos y algo de mobiliario. Aún tenía que ver el resto de la casa pero una rápida mirada al despacho le decían que la casa entera sería un reto para ella.

—Deja que te ponga al día de la situación —dijo Jake—. En primer lugar, la que fuera la dueña de este rancho hasta hace un año no se preocupaba por este lugar, y no me refiero sólo a la casa. Las alambradas están caídas y el ganado anda suelto por todas partes. Hay que limpiar los abrevaderos. La cabaña está vieja y sería necesario comprar animales jóvenes. No quedaba dinero para arreglar nada. Apenas si conseguimos llegar a fin de mes. Aunque yo tuviera algún capital, que no lo tengo, lo último que haría sería destinarlo a una reforma de la casa. El tejado se reparó la primavera pasada, no hay goteras. Todo nuestro dinero ha sido invertido en el ganado, suministros varios y equipamiento para llevar el rancho. Tenemos que reparar el establo, comprar heno para el invierno, un toro... —sacudió la cabeza e inspiró hondo—. Hay tanto que hacer... la casa está al final de la lista.

—¿La dueña era una mujer? —repitió ella sorprendida del veneno que le había parecido notar en su tono al referirse a ella.

—Elsa Marshall, mi abuela.

Brianna lo miró fijamente, demasiado sorprendida para hablar. Su abuela debía de haber sufrido viendo cómo aquel lugar se deterioraba. ¿Tan escasos estaban de dinero?

—Es una pena que tu abuela no pudiera mantenerlo —dijo ella con suavidad preguntándose cuánto tiempo llevaría Jake luchando en aquel rancho.

—Guárdate la lástima —dijo él riéndose con amargura—. El problema no era el dinero, sino que no quería hacerlo. La vieja bruja dejó una fortuna al morir. Y donó todo a organizaciones de caridad o a grupos de artistas de Wyoming. Ni un centavo para este sitio.

—No comprendo. ¿Te dejó el rancho pero nada de dinero?

—No me dejó el rancho exactamente. Por eso estás aquí. Según su testamento, tengo que casarme y tener un hijo antes de la fecha propuesta o el rancho irá a parar a una maldita colonia de artistas. ¿Por qué habría de querer casarme con una mujer a la que no he visto en veinte años y de la que no sé nada? Queda poco tiempo y tengo que darme prisa si quiero conservar este lugar. Para heredarlo, necesito tener un hijo en el transcurso de este año.

Brianna estaba atónita. Había recibido una sorpresa después de otra desde que leyera aquel anuncio en el Western Ranchers que su compañera de piso, Connie, le había dado en plan de broma hacía ahora varios meses.

¿Necesitaba tener un hijo en el transcurso de ese año? Eso no lo decía en su anuncio.

—¿Qué pasa con Shell? ¿Acaso no es tu hijo y tu heredero?

—Mi hijo, pero nacido fuera del matrimonio. Elsa no lo quería. Tampoco a mí, cuando estaba viva. Esa cláusula en su testamento fue su último ataque. Estoy seguro de que pensó que no acataría sus condiciones. Pero voy a demostrarle que estaba equivocada. Quiero este rancho y tengo la intención de conservarlo.

—Entiendo —dijo Brianna, nada más lejos de la verdad, aunque sí apreciaba el tono de determinación de su voz.

Inesperadamente, comprendía a Shell. Los padres de Brianna tampoco se casaron nunca. Cuando su padre se enteró de que su madre estaba embarazada, se largó. Al pensar en ello, la rabia dormida despertó y Brianna no estaba segura de si dirigirla hacia su padre o hacia Jake por tratar a su hijo de una manera similar. ¿Por qué no se había casado con la madre de Shell?

—¿Entonces te quedarás o no?

—¿Y tengo que decidirlo ahora mismo? ¡Por todos los santos, acabo de llegar y me lanzas esto! No creo que pueda tomar una decisión tan rápidamente. Sé que quiero tener hijos, pero tú no habías dicho nada de que tuviera que ser tan rápido.

—El tiempo es un lujo que no tengo. Queda menos de un año para tener un heredero legítimo. Si no quieres cumplir tu parte, tendré que buscar a otra.

—¿Así es que lo único que quieres es un cuerpo en el que engendrar a tu hijo? ¿No te importa quién o cómo sea la mujer con la que te cases? —preguntó ella cada vez más irritada. Realmente

tenía la sangre fría.

¿Pero qué había esperado? ¿Acaso no era ése su principal motivo para ir a Wyoming, formar una familia? Bueno, que el calendario fuera apremiante era algo con lo que podía lidiar.

—Me haré cargo de la madre de mi hijo —dijo Jake—, pero no estoy buscando un matrimonio de cuento de hadas donde todos se aman. La vida no funciona así. Has dicho que querías salir de Nueva York. No te he presionado para que me dijeras las razones, aunque sospecho que hay algo más que el deseo de casarte y tener hijos. No estarás huyendo de la justicia, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza, deseosa de no seguir con el tema.

—Supongo que se lo debía a tu tío. Esto es lo mejor que puedo ofrecerte. Pero es un camino de dos direcciones. Necesito tu conformidad.

Brianna estudió al hombre que tenía enfrente. Era muy viril y sexy y sabía cuáles eran sus intenciones. ¿Era suficiente para ella? ¿Podrían construir una vida juntos? Tal vez no fuera la que ella había deseado originalmente, pero podría ser cómoda.

—Todavía conservo la carta que le escribiste a mi madre cuando mi tío Buck murió. Decías que te había hecho un favor y que te sentías obligado a devolvérselo, y que si alguna vez necesitábamos algo, que te llamáramos —dijo ella cuando habló por fin.

Él asintió.

—Mi madre y yo... nunca supimos cuál había sido ese favor.

Jake dudó un momento y finalmente se encogió de hombros.

—Yo era un novato en el circuito de rodeos. Tu tío me apoyó cuando se me acusó de algo que no había hecho. Arriesgó su posición y sus posibilidades. Cuando el tipo que me acusó, un organizador de rodeos, se retiró, tu tío me dijo que había sido una cuestión de honor. Apenas me conocía pero hizo lo que consideraba correcto. Se lo debía.

Ahora que su tío había muerto, Brianna se daba cuenta de que el código de honor de Jake le exigía extender la deuda al resto de la familia.

Dejó la taza en el brazo liso del sofá y, levantándose, se acercó a la ventana aunque no veía el paisaje.

—Así es que ése ha sido tu motivo para pedirme matrimonio, pagar una deuda.

—De hecho, cuando respondiste al anuncio, te recordaba de aquellos veranos que pasaste en el rancho Garretson —dijo él negando con la cabeza.

Se detuvo y Brianna esperó un poco.

—¿Y?

—Me imaginé que podríamos intentarlo. Al menos, sabía quién eras. Conocía a tu familia.

Brianna se dio la vuelta y miró por la ventana profundamente frustrada. Eso le pasaba por su disparatado optimismo. Ella creía que podría quedarse un tiempo y ver si quería casarse con él. Entonces, si finalmente ocurría, decidirían con el tiempo si querían más cosas. Pensaba que se conocerían un poco antes de traer niños al mundo.

En lugar de eso, quería un hijo ya. Un hijo. Y lo tendría en menos de un año si aceptaba tan ridículo plan.

—Esto es una locura —murmuró ella.

—Sí, bueno, también mi abuela estaba loca —dijo Jake poniéndose en pie con los brazos cruzados.

—No puedo decidirlo hoy mismo —dijo Brianna.

—No me queda tiempo.

—Unos cuantos días más no te harán daño, ¿no crees? Y si tienes a alguien esperando en la recámara, ve a por ella —espetó.

—No hay nadie más. Supongo que puedo dejarte hasta el final de la semana para que lo pienses.

—Y yo supongo que podré decidirlo para entonces. ¿El número de hijos se limitará a uno? —dijo ella cuadrándose frente a él.

—¿Quieres más de uno? —dijo él levantando la cabeza.

—Me gustaría tener cinco o seis —dijo ella con voz desafiante.

—Creo que podré mantenerlos a todos si el rancho empieza a dar beneficios —dijo él, cuya expresión se había suavizado.

—Yo tengo algo de dinero.

—No aceptaré dinero de nadie —la interrumpió . él—. Este lugar será sólo mío cuando cumpla las condiciones del testamento. No arriesgaré mi derecho de propiedad mezclando mis activos con los de una extraña.

—¿Pero de qué estás hablando? No soy una extraña y si seguimos con esto, seré tu mujer. Trata de mezclar las cosas.

—Si nos divorciamos, no quiero tener que darte la mitad del rancho. El precio sería demasiado alto.

—No estaba pensando en el divorcio —dijo ella apretando los dientes—. ¿Eso es lo que pretendes, un hijo y luego dejarme?

—Dios, no se me dan bien estas cosas —dijo él pasándose los dedos por el pelo—. No estoy pensando en hacer esto con la idea de divorciarme, pero hay algo de verdad en lo que Loni ha dicho hace un rato. Tú estás acostumbrada a la vida en la gran ciudad, donde hay cines, cafés, tiendas bonitas y clubes nocturnos —dijo él haciendo un gesto con la mano—. Aquí no hay nada de eso, Brianna. La tienda por catálogo es lo mejor que podrás encontrar a no ser que vayamos a Laramie o a Cheyenne. En invierno, a veces la nieve nos llega hasta la ventana. Nuestro vecino más cercano vive a once kilómetros y Dexter y yo no coincidimos en demasiadas cosas, por lo que tampoco es que seamos muy amigos. Habrá que trabajar mucho para sacar este rancho adelante. No te culparía si decidieras irte al poco de estar aquí.

—Si me comprometo a hacer esto, me quedaré —dijo ella elevando la barbilla con determinación. Era cierto que nunca había vivido el invierno de Wyoming, pero sabía que le encantaban los veranos. Por no hablar de la tierra en sí, los espacios abiertos. Y el trabajo duro no la asustaba. ¿Acaso no lo había hecho en la agencia de publicidad?

Además, no quería volver a su antigua vida.

—No te has quedado en Nueva York.

—He vivido allí quince años. De todas formas, ésa no es la cuestión. No tengo intención de abandonar a mi hijo. Si no lo consideras un «felices para siempre», hagamos al menos las paces.

Jake dudó un momento y finalmente asintió con la cabeza.

—Si todavía quieres quedarte después de una semana, podemos ir al pueblo y buscar un abogado que redacte un acuerdo prematrimonial para protegernos. Una vez firmado, podremos casarnos la semana siguiente.

—No firmaré nada que diga que puedes quitarme a mis hijos —advirtió Brianna. ¿Y de veras iba a tener un hijo con aquel hombre? Que fuera sexy estaba bien para irse a la cama, pero no le gustaban mucho sus ideas para el futuro. Ella había ido hasta ahí de buena fe. Él tenía que demostrarlo.

Aspiró y captó el aroma del cuero, del heno y su aroma personal. Si realmente estaba considerando casarse con él, tendría que

acostumbrarse a él y a lo que implicaría el matrimonio.

—Sé que no tienes mucho tiempo, pero tenemos que asegurarnos de que quieres casarte conmigo —dijo ella tras aclararse la garganta.

—Eso no me preocupa. En el acuerdo diremos que si las cosas no funcionan, o si no llega un bebé a tiempo, acordaremos divorciarnos y cada uno conservará lo que hubiera aportado al matrimonio.

Jake se acercó a ella y le puso las manos en los hombros. A continuación, la acercó a él suavemente y la besó en los labios. Sus labios eran cálidos y suaves, algo sorprendente dado el estricto control que demostraba. El beso se prolongó lo suficiente para hacerla reaccionar, lo suficiente para hacerle desear más.

El desconcierto más absoluto se apoderó de ella. Lentamente, abrió los ojos y lo miró. Estaba acostumbrada a percibir lo que las personas querían pero con Jake estaba perdida.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella con una voz que le parecía extraña, una voz agitada y entrecortada.

—Tratar de salvar el primer obstáculo. Los niños no caen de los árboles.

—Es difícil pensar en eso cuando no nos conocemos —dijo ella.

Jake entornó la vista y la miró a los ojos. Retrocedió ligeramente pero no le soltó los hombros.

—Yo sí sé muchas cosas sobre ti. Recuerdo lo cabezota que eras cuando se te metía algo en la cabeza. Cuántas veces repetías una tarea hasta realizarla a la perfección. Tienes espíritu aventurero porque de lo contrario no habrías venido a Wyoming, ni entonces ni ahora. Eres segura y lo demuestras en la manera en que te conduces en la vida, y sabes mantenerte firme. No le darías la espalda a un hijo y te esforzarás por ser la mejor madre. Y tienes muy claro lo que quieres en la vida. Además, me ha gustado el beso, igual que a ti, creo, así es que ese aspecto no debería ser un problema. ¿Me he dejado algo?

Sorprendida, Brianna sacudió la cabeza.

—¿Y todo eso lo has sabido después de verme hoy?

—Algunas de esas cosas las recordaba de cuando venías a pasar el verano con tu tío —dijo él encogiéndose de hombros—. ¿Quieres intentarlo conmigo?

Brianna tragó con dificultad. Le costaba pensar con claridad. Quería tocarle la cara, pasar los dedos por su pelo, probar la fuerza

de sus músculos. Pero aún con el ritmo cardíaco acelerado y una sensación de mareo provocado por su cercanía, trató de dibujar su perfil y no pensar en lo colgada que había estado de él cuando era un joven vaquero, sino verlo como el hombre en que se había convertido.

—Eres un hombre testarudo porque te niegas a ceder ante tu abuela, y estás decidido a encontrar una manera de salvar este rancho. Posees un fuerte sentido del honor, de lo contrario no habrías contactado con mi madre cuando el tío Buck murió. No sé por qué no te casaste con la madre de Shell pero debes de estar haciéndolo bien como padre ahora. Vive contigo y parece un buen chico. Quieres que esto sea un éxito. Pero además te gusta la aventura, o no te arriesgarías a casarte con una desconocida.

—¿Necesitas saber alguna otra cosa? —preguntó él al cabo.

—Un millón de cosas —contestó ella aunque le resultaba terriblemente difícil pensar, distraída como estaba con todas aquellas sensaciones que le recorrían el cuerpo bajo el contacto de sus manos en los hombros.

—No fumo, rara vez bebo —dijo él—. Nunca le levantaría la mano a una mujer. Diría que en general, me ocupo de mí mismo. Siempre habrá comida en la mesa y un techo sobre tu cabeza mientras yo viva. ¿Algo más?

Brianna sentía que el corazón le latía con fuerza en el pecho, sus palabras resonaban en su mente. Incapaz de desviar la mirada, trató de pensar en algo inteligente que decir pero tenía la mente en blanco y notaba cómo su cuerpo se acercaba más a él.

—Nada, supongo que lo iré aprendiendo con los años.

—¿Entonces estás dispuesta a hacerlo? ¿Para lo bueno y para lo malo?

—Sí —dijo ella, el corazón bombeando sangre a toda velocidad por sus venas, caliente y espesa. El familiar anhelo de un hijo se convirtió en otro tipo de anhelo. En un impulso de puro valor, le rozó con las yemas de los dedos la mandíbula y las mejillas a continuación, una caricia de amantes.

¡Acababa de comprometerse para casarse con un extraño!

—Éste es el comienzo de una gran aventura o del peor error de nuestras vidas —dijo Jake con tono sarcástico.

—Vamos a esperar una semana… —Brianna no podía evitar los

nervios. El matrimonio era un paso importante, un paso que, a pesar de sus palabras, no estaba muy segura de si era el apropiado. Había creído que cuando decidiera darlo, se sentiría bien, segura. Pero lo cierto era que estaba aterrada.

—De acuerdo. Esperaremos hasta el viernes para que me digas si cambias de opinión y quieres regresar. De lo contrario, bienvenida a Rocking M, Brianna Dawson. ¿O debería ir practicando ya y llamarte Brianna Marshall?

—¡La cena! —gritó Loni desde la cocina.

—Justo a tiempo.

Jake dejó caer las manos de los hombros de Brianna y se giró hacia la puerta. La abrió y esperó a que Brianna saliera. Parecía que le gustaba llevar la voz cantante. Si habían de continuar, pronto se daría cuenta de que a ella también le gustaba hacer las cosas a su manera. Cuando menos, ese matrimonio iba a resultar una fusión interesante.

CAPÍTULO 3

LOS DOS trabajadores del rancho ya estaban en la cocina cuando Jake y Brianna entraron. Jake le presentó a Hank y a Nolan. Necesitaría a otras tres personas pero eso tendría que esperar a la primavera. ¡Si es que llegaban hasta entonces! Y si podía permitirse pagarles.

Hank tenía una generosa mata de cabello grisáceo y era delgado. Asintió con calma cuando los presentaron. Nolan era más joven, de la edad de Jake, y tenía una sonrisa amigable.

Shell miró a Jake y a continuación a Brianna.

—¿Te quedas?

Ella asintió.

—Brianna y yo nos casaremos la próxima semana —dijo Jake sacando una silla del extremo de la larga mesa para que se sentara Brianna. Nadie se había sentado en ella desde que Jake regresara al rancho. Jake se sentó en el otro extremo y miró a Brianna. Su rubio pelo relucía y un leve rubor teñía sus mejillas. Bien podría acostumbrarse a verla enfrente todos los días, pensó, consciente de que no sentía la coacción que había esperado. La pregunta era si ella podría acostumbrarse a la vida en el rancho.

Parecía joven y sofisticada, fuera de lugar en aquella cocina igual que él lo habría estado en alguno de los restaurantes de moda de Manhattan que ella frecuentaría. De seguir adelante, Jake tenía la sensación de que era él quien saldría ganando.

Parecía demasiado delgada aunque no había duda de que era muy femenina. Se conducía con porte orgulloso y seguridad en sí misma. ¿En qué habría cambiado desde que fuera una jovencita que adoraba ir al rancho de su tío?

Pero Loni tenía razón. ¿Duraría? Una visita de unas pocas semanas no la convertía en una ranchera. Después de haber vivido años en una de las ciudades más excitantes del mundo, Wyoming le parecería mortalmente aburrido. Loni puso en la mesa una fuente con estofado y, al lado, sendos recipientes llenos de puré de patatas, judías verdes, cebollas en salsa y esponjosos panecillos.

Loni se giró hacia el fuego para buscar un tazón con salsa para la carne y Jake vio que Shell la miraba con ojos sedientos aunque

cuando ella se giró, miró a todos menos a Shell. Jake deseó poder hacer algo por su hijo.

Jake centró su mirada de nuevo en Brianna. Sabía que tenía treinta y pocos años aunque su optimismo era más propio de una veinteañera. ¿Acaso la situación del rancho lograría aplastar ese optimismo?

Le parecía difícil creer que una mujer así pudiera dejarlo todo para irse a vivir a un sitio como aquél. Pero no investigaría más allá. Necesitaba una esposa y un hijo. Necesitaba a Brianna, así que dejaría de preocuparse por sus razones. ¿Qué importaban si se quedaba?

Parecía que cada uno iba a lo suyo, así que cuando le pasaron el primer recipiente con comida, Brianna se sirvió. Quería encajar ¿pero de qué podía hablar con aquellos vaqueros sin que saltara a la vista su ignorancia sobre ranchos?

No tenía que preocuparse. No hubo conversación alguna cuando todos se hubieron servido y empezaron a comer, lo que no hizo sino acrecentar la sensación de que era una extraña. Todo le resultaba extraño. No sabía nada de caballos, ni de ganado ni de cómo llevar un rancho. Trató de imaginar que se sentía incluida. ¿Sería capaz de hacerse un sitio? Tendría que hablarlo con Jake. ¿Qué esperaba de ella, aparte de un hijo?

De pronto echó de menos su casa. Echó de menos el movimiento y la energía de la ciudad, su rutina diaria, sus amigos, incluso su caótico ritmo de trabajo. Pero sobre todo, echó de menos sentir que pertenecía a un lugar. Ni siquiera la idea de tener un bebé la ayudaba a ver su futuro en el rancho. ¿Se habría engañado a sí misma y a Jake?

Miró a los demás, se centró en Shell. El hijo de Jake se parecía a él. Miró entonces al padre. En nueve meses podría tener un hijo o una hija. ¿Se parecería a Jake o a ella? ¿Y la personalidad? ¿Sería reflexivo, precavido y testarudo como él o tal vez presentaría trazas de inquebrantable optimismo como ella?

—He oído que trabajaste en un rancho —dijo Nolan cuando casi había dado cuenta de su plato—. ¿Cerca de aquí?

—Pues sí —dijo Brianna, agradecida de poder huir de sus pensamientos por un rato—. En Wyoming. En el Garretson, cerca de

Jackson Hole. ¿Has oído hablar de él?

—Claro, conozco a un par de tíos que trabajan allí. ¿Y qué hacías allí?

—Pasé varios veranos allí cuando era más joven. Cabalgaba junto a la alambrada y me pasaba el día reuniendo y limpiando a los sementales —dijo arrugando la nariz.

Todo el mundo se echó a reír.

—Todos lo hemos hecho —dijo Nolan.

—¿Aún montas a caballo? —preguntó Jake.

—Mmm —murmuró en voz baja Brianna. Había llegado el momento de admitir que no había estado cerca de un caballo en años, aunque estaba segura de que lo recordaría en cuanto lo intentara de nuevo.

—No estarás pensando que vivir en un rancho es romántico, ¿verdad? —preguntó Loni.

—¿Quieres decir que no lo es? —preguntó Nolan ' con un brillo en los ojos.

—Sí. Ocuparse de los animales que paren con las primeras nieves es de lo más romántico.

—¿Y qué me dices del romántico aroma de la marca con el hierro candente?

—¿Y la alegría de los chapuzones?

—¿O de las moscas durante el verano que hacen del trabajo al aire libre algo inmensamente placentero?

Loni se echó a reír.

—Callaos los dos. Es sólo una broma, Brianna, aunque todo lo que dicen es verdad. Las moscas son muy molestas en verano cuando no sopla ni una gota de aire. Y hace mucho frío en invierno. Preferiría que nos contaras más cosas sobre Nueva York. ¿Cómo has sido capaz de irte? ¿Piensas regresar? Tal vez Jake y tú podríais ir allí a pasar vuestra luna de miel.

—Creo que eres un estúpido, Jake, por aceptar casarte para agradar a esa vieja —dijo Shell con tono de desprecio. No había participado de las bromas y su comentario arruinó el tono agradable de la cena.

—Es eso o perder este sitio —contestó Jake sin alterarse—. Creo que la mejor venganza sería conservar el rancho en la familia y hacer de él un verdadero éxito.

Brianna se quedó mirando a Shell, confusa al pensar que tal vez aquel chico no la quería allí. Tal vez él la viera como una extraña que había llegado para apartarlo de Jake y traer al mundo al heredero legítimo.

Shell apartó la silla y tiró la servilleta sobre la mesa.

—He terminado —dijo saliendo de la cocina, los tacones de sus botas resonando en el suelo conforme se alejaba.

Loni jugueteaba con el vaso. Miró a Brianna y le sonrió.

—Tal vez podamos hablar un rato después y te contaré todo lo que quieras saber —dijo Brianna devolviéndole la sonrisa—. No creo que a los hombres les interese mucho oír hablar de Nueva York. Yo también quiero saber más cosas sobre Wyoming. ¿Qué te parece?

—Vale. Seguro que yo te daré una versión más objetiva de las maravillas de vivir aquí —dijo Loni, pero antes de que Brianna pudiera decir nada, se puso en pie y salió de la cocina.

—¿Qué he dicho? —preguntó Brianna mirando a Jake.

—Nada —dijo Jake—. Está embarazada, sus hormonas están alteradas. Recuperará el buen humor en un momento y el frío la hará entrar —dijo éste poniéndose en pie, con aspecto algo inseguro —. Tengo que ocuparme de las cuentas. Meteré tus maletas y te enseñaré tu habitación. Puedes deshacerlas y acostarte pronto. Normalmente nos levantamos al amanecer.

—¿Tengo que fregar los platos?

—Si quieres. Es tarea de Loni pero seguro que te . lo agradece.

—O puede que se ponga hecha una furia porque alguien se entrometa en su territorio. Menos mal que las vacas no tienen ese temperamento cuando están preñadas.

—Me arriesgaré —dijo Brianna, contenta de poder hacer algo.

Jake salió a buscar su equipaje mientras que Nolan y Hank se iban a dormir tras dar las buenas noches.

—Es obvio que el movimiento de la liberación de la mujer no ha llegado hasta aquí —murmuró Brianna mientras recogía la mesa—. Tampoco les costaría tanto llevar su plato al fregadero de camino a la puerta. ¿No se les ha ocurrido que podrían ayudar algo a una mujer embarazada?

—¿Has dicho algo? —preguntó Jake al entrar con las dos maletas.

Brianna lo miró avergonzada.

—No, lo siento. Suelo hablar sola. Mi compañera de piso, Connie, siempre me estaba diciendo que le parecía que se estaba entrometiendo en mis conversaciones conmigo misma.

Jake la miró largo rato hasta que finalmente asintió, los ojos relucientes a la luz.

—Trataré de no entrometerme.

Brianna sonrió, complacida al ver que Jake tenía sentido del humor. Lo necesitarían en los próximos meses. Recogió la cocina mientras trataba de buscar sentido a todo lo que había ocurrido desde su llegada, pero en lo único que podía pensar era que posiblemente tuviera un hijo a esas alturas un año después.

Se secó las manos y colgó el paño. Salió de la cocina en dirección al pasillo y subió las escaleras hasta el segundo piso. Jake no le había dicho dónde iba a dormir, pero lo sabría al ver las maletas. Y tal vez pudiera echar un vistazo al resto de las habitaciones para hacerse una idea del aspecto de su nueva casa.

A pesar del largo viaje no estaba cansada, y se alegraba de poder tener la tarde para ella sola. Conocer a los habitantes del rancho había sido una experiencia agotadora. Nadie esperaría que se adaptara de forma automática y hasta que se sintiera más cómoda, necesitaría pasar algún tiempo a solas. También quería llamar a Connie y a Nancy, otra gran amiga, antes de que se hiciera tarde. Querrían saber si había llegado bien y también cuál había sido su impresión de Jake.

Al pasar junto a una puerta cerrada, escuchó música country del otro lado. Se preguntó si sería la habitación de Shell. La puerta contigua también estaba cerrada. Al fondo del pasillo había un cuarto de baño que tenía la puerta abierta.

Brianna vio sus maletas en una habitación al final. La habitación que tenía más cerca, justo enfrente, estaba a oscuras; pero echó un vistazo. A juzgar por la enorme cama y la ropa de hombre que reposaba sobre la silla, sospechó que se trataba de la habitación de Jake. Miró la cama. En unos cuantos días, dormiría en ella.

Jake caminaba por el despacho. No le apetecía ' nada ponerse con las cuentas. Se sentía inquieto. ¿Entonces por qué se había ocultado allí? Debería estar hablando con Brianna, aprendiendo más

cosas sobre ella, hablándole del rancho y de lo que pensaba hacer cuando fuera suyo.

Oía a lo lejos las notas de la música proveniente de la habitación de Shell. Se acercó a la ventana y miró hacia el exterior. Deseó que todo fuera diferente, deseó poder cambiar el presente. Pensamientos inútiles que no dejaban de acosarlo.

Shelly Bluefeather era lo único bueno que le había ocurrido. Había intentado conseguirlo cuando estaban en el último año de instituto. Cierto era que de no haber estado con ella, habría dejado los estudios y se habría fugado antes de cumplir los dieciocho. Pero ni siquiera su amor había servido para que se quedara en Sweetwater cuando se graduaron. Al día siguiente, se marchó.

«Sí, me marché antes de que pudiera decirme que iba a ser padre, me fui tan lejos que nadie me localizó durante más de cinco años».

Lo cual había ocurrido porque empezó a labrarse un nombre en los circuitos de rodeo. Para entonces Shelly había decidido que él no necesitaba conocer la existencia de su propio hijo. Y se aseguró de que nadie conociera la identidad del padre de su bebé, excepto el propio Shell, a quien se lo confesó en su lecho de muerte.

Jake se sentó en el sillón del escritorio y se quedó mirando sin ver los papeles que la cubrían. Aquellos pensamientos aún le dolían. Se había perdido la infancia de su hijo. No había sabido nada de él hasta el funeral de Shelly.

A veces podía incluso oír el resentimiento de Shell en su mente algunos días. No se había casado con Shelly, no había querido saber nada de ellos, pero era capaz de casarse con una extraña y tener un hijo con ella con tal de conservar aquel rancho.

Tal vez debiera pasar de las condiciones impuestas en el testamento de su abuela, vivir en aquel lugar hasta que llegara la fecha marcada y encontrar trabajo en otro rancho. Su puesto en el Bar—XT había sido cubierto pero había más fincas que necesitarían a alguien que supiera dirigir las operaciones.

Jake se reclinó sobre el viejo sillón y recordó cuando su padre y él se mudaron a aquel rancho por primera vez. Sus padres nunca vivieron en él. Su padre se había casado en contra de los deseos de Elsa y ésta lo había echado de la casa.

Jake no recordaba gran cosa de su madre, Annie, quien había muerto cuando él tenía cuatro años. Se preguntaba si su vida habría

sido diferente de haber vivido. Probablemente tendría hermanos y tal vez eso habría ayudado cuando las cosas se estropearon.

A la muerte de su madre, la luz desapareció de los ojos de su padre. Con su hijo, había luchado durante años, de rancho en rancho. Cada vez que Jake pensaba que se quedarían en un lugar, su padre se pasaba con la bebida y lo despedían. Entonces hacían las maletas y se mudaban de nuevo.

Hasta que su padre admitió que estaba equivocado y decidió que volvieran a casa. Una vez allí, su padre había pasado muchas horas sentado en aquel mismo sillón, ocupándose a regañadientes de las cuentas del rancho. Lo que a él le gustaba realmente era cabalgar por las praderas, aceptar los retos que representaba la cría del ganado. Adoraba estar al aire libre, sin importar el tiempo que hiciera. Odiaba estar confinado en el interior de la casa. Se preguntó si siempre habría sido así o sólo desde la muerte de Annie.

Siempre y cuando hiciera lo que Elsa ordenaba, el padre de Jake podía dirigir el rancho como quisiera. Lamentablemente, la vieja no había mostrado tanta generosidad con el hijo de la mujer a la que tanto había despreciado. Jake era un recuerdo constante del acto de rebeldía de su hijo, haberse casado con Annie Colter cuando ésta se quedó embarazada, en vez de acatar las órdenes de su madre.

De igual modo que Jake se habría casado con Shelly de haberlo sabido. Si se lo hubiera dicho. Pero en vez de ello, había deshonrado a la única persona que se había preocupado por él de verdad.

Todavía le dolía pensar en lo mucho que debía de haber sufrido. Cuando pensaba en los comentarios groseros que los vaqueros debían de haberle hecho a lo largo de los años, la rabia le hacía apretar los puños, en vano.

Si él y Brianna tenían un hijo, haría las cosas de manera muy diferente. Empezaría por pasar tiempo con él. Quería enseñarle...

Jake se dio cuenta de que era igualmente posible que tuviera una hija. Una dulce niñita con rizos rubios que lo miraría con ojos de adoración. ¿O tendría el pelo oscuro? Era difícil decir con seguridad cómo sería un bebé.

Casi tanto como imaginarse casado. Ni siquiera había vivido con una mujer. Se preguntó cómo sería compartir la cama con Brianna, despertarse a su lado cada mañana; tocarla, besarla, intentar tener un hijo. Notó que se excitaba al pensar en la rubia y sofisticada

mujer con quien se iba a casar.

Oyó la ducha y supo que sería ella. En su mente, la imaginó debajo del agua. Era delgada y no muy alta, pero tenía un cuerpo perfectamente modelado. Jake cerró los ojos y se imaginó rozando cada una de las curvas de ese cuerpo, imaginó la suavidad de su piel, el calor que se generaría entre ellos.

Y se maldijo. A ese paso, las malditas cuentas nunca estarían listas. Se obligó a concentrarse en el trabajo. Había mucho con lo que mantener la mente ocupada y nada enfriaría más el deseo de un hombre que encontrarse con un montón de facturas que no podía pagar.

Loni se abrazó para contrarrestar el frío de la noche otoñal. Había salido de la cocina enfurecida. Shell la hacía enfurecer. Y Jake no era mejor. _ ¿Cómo podía pensar en casarse con alguien para salvar un estúpido rancho? ¿Y por qué de todas las mujeres del mundo había tenido que ser Brianna Dawson la que respondiera? Era una mujer sofisticada, bonita, elegante. ¡Había vivido en Nueva York! ¿Por qué habría de sacrificar su vida allí para irse a un apestoso rancho?

Frunció el ceño mientras daba una patada a un terrón. Estaba ansiosa por irse de allí. Cuando el bebé naciera, se marcharía. Diecinueve años eran muy pocos para sentirse atada por un hijo. Tenía planes y sueños demasiado importantes para dejarlos morir. Y Shell los había aplastado todos dejándola embarazada. Ya estaría viviendo su vida si no fuera por eso.

No era justo. Habían tenido siempre cuidado. Habían utilizado un condón cada vez. Tal vez debiera demandar al fabricante por estar defectuosos.

Pero no iba a quedarse en Sweetwater para siempre. Tenía talento. Elsa se lo había dicho. Y quería algo más que la vida que su madre y su tía tenían, quería algo más que estar siempre a entera disposición de los hombres, cocinando, limpiando y ayudando con el ganado.

Estaba decidida a ver mundo. A visitar lugares que le ofrecieran más que aquella ciudad de vaqueros perdida en medio de ninguna parte.

Si lograba resistirse a Shell.

Miró hacia la pradera. Las estrellas estaban muy cerca en el cielo. Cuando era pequeña, pensaba que cuando creciera, sería tan alta que podría tocarlas. Había sido una ingenua pero no seguiría siéndolo.

Elsa Harrington Marshall había logrado una gran reputación con sus pinturas. Si le había dicho que tenía talento, Loni lo creía.

El bebé le dio una patada, se estaba estirando. Se dio unas palmaditas tranquilizadoras en el vientre pero al momento retiró la mano. No quería familiarizarse con el bebé porque estaba pensando en darlo en adopción.

Aún no se lo había dicho a Shell. Se enfadaría pero era demasiado egoísta pedirle que renunciara a su vida por culpa de un estúpido error. Amarlo no había sido el error. Simplemente era algo que no podía permitirse en ese momento. La aguardaba un futuro importante. Lentamente, se alejó hacia el estudio, un pequeño edificio en el extremo más alejado del establo.

No era fácil estar destinada para algo tan grande. Lo echaría de menos. Los últimos meses había tratado de mantener la distancia con él pero lo cierto era que ansiaba que la abrazara, ansiaba sentir su cuerpo excitado.

Sin embargo, sabía que tenía que mantenerse firme o acabaría casándose y sentando la cabeza, viviendo en un rancho del que nunca escaparía. Igual que su madre. Loni no quería parecerse a su madre.

Abrió la puerta del estudio y encendió la luz. El familiar aroma a trementina y pintura llenaba la estancia. Le encantaba. Pintaba un poco todos los días. Cuando el niño naciera, se dirigiría a Denver, tal vez a Dallas. A alguna ciudad donde pudiera establecerse como artista de renombre. Y cuando fuera famosa, se iría a Nueva York, donde tendría un loft en el Soho y viviría de verdad. O tal vez se iría a París.

Shell le había ofrecido el estudio cuando llegó al rancho. Le había dicho que podría pintar siempre si se casaba con él. Pero eso no era suficiente.

Se negaba a depender de un hombre. Shell quería que dependiera de él pero ella quería ser libre.

Cuando fuera una artista monumentalmente famosa, cenaría en restaurantes sofisticados, se compraría vestidos caros y joyas. Y

tendría cocinero y criada para no tener que cocinar ni fregar los baños nunca más.

Y nunca se casaría.

Moviéndose lentamente por la habitación, Loni estudió los cuadros que tenía apoyados contra las paredes. Llevaría consigo sólo los que consideraba mejores, el resto se quedaría. Cuando se hiciera famosa, le contaría a Shell el sacrificio que había hecho, lo mucho que lo amaba, pero que había tenido que seguir su destino.

Se pondría triste pero tendría que comprenderlo. Tal vez podría ir a visitarla. Tal vez podrían hacer el amor de nuevo.

Las lágrimas afloraron a sus ojos al pensar en el amor que sentía hacia él. Pero aunque tuviera diecinueve años solamente, sabía que si no escapaba de Wyoming pronto, nunca se iría.

Y quedarse no era una opción.

CAPÍTULO 4

A PESAR de haber puesto el despertador a las cinco, Brianna fue la última en levantarse. Bajó dando tumbos a la cocina, deseosa de tomar un café, aunque era consciente de que no debería probarlo. Tenía que vigilar la ingesta de cafeína. Se preguntó si tendrían algún tipo de infusión.

Los hombres levantaron la cabeza al verla entrar. Loni se giró desde donde estaba junto al fuego y le sonrió.

—Buenos días. Te prepararé unas tortitas en un minuto. Sírvete café. ¿Quieres salchichas o beicon, o las dos cosas?

—¿Tienes té? —preguntó Brianna consciente de que no estaba dando una buena impresión al aparecer tarde, pero demasiado cansada para preocuparse por ello. No había dormido bien, toda la noche dando vueltas. Y cuando no dormía lo suficiente ' estaba de mal humor.

Loni sacudió la cabeza. Encogiéndose de hombros, Brianna se sirvió media taza de café y dio un sorbo. Estaba demasiado caliente para dar un buen sorbo, pero parecía estar fuerte.

¿Cómo lo hacía Loni? Tenía un aspecto radiante y fresco, y era evidente que llevaba un buen rato levantada para haber preparado aquel fenomenal desayuno que estaban devorando los hombres.

—¿Has dormido bien? —preguntó Jake cuando Brianna se acercó a la mesa.

—Todo lo bien que se puede cuando estás en un sitio nuevo, supongo —dijo Brianna, que no quería dejarle ver que había estado demasiado nerviosa para dormir.

Los hombres se lo comieron todo rápidamente. Le maravillaba la enorme cantidad de tortitas que estaban comiendo, por no hablar de las salchichas, el beicon y los huevos revueltos. Cuando terminaron, se levantaron todos a una y salieron a la calle.

—Volveremos a la hora de cenar, Brianna —dijo Jake—. Loni te lo enseñará todo y te ayudará a instalarte. Pídele todo lo que necesites.

—¿No vendréis a comer? —preguntó. Pensaba que tenía que hablar de un montón de cosas y Jake se estaba yendo sin darle ocasión a hacerle ninguna pregunta.

—Hoy no. Estaremos demasiado lejos de la casa para poder venir —Jake miró a Loni—. Cuida de ella.

Loni asintió mientras fregaba los cacharros.

—Sé cuidar de mí misma —dijo Brianna, divertida ante la idea de que Jake creyera que una mujer más joven que ella tuviera que vigilarla. ¿No debería ser al contrario?

En cuanto Jake salió, Brianna se volvió hacia Loni.

—Puedo ayudarte a limpiar en cuanto termine de desayunar —dijo Brianna dando un mordisco a la deliciosa tortita. No era de extrañar que a Jake le gustara tener cerca a Loni. Era una cocinera fantástica.

—No me importa. No hay gran cosa que hacer. Iré al pueblo hoy para hacer la compra. ¿Quieres venir conmigo? Te enseñaré la ciudad, aunque no puede compararse con Nueva York. Quiero que me cuentes cosas de allí.

—Sí, me gustaría acompañarte. En el futuro, deja que yo me ocupe de la compra. Quiero decir, que como estás embarazada supongo que estarás cansada.

Loni miró a Brianna con suspicacia.

—Me canso. Normalmente me echo una pequeña siesta por las tardes a menos que tenga que ir al médico.

—¿Para cuándo lo esperas?

—Dentro de un mes. ¡Estoy ansiosa!

—Me lo imagino. Yo también tengo muchas ganas de tener un hijo —le confesó Brianna, que casi sonrió al pensar en ello. Lo que había sido una nebulosa durante mucho tiempo por fin empezaba a cobrar forma.

—Yo estoy ansiosa por dejar de estar en este estado —dijo Loni sacudiendo la cabeza—. Estoy harta de estar gorda. Tengo cosas que hacer, lugares que visitar.

—Oh —murmuró Brianna sorprendida ante la vehemencia de la joven—. ¿Qué sitios? Pensé que vivías aquí.

—Esto es sólo temporal. Me iré a Dallas o, al menos, a Denver.

—¿Con el bebé?

Loni se encogió de hombros.

—Aún no he decidido qué hacer con el bebé —dijo ella con tono desafiante.

Brianna dio otro sorbo a su café sin saber qué decir. ¿Acaso

estaría pensando en darlo en adopción? ¿Cómo podía una madre no querer a su hijo, no querer estar con él? Su madre solía decirle una y otra vez que ella era lo más valioso que tenía. Y había tenido que pagar un alto precio.

—Estoy segura de que harás lo mejor —dijo Brianna temiendo estar tocando un terreno movedizo.

Loni la miró con cautela.

—Suelo limpiar la cocina cuando los hombres se van. Después hago un repaso rápido por el resto de las habitaciones y finalmente me voy a mi estudio.

—¿Estudio? ¿Eres artista? —preguntó Brianna. Steven tenía una galería de arte y ella misma siempre había deseado tener algún talento.

—Pinto —contestó la chica con gesto dramático.

—Me encantaría ver tu trabajo —dijo Brianna.

—Ven al estudio y te lo enseñaré. Elsa me dijo que tenía talento.

—¿La abuela de Jake?

—Era una gran artista, Elsa Harrington.

—¿Elsa Harrington era la abuela de Jake? —Brianna se quedó atónita. No había duda de por qué Jake estaba tan enfadado ante el estado en que había quedado el rancho. Su abuela había sido una de las artistas más populares de Estados Unidos, por cuyos cuadros se pagaban grandes cantidades. Brianna recordaba haber oído hablar a Steven de su muerte el año anterior. Sus pinturas habían aumentado espectacularmente su valor a su muerte y no había dejado de lamentarse por no tener ninguna en la galería.

Y Elsa Harrington no le había dejado a su nieto nada más que un cochambroso rancho. ¿Por qué?

—Sí. Me dijo que malgastaría mi vida quedándome aquí. Por eso me marcharé en cuanto nazca el bebé.

—¿Por qué?

—A Elsa no le importaba vivir aquí, ella ya había conseguido su meta. Pero yo necesito vivir nuevas experiencias para ampliar mi visión. No puedo quedarme en este remanso de paz. Necesito escapar.

Brianna parpadeó rápidamente varias veces. ¿Loni trataba de convencerla a ella o a sí misma?

La vida era extraña. Ella necesitaba escapar del frenético ritmo

de vida de la ciudad y cambiarlo por aquel «remanso de paz» mientras que Loni ansiaba tener la oportunidad de huir. ¿Encontrarían ambas la felicidad con el cambio?

—¿Por eso quieres ir a Dallas?

—Sí, pero ahora me pregunto si no debería considerar la posibilidad de ir a Nueva York. Por eso quiero que me cuentes cosas de allí, para saber qué hacer cuando llegue. No quiero parecer una paleta.

—La Meca para todos los jóvenes —murmuró Brianna—. Si lo estás pensando en serio, puedo darte el nombre de algunos amigos para que te den algunas indicaciones —dijo Brianna pensando si podría ponerla en contacto con Steven. Estaba segura de que estaría encantado de echar un vistazo al trabajo de alguien recomendado por Elsa Harrington. Tendría que advertir a Loni de todos modos que no se tomara muy en serio todo lo que le dijera Steven. Ella sabía lo rápido que cambiaba de opinión.

—¿Lo harías? Sería maravilloso. ¡Gracias! Cuantas ganas tengo de que llegue. ¡Me gustaría que mi bebé naciera hoy mismo! —Loni sonrió llena de expectación.

—Ahora mismo no, por favor. Tengo que familiarizarme con un montón de cosas antes de poder ocuparme de la casa cuando tú te vayas.

—Es muy fácil —dijo Loni.

—Ya veremos. No he hecho muchas labores del hogar, la verdad. No había mucho que limpiar en el pequeño apartamento que compartía en Nueva York. Y lo de cocinar, me da la impresión de que cocinar para cuatro hombres es muy diferente a cocinar para un par de amigas.

Entre las dos terminaron pronto de fregar los cacharros. Loni condujo a Brianna al estudio y le mostró su trabajo llena de orgullo. A Brianna le gustaron algunos cuadros. Era un estilo agradable, aunque no había mucha variedad. Todo eran paisajes locales y bodegones. Sin embargo, estaba segura de que había un gran mercado para ese estilo.

Era media mañana cuando salieron hacia el pueblo. La lista de la compra era sorprendentemente larga y Brianna se alegró de haberse

ofrecido a ir en su todoterreno. Cuando ya llevaban dos carros y aún les quedaba mucho por comprar, Brianna le preguntó a Loni cómo se las apañaba para hacerlo ella sola.

—Compro primero lo no perecedero y dejo los carros cerca de la caja y vuelvo a por lo demás. Las cajeras conocen a todos los rancheros de la zona y están acostumbradas. Cuando lo tengo todo, voy a la caja y habitualmente algún mozo del supermercado lo carga todo en el coche. Sobre todo últimamente. Pero no hay nadie en casa para ayudarme a descargar. Tardo un montón en sacar las bolsas una a una.

Una mujer de mediana edad dio en ese momento la vuelta en el pasillo por el que iban ellas y se detuvo notablemente sorprendida.

—Hola, mamá —dijo Loni con calma.

Brianna se giró y sonrió pero la mujer apenas hizo un gesto de asentimiento con la cabeza antes de retroceder y meterse en otro pasillo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Brianna sorprendida ante el grosero comportamiento de la mujer que, al parecer, era la madre de Loni.

Loni inspiró profundamente antes de hablar.

—Mi familia me echó de casa cuando les dije que estaba embarazada. Parece que no se han suavizado.

—Oh, Loni, lo siento —dijo Brianna tocándole el hombro levemente. Sabía por lo que Loni estaba pasando. ¿Acaso no le había pasado lo mismo a su propia madre?

—No pasa nada. Cuando nazca el bebé, me iré de aquí.

A pesar del mantra tantas veces repetido, Brianna veía el dolor en los ojos de la joven, aunque optó por cambiar de tema. Para cuando llegaron a la caja, Brianna vio a su madre saliendo por la puerta a toda prisa. La familia debía permanecer unida en momentos de necesidad, no desertar. Aunque los padres de su madre no hubieran estado con ésta cuando el padre de Brianna la abandonó, su madre siempre le había hablado de una familia ideal cuyos miembros se apoyaban los unos a los otros en tiempos difíciles. Gracias a Dios que había tenido al tío Buck, el único miembro de la familia que las había ayudado.

Motivo por el que Brianna había aceptado que Steven no era para ella. ¿Acaso no había huido al mínimo atisbo de problemas? Ella

quería alguien con quien poder contar, alguien que estuviera siempre a su lado, aunque fuera por honor en vez de por amor.

Cuando regresaron al rancho y colocaron la compra, era bien pasado el mediodía. Después de comerse un sándwich, Loni se echó un rato.

Brianna aprovechó para terminar de deshacer la maleta. Exceptuando unos cuantos de sus conjuntos favoritos adecuados para una velada hogareña o para salir a cenar, todo lo demás que había llevado era nuevo. Sobre todo vaqueros y camisas de franela, prendas resistentes para la vida en el rancho. Había un vestido nuevo también, de un bonito tono crema que Brianna había comprado con gran optimismo para la boda.

Cuando terminó, se preguntó qué hacer. Estaba acostumbrada a no tener un minuto libre y se sentía rara. Bajó al piso inferior, deambulando entre las habitaciones. Estaban amuebladas con piezas resistentes, todas ellas viejas y lóbregas. Supuso que eran funcionales, sí, pero muy deprimentes. Consciente de que las flores de vistosos colores y los trazos luminosos eran la característica de las pinturas de Elsa Harrington, se preguntaba cómo podría haber vivido en un lugar como aquél. ¿Por qué no la habría decorado ella misma?

Brianna fue a abrir la puerta principal y quedó encantada con el cerrojo y la llave antiguos. Estaba claro que no debían de abundar los delitos por la zona porque hasta un niño podría romper aquel cerrojo. La puerta se atascó y tuvo que forcejear para abrirla y salir al porche. El sol de la tarde estaba detrás de la casa, por lo que daba sombra en el porche. La vista era magnífica, un paisaje interminable en el que onduladas colinas se recortaban contra el cielo azul.

Brianna bajó los tres escalones de madera hasta el suelo de tierra. Flanqueando los escalones había pequeñas zonas con aspecto de lo que parecían haber sido arriates de flores. La temporada estaba demasiado avanzada para plantar, pero cuando llegara la primavera, podría hacerlo. Y mientras tanto colocaría un par de macetas con crisantemos de brillantes colores en los escalones.

Vagó por el patio trasero planeando dónde plantaría arbustos y árboles. Si Jake no quería que gastase su dinero, podría devolvérselo cuando el rancho comenzara a dar beneficios. Comprendía la reticencia de éste a poner en peligro su valorada posesión. Ella se

sentiría de la misma forma pero a ella no le importaba el rancho.

Se dirigió al establo para explorar y quedó sorprendida al encontrarse a Shell limpiando a un caballo.

—¿Ya habéis vuelto? —preguntó entrando en el interior en penumbra—. Pensé que estaríais fuera todo el día.

—Uno de nosotros se queda cerca por si Loni necesitara algo —dijo cepillando al caballo en largas y uniformes pasadas—. Yo terminé antes y he vuelto. Hay mucho que hacer aquí.

—Bueno, ahora yo también estoy aquí y puedo ayudar si me necesitáis.

—Supongo —dijo él continuando con lo que estaba haciendo sin hacerle caso. Brianna lo observó un momento preguntándose cómo podría granjearse la amistad del hijo de su futuro marido. Aunque a juzgar por su actitud dudaba mucho que hiciera amigos fácilmente.

—¿Has trabajado en ranchos siempre? —preguntó al cabo.

—Desde que tenía dieciséis años.

—¿Aquí?

—No hasta el año pasado, cuando nos mudamos aquí —dijo él riéndose brevemente—. Para mi bisabuela era como si yo no existiera.

—Tampoco parecía importarle gran cosa tu padre —señaló Brianna.

Soltó la correa del animal y lo condujo hacia el corral que había fuera. Después tomó la silla y los aperos y se dirigió a la habitación que había al fondo del establo. Brianna lo siguió buscando sin cesar algo que decir para entablar una conversación. Pero no se le ocurría nada.

—No tengo la intención de separarte de tu padre —dijo.

—No lo pensaba —dijo él mirándola sorprendido.

—No querrá más a nuestro bebé que a ti —continuó casi con desesperación. Quería asegurarse de que Shell supiera que nadie lo reemplazaría a ojos de su padre.

—Puede que sí.

—¡No!

Shell parecía divertido ante la categórica negativa. Dejó la silla en un asiento y comenzó a limpiar las riendas.

—Sé que no crees en este matrimonio pero haré todo lo posible para ser una buena esposa.

—No me importa lo que haga Jake. Lo que me molesta es que siga humillándose delante de esa vieja bruja Si fuera yo, pasaría de ella y de su dichoso testamento.

—¿Y perder el rancho de la familia?

—Para mí no significa nada —dijo él encogiéndose de hombros.

Brianna sospechaba que eso no era enteramente cierto pero no iba a presionarlo.

—Significa mucho para tu padre y con el tiempo podría significarlo también para ti.

—Si me quedo, quizá.

—¿Estás pensando en irte?

Volvió a encogerse de hombros. Shell Bluefeather era un hombre parco en palabras.

—Loni habla mucho de irse de aquí —dijo Brianna. Se preguntó si lo sabría Shell.

—Sí, bueno, si ella se va, no hay nada que me retenga aquí, ¿no te parece?

—¿Pero entonces por qué no te casas con ella y os instaláis en algún sitio donde poder criar a vuestro hijo? —preguntó Brianna cuya indignación ante la injusticia parecía no tener fin. ¿De tal palo tal astilla? ¿Dónde se estaba metiendo?

—¿Crees que no se lo he pedido? Se lo pido al menos una vez a la semana, si deja que me acerque lo suficiente. Se lo pedí diariamente cuando me enteré de que estaba embarazada pero no quiere casarse con un estúpido mestizo. ¡Quiere ver las luces brillantes de Dallas o Denver, no vivir en este rancho cochambroso en medio de ninguna parte! Elsa le llenó la cabeza de tonterías diciéndole que ella podría ser la próxima gran pintora americana y Loni no ve nada más allá.

Brianna no sabía qué decir. ¿Por qué no quería la chica casarse con Shell? Podía pintar igualmente. Él era un hombre formal, con un buen trabajo y buenas perspectivas de futuro si Jake y ella conseguían quedarse con el rancho.

Jake sería abuelo en breve. Brianna parpadeó rápidamente. Si ella se casaba con él, ¡ella también sería abuela! Y ni siquiera era madre.

—Tal vez debieras reconsiderar si de verdad quieres unirte a esta familia antes de que sea demasiado tarde —dijo Shell antes de salir

del establo. Brianna se giró dispuesta a seguirlo, consciente de que tenía un montón de nuevas preguntas para Jake.

¿Sería cierto que Loni no quería casarse con él porque era medio indio nativo? Lo dudaba mucho. La chica no se habría enrollado con él, para empezar. Parecía más bien como si Loni quisiera tan sólo irse a la gran ciudad. Y Brianna no se imaginaba a Shell viviendo en otra parte que no fuera aquel rancho.

Más tarde, durante la cena, Brianna observó a la pareja con curiosidad. Cuando sus ojos se encontraron con los de Jake éste alzó una ceja en señal inquisitiva.

—Tal vez podríamos salir al porche a hablar un rato después de la cena —dijo Brianna con voz chispeante—. He limpiado las mecedoras y barrido el porche.

—¿Mecedoras? —se rió Nolan—. Ya te las ha preparado, Jake, y aún no eres abuelo.

—Habría sugerido el columpio pero no está —dijo Brianna con cierta aspereza pero a continuación sonrió—. Si vamos a ser abuelos, tal vez debamos ir practicando. ¿Qué puede ser más divertido que acunar a un bebé?

El silencio que invadió la cocina fue absoluto. Todos la miraban.

—¿Qué? ¿Acaso vais a decirme que no vais a pelearos por acunarlo?

Jake se aclaró la garganta.

—No estamos seguros de dónde estarán Loni y el bebé.

—Aquí no, desde luego —dijo Loni apartando la silla y poniéndose en pie—. Me voy a pintar —y tomando la chaqueta, salió de la cocina dando un portazo.

Shell miró a Brianna.

Nolan y Hank miraron sus respectivos platos. Jake seguía mirando a Brianna.

—Si ella y el bebé se quedan, seré el primero en acunarlo.

—Después de Shell —dijo Brianna.

El joven se levantó y salió de la cocina igual que había hecho la noche anterior.

—¿Es así como acaban todas las noches? —preguntó Brianna.

—Normalmente —dijo Hank—. Uno de los dos se pone de mal humor. ¿No es grande el amor?

Nolan se echó a reír y tomó otra galleta.

—Vamos, esta noche te voy a dar una paliza al póquer.

—En tus sueños, hijo.

Los vaqueros se levantaron y dieron las buenas noches al salir. Brianna y Jake cruzaron las miradas.

—Shell dice que quiere casarse con Loni pero que ella se niega —dijo Brianna.

—Sí. Una pena. Él está loco por ella pero ella no le deja ni acercarse desde que está embarazada. Estaban muy unidos antes. Loni siente que Shell la retendría aquí.

—Me pregunto si tendrá alguna posibilidad de éxito.

—No lo sé —dijo él—. Sus cuadros son bonitos pero no tengo ni idea de si tendrán tirón comercial. Al parecer, Elsa le dijo una vez que sí. Pero conociéndola, puede que sólo lo hiciera para hacer callar a su joven admiradora. Loni es muy soñadora.

—Quiere ser una artista famosa en algún lugar lejos de aquí.

—Ése es su objetivo ahora.

—¿Y Shell se quedará si ella se va?

—¿Por qué no habría de hacerlo? —preguntó éste sorprendido—. Ésta es su casa. Si conseguimos mantener el rancho, un día será suyo.

—Pensé que él no podía heredar.

—Resulta interesante. El testamento dice simplemente que para que yo herede tengo que tener un heredero legítimo en un plazo de dos años tras la lectura del testamento. Pero no hay restricción alguna que diga que tengo que dejar el rancho a mi heredero legítimo. He hecho que lo estudiaran varios abogados.

Brianna se levantó y comenzó a recoger los platos.

—¿Aún quieres que nos sentemos fuera? —preguntó Jake a continuación—. Hace más frío ahora que se ha puesto el sol —dijo reclinándose en la silla para mirarla.

—Sí. Allí tendremos más intimidad.

—Suena prometedor —dijo él con tono acariciador al tiempo que se levantaba para ayudarla a recoger los platos. Cuando se acercó al fregadero con ellos, Brianna lo miró.

—Quédate aquí y habla conmigo mientras friego los platos.

—Loni lo hará después.

—Yo puedo hacerlo ahora. Quédate —dijo Brianna llenando el fregadero de agua caliente.

Jake se apoyó contra la encimera, junto al fregadero, y la observó desde allí con los brazos cruzados.

—Si quieres que te ayude, pídemelo.

—¿Ayudarme? ¿Secando y colocando los platos? —dijo ella con una mirada juguetona.

—Podrías convencerme. Por un precio, claro.

—¿No habías dicho que no querías mi dinero?

Él se acercó un poco más, los brazos aún cruzados.

—Hay más cosas aparte de dinero.

Estaba flirteando con ella. ¿Cuánto tiempo hacía que nadie jugaba a la seducción con ella?

—Vale, morderé el anzuelo. ¿Cuál es el precio?

—¿Dónde vas a morder? —preguntó él acercándose aún más.

Brianna rió suavemente al tiempo que se inclinaba hacia él tanto que podía sentir su aliento en el rostro.

—Vaquero, puedo morderte en lugares donde nadie te ha mordido antes.

—Ya lo creo que podrías —dijo él rozándole los labios con los suyos.

Brianna saboreó la sensación que pareció recorrerla por dentro. Tenía unos labios cálidos y firmes y se movían suavemente como si quisieran más. Ella se inclinó más hacia él, consciente de que tenía las manos húmedas y llenas de jabón. Ansiaba rodearle el cuello y abrazarlo mientras cabalgaba sobre él.

Jake se tomó su tiempo como si estuviera explorando los sentimientos que tenerla tan cerca despertaban en él. Cuando finalmente se apartó, Brianna lo miró a los ojos tratando de adivinar sus pensamientos.

—¿Echándote atrás otra vez? —preguntó Brianna.

—No, comprobando si merece la pena colocar los platos.

Brianna le salpicó con el agua espumosa. Las bromas que siguieron intercambiando mientras terminaban con los platos parecieron tranquilizarla respecto a la elección que debía tomar. Si podían convivir como amigos, la vida sería más fácil.

—¿Así es que planeas hacer esto todas las noches? —preguntó Jake mientras guardaba la última cacerola en el armario que había sobre la encimera.

—Sólo hasta que los niños tengan edad para relevarme.

Jake se detuvo un momento y al cabo, asintió.

—Entonces lavaremos los platos tú y yo durante varios años, seguido de un paréntesis de unos veinte años, y después otra vez tú y yo.

—Parece un buen plan —dijo ella.

Veinte años. ¿Quién pensaba en algo a tan largo plazo? Aunque Jake parecía aceptarlo como algo natural.

—¿Entonces aún sigue en pie lo de ir a hablar con él abogado el viernes?

—Nada me ha hecho cambiar de idea —dijo ella—. ¿Y a ti?

—Tampoco.

—Intenté hablar con Shell esta tarde. Dice que no se siente unido a este rancho —dijo Brianna.

—No puedo cambiar lo que hice con Shell por mucho que me gustara. Lo único que creo que podría ayudar es conseguir quedarme con el rancho y para eso te necesito.

CAPÍTULO 5

EL LUNES era el día de la boda. El cielo estaba sembrado de pequeñas nubecillas blancas. El aire era fresco y lucía el sol. Había hablado con Connie y con Nancy durante horas la noche anterior. Después de mucho pensar si se trataba de la elección correcta, ahora que había llegado el momento, se sentía tranquila y confiada. Al menos, de eso trataba de convencerse.

Se vistió lentamente y se miró al espejo de la cómoda durante un largo rato. En menos de una hora se encontraría con Jake en el juzgado. Suspiró al pensar en que no habría una gran ceremonia con iglesia, con muchos invitados y la familia. Todas las jóvenes soñaban con algo así pero ella no tenía amigos en Wyoming, ni familia, hasta que se casara. Entonces Jake y Shell se convertirían en su familia.

Seis meses atrás si alguien le hubiera dicho que se iba a casar, habría pensado que sería con Steven. Steven, el hombre al que creía haber amado durante dos años. Parecían la pareja perfecta. Los dos estaban inmersos en sus trabajos, aunque siempre sacaban tiempo para pasarlo juntos. Disfrutaban con las mismas cosas: clubes nocturnos, visitas a los museos en un domingo lluvioso cuando no era temporada de teatro en Broadway. A ella siempre le había encantado mezclarse con los artistas de la galería de Steven durante las exposiciones que se celebraban por la noche. Y las breves vacaciones que habían disfrutado habían sido en un hotel de esquí en Vermont y en una playa de arena blanca en Jamaica.

Parpadeó rápidamente y retiró la vista. Era como si la ciudad de Nueva York aún le estuviera gritando para que regresara.

Se dio la vuelta y tomó un pequeño sombrerito que completaba el vestido. Esperaba tener el aspecto de una novia. Era lo menos que podía hacer por Jake. Y por ella misma.

Un toque en la puerta interrumpió sus pensamientos.

—Adelante.

Loni asomó la cabeza primero y a continuación abrió la puerta y entró. Llevaba un bonito vestido premamá de color lila y, en la mano, un ramo de novia.

—Le pedí a Jake que te lo comprara —dijo mostrándoselo a Brianna—. Ya conoces a los hombres, nunca se les ocurriría a ellos

solos.

—¡Gracias, Loni! —dijo ella tomando el ramo de rosas blancas. El largo lazo de satén que lo ceñía hacía juego con el color de su vestido.

Sonrió a la joven, sorprendiéndose una vez más ante la vena romántica que ésta desplegaba de tanto en tanto. Loni le había llevado el desayuno a la cama esa mañana para que no viera a Jake antes de la ceremonia. Éste ya se había ido al juzgado y ellas irían juntas.

—¿Estás segura de esto? —preguntó Loni ladeando la cabeza levemente—. ¿No tienes dudas?

—Loni, tengo un montón de dudas pero estoy todo lo segura que podría estar. La vida puede ser muy solitaria. Y ya no soy tan joven. Si no creo una familia pronto, se me pasará el momento —dijo Brianna mirándose en el espejo por última vez como asegurándose de lo que iba a hacer.

Apartó los recuerdos de Steven, de su última pelea y de lo que podría haber sido y levantó la barbilla.

—Estoy lista.

De camino a Sweetwater, Loni no dejaba de hacer preguntas sobre Nueva York. Brianna no había visto jamás tan insaciable hambre de información. Se estaba repitiendo pero a Loni no parecía importarle. Seguía mostrándose soñadora y esperanzada. Brianna se preguntaba si ella también se había mostrado tan idealista cuando era más joven.

Cuando llegaron al juzgado, Shell estaba esperando en los escalones. Se acercó al coche cuando Brianna aparcó y le abrió la puerta. Vestido con traje gris oscuro y las botas perfectamente abrillantadas, estaba tremendamente guapo. Brianna miró a Loni pero la joven estaba saliendo del coche sin ayuda, evitando en todo momento a Shell.

La brisa le levantaba el sombrero y tuvo que agarrárselo con la mano.

—Hace viento —dijo.

—Creo que se está preparando una tormenta. Jake está dentro con el juez. Dijo que te esperaría allí —gruñó Shell.

Brianna lo miró.

—Espero que no te moleste demasiado todo esto, Shell. Seré la

mejor esposa para él.

—No puedo hacer que cambiéis de opinión. Sólo espero que sepáis lo que estáis haciendo.

Brianna se sentía nerviosa, sensación que aumentaba ante las curiosas miradas de los transeúntes. Hizo un gesto con la cabeza a una mujer que la observaba sin disimulo y a continuación se dirigió hacia los escalones del juzgado.

Al poco estaba entrando en la sala y sintió que se mareaba un poco. Era la última oportunidad para cambiar de opinión. Vio a un hombre de cabello canoso a quien no conocía, indudablemente el juez. Nolan y Hank estaban presentes, ataviados con sus trajes de domingo, y una sonrisa en los labios.

Jake estaba de pie cerca de la ventana. Cuando se giró, sus rasgos familiares provocaron en Brianna una sensación de excitación en todo su cuerpo. En unos minutos, aquel hombre uniría su destino al de ella. Mentalmente dio el último adiós a Steven y marchó al encuentro con su futuro marido.

Las palabras del juez le resultaban familiares aunque parecían contener más significado al estar siendo dirigidas a ella personalmente. Cuando los declaró marido y mujer, Jake depositó un leve beso en sus labios. ¡Se habían casado!

Los vaqueros se acercaron a ellos para darles la enhorabuena y después salieron de la sala.

—Pensé que podríamos ir a comer a Silverado con Shell y Loni —dijo Jake tras dar las gracias al juez—. Luego volveremos al rancho. Hank y Nolan podrán ocuparse de todo hasta que lleguemos.

Habían hablado de hacer un viaje de luna de miel y los dos habían acordado que no era una buena idea. Jake no podía permitirse alejarse del trabajo y aquél no era exactamente el tipo de matrimonio que empezaba con una lujosa luna de miel.

Brianna miró a Shell. Había permanecido en silencio junto a su padre durante la ceremonia y se preguntaba cómo se sentirían Loni y él. Ella sabía que Shell quería casarse con la chica. ¿Sabría ésta lo que estaba rechazando? La vida en Nueva York podía ser excitante y divertida pero también muy solitaria. Loni iba a darle la espalda a un montón de cosas cuando se marchara.

—Me parece bien —dijo Brianna ante el silencio de todos.

—Loni y yo os alcanzaremos —dijo Shell extendiendo el brazo

para tomar el de Loni. Ésta pareció sorprendida y un tanto recelosa.

—Nos veremos allí entonces —dijo Jake.

Loni miró a los recién casados, que se alejaban por el pasillo.

—¿Qué quieres, Shell?

—Lo que he querido todo este tiempo, Loni, pero estoy empezando a comprender que no siempre logramos lo que deseamos. O que tenemos que hacer cosas que no queremos para poder conseguirlo. Jake no quería casarse, pero lo ha hecho para conseguir su rancho. No sé si podría haber hecho algo así con una extraña. Voy a pedírtelo otra vez. ¿Quieres casarte conmigo?

Loni se mordió el labio y sacudió la cabeza lentamente.

—No puedo.

Shell asintió y le soltó el brazo.

—Imaginaba que dirías eso. Es la última vez que te lo voy a pedir. No quiero que mi hijo nazca de unos padres que no están casados, sé lo que es eso. Pero no puedo obligarte. Al niño no le faltará nada y quiero pasar tiempo con él. No quiero que crezca sin conocer a su padre.

Loni desvió la mirada, el corazón en un puño. Ella no quería casarse, pero le daba miedo pensar que Shell no fuera a pedírselo nunca más. Siempre había creído que él quería casarse con ella.

¿Qué habría ocurrido si se hubieran casado? ¿Se habría enfriado su amor rápidamente? Se alegraba de haber hecho planes. Tendría tanto éxito que Shell le suplicaría que se casara con él.

No podía responder a sus palabras. Quería lo mejor para su hijo pero no se imaginaba llevándoselo a Nueva York. ¿Qué iba a hacer?

—Llegaremos tarde a comer —dijo Loni echando a andar preguntándose por qué la vida tenía que ser tan difícil. Miró a Shell pero trató de encontrar el valor. Su destino marchaba en otra dirección.

Shell no quería vivir en una gran ciudad igual que ella no quería vivir en Wyoming. Él tenía su hogar en las extensas planicies, perseguía su propio sueño. Aun así, Loni sentía mucho que ese sueño ya no la incluyera a ella.

Jake miró la hora y después hacia la calle.

—¿Dónde demonios estaban?

Brianna se dio cuenta de que se estaba impacientando pero no estaba segura de que se debiera enteramente al retraso de Shell y Loni. Debía de estar tan nervioso como ella. Habían dado un paso muy importante sin pensarlo demasiado. Brianna trataba de calmar sus dudas. Estaban casados. Para lo bueno y para lo malo. Se negó a darle vueltas al asunto. Respetaba a Jake. Tenían pensamientos lujuriosos cada vez que lo miraba. ¿No valía eso para empezar?

—¿Sabían que era este restaurante? —preguntó.

—El Silverado es el único lugar bonito para comer del pueblo —dijo él asintiendo con la cabeza.

Jake no la había mirado de verdad desde que llegara a la sala del juez, excepto justo antes de besarla.

El todoterreno de Brianna apareció a la vuelta de la esquina y Jake se relajó visiblemente. Cuando los chicos se unieron, Jake les preguntó por qué se habían retrasado.

—Asuntos pendientes —murmuró Shell—. Pero ya está todo arreglado.

Brianna miró a Loni. La chica llevaba una sonrisa en los labios pero Brianna sabía que no estaba feliz.

La celebración resultó más bien sombría. La comida era excelente pero nadie parecía estar disfrutando de ella. Brianna notó que sus nervios aumentaban hasta convertirse en aprensión. Pasaría la tarde cambiando sus cosas a la habitación de Jake. Después cenarían y después... se irían a la cama.

El corazón empezó a latirle con fuerza al pensarlo. No estaba preparada. Era cierto que quería un matrimonio y una familia pero la realidad daba miedo.

—Se avecina una tormenta —dijo Shell retirando el plato vacío —. Creo que voy a acercarme a la meseta a comprobar si la cabana de madera está en condiciones por si tuviéramos que ir allí. Llevaré latas de comida. Creo que hay heno para el caballo. Tal vez me acerque después a la casa de Ormsby para pasar allí la noche.

Jake asintió.

—Si Nolan ha arreglado ese último tramo de alambrada, creo que podremos aguantar. Hasta que ocurra algo más.

—O hasta que la lluvia lo arrastre todo —gruñó Shell jugando con el tenedor mientras aventuraba una mirada a Loni—. ¿Estás lista para irnos?

Ella sacudió la cabeza. Justo en ese momento, el camarero les llevó una pequeña tarta blanca que dejó con gran fioritura entre Jake y Brianna.

—¡Qué bonito! —dijo Brianna encantada, y al momento supo que había sido idea de Loni—. ¿Cómo lo has hecho? —le preguntó con una sonrisa.

—Tengo mis contactos. No podías casarte sin tarta nupcial. Tenéis que cortarlo y pedir un deseo —dijo la chica igualmente sonriente.

—¿Pero eso no se hace cuando soplas las velas de una tarta de cumpleaños? —preguntó Jake.

—También se puede pedir un deseo delante de una tarta nupcial —dijo Loni—. Vamos, cortadla. Cuando tomemos la tarta, me iré con Shell. Pero no es necesario que vosotros os deis prisa en volver. Podéis dar una vuelta por el pueblo o algo así.

—Tengo que hacer cosas en el rancho —dijo Jake.

—¿El día de tu boda? —dijo Loni claramente ofendida.

—Yo también tengo cosas que hacer —dijo Brianna decidida a comenzar con su nueva vida. Y ponerse del lado de su marido formaba parte de ello—. Ha sido una boda preciosa y esto también. Gracias, Loni. Significa mucho para mí.

Brianna y Jake cortaron la tarta y la compartieron con algunos de los presentes en el restaurante. Recibieron felicitaciones y algunas personas fueron presentadas a Brianna. No pudo retener todos sus nombres pero se esforzó. Aquellas personas serían sus vecinos.

De camino a casa, Brianna intentó relajarse. El día había ido sorprendentemente bien. Ya se iría preocupando de las cosas según fueran llegando.

Jake se cambió de ropa y enseñó a Brianna dónde podía poner su ropa en el armario y la cómoda.

—Si necesitas algo más, dímelo. Puedo traer otra cómoda si necesitas más espacio —dijo Jake mirando a su alrededor como si viera la habitación por primera vez.

No era la habitación principal de la casa. Ésa había sido la de su abuela y él no quería dormir en ella. Jake observó la cama y se preguntó si Brianna estaría pensando lo mismo que él, que esa noche los dos dormirían juntos en esa cama.

O no dormirían. Puede que hicieran el amor. Se frotó la nuca

mientras notaba cómo aumentaba la tensión. Sólo esperaba que Brianna no se comportara como una mártir victoriana, tumbada sobre la cama y pensando en Inglaterra.

Por primera vez desde que recordaba, el sexo lo estaba poniendo nervioso. Aquello no iba a ser sexo de una noche. Si las cosas no funcionaban, tendría que vivir con ello toda la vida.

—Está bien. Traeré las cosas y veré si necesito más espacio, aunque no creo. No he traído mucho. ¿Dónde puedo poner mi ordenador?

—¿Has traído un ordenador? ¿Para qué?

—Para estar en contacto con mis amigos, para empezar. Llevo todas mis cuentas ahí y pensé que podría ser útil aquí.

—¿Para qué?

—No lo sé. Siempre lo puedo usar para navegar por Internet. No tengo mucho que hacer aquí. Cada vez que me he ofrecido para ayudar en esta semana, me has dicho que no.

Era cierto. No era una ranchera. Habría tardado más tiempo en enseñarle que en hacerlo él mismo o pedirle a alguno de los hombres que lo hiciera. Además, cuando se quedara embarazada, no quería que se ocupara de tareas pesadas.

—Hay cosas que hacer en la casa.

—No tardamos mucho entre Loni y yo.

—Ella no estará aquí mucho tiempo. No deja de decir que se irá cuando tenga el niño. Me gustaría saber de qué hablaron Shell y ella antes de venir al restaurante —dijo Jake.

—De su marcha, probablemente. O tal vez le haya pedido otra vez que se case con él al vernos a nosotros. Yo podría ocuparme de algunas cosas en la casa.

La insinuación lo incomodó.

—No. Ya te lo dije el primer día.

—También es mi casa, Jake —dijo ella tratando de razonar—. No estoy hablando de hacer muchas cosas, sólo unas cortinas nuevas y pintar. ¿O acaso tenemos que mantener este sitio como lo tenía tu abuela?

La pregunta lo detuvo en seco. Él no quería tener nada como Elsa. Estaba seguro de que unas cortinas y una capa de pintura no convertirían a Brianna en copropietaria en caso de que se divorciaran.

Miró a Brianna y se quedó sorprendido al ver la manera en que ella lo miraba a los ojos. No creía que hubiera motivos ocultos en su sugerencia. Simplemente quería adecentar aquel sitio. Hacerlo más hogareño. ¿Acaso no era lo que querían todas las mujeres?

—También es tu casa. Haz lo que creas necesario, dentro de lo razonable. Pero no toques el despacho.

Jake sintió la urgente necesidad de salir de la casa. Tan próximo a ella, al dulce aroma de su piel, se estaba volviendo loco.

Brianna asintió.

—Volveré para la cena —dijo Jake saliendo de la habitación, pero se detuvo en la puerta y se dio la vuelta. ¿Debería besarla ahora que estaban casados?

—Estoy bien. Disfruta de la tarde —dijo ella.

Jake salió hacia el establo, con un cosquilleo incómodo. Sabía que en condiciones normales, el novio no se iría a trabajar el día de su boda. Pero había muchas cosas que hacer y la tormenta que se avecinaba anunciaba ser la primera de muchas. El tiempo se le acababa. Dentro de poco, el invierno llegaría y no podían permitirse que los pillara por sorpresa.

Brianna se puso unos vaqueros y miró la habitación. Desde luego, no era la boda de sus sueños pero tendría que valer. Tomó un montón de ropa de su habitación y la llevó a la de Jake. La fue colgando en el armario y de paso estudió la ropa de Jake, tocando primero el traje que se había puesto esa mañana. Tenía poca ropa, un par de vaqueros, media docena de camisas. Ningún traje de diseño o ropa informal. Sólo prendas prácticas y duraderas.

Se alegraba de haberse deshecho de la mayoría de las prendas que usaba en Nueva York. Habrían estado totalmente fuera de lugar en Wyoming.

Hacia las cuatro terminó con la ropa. La habitación seguía llevando el sello de Jake pero pondría algunas cosas sobre la cómoda y cambiaría la ropa de cama. Encendería una vela de vainilla para cubrir el olor a ganado y heno. Algún día se acostumbraría, pero ese día aún no había llegado.

Brianna bajó a la cocina para ver si Loni había empezado con la cena. Se sorprendió al encontrarse a la joven sentada a la mesa,

junto a una taza de chocolate caliente, una mirada pensativa en el rostro.

—¿Ocurre algo? —preguntó Brianna.

Loni sacudió la cabeza.

—¿Qué hay para cenar? ¿Quieres que empiece yo?

—Cenaremos filetes. Pensé que sería buena idea para la celebración. Meteré las patatas en el horno ' dentro de unos minutos. El resto había pensado dejárselo a Shell —dijo Loni, que se detuvo en seco y, por un momento, Brianna pensó que iba a echarse a llorar.

—Jake y él se ocuparon de hacer los filetes la última vez —dijo Loni poniéndose en pie—. Pensé que no sería propio que Jake cocinara el día de su boda pero supongo que como Shell no está, tendrá que hacer él los filetes. Shell se ha ido hace una hora. Lo he visto salir a caballo.

—Supongo que pensaría que la celebración del mediodía ha sido suficiente —dijo Brianna—. ¿No dijo algo de ir a comprobar el estado de una cabana y que luego iría a casa de alguien?

—No sé si pensará volver algún día.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Brianna, sorprendida por el comentario de la chica. Ella pensaba que Shell sólo estaría fuera esa noche.

—Me ha pedido que me case con él otra vez. Al rechazarlo, me dijo que no volvería a pedírmelo más veces. No es que me importe. Que le vaya bien. Siempre me estaba molestando con lo mismo. Tal vez así deje de hacerlo —dijo ella con tono desafiante aunque Brianna se preguntaba si...

—¿Entonces lo de la cabana ha sido sólo una excusa?

—Creo que sí. No sé si tiene intención de volver. Puede seguir con su vida. Siempre ha dicho que no tiene ningún lazo con las tierras de Elsa Marshall.

—Pero si Jake las hereda, se convertirían en las tierras de su padre y, al menos una parte, será suya algún día.

—¿Crees que Jake le dejará parte del rancho a Shell? —preguntó Loni.

—Por supuesto. ¿Por qué no habría de hacerlo? Shell es su hijo. El hecho de que no supiera nada de su existencia hasta que éste cumplió quince años no significa que Jake no se preocupe por él —dijo Brianna según lo que el propio Jake le había dicho a ella,

aunque dudaba mucho que se lo hubiera dicho alguna vez a Shell. El chico seguía mostrándose irritado con la relación. Lo que tenían que hacer era sentarse y hablar de ello con calma.

—Yo me ocuparé de la cena. No deberías hacer nada el día de tu boda —dijo Loni.

—No tengo nada que hacer. Lavaré las patatas. ¿Por qué no preparas unos cuantos panecillos de esos tuyos y me dejas que aprenda a hacerlos?

La cena tuvo el mismo carácter de poca celebración que la comida. Los hombres estaban cansados. En cuanto terminaron, Hank y Nolan se excusaron y se marcharon.

—Yo fregaré los platos. Insisto —dijo Loni—. Y, Jake, ¡te aseguro que me dará un ataque de histeria si dices que irás a ocuparte de las cuentas en tu noche de bodas!

—Nada de cuentas esta noche —dijo él levantando la mano en son de paz—. ¿Quieres salir al porche? —preguntó a Brianna.

Esta asintió sorprendida y complacida. Hacía fresco pero se pusieron las chaquetas, igual que las noches anteriores. Poco a poco, iban hablando de las cosas. Tal vez esa noche podría contarle la verdadera razón por la que había huido de Nueva York.

Cuando salieron al porche, Brianna se detuvo.

—¡Está lloviendo! —dijo avanzando hasta el borde del porche para comprobar cómo las gotas humedecían la tierra.

El aroma de la tierra mojada llenaba el aire. Se giró en redondo y sonrió a Jake.

—¿No necesitáis la lluvia? —preguntó.

—Si se queda así, está bien. Pero cuando llueve con fuerza, se forman enormes riadas —dijo él avanzando hasta ella—. Al menos no nieva.

—Parece que hace más frío esta noche —dijo temblando ligeramente debajo de la chaqueta—. ¿Es por la humedad?

—Sí, pero la temperatura está bajando de todas formas. Mañana por la mañana, habrá nieve en los picos. ¿Tienes demasiado frío para quedarte fuera?

—Lo más probable es que no pueda quedarme mucho rato —dijo Brianna deseosa de que Jake se acercara más a ella y le ofreciera su calor.

El corazón le latía con fuerza. En unas horas más, se irían a la

cama. Trató de respirar pero sentía cómo una oleada de pánico le recorría el cuerpo. ¡No estaba preparada! ¿Podía decirle cómo se sentía? Quería pedirle un poco más de tiempo, hasta que se conocieran mejor.

Era un pensamiento estúpido. Él necesitaba un heredero lo antes posible. No lo imaginaba esperando a que a ella le viniera bien.

—¿Brianna? —Jake estaba a su lado. Ella alzó la vista lo justo para mirarlo a los ojos a la luz tenue que llegaba del interior de la casa.

—¿Qué?

Jake bajó la cabeza y la besó suavemente. Separándose un poco de ella, le rozó el labio inferior con el pulgar.

—Tenemos que resolver el asunto de la «primera vez».

—Igual que hicimos con el primer beso —dijo ella, con el corazón desbocado.

—Algo así —dijo él acariciándole el pelo. A continuación la tomó en sus brazos y la besó de nuevo. Pero aquél no fue como los besos anteriores. En esa ocasión, era el beso de un hombre que quería seducir.

Brianna saboreó las deliciosas sensaciones que la recorrían. Abrió la boca y pegó su cuerpo al de él. Se había olvidado del frío y de la lluvia. La única realidad era Jake y cómo la estaba besando.

Éste comenzó a meter la mano entre la chaqueta hasta que encontró sus pechos. El calor y el deseo aumentaron en ella. Brianna ladeó la cabeza dejando que Jake la besara en el cuello, allí dónde latía su pulso acelerado.

—Vamos dentro —susurró él.

—Sí —dijo ella. Si aquélla era su idea de resolver el asunto de su primera vez juntos, tenía su aprobación.

Jake rompió el abrazo, reticente a separarse de ella la breve distancia que había hasta su habitación.

Brianna se giró para entrar en la casa cuando oyó que alguien llamaba a Jake. Nolan apareció de pronto.

—Jake, el caballo de Shell ha regresado sin su jinete.

CAPÍTULO 6

CUÁNDO? —preguntó Jake—. ¿Qué ha ocurrido?

—No sabemos cuándo. Hank oyó algo y echamos a suertes ir a ver quién salía a comprobarlo. Perdí yo. Encontré el caballo de Shell golpeando la puerta del corral. Está empapado, así es que debe de llevar bajo la lluvia un buen rato. Lo he atado pero ni siquiera le he quitado la silla. Vine directamente a avisarte.

—Vamos —dijo Jake bajando los escalones del porche dirigiéndose hacia el establo a la carrera mientras Brianna los seguía lo más rápidamente posible.

—¿Puede haberse caído? —preguntó Brianna cuando llegó hasta Jake y el caballo.

—Eso o no ató al caballo y algo lo asustó. Los caballos suelen dirigirse a casa cuando están atemorizados —contestó Jake. El animal permanecía dócilmente bajo la lluvia, la silla reluciente por la humedad, la cabeza colgando.

Jake le hablaba mientras le acariciaba el lomo. Se detuvo al tocarle una pata.

—Tiene un rasguño feo aquí. Debe de haberse caído. Puede que hiciera caer a Shell si éste no iba prestando atención.

—¿Crees que podremos encontrarlo esta noche?

—Desde luego voy a intentarlo. Si está herido, el mal tiempo que hace no lo ayudará. Aunque puede que estuviera cerca de la cabana y esté a cubierto.

Brianna no dijo nada pero hasta una urbanita como ella sabía los riesgos que tenía la exposición a los elementos en una noche así.

—¿Qué puedo hacer?

—Trae mantas, un termo de café caliente y uno de sopa si la puedes preparar rápido. Voy a ensillar mi caballo, a buscar prendas de lluvia y saldré a buscarlo. Iba a la planicie, así que, con un poco de suerte, lo encontraré.

Jake desató las riendas y condujo al caballo al establo. Se detuvo entonces y la llamó.

—Llama a Ormsby para asegurarte de que Shell no está allí. El número está en la libreta de direcciones, junto al teléfono.

Brianna asintió y se dirigió a la casa. La calidez de la cocina

contrastaba fuertemente con el frío exterior. Esperaba que Shell no estuviera herido. Se estaría congelando.

Corrió a preparar café y mientras se hacía, vació una lata de sopa en un cazo. Agradeció haber aprendido a utilizar la vieja cocina.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Loni entrando en la cocina.

—Puede que Shell tenga problemas. Jake y los hombres van a salir a buscarlo. ¿Puedes decirme dónde están los termos? Jake quiere llevarle alimentos calientes. Ah, y tengo que llamar a Ormsby para asegurarme de que no está allí.

—¿Qué quieres decir con problemas? Iba a la cabana y después a casa de Ormsby —dijo Loni con la voz tensa por el miedo.

—Su caballo ha regresado solo y con una herida en la pata. Jake teme que Shell esté herido.

—Iré a llamar a los Ormsby. Los termos están en el armario sobre el frigorífico —dijo Loni sollozando.

Parecía que el café tardaba horas en subir. Llenó tres termos de agua caliente mientras esperaba para llenarlos de café y sopa.

Jake entró en la cocina, los hombros mojados, el pelo reluciente por el agua.

—Casi he terminado —dijo Brianna.

—No está en casa de los Ormsby —añadió Loni—. Cari dice que hace semanas que no lo ve. Jake, no le habrá pasado nada, ¿verdad?

—Probablemente venga de camino, maldiciendo a su caballo —dijo Jake—. Llevaremos un tercer caballo para él. Necesito mi impermeable y mi móvil.

En unos minutos, Jake estaba listo, los termos bajo el brazo. Brianna y Loni permanecieron en el porche trasero observando a Nolan y a Jake, y atado al caballo de éste, un tercer animal. Hank se quedaría en casa por si Jake necesitaba más ayuda después.

—No le pasará nada. Shell sabe valerse ahí fuera, en las praderas —dijo Loni mirando mucho después de que los hombres hubieran desaparecido de la vista.

Brianna la hizo entrar en la casa.

—No le pasará nada y mucho menos cuando su padre lo encuentre. Vamos dentro o pillarás una pulmonía.

—Yo sólo... no puedo creer que pueda ocurrirle algo —dijo Loni mirando por encima del hombro con preocupación.

—Ya sabes que Jake hará todo lo posible por Shell. Nos estamos

preocupando por nada.

Aguardaron en la cocina durante horas. Finalmente, Brianna consiguió convencerla para que se fuera a la cama con la promesa de despertarla si se enteraba de algo.

Brianna subió a la habitación de Shell y dobló la cama para hacer algo. Puso una tetera a hervir para hacerse un té mientras esperaba.

En un momento, se puso la chaqueta sobre los hombros y salió a los barracones donde dormían los vaqueros. La lluvia había arreciado. Hank estaba despierto, viendo una vieja película en la tele. Levantó la vista al verla entrar.

—¿Han vuelto ya?

—No, sólo quería saber si puedo hacer algo más. La espera es dura.

—No hay nada que podamos hacer. Si necesitan la camioneta, saldré yo, pero Jake no ha llamado.

—¿Quieres café o algo?

—No, muchas gracias. Tengo aquí un poco pero estoy harto de tanto café.

Brianna regresó a la casa mirando en la dirección en que Jake y Nolan habían desaparecido, con la esperanza de oír algo; pero lo único que alcanzaba sus oídos era la lluvia golpeando el alero de la casa.

Hacia las dos, Brianna estaba tan cansada que reposó la cabeza en la mesa de la cocina. Vaya una noche de bodas. ¿Quién habría esperado que la pasaría sola, preocupada por su hijastro? Cerró los ojos y...

—¿Brianna?

Abrió los ojos y se incorporó lentamente. Estaba rígida. Jake estaba a su lado, con el impermeable chorreando sobre el suelo.

—¿Y Shell?

—Lo hemos encontrado. Hank está preparando la camioneta. Voy a llevarlo al hospital. Creo que se pondrá bien. Cayó al suelo cuando el caballo tropezó con unas rocas. Se quedó inconsciente un rato. Creo que se ha roto un brazo también pero él dice que no. Vete a la cama. Estamos bien, o lo estaremos tan pronto como lo llevemos al hospital.

—Puedo ir con vosotros —dijo.

—No es necesario. Vete a la cama. Yo volveré lo antes posible.

—Conduce con cuidado, las carreteras están mojadas.

Él la miró divertido.

—Sí, señora.

—Estaré preocupada.

—Eso es una novedad. De todas formas, recorrer estas tierras a caballo por la noche es más peligroso que las carreteras del condado —dijo él inclinándose sobre ella para darle un beso. Tenía los labios fríos. Brianna deseó que se detuviera lo suficiente para poder calentarlo pero parpadeó rápidamente al darse cuenta de que se había ido. Se levantó entonces a apagar la tetera, y subió a la cama.

Cuando Brianna se despertó un rato más tarde, no estaba sola. A su lado estaba Jake, dormido. Tenía la cara medio enterrada en la almohada, y un brazo alrededor de su cintura que le impedía moverse. La parte que podía ver parecía más relajada que nunca pero seguía teniendo ese aire salvaje que tan atractivo le parecía. Necesitaba un corte de pelo, que parecía revuelto y asilvestrado como el de un niño aunque no parecía importarle.

De pronto, abrió los ojos.

—¿Y Shell? —preguntó Brianna, girándose y notando el calor de él bajo las mantas. Su primer despertar juntos. Hablando de cosas en la cama. Se le antojaba surrealista.

—Tiene una leve conmoción, un brazo roto, un hombro dislocado y magulladuras en las costillas y la cadera. Pero se pondrá bien.

—Claro, puede que ahora mismo esté fuera, cabalgando por la pradera.

—¡ Será mejor que no!

—¿A qué hora regresaste?

—Hace un par de horas.

—¿Qué hora es? —dijo ella mirando a su alrededor en busca de un reloj, pero no encontró ninguno. Jake le ciñó la cintura con más fuerza.

—La primera vez que te vi la semana pasada, pensé que estabas demasiado delgada —dijo recorriéndole las costillas con un dedo—. Tienes que engordar un poco, especialmente ahora que llega el invierno —dijo él reposando el pulgar junto a su pecho.

Brianna contuvo el aliento y lo miró a los ojos.

—Con suerte, en unos pocos meses estaré más gorda de lo que cualquiera de los dos hubiera podido imaginar.

—Con suerte —dijo él besándola y recorriéndole el cuerpo con una mano hasta encontrar el dobladillo de su camisón, bajo el cual introdujo la mano. Cuando Brianna notó el contacto de su palma contra su pierna desnuda, notó una sacudida.

Trató de relajarse pero la sangre le recorría las venas a toda velocidad. Jake sabía hacer magia con la boca. La atracción que se había convertido en deseo el primer día que lo vio aumentó y llenó cada recoveco de su cuerpo. Aquello le parecía de lo más adecuado, como si hubiera estado esperando toda su vida a aquel hombre...

Brianna pensó medio adormilada tras hacer el amor que aquello era una pura delicia. La sensación de aletargamiento, el calor... No había sido la noche de bodas que había imaginado pero el matrimonio había sido consumado sin duda.

—¿Estás bien? —preguntó Jake.

Brianna asintió. Quería decir algo pero no estaba segura de qué. ¿Tal vez algún comentario sobre ese nuevo estado? No había habido palabras de amor, de compromiso. Tampoco las había esperado.

—Bien —dijo él tumbado a su lado, abrazándola con fuerza mientras tiraba de la manta y la sábana para cubrir a ambos. Brianna se hizo un ovillo junto a él, sintiéndose segura y querida. Pensó que así comenzaba un matrimonio y se fue quedando dormida.

Cuando se despertó, Jake ya no estaba a su lado. Extendió la mano hacia su almohada y notó que aún estaba caliente. No debía de llevar mucho tiempo levantado. Decidió que también ella tenía que levantarse. No sabía qué hora era.

Recogió sus cosas y fue al cuarto de baño pero encontró la puerta cerrada. Oía la ducha y se preguntó si sería Jake quien estaría dentro. Pensó en abrir la puerta y ducharse con él pero no tuvo valor.

Unos minutos después volvió a la habitación y pareció sorprenderse de encontrarla despierta, sentada en la cama.

—¿Qué hora es? —preguntó Brianna—. Tenemos que comprar un reloj para la mesilla.

—Más de la una. Quiero hacer algunas cosas antes de que se haga más tarde.

—¿La una de la tarde? —dijo ella levantándose de un salto—. Santo Dios, pero si hemos dormido todo el día.

—Por eso tengo que irme.

—Sigue lloviendo.

—El trabajo de un ranchero no se detiene por la lluvia —dijo él.

—¿Cómo está Shell?

—He ido a verlo antes de ducharme. Seguía durmiendo. El médico le dio unos calmantes y unos antibióticos. Lo mejor que puede hacer ahora es dormir.

—¿Quieres que te haga algo para comer? —preguntó Brianna un poco avergonzada bajo el camisón que se había puesto a toda prisa antes de ir al baño. Jake estaba completamente vestido. Era una sensación más íntima de lo que había imaginado, compartir la habitación con un marido, tener una conversación sin importancia como si llevaran años haciéndolo.

—Tomaré algo cuando pase por la cocina. Te veré a la hora de la cena —dijo él acercándose a la puerta un tanto dubitativo y finalmente, salió.

Brianna deseó que Jake hubiera dicho algo para calmar la tensión del ambiente; o tal vez debería haberlo dicho ella, ¿pero qué?

Para cuando la cena estuvo preparada, Brianna se había convencido de que se sentía cómoda con el cambio de estado. Loni le había pasado a ella la decisión de lo que se hacía para cenar, pero cuando los hombres entraron en la cocina, Brianna se sintió rara.

Shell había pasado casi todo el día en su habitación, por eso la sorprendió verlo en la mesa. Llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo y andaba con más cuidado de lo habitual.

—¿Necesitas algo, Shell? —preguntó Loni en voz baja.

—Nada especial. Cenaré lo mismo que los demás.

Enseguida se dieron cuenta de que necesitaría ayuda para cortar el filete y cuando Loni se inclinó para hacerlo, Shell pidió a Jake que lo hiciera él.

—Me siento como un maldito crío de dos años —gruñó. Tenía un moratón en la frente con bastante mal aspecto. Brianna se preguntó si debería haberse levantado, pero tras ese comentario decidió no decir nada. Después de todo, era un hombre.

—Dinos qué te ocurrió —dijo Nolan cuando todos empezaron a

comer.

—Ese caballo estúpido se asustó por algo. No lo vi. Resbaló y salí disparado como un torpe novato.

Brianna pensó que debería dar las gracias por no haberse hecho nada peor. Cuando miró a Jake, vio que éste estaba preocupado pero no decía nada y ella hizo lo mismo. Tenía que acostumbrarse a muchas cosas.

Tras la cena, Jake dijo que se iba a mirar las cuentas. Shell lo acompañó. Loni y Brianna se quedaron a solas en la cocina fregando los platos.

—Espero que se ponga bien pero es tan testarudo que nunca le diría a nadie que no se encontraba bien —dijo Loni metiendo las manos en el agua jabonosa.

—¿Shell?

—Por supuesto. Los hombres tienen que mostrarse viriles con ciertas cosas. Eso de ser estoicos...

—He oído que los hombres suelen ser malos pacientes. Confío en que Jake le haya preguntado al médico. Se pondrá bien.

Loni asintió y Brianna contempló, asombrada, cómo los ojos de la joven se llenaban de lágrimas.

—¿Estás bien?

—Son las hormonas —dijo Loni asintiendo con una sonrisa—. No hay motivo para no estarlo.

—Tuve miedo —dijo Brianna.

—Cosas como ésa ocurren a menudo en un rancho. ¿Por qué no —? —se detuvo en seco—. No importa. ¡No veo el momento de irme de aquí!

—Eso será pronto —murmuró Brianna.

—¿Le has hablado a tus amigos de mí? —preguntó Loni.

Brianna asintió.

—¿Crees que no les importará enseñarme cómo funcionan las cosas en Nueva York? Espero poder vender algunos de mis cuadros pronto para tener un poco de dinero. Tal vez puedan decirme dónde encontrar un apartamento.

—Estarán encantados de enseñarte la ciudad y presentarte a otros amigos. Podrás contarles mi aventura en Wyoming.

—Pero no diré que pienso que estás loca —dijo Loni sonriendo.

—Pensaron que me había vuelto loca cuando dije que venía a

Wyoming. Tu opinión sólo los convencería de que tenían razón —dijo Brianna con una sonrisa.

—¿Puedo decirles que estás felizmente casada? —preguntó Loni mirando de reojo a Brianna.

Ésta notó que se sonrojaba al recordar el sexo que había compartido con Jake por la mañana. Estaba casada. Y feliz o, al menos, bastante contenta.

—Absolutamente —dijo ella no muy segura de que sus amigos fueran a creerla; necesitaría mucho para convencerlos de que había tomado la decisión correcta.

Loni fue a su habitación cuando terminaron en la cocina. Brianna se dirigió al despacho. Shell estaba sentado frente a su padre, las piernas estiradas. Jake estaba detrás del escritorio, con un montón de papeles delante. Levantó la vista al verla en la puerta.

—¿Necesitas algo?

—En realidad no. Sólo he venido para ver qué estabas haciendo. ¿Interrumpo?

—No —dijo Shell levantándose—. Vosotros dos probablemente queráis estar solos. Me iba a la cama ya, de todas formas. Una noche más de sueño y estaré listo para trabajar mañana por la mañana.

—Tómate unos días de descanso —aconsejó Jake.

—Me volvería loco sentado todo el día. Tendré cuidado y no utilizaré la mano izquierda. No necesito enfermera —dijo el chico saliendo del despacho evitando así todo tipo de discusión.

—Es la prueba de lo que siempre he oído decir. Los hombres sois unos pésimos pacientes —dijo ella atravesando la habitación hacia el escritorio—. ¿Todo eso son facturas?

—Facturas, impresos de impuestos y requisitos gubernamentales para los rancheros. Odio el papeleo.

—Supongo que es parte necesaria de todo negocio —dijo ella.

Jake asintió con la cabeza.

Brianna se apoyó en el borde del escritorio y lo miró.

—Si trabajas fuera todo el día y te pasas aquí las tardes, ¿cuándo tienes tiempo para otras cosas?

—¿Como qué?

—Visitar a los amigos, ir al cine, ver la tele o dedicarte a cualquier otro hobby.

—Cuando saque este lugar de la ruina quedará tiempo para todo

eso.

—Podría ayudarte.

—¿Cómo?

—Haciendo todo esto —dijo ella señalando con un gesto de la mano los papeles desperdigados por la mesa.

—Puedo arreglármelas.

—Deberías poder hacerlo ya como un autómata.

—Cuando le pille el tranquillo.

—Yo estoy acostumbrada a los ordenadores. He hecho muchos análisis de costes para los proyectos que dirigía y muchas proyecciones de aumento de beneficio. No soy contable pero entiendo lo que es beneficio y lo que es pérdida y podría ayudarte con las cuentas. Además, me he traído mi portátil. Si me explicas qué hacer con los formularios, podría ocuparme de ellos también. Podría hacerlo por el día para que tuviéramos tiempo libre por la noche.

—Nada de eso —dijo Jake categóricamente.

—¿Por qué?

—No te he hecho venir para que te ocupes de las cuentas.

—No, me has hecho venir para que sea un ama de cría.

—No es así exactamente —dijo él un poco avergonzado.

—Es eso exactamente. Bien, pues déjame decirte, Jake Marshall, que no voy a quedarme aquí sentada sin hacer nada durante nueve meses aunque me quede embarazada hoy mismo. Si no dejas que te ayude aquí, encontraré un trabajo en el pueblo o abriré mi propio negocio. Si no lo hago, me volveré loca y ¿qué clase de madre seré entonces para tu precioso heredero?

—Pensé que querías ocuparte de la casa —dijo él.

—Dentro de lo razonable. Sin embargo, aunque pase una semana entera ocupándome de cada habitación, ¿cuánto tardaría, un par de meses?

—Si querías trabajar tanto, deberías haberte quedado en Nueva York.

—No podía.

Se detuvo en seco y Jake la miró entonces con suspicacia.

—¿No podías?

—No podía si quería encontrar a alguien con quien casarme y tener hijos —se apresuró a decir ella con la esperanza de que Jake

no hiciera más preguntas—. Y de todas formas, ahora estoy casada contigo. La cuestión no es mi trabajo en Nueva York, sino mi trabajo aquí. ¡No esperarás que me quede sentada sin hacer nada todo el día!

Jake se reclinó en el sillón y se pasó la mano por la cara.

—No, supongo que no. Pero no me gusta nada la idea de cargarte con el papeleo.

—No me importa. Sólo porque no te guste hacerlo a ti no significa que a los demás tampoco les guste. Si no te parece bien cómo lo hago, lo dejaré y podrás volver a hacerlo tú, pero de verdad creo que te gustará que lo haga —dijo ella hablando sin parar con la esperanza de que olvidara el desliz que había tenido antes.

—Lo intentaremos un mes —dijo él lentamente—. Hay un programa que utilizaba en Texas perfecto para las operaciones que se llevan a cabo en un rancho.

—Dime el nombre y lo conseguiré. Empezaré a trabajar en cuanto lo cargue en el ordenador.

—Al final del mes, lo revisaré todo y comprobaremos los avances —dijo él tras darle el nombre.

—De acuerdo. ¿Quieres empezar a explicarme las cosas ahora mismo?

Jake sacudió la cabeza al tiempo que se levantaba.

—Lo que quiero hacer ahora mismo es llevarte a la cama. Anoche no tuvimos nuestra noche de bodas.

—Hemos tenido la mañana después —dijo ella sintiendo cómo aumentaba la tensión sexual. Cuando Jake se acercó a ella, tuvo que contenerse para no tomarlo de la mano y salir corriendo hacia el dormitorio. Había tenido otros amantes en su vida, no muchos, pero nunca había sentido nada parecido con ninguno de ellos.

Jake le tomó el rostro entre sus manos callosas y lo levantó para mirar sus ojos, su piel.

—Sí, es verdad. Pero quiero pasar una larga noche a oscuras, los dos solos, sin interrupciones, sólo tú y yo.

Brianna lo tomó por las muñecas y palpó el punto en el que latía el pulso. Iba tan rápido como el suyo.

—Pues vamos a la cama, señor Marshall.

—Pensé que nunca me lo pedirías, señora Marshall —bajó la cabeza y la besó.

CAPÍTULO 7

BRIANNA estornudó una segunda vez. El polvo que estaba tratando de limpiar llevaba años acumulándose. Contempló el salón. Había quitado las cortinas, que de tan viejas como estaban casi se le habían deshecho en las manos, y las había tirado a la basura. Las ventanas tendrían que esperar aunque los cristales cubiertos de polvo impedían que entrara la luz del sol.

Atacó la última de las estanterías y volvió a estornudar. La tarea habría sido más divertida si Loni le hubiera hecho compañía, pero la chica se había ido a su estudio a pintar. Le había explicado que quería llevar muestras suficientes de su trabajo para enseñarlo.

Brianna conectó el aspirador y limpió parte de la alfombra descolorida. Su mente no estaba en el trabajo, sino en Jake. En la noche que habían pasado juntos.

—Pero se marchó con las primeras luces del día como si hubiera sido un rollo de una noche —masculló para sí nuevamente enfadada.

Cualquier intención de compartir palabras dulces y conocerse un poco más habían desaparecido cuando Jake se levantó, se vistió y salió en dirección al establo.

Era cierto que Brianna sabía que tenía que trabajar, pero por unos cuantos minutos más con su nueva esposa el rancho no habría sufrido y para ella habría sido importante.

—Sabías cómo serían las cosas —se recordó mientras apagaba el aspirador—. Sólo ha sido una semana.

—¿Qué ha sido una semana? —preguntó Shell apoyándose contra el marco de la puerta.

—Me has asustado —dijo Brianna girándose en redondo.

—¿Dónde está Loni? —preguntó él.

—Pintando.

—¿Qué ha sido una semana? —repitió.

—El tiempo que llevo aquí.

—¿Hablas sola a menudo?

Brianna asintió. Shell reparó entonces en los cambios en la habitación.

—Parece más limpia —dijo.

—Hay tantas cosas que hacer… Quiero pintarla de color crema y

el borde en azul. Comprar una alfombra nueva y ver si se podrían llevar los muebles a algún sitio para que los limpien. Si no, quiero poner muebles nuevos.

—Sí, bueno, no te hagas muchas ilusiones. Ni siquiera podemos comprar el heno que necesitamos para soportar el invierno. No creo que Jake vaya a hacer tal dispendio en muebles nuevos, especialmente en una habitación que nunca utilizamos.

—Puede que no se use porque es horrible. Cuando esté arreglada, os encantará.

Shell se encogió de hombros mientras la miraba con gesto de mofa.

—Tal vez no quiera gastar una fortuna sólo para contentar a su nueva esposa.

Brianna silenció una airada contestación. Era importante encajar allí. Rivalizar con el hijo de Jake no le serviría de ayuda. Inspiró y asintió.

—Se lo preguntaré —dijo mirando al chico con curiosidad—. ¿Está bien tu brazo?

—Está bien.

—¿Te duele?

Él asintió una sola vez.

—Pero el otro brazo está bien. Podrías ayudarme a mover los muebles, ¿no crees?

Shell arqueó las cejas y lentamente un gesto divertido se instaló en sus ojos reemplazando la mirada de burla.

—Si quisiera, estoy seguro de que podría, mamá.

Brianna parpadeó rápidamente y dejó escapar una risa suave.

—«Brianna» está bien. Sujeta el sofá por un extremo y ayúdame a moverlo hasta la ventana.

En la hora que siguió, Shell estuvo ayudando a Brianna a limpiar el salón. Ésta sentía que la estaba estudiando todo el tiempo, pero se alegraba de que la estuviera ayudando y no quería tentar su suerte.

—Maldita sea, es la tercera uña que me rompo esta mañana —dijo Brianna mirándose el dedo. Se mordisqueó el borde tratando de nivelarla y entonces captó la mirada de Shell.

—¿Qué?

—No eres como pensaba que serías —dijo éste sentándose en el brazo de un sillón que acababan de mover—. Imaginé una mujer de

la gran ciudad que no dejaría de quejarse todo el tiempo de la falta de cosas, como cines o tiendas de ropa. Y saldría corriendo la primera vez que tuviera que trabajar.

—Las mujeres de la ciudad también cuidan de sus casas, ¿sabes? Yo trabajaba mucho en Nueva York, no me pasaba el día sin hacer nada.

—Después del trabajo, entonces.

Brianna recordó los largos días que había pasado en la agencia de publicidad, los fines de semana en viaje de trabajo para conocer a algún cliente nuevo. Las noches las solía pasar durmiendo o poniéndose al día. Los fines de semana que no viajaba los había dedicado a comprar comida, hacer la colada y tratar de buscar un hueco para Steven. ¿Cómo había dejado que el trabajo la consumiera en vez de aprovechar todo lo que Nueva York le ofrecía?

—¿Sabes una cosa, Shell? —dijo limpiándose las manos—. Voy a tomarme el resto del día libre. Ya hemos hecho bastante con esta habitación por hoy. Prepararé la comida y después leeré hasta la hora de la cena —y con eso, se dio la vuelta y se marchó. No quería condensar su futuro en un día. Las habitaciones tendrían que esperar. Las tareas siempre estarían ahí. Tenía que ocuparse de sí misma.

Relajarse, ir más despacio, eso era lo que le había dicho el médico. Había retrasado demasiadas cosas ya. Era hora de poner en marcha su nuevo estilo de vida.

Leer resultó ser una tarea más difícil de lo que había esperado. Había colocado una silla del porche cerca de la pared para protegerse del aire frío pero no podía concentrarse en la lectura. Seguía pensando en todo aquello a lo que había renunciado por su carrera. El daño a su propia salud era sólo el resultado de ello. Era hora de hacer un esfuerzo para disfrutar del día a día.

Jake entró en la cocina y se detuvo junto a la puerta. Loni estaba poniendo la mesa. Brianna estaba junto a los fogones removiendo algo en una cacerola grande, la cara algo enrojecida por el calor. Tomó aire y se quedó sorprendido del deseo que se había despertado en él. Quería cruzar la habitación y hacer que Brianna lo mirase. Besar sus labios sonrosados, enterrar el rostro en su cabello sedoso y

fragante. Sentir las curvas de su cuerpo contra el suyo y llevarla a la cama, al cuerno con la cena.

Se maldijo por sentirse como un adolescente caliente.

—Hola, Jake —dijo Loni mirándolo con curiosidad.

Él contestó con un gesto mientras miraba a Brianna, que levantó la vista hacia él. La sonrisa que le dedicó desató una nueva riada de sentimientos. Sabía muy poco de ella, pero le gustaba lo que sabía. Estaba sucio y polvoriento después de cabalgar todo el día pero se sentía pletórico al pensar en ir a la cama con ella.

—Hola. La cena estará lista en breve —dijo Brianna—. Tienes tiempo para una ducha rápida. ¿Quieres que suba contigo?

Jake miró a Loni y de nuevo a Brianna.

—Si quieres.

No les daría tiempo para hacer el amor antes de la cena pero disfrutaría de la novedad de su compañía mientras se cambiaba.

—¿Te importa ocuparte del resto? —preguntó Brianna a Loni.

—Puedo arreglármelas. Ve con Jake.

—La salsa está lista.

—Puedo arreglármelas, Brianna. Meteré los espaguetis en el agua hirviendo cuando deje de oír la ducha.

Casi temeroso de mirarla mientras subían las escaleras, Jake podía oler el aroma floral de Brianna. Le recordó la noche que habían pasado aunque no necesitaba ningún estímulo para recordar. Había estado reviviendo las horas pasadas con ella todo el ' día.

—Shell me ha ayudado a limpiar el salón —dijo ella.

—Entonces veo que se ha tomado el día libre después de todo —dijo Jake—. Pensé que estaba con Hank —dijo abriendo la puerta de su habitación y dejando que Brianna entrara primero. Ésta se rozó con él antes de entrar. ¿Lo habría hecho deliberadamente?

—Le dolía el brazo. Supongo que le costaría demasiado soportar las sacudidas sobre un caballo. De todas formas, el brazo sano estaba fuerte y ha podido ayudarme a mover los muebles —dijo dándose la vuelta para mirarlo—. Dentro de un par de días, me ayudará a pintarlo. ¿Te parece bien? ¿Puedes prescindir de él un poco más? Creo que pensaba pedírtelo él mismo. No sé si quiere que le digas que sí o que no. Así tendría una excusa para no ayudarme.

Jake se quitó la camisa y la tiró al suelo del armario sobre una pila de ropa sucia.

—Si no quisiera ayudarte, te lo habría dicho. Estamos esforzándonos por tenerlo todo a punto para el invierno. Me preguntará simplemente si puedo prescindir de él, eso es todo —dijo Jake quitándose las botas deseoso de tumbarse en la cama. La noche anterior no había dormido precisamente.

Brianna se sentó en la cama y se colocó las almohadas detrás de la espalda.

—¿Puedes?

Jake había perdido el hilo de la conversación. ¿Que si podía qué? ¿Besarla? ¿Hacerle el amor?

—¿Qué?

—Prescindir de Shell. ¿No estábamos hablando de eso?

Jake asintió y se dirigió a la ducha para no ceder a sus instintos más primitivos.

Brianna seguía en la cama cuando regresó minutos después, envuelto en una toalla alrededor de la cintura. Había olvidado llevarse ropa limpia al baño. ¿Ahora qué? ¿Vestirse delante de Brianna?

—Si te da vergüenza me voy —dijo ella con ojos risueños.

—No me da vergüenza —dijo él dejando caer la toalla.

Oyó cómo Brianna contenía el aliento. El sonido desató una oleada de calor allí donde menos lo necesitaba. Pero era demasiado tarde. La deseaba. La cena podía esperar; él no.

Se arrodilló en la cama y la tumbó boca arriba en la cama con cuidado.

—¿Y la cena? —susurró ella acariciándole los brazos.

—Lo bueno de los espaguetis es que están mejor cuanto más tiempo cuece la salsa. Nos guardarán unos pocos —se inclinó y la besó. Al momento, Jake se olvidó de que se suponía que tenía que centrarse en hacer un hijo. Lo único en lo que podía pensar era en el placer que quería darle a Brianna y en el que ésta, sin duda, le provocaría a él.

Estaba oscuro. Brianna miró a un punto en el vacío preguntándose qué hora sería. No habían llegado a la cena pero hacía horas desde que comieran la última vez y tenía hambre. ¿Podría levantarse sin molestarlo? Sabía que estaba cansado.

Después de las dos últimas noches, Jake necesitaba descansar.

Lenta y silenciosamente, se sentó en el borde del colchón.

—¿Vas a algún sitio? —preguntó Jake con voz soñolienta.

—Estoy muerta de hambre —dijo ella inclinándose para encender la luz de la mesilla.

La toalla seguía junto a la cama. La ropa de ella estaba desperdigada por la habitación. Brianna recordó los besos, las caricias y las sensaciones que Jake le había provocado. Si se daba prisa en comer algo, estaría de vuelta antes de que se quedara dormido.

—Yo también me levantaré. No he comido hoy —dijo él retirando las mantas.

El aire frío de la noche los obligó a vestirse rápidamente y en cuestión de minutos se dirigían a la cocina.

Loni lo había dejado todo recogido, pero Brianna encontró las sobras y las calentó rápidamente. Se habían comido todo el pan. Jake no dijo nada mientras comían pero a Brianna no le importó. La comida estaba deliciosa.

—He intentado buscar sentido a tu sistema de cuentas —dijo Brianna una vez saciado el hambre.

"¿Y?

—Es confuso. Los apuntes no están hechos como yo los habría hecho. ¿Te importa que simplifique un poco las cosas?

—Que no se te escape nada —dijo él encogiéndose de hombros.

—Shell me dijo que necesitáis dinero para heno.

—Nos las arreglaremos.

—Yo tengo.

—¡No!

Brianna conocía la opinión de Jake en cuanto a lo de recibir ayuda económica pero no soportaba aquel estúpido orgullo. ¿Habría alguna forma de hacerlo sin que se diera cuenta? Tomó nota mentalmente para averiguarlo más tarde.

—¿Cómo te gustaría llamar al bebé? —preguntó, cambiando de tema.

—Es un poco prematuro, ¿no crees? —dijo él parpadeando muy rápidamente.

—Sólo me lo preguntaba. Nadie pidió tu opinión con Shell, por eso pensé que tal ver tendrías algo en mente.

—No lo he pensado.

—Yo tampoco pero deberíamos —dijo ella terminándose los espaguetis. Si no se hubiera puesto enferma y Steven le hubiera propuesto matrimonio, ella habría aceptado sin darse cuenta hasta que fuera demasiado tarde de que éste no quería tener hijos. Un escalofrío la recorrió al pensar que nunca habría logrado la familia que tanto ansiaba.

—¿Tienes frío? —preguntó él—. Ya he terminado. Volvamos a la cama. Dejaremos los platos en re—* mojo.

—No tardaré nada en fregarlos. No quiero que Loni vea el fregadero lleno de platos sucios por la mañana —dijo Brianna levantándose con los platos—. Sube tú. Yo subiré cuando termine.

—Te esperaré.

Brianna miró el reflejo de Jake en los cristales de la ventana que había encima del fregadero. La estaba mirando. Lavó los platos y los cubiertos rápidamente, consciente de su atención. Era como si llevaran años casados, juntos en la cocina, contentos de estar en compañía del otro. Pero la realidad era bien distinta.

A la mañana siguiente, Brianna y Loni fueron al pueblo a comprar la pintura y los utensilios necesarios para pintar el salón.

—No sé por qué te molestas. Nadie usa esa habitación —dijo Loni de mal humor—. A los hombres les gusta estar en sus barracones, Jake desaparece en el despacho todas las noches y Shell se pasa el tiempo libre en su habitación.

—Eso es porque el salón está horrible. Cuando lo arregle, querrán pasar allí todo el tiempo porque será muy agradable. Especialmente cuando ponga una tele —dijo Brianna.

—Yo no me quedaré en casa ninguna noche cuando viva en Nueva York. Encontraré un café en el que pasar la tarde cuando termine mi jornada pintando. O algún bar de moda. Cuando empiece a exponer mis cuadros, tendré que ir a las galerías para satisfacer a mis fans.

Brianna sonrió recordando los problemas que Steven había tenido con algunos artistas para aparecer el día de la inauguración de una exposición. Se negaban a abandonar sus estudios y él tenía que inventarse excusas. Al parecer, Loni, estaba más interesada en el

aspecto social de la vida de pintor que en el arte en sí, pero tal vez estuviera juzgándola mal. ¿Acaso no había deseado ella también muchas cosas cuando tenía diecinueve años?

—Cuéntame más cosas del Village —pidió Loni.

—Me canso de hablar de Nueva York todo el tiempo. Cuéntame tú más cosas de Sweetwater. Ése era el trato, intercambiar información.

—Lo sé pero no hay nada que decir de este estanque —se quejó Loni—. Ya lo has visto. ¿Qué quieres saber?

—Háblame de los ranchos vecinos y de la gente que vive en ellos. Cuéntame lo que sepas sobre el precio del ganado, la carne y el heno. ¿Qué hace la gente aquí para divertirse? ¿Hay actividades locales o algo así?

—Mi madre y mis tías están muy metidas en actividades con la iglesia. Son las típicas esposas de rancheros. Encajarás perfectamente —con un suspiro teatral, Loni comenzó a hablar de los rancheros que vivían en la zona.

Se detuvieron en Correos. Loni miró por la ventana y se agachó en el asiento.

—La mujer que está entrando es mi tía Maggie. Te esperaré aquí.

Brianna tomó los sobres que quería echar al correo y entró en la oficina. Buscó su buzón y sacó todas las facturas, propaganda, catálogos y periódicos. Hacía varios días que nadie iba a por el correo. De camino al coche, la interceptó una mujer de mediana edad, con el cabello oscuro y un rostro amable.

—Soy Maggie Sorenson. Eres la nueva esposa de Jake Marshall, ¿verdad?

—¿Cómo estás? —dijo Brianna sonriendo amablemente—. Así es, soy Brianna Dawson, digo, Marshall.

—¿Está Loni contigo?

—En el coche.

—Es mi sobrina. ¿Lo han hecho ya ella y ese Shell?

Brianna sacudió la cabeza.

—Esa chica necesita volver a la realidad. ¿Lo que intenta hacer con un bebé y sin trabajo? Él es un buen chico aunque los padres de Loni están en contra de él por su madre. Pero si vieran que es feliz con él, entrarían en razón. ¿Se lo dirás de mi parte?

—Si crees que servirá de ayuda...

—Probablemente no. Siempre ha sido una chica muy testaruda. ¿Qué tal está llevando el embarazo?

—Bien, creo. Ella y yo no estamos muy unidas. Sólo nos conocemos desde hace una semana —dijo Brianna.

Maggie metió la mano en el bolso para buscar algo y sacó un cuaderno. Escribió algo y finalmente arrancó la página y se la entregó a Brianna.

—Éste es mi número de casa. Avísame si puedo hacer algo. Y llámame cuando nazca el bebé, ¿lo harás?

—De acuerdo.

—Bienvenida a Sweetwater, Brianna. Espero verte por aquí —y diciendo eso, Maggie se fue echando un último vistazo al todoterreno en el que estaba Loni.

—He conocido a tu tía —dijo Brianna cuando entró en el coche —. Parece muy simpática.

—Lo es. ¿Ha preguntado por mí? —preguntó Loni esperanzada.

—Sí, lo ha hecho. Y piensa que deberías casarte con Shell.

—Pues debe de ser la única de mi familia. A mis padres les daría un ataque.

—¿Preferirían que fueras madre soltera?

—No, quieren que dé el bebé en adopción. Y me lo estoy pensando. Sería muy difícil para mí ir a Nueva York con él. ¿Cómo me las arreglaría?

Brianna no dijo nada. La ironía de la situación era insoportable. Ella deseaba un bebé, deseaba comenzar una familia. Tanto que para ello había hecho un viaje de miles de kilómetros y se había casado con un extraño. Y ahí estaba Loni, embarazada de un hombre por el que era evidente que sentía algo y, aun así, estaba pensando en dar el bebé en adopción.

Brianna sospechaba que Shell quería criar a su hijo, lo que para su modo de ver era la mejor solución. Al menos, el niño contaría con el amor y el compromiso de su padre.

Después de comprar la pintura, las brochas y otras cosas que necesitaba, Brianna se detuvo en la biblioteca. Enseguida encontró la sección de agricultura y sacó varios libros que parecían de comprensión fácil, que le facilitarían la información que necesitaba sobre las prácticas básicas en todo rancho.

Esa misma tarde, después de ordenar las facturas que pudo

encontrar, comenzó a introducir la información en el nuevo programa de contabilidad. Era un trabajo mecánico pero importante. Cuando terminara de meter la información, podría sacar un informe preliminar de beneficios y pérdidas. Y Jake podría hacerse una idea más clara de la situación del rancho y qué pasos seguir a continuación. Después de todo, a ella también le interesaba. Una parte del rancho pertenecería algún día a su hijo.

Brianna se reclinó en la silla con ojos soñadores. ¿Estaría ya embarazada? Si no, no sería por no haberlo intentado. ¿Sería eso lo único que movía á Jake? ¿Tratar de dejarla embarazada? Esperaba que el sexo que compartían significara algo más para él. Para ella empezaba a ser mucho más.

Nada más pensarlo, se irguió en la silla. ¡No! No era más que el intento de concebir un hijo. Era cierto que Jake era el mejor amante que había tenido nunca pero eso era todo. Se negaba a enamorarse de un nombre que le había dejado claro que el amor estaba fuera de aquel acuerdo. Lo único que quería era una relación cómoda, nada más.

Reanudó el trabajo con tenacidad, tratando de aplacar sus pensamientos.

Loni escuchó las carcajadas al entrar en la casa. Había estado pintando y se había tomado un descanso. El sonido de las voces llegaba del salón. Reconoció el tono grave de Shell y el de Brianna, mucho más suave.

Por un momento, se sintió celosa. Brianna había pasado mucho tiempo con Shell desde que compraran la pintura tres días antes. Trabajaban varias horas al día en el salón que empezaba a tener un buen aspecto, tal como Brianna había dicho.

Pero era el tiempo que pasaba con Shell lo que Loni envidiaba. Claro que no era que ella deseara estar con él pero desde lo que le dijo en el juzgado, la había ignorado o hacía todo lo posible por evitarla.

Ella estaba acostumbrada a que él le prestara atención, a sus ojos fijos en ella cuando trabajaba, a sus intentos de quedarse a solas con ella. Ella lo había amado mucho hasta que se había quedado embarazada. Shell había arruinado todos sus planes.

Shell podía haber pasado un rato con ella. Con el brazo roto, no podía montar a caballo. Podía haber ido a verla al estudio. Podía haberse sentado con ella después de cenar. Pero no, había pasado todo su tiempo con Brianna.

Avanzó por el pasillo y se detuvo en la puerta a . mirar. Las paredes estaban recién pintadas y el marco superior estaba casi terminado. Brianna estaba en el centro de la habitación, sacudiendo la cabeza y riéndose. Shell tenía pintura en el pelo, en la cara y en la camisa.

—Espero que seas mejor con el lazo que con la pintura —dijo Brianna.

—Lo estoy haciendo con una mano. No te metas conmigo —Shell se volvió amenazando a Brianna con la brocha. Entonces vio a Loni y se detuvo en seco, retornando a su expresión taciturna. Siguió pintando.

—Volveré a trabajar fuera dentro de poco —dijo abruptamente.

Loni se encontró con la mirada de Brianna cuando ésta se volvió para ver qué había causado el cambio de humor de Shell.

—Hola, Loni. ¿Qué ocurre?

—He venido a ver qué estabais haciendo —dijo ella—. Tiene buen aspecto —le dolía ver que Shell no quisiera incluirla en la diversión.

—He decidido tirar todos estos muebles o, al menos, guardarlos en el ático o algo. Pensé que podrían valer si los limpiaba, pero sentarse aquí es como hacerlo sobre hormigón. Quiero un sofá cómodo en el que hundirse tras un largo día de trabajo.

—Jake no es muy dado a mimarse —dijo Jake.

—¿Y tú? —bromeó Brianna.

—Podría intentarlo.

—¡Estupendo! Puedes venir conmigo a comprarlos. Así me darás el punto de vista de un hombre.

—Que vaya Jake.

—Sí, ya me lo imagino cambiando el rancho por un día en la ciudad probando sillones —dijo Brianna.

Shell la miró.

—Lo haría si tú se lo pidieras pero yo te acompañaré si él no quiere ir.

Loni sintió una vez más el aguijón de los celos. Era una reacción

infantil. Había sido ella quien le había dicho a Shell que no lo quería. ¿Entonces por qué envidiaba su felicidad por haber hecho lo que ella le pedía?

—¿Quieres ayudar? —preguntó Brianna.

Loni se sorprendió al darse cuenta de que quería ayudar, y más aún, quería sentirse incluida. Se sentía sola. Aunque ése fuera el destino que aguardaba a una artista famosa, como la abuela de Shell, a Loni le gustaba estar con la gente.

—Claro —dijo ella mirando a Shell, que la ignoraba por completo. Aun así, era mejor estar en la misma habitación con él aunque la ignorase que estar en su estudio, sola. Sonrió a Brianna.

—¿Por dónde empiezo? Soy pintora. Creo que podré hacerlo mejor que Shell.

CAPÍTULO 8

TRES semanas después, el proyecto de decoración estaba casi concluido. Jake no había ido a probar muebles con ella pero Shell sí. Brianna notaba que estaba haciendo progresos con el joven. Aunque seguía siendo reservado y callado, hablaba más y, de vez en cuando, gastaba bromas.

Pero era Jake quien seguía fascinándola. Por el día se mostraba distante, pero cálido y amoroso por las noches. Era como si se convirtiera en otra persona cuando caía la noche. Brianna deseaba poder capturar esa cercanía que compartían por la noche y trasladarla al día pero, de momento, se conformaría con lo que tenía.

Estando entre sus brazos, como ahora, se sentía especial. Se sentía deseada y femenina. Pero quería más. Más que noches fabulosas de sexo y pasión. Quería sentir que se estaban afianzando como pareja, como una familia.

—Dime exactamente lo que has hecho hoy —dijo ella—. Como te falta un hombre, el trabajo debe de estar amontonándose. Me gustaría ir contigo a las praderas al menos una vez mientras el tiempo siga siendo bueno. ¿Puedo ayudarte de alguna manera?

Jake había llegado a casa cansado y hambriento, justo a tiempo para la cena. Cuando terminaron, Brianna lo había acompañado al despacho y habían estado discutiendo del tema agradablemente pero como unos extraños. Ahora que estaban solos, en la cama, quería que hablaran.

Jake había ido revelándole gradualmente sus esperanzas para el rancho. Dar voz a sus sueños no le resultaba fácil y ella lo veía.

—No puedes hacer lo que hace Shell —dijo Jake en respuesta a su petición—. Él trabaja como dos hombres. Su brazo ya está mejor. En unas semanas más le quitarán la escayola.

—No quería reemplazarlo, sólo ayudarte. O al menos salir y ver qué haces todo el día. Además, quiero conocer este sitio que llamo hogar —dijo ella apoyando la mano en el pecho de él, trazando dibujos distraídamente sobre la piel caliente. Estaba segura de que podría hacer algo, algo que pudiera fortalecer su relación. Brianna quería encajar desesperadamente y le resultaba frustrante seguir

sintiéndose como una extraña.

Jake guardó silencio largo rato hasta que finalmente hizo un breve y característico gesto con la cabeza y enlazó los dedos con los de Brianna.

—Saldremos al amanecer.

—Lo sé. Te he hecho el desayuno todos estos días, por si lo habías olvidado —dijo ella. Loni se quedaba más tiempo en la cama últimamente, señal de que se acercaba el momento del parto.

Jake la acercó a sí.

—De hecho, te sorprenderías de todo lo que recuerdo. Loni tendrá que limpiar después del desayuno, entonces. No quiero tener que esperar. Mañana quiero ir al extremo más alejado, por eso quiero salir temprano. Comprobaré el estado de las alambradas y de los bebederos antes del invierno. Han pronosticado lluvia para la semana que viene. Y la nieve no tardará en aparecer. Algunos años ya teníamos a estas alturas. Así es que si estás decidida a venir, ahora es el mejor momento. Cuando te quedes embarazada, nada de montar a caballo.

—No te pases. Las mujeres pueden seguir haciendo cosas aunque estén embarazadas.

—Si están acostumbradas a montar, sí, pero tú no lo estás. Y no deberíamos poner en peligro al bebé.

—Sí, jefe —dijo ella con tono animado.

—Pensé que tenías mucho trabajo pintando las habitaciones y llevando las cuentas. ¿Por qué este repentino deseo de salir a cabalgar?

—No es repentino. Quiero conocer mejor el rancho.

—¿Por qué? —preguntó él con tono suspicaz.

—¿Por qué no? Esta es mi casa también, ¿no? Me gustaría verlo todo. Y ver el ganado, las alambradas que tanto trabajo cuesta arreglar y, tal vez, conocer un poco mejor a mi marido —esto último lo dijo más rápidamente, como si la preocupara revelar demasiado.

—¿Para valorar mejor el precio del rancho?

No debería haber temido una reacción ante su comentario personal. Jake estaba obsesionado con el maldito rancho.

—No quiero calcular su valor neto. Me lo puedo imaginar echando un vistazo a los libros. Y en estos momentos, yo soy más solvente que tú —dijo ella con tono áspero.

—Ahora mismo, casi todo el mundo lo es pero todo eso cambiará cuando el rancho sea mío.

—Pero para eso queda cierto tiempo. Según Shell, harán falta unos años de buena suerte para sacar este sitio de los números rojos.

—Pues eso es lo que tendremos. ¿Has estado hablando del rancho con Shell? —preguntó él afianzando la mano en la cintura de Brianna, como si quisiera reafirmar su posesión.

—Hablamos mientras me ayuda. ¿Qué va a pasar entre Loni y él?

—Espero que el bebé pueda unirlos —dijo él lentamente y su comentario pareció sorprender a Brianna.

—Jake, tiene la intención de irse a Nueva York cuando nazca el bebé.

—¿Qué? —dijo él sentándose en la cama y arrastrando el edredón con él—. ¿Cuándo te lo ha dicho? Pensé que simplemente querría mudarse al pueblo.

—Lleva haciéndome preguntas sobre Nueva York desde que llegué. Al parecer, tu abuela le dijo que tenía talento y está convencida de que será la siguiente gran pintora de Estados Unidos.

—Pero puede pintar aquí. Le hemos dejado que use el estudio de Elsa.

—Parece que desea ir a Nueva York —dijo Brianna.

—Pero es una estupidez. No conoce a nadie allí. Nunca lo conseguirá. Dios, ni siquiera creo que tenga el dinero suficiente para llegar, mucho menos para encontrar un lugar para vivir o un trabajo —dijo él guardando silencio unos segundos. Entonces se inclinó sobre ella y se apoyó en un codo—. Espera un momento. Tú no la habrás animado a ello, ¿verdad?

—No. Bueno, no exactamente.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Les hablé de ella a unos amigos y se han ofrecido a ayudarla cuando llegue. No tuve que animarla, ella no lo necesitaba. Está decidida a abandonar Sweetwater.

—¡Maldita sea! Tiene diecinueve años. No podría vivir en Nueva York ni en ninguna otra gran ciudad, a pesar de lo que te haya hecho creer. ¿Están preparados tus amigos para cuidar de ella? Una joven podría meterse en muchos líos. ¡Deja de darle ideas!

Brianna deseó no haber sacado el tema pero no era de las que retrocedían al hacer algo mal.

—Tú te fuiste de casa siendo más joven, y yo vivía sola con diecinueve años. Hará lo que quiera.

—Puede. Pensé que cuando naciera el bebé, cambiaría de opinión. ¿Qué planea hacer, dejarle el niño a Shell? —preguntó Jake con tono de mal agüero.

—De hecho, ha mencionado algo sobre adopción, dar al bebé a una pareja.

—¡Shell tendría que decir algo al respecto! Es el padre. Tiene derechos. Y estoy seguro de que quiere formar parte de la vida de su pequeño. Aunque sólo sea para enmendar mi ausencia de la suya. Al menos él tiene elección. Yo no me enteré de que hubiera sido concebido hasta que tenía quince años.

Brianna extendió la mano deseando poder calmar el dolor que percibía en su voz. Apoyó la mano en su pecho y notó el estable latido de su corazón. Aspiró su aroma. Pocos minutos antes habían estado tan juntos como era posible físicamente. Ella quería capturar la cercanía emocional, también. Pero en su lugar, parecía haberlo enfadado y entristecido al mismo tiempo. Deseó poder cambiar las cosas.

¿Se estaba enamorando de Jake Marshall?

Unos meses antes creía haber estado enamorada de Steven. ¿O era por la costumbre? No podía recordar ni una sola vez en la que Steven la hubiera hecho sentirse la mitad de femenina y excitada de lo que Jake conseguía cada noche. O que en algún momento hubiera deseado facilitarle las cosas.

—Cuéntamelo —dijo suavemente.

Jake se acomodó en las almohadas nuevamente manteniéndola cerca, como si necesitara su contacto.

—Su madre era Shelly Bluefeather. Estaba conmigo en el último curso del instituto. Era divertida, vivaz y muy inteligente. Quería ir a la universidad con una beca. Quería ser abogada y ayudar a la gente.

Guardó silencio, perdido en sus pensamientos. Brianna sintió una punzada de envidia. Ellos habían sido una pareja de verdad, no una relación de conveniencia. Se preguntó si habría sido atento y divertido con ella. Lo recordaba de los veranos que había pasado en el rancho Garretson. Un vaquero salvaje al que le gustan mucho las mujeres. Había cambiado mucho con los años.

—¿Y entonces?

—Nos hicimos más que amigos pero yo no quería quedarme. Mi abuela me hacía la vida imposible. Estaba contando los días para graduarme. De hecho, me habría ido antes de no haber sido por ella. Me convenció de que me graduara.

—¿Entonces te graduaste y te fuiste? —preguntó Brianna.

—Sí, al día siguiente. Trabajé en varios ranchos un tiempo, sobre todo para conseguir el dinero para apuntarme al circuito de rodeo. Por eso estaba en el rancho Garretson en verano cuando ibas de visita.

—¿Shelly se quedó embarazada y nunca te lo dijo? —preguntó Brianna pensando que cualquier otra mujer habría buscado el apoyo económico por parte del padre. Viendo ahora los esfuerzos de Jake para relacionarse con Shell, estaba segura de que éste habría cumplido con sus responsabilidades como padre. Habría disfrutado viéndolo crecer, compartiendo sus valores y sus normas. Dios, probablemente se habría casado con Shelly y le habría dado a ella y a su hijo un hogar.

—Nunca me lo dijo. No sé por qué. Al principio puede que fuera porque no sabía dónde encontrarme. Volví aquí cuando mi padre murió, la vi brevemente. Supongo que Shell tendría cinco años. No lo conocí entonces. Nunca me dijo una palabra. La gente del pueblo debía de saberlo pero nadie me dijo nada. Ella le dijo la verdad a Shell antes de morir. Le dijo que ella nunca había querido atar a nadie. Dios, fue ella la que terminó atada. Nunca fue a la universidad. Terminó sirviendo mesas. Una india más que no consiguió hacer realidad sus sueños. ¡Debería habérmelo dicho!

—Estoy de acuerdo. Debería habértelo dicho. Siento mucho que no vieras crecer a Shell.

—Yo también. Pero las cosas serán diferentes con nuestro hijo. No tienes que preocuparte por eso.

—Serás un gran padre, Jake. No estoy preocupada.

Bueno, tal vez un poco, pero no por Jake, sino por su isquemia. ¿Qué ocurriría si el médico se equivocaba y no tenía una vida normal por delante? ¿Cómo se las arreglaría su bebé con un solo progenitor?

Igual que ella. Igual que Shell. Y que Jake. Al menos, su bebé siempre tendría a su padre.

—Los niños crecen mejor con sus dos progenitores. Loni no se

irá. Pero deja de llenarle la cabeza con ideas sobre Nueva York —dijo él.

—No le diré nada más si no quieres que lo haga pero no fui yo la que le metió esas ideas en la cabeza. Estaba decidida a hacerlo cuando la conocí. Creo que Shell y tú estáis ignorando lo que es evidente.

—Ya lo veremos —dijo él moviendo la mano hasta su pecho. Brianna olvidó la conversación y se centró en responder a su contacto.

Antes del amanecer al día siguiente, Brianna se preguntó si realmente tenía tantas ganas de conocer las tierras. No había dormido suficiente. Aunque tampoco se quejaba. Jake era un amante generoso y lleno de inventiva. Cualquier mujer se volvería adicta al sexo con él. Sólo deseaba poder estar tan unida a él en otros aspectos.

Apartó esos pensamientos y se vistió a toda prisa para ir a la cocina a desayunar mientras Jake preparaba los caballos. Estaba muy emocionada. Siempre le había gustado cabalgar. Desde que llegara al rancho, había montado sólo un par de veces, sin alejarse mucho de la casa, y le agradaba comprobar que era algo que nunca se olvidaba. Pero la rigidez de los músculos le recordaba que era algo que tenía que practicar a menudo para mantenerse flexible.

Loni entró en la cocina frotándose la espalda. Estaba vestida pero parecía medio dormida.

—Me alegro de que te hayas levantado pronto hoy —dijo Brianna —. Voy a salir con Jake. ¿Te importa que te deje los cacharros del desayuno?

Los huevos estaban listos, el pan se estaba tostando. El zumo ya estaba servido y el beicon y las salchichas chisporroteaban en la sartén. Brianna miró a Loni.

—¿Estás bien?

—Sí, es que no he dormido bien. Fregaré los cacharros, claro. Me pregunto si el malestar se deberá al olor de la pintura.

—Puedo quedarme en casa si quieres —dijo Brianna. No quería dejarla sola si se encontraba mal, aunque se muriera de ganas de irse con Jake para estar solos todo el día. Esperaba encontrar la manera

de que se abriera a ella también durante las horas de luz.

—No, estoy bien. Aunque no puedo comprender por qué quieres irte. Hace frío y lo único que verás en todo el día será ganado y alambradas. Bonito cuadro.

Brianna sonrió y se volvió para atender los huevos.

—Quiero sentir el viento en la cara, el frío, oler el ganado de la finca —dijo ella mirando a la otra chica casi con timidez—. También quiero ver qué hace Jake para poder imaginármelo cuando no está aquí.

Loni la contempló un momento.

—Te estás enamorando de él.

Brianna sacudió la cabeza. No estaba dispuesta a admitirlo en voz alta antes de habérselo dicho a Jake, lo cual no haría hasta que lo conociera mejor.

—No, pero estamos unidos en matrimonio. ¿No crees que debería saber más cosas sobre él?

—Sigo diciendo que te irás con la primavera. O antes. El invierno aquí es brutal.

Brianna tenía varios proyectos en mente para el invierno. Habituada a la actividad constante y a los plazos, la vida tranquila no estaba hecha para ella. A veces, francamente, se aburría. Pero ahora no era el momento de hablar de eso con Loni.

Hank y Nolan entraron en la cocina acompañados por el aire frío de la mañana. Jake entró a continuación.

—¿Lista?

—¡En cuanto desayunemos! —dijo Brianna con una amplia sonrisa. Sirvió generosas porciones y se sentó justo cuando entraba Shell.

—Voy a ver las tierras hoy —le dijo.

—Va a ocupar tu puesto —dijo Jake.

Shell pareció sorprendido primero y luego divertido.

—Como si pudiera.

—Quiere ver la finca —explicó Jake.

Shell se encogió de hombros.

—Puedo cabalgar con vosotros, si queréis. Y traerla de vuelta si se cansa.

—No me cansaré —dijo Brianna. No quería discutir el tema pero lo cierto era que esperaba pasar el día a solas con Jake.

—Yo la traeré si no aguanta el día entero —dijo Jake.

Shell los miró pensativamente y finalmente se encogió de hombros.

Veinte minutos más tarde, Brianna estaba subida al caballo castrado que había montado otras veces. Era dócil y agradeció que no hubiera nadie alrededor ante quien demostrar que podía hacerlo. Su experiencia en el rancho de Jackson Hole no bastaba para trabajar con vaqueros.

Llevaban comida para no tener que volver al rancho y galletas de chocolate que había hecho el día anterior. Jake se había tomado varias la noche anterior como postre y sabía que le habían gustado.

Hacía frío. El aliento formaba una nube de vaho delante de su cara y le picaban las mejillas, pero llevaba una chaqueta gruesa y guantes de cuero para mantener las manos calientes.

—¿Estarás bien? No tienes mucho frío, ¿verdad? —preguntó Jake montando sobre su caballo. Brianna no pudo evitar comprobar lo fácil que le resultaba, como si montura y jinete formaran una sola persona. Acarició al animal y echaron a andar hacia las colinas.

—Me he puesto varias capas. Si empieza a hacer calor, me puedo quitar algunas. ¿Hacia dónde nos dirigimos?

—Hacia el límite en la parte más oeste de las tierras. La última vez que lo comprobé, la valla estaba bien, el grueso de los animales habían ido a tierras más bajas y no había problema alguno. Es allí donde nevará antes y también donde tardará más tiempo en derretirse la nieve, así que ésta es la última oportunidad que tendré en meses para comprobar el estado de esa zona. ¿Lista para una larga cabalgada?

—Por supuesto —dijo Brianna con la esperanza de que fuera cierto. Quería pasar el día con él, no importaba cómo.

No hablaron mucho mientras avanzaban sobre sus monturas, por lo que Brianna tuvo tiempo para mirar a su alrededor, absorber la tranquilidad rota sólo por el sonido de los caballos. La hierba tenía un tono marrón y estaba seca. A lo lejos, varias cabezas de ganado pastaban. En el horizonte, comenzaban a formarse nubes. Sabía que habían pronosticado lluvias para los siguientes días. Las nubes no serían un problema aunque evitaban el paso del sol por lo que aumentaba la sensación de frío.

Cuando Jake anunció que se detendrían para comer, Brianna se

había quitado la chaqueta. La temperatura había subido considerablemente y hacía un día estupendo para montar a caballo. Había empezado a preguntar a Jake sobre las operaciones que se realizaban en los ranchos para poder comprender mejor todo el proceso, especialmente en lo relacionado con las facturas y las cuentas en las que había estado trabajando.

—El aspecto prioritario es cambiar el ganado. Toros que produzcan las mejores piezas, reducir la edad media de las cabezas, incrementar el rendimiento —dijo Jake desmontando—. Ahí nos vendría bien el pronóstico. Tal vez podrías usar ese ordenador tuyo y darnos alguna idea antes de que termine el invierno.

—Tengo la contabilidad bajo control y he sacado unos informes. Deberíamos estudiarlos juntos una noche y ver si el presupuesto que he preparado podría funcionar.

Brianna midió la distancia que había hasta el suelo. Había disfrutado del paseo pero no estaba muy segura de cómo bajar del caballo. Apretó los dientes mientras pasaba una pierna por encima de la silla pero cuando su pie trató de hallar tierra firme no encontró nada. ¿Qué altura tenía el caballo?

Decidió saltar del estribo finalmente y cayó al suelo con un sonoro golpe.

—¿Estás bien?

—Sólo falta de práctica. No me pasa nada, no te preocupes.

Jake se acercó y tomó las riendas de su caballo.

—Los ataré mientras comemos.

Brianna tomó las alforjas y se situó en una zona relativamente plana. Se sentó, agradecida de poder descansar. El sol estaba alto y sentía su calor en la cabeza y los brazos. Costaba creer que fuera noviembre en Wyoming. Había esperado que hubiera nieve ya. Comenzaron a comer y Brianna miró a Jake.

—Háblame de tus amigos. Quiero empezar a conocerlos. Podríamos invitarlos a cenar de vez en "cuando.

—No tengo tiempo para estar con los amigos —dijo él estirándose sobre la hierba seca y calándose el sombrero.

—Sí que lo tienes.

—Sé que tienes que estar aburrida —dijo él mirándola—, pero hay mucho trabajo por hacer si queremos arreglar este sitio, y hacer inútil vida social no está en la agenda.

—Para empezar, no es inútil. Y en segundo lugar, sí tienes tiempo. Ahora tienes una esposa. He puesto al día las cuentas, lo que significa que ya no tienes que trabajar por las noches después de pasar todo el día fuera. Y en tercer lugar, cuando tengamos todos esos hijos de los que hemos hablado, querrán tener amigos con quien jugar. Sería buen momento para hacer amistad con sus padres ahora.

—Olvidas que me fui del pueblo después del instituto. No se me da bien escribir cartas así es que he perdido el contacto con la mayoría de la gente que conocía.

—Razón de más para empezar. Estoy segura de que tienes uno o dos amigos con quienes te gustaría rehacer la amistad —insistió—. No me estoy quejando pero estoy harta de Nolan, Hank y Shell y de que no paréis de hablar de ganado, el precio de la carne, la disponibilidad de heno y las facturas del veterinario cada noche. Necesitáis un descanso del trabajo.

—Hay mucho que hacer.

—Bueno, todo seguirá ahí tras el descanso. No te quemes, Jake. Sé lo que se siente.

—Dímelo —dijo él mirándola con curiosidad.

Brianna sabía que tenía que contarle toda la historia. Posponerlo no la haría desaparecer. Pero aún tenía dudas. No sentía que su relación fuera lo suficientemente fuerte para soportar problemas. Si Steven la había dejado después de llevar años juntos, ¿cuánto tardaría Jake en mandarle hacer las maletas?

—Lo que quiero decir es que yo también trabajaba muchas horas y nunca parecía terminar. Siempre hay algo más esperándote. Tómate tiempo para disfrutar de lo que has conseguido. Visitar a tus amigos o hacer otras cosas será beneficioso para ti.

—Habló Miss Filosofía Barata.

—Puede, pero yo quiero hacerlo. Así que dame sus nombres.

Jake se apoyó en un codo.

—Brianna, tengo casi cuarenta años. Los que se graduaron conmigo probablemente tendrán hijos que serán adolescentes a estas alturas, no amigos de juegos para nuestros bebés.

—Entonces podrían cuidar de ellos.

Jake se quedó en silencio un rato antes de hablar.

—Me he enterado de que Jim Ransey se casó hace unos años. Creo que tiene un hijo de dos o tres años.

—¿Erais amigos?

—Salíamos juntos en el instituto. Él fue a la universidad después de graduarnos. Ahora dirige una finca al otro lado del pueblo, trabaja con su padre.

—¿Con quién se ha casado?

—Con una mujer de Laramie. Es más joven.

—Como tú y yo.

—Probablemente no sea como tú y yo —dijo Jake con tono irónico—. Creo que se llama Diane. Pregunta a Loni. Ella lo sabrá.

Brianna apuntó los nombres. Los llamaría en un día o dos para invitarlos a cenar. Era hora de echar raíces y hacer algunos amigos propios. ¿Qué mejor momento para empezar que con la mujer de un amigo de Jake?

—Está buena —dijo Jake mordiendo una galleta.

—A mí también me gustan mucho. Mi madre y yo solíamos hacerlas en los días de lluvia —dijo Brianna sonriendo.

—Es una buena tradición para instaurar aquí, pero no las hagas sólo en los días lluviosos.

Brianna ya estaba pensando en la cena que celebrarían. Se preguntó si invitaría a los demás. Miró a su marido. Aquel hombre no estaba muy ducho en entretenimientos sociales. Por un momento pensó en Steven y en lo urbanita que era. Él sí estaba acostumbrado a relacionarse con la gente, con clientes y nuevos artistas.

Apartó la idea y se centró en el presente. Hacía un día precioso. Aunque el aire era fresco, el sol le calentaba la cara. Miró a Jake. Seguía en la misma posición sobre un codo, las piernas estiradas, mirando hacia el horizonte.

Al recordar los besos y las caricias que le hacía cada noche, Brianna comenzó a respirar agitada—mente. ¿La besaría? Estaban a solas.

Pero lo triste era que, fuera del dormitorio, Jake no parecía darse cuenta de su presencia. Estaba obsesionado con sacar adelante el rancho y apenas si recaía en nada más.

De pronto, sonó el teléfono. Jake sacó el móvil del bolsillo.

—Marshall.

Incorporándose, miró a Brianna.

—Tranquilízate. Repite lo que acabas de decir.

Jake frunció el ceño y desvió la vista.

—No hablarás en serio… De acuerdo, dile al médico que eres el padre y que quieres estar dentro… no digas ni hagas nada más. Ignóralo. Voy para allá —dijo él apagando el móvil. Se puso de pie rápidamente y se guardó el teléfono en el bolsillo.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó Brianna poniéndose en pie también.

—Loni va a dar a luz. Rompió aguas nada más salir nosotros esta mañana y Shell la llevó al hospital. Y ahora ella no lo deja entrar en la habitación con ella y quiere ver a su hijo —dijo Jake acercándose a los caballos.

—Un abogado idiota está allí también y dice que Loni va a dar al niño en adopción —añadió cuando regresó con los caballos.

—Te dije que estaba pensando hacerlo.

—Bueno, pues ha hecho algo más que pensar en ello, ha hecho los preparativos necesarios. Pero no puede hacerlo sin el consentimiento del padre y todo el condado sabe que el padre es Shell. Voy a ver qué puedo hacer.

—Yo también voy.

Jake esperó a que Brianna montara y entonces montó él.

—Tendremos que ir más rápido que al venir. ¿Podrás hacerlo?

—Claro que sí —contestó Brianna. Sólo esperaba que no tuvieran que atenderla como paciente a su llegada al hospital.

CAPÍTULO 9

TRES horas más tarde, Jake y Brianna entraban en el hospital. Rápidamente se dirigieron a ginecología y encontraron a Shell de pie junto a la ventana de la sala de espera. A su lado había un hombre vestido de traje con un maletín.

—¿Shell?

Este se volvió, el alivio patente al ver a su padre. A continuación miró a Brianna y ésta se quedó muy sorprendida al ver la ira que había en sus ojos.

—¿Ha tenido ya al bebé?

—Aún no. El médico dice que todavía tardará un poco. Sigue negándose a verme. Y este tipo no acepta un «no» por respuesta —dijo señalando al otro ocupante de la sala de espera.

—Thomas Payne —dijo éste levantándose y haciendo un breve gesto de asentimiento hacia Jake y Brianna—. Loni Peterson me contrató hace unas semanas para hablarme de la posibilidad de dar en adopción a su hijo cuando naciera. Estoy aquí para proteger los intereses de mi clienta.

—Jake Marshall, y el padre del bebé se quedará con él. No habrá adopción.

—No hay garantía de que mi clienta acepte eso —dijo Payne—. Dejó bien claro que quería una buena familia para su hijo. Tal vez tenga sus motivos para no querer dejarlo con el padre.

—Ninguna razón que no podamos defender ante un juez —dijo Jake—. Shell tiene un trabajo estable y vive con mi mujer y conmigo. Habrá muchos adultos para cuidar del bebé y vigilar que no le ocurra nada.

—Y quererlo —añadió Brianna colocándose junto a Jake.

Jake la miró brevemente y asintió.

—Y quererlo —repitió.

Thomas Payne miró a la pareja y después a Shell, que se había colocado junto a Jake.

—No puedo responder por mi clienta en este momento. ¿Conoce ella la situación?

—Por supuesto que la conoce —dijo Shell.

Jake le puso la mano en el hombro a su hijo a modo de

advertencia.

—Haremos que nuestro abogado se ponga en contacto con usted —dijo Jake.

—Está bien, siempre y cuando no importunen a mi clienta, esperaré noticias de su abogado. Pero díganle a la señorita Peterson que me llame para asegurarme de que está de acuerdo. De no ser así, procederemos, y si decide pelear por la custodia, pues que así sea.

—No habrá que llegar a eso —dijo Jake.

Los tres lo miraron marcharse. Entonces, Jake se dirigió a Shell.

—¿Te ha hecho pasar mal rato?

—No después de hablar contigo. Simplemente, no he hecho caso a sus palabras. Pero antes, trató de hacerme firmar una renuncia.

—¿Loni no ha hablado de este asunto contigo?

—Sabes que apenas me dirige la palabra —dijo Shell totalmente frustrado, pasándose la mano por el cabello—. Creía que teníamos tiempo. Aún le faltaban un par de semanas. Dios, ni siquiera hemos comprado la cuna.

—Tenemos tiempo de ir a comprar una cuna —dijo Brianna—. El bebé se quedará en el hospital uno o dos días más, ¿no es así?

—No me hables del bebé —dijo Shell con tono amenazador—. Fuiste tú la que le dijo a Loni que la ayudarías a manejarse en Nueva York. Está ansiosa por irse. Si no te hubieras metido, ahora no estaríamos en este lío.

—Ya basta —dijo Jake—. Ya hablaremos de esto con Brianna más tarde. Voy a llamar a John Lieberman para que vaya ocupándose de esto.

Brianna se sintió herida por el ataque de Shell y por la forma en que Jake se había mantenido al margen. ¿Qué estaba haciendo ella ahí? ¿Podría ayudar a Loni?

—¿Puedo verla? —preguntó Brianna.

—Probablemente —dijo Shell—. ¿No eres su gran benefactora? Pregunta a la enfermera en la entrada —dijo volviéndose hacia la ventana, los hombros rígidos por la rabia.

Brianna atravesó la sala y se dirigió al puesto de las enfermeras.

—¿Es usted pariente?

Brianna asintió. Ser la futura abuela del bebé la convertía en pariente. De pronto recordó algo.

—¿Puedo hacer una llamada? Quiero avisar a su tía.

—Claro.

Brianna llamó a Maggie Sorenson. Esperaba que la mujer se alegrara de la noticia como había dicho. Y así fue.

—Voy para allá. ¿Cómo está?

—Bien, creo. Voy a entrar a verla ahora.

—Llamaré a su madre —dijo Maggie—. Por mucho que haya dicho, Loni es su hija y merece saberlo.

Brianna le dio las gracias a la enfermera por dejarle el teléfono y se dirigió a la sala de partos.

Loni parecía muy sola y triste en aquella camilla. Tenía los ojos cerrados y el cuerpo contraído.

—¿Loni? —dijo Brianna con voz suave.

Loni abrió los ojos y su rostro entero se iluminó.

—Oh, Brianna, gracias por venir. No imaginé que fuera tan horroroso.

—¿Qué tal estás?

—Bien entre contracciones, pero cuando me da una, es horrible. No sabía que doliera tanto —dijo al tiempo que su cuerpo se tensaba y dejaba escapar un gemido.

—Respira —dijo Brianna, recordando los partos que había visto en televisión. ¿Acaso no debería haber ido Loni a algunas clases de preparación al parto? Brianna sabía que ella sí lo haría cuando llegará el momento. No quería enfrentarse a ello a ciegas.

—Hago… todo… lo que… puedo… —dijo Loni meciéndose en la camilla—. ¡Duele mucho! —dijo al tiempo que gemía otra vez. Entonces se quedó quieta un momento antes de hablar—. El médico me ha dicho que aún queda un poco para que nazca. ¿Por qué tarda tanto?

—Es la naturaleza. Loni, Shell quiere verte.

—No —se apresuró a decir ella.

Brianna le retiró el cabello de la cara.

—¿Por qué no? Se preocupa por ti. Y éste es su bebé también.

—No se preocupa por mí. La última vez que me pidió que me casara con él dijo que no me lo pediría nunca más.

—¿Te refieres a después de que lo rechazaras? ¿Después de haberlo rechazado, al menos, una docena de veces antes? Un hombre tiene su orgullo, Loni.

¿La chica quería jugar duro para ganar? Podía ser una maniobra

peligrosa con alguien como Shell. ¿Quería Loni casarse con él o no?

—No quiero casarme —dijo Loni—. Me voy a Nueva York.

—Entonces es bueno que no vaya a pedírtelo otra vez. Eso reducirá tus nervios.

—Tengo los nervios descontrolados —dijo Loni al tiempo que se producía otra contracción.

Cuando pasó, Brianna se sentó en el borde de la cama con cautela.

—Loni, Shell necesita formar parte de esto. Más que la mayoría de los hombres. Piensa en lo que le ocurrió a él. Quiere que su hijo conozca a su padre. Piensa en lo orgulloso que estará de poder decirle algún día que él estuvo presente en su vida desde el comienzo. No importa lo que sientas en estos momentos, tienes que pensar en el futuro y en tu hijo y su padre.

Loni miró hacia la pared.

—No quiero que esté presente. Quiero que mi hijo tenga una buena familia.

—Eso no va a ocurrir. Si tú no quieres a tu hijo, Shell sí lo querrá. Y tiene un buen hogar que ofrecerle. Aunque aún haya cosas que cambiar en el rancho, dentro de un año estará irreconocible.

—Y tú no estarás ahí si no te das prisa y tienes un hijo —espetó Loni.

—Shell necesita estar aquí. Necesita ser parte de esto —repitió Brianna con firmeza—. Tienes que dejar que lo comparta, Loni. O te arrepentirás el resto de tu vida.

La joven se quedó callada hasta que se produjo otra contracción. Después, inspiró profundamente.

—Está bien, si tan seguro está de que quiere ser parte de esto, no tengo ningún problema. ¿Te quedarás tú también?

—Si quieres. ¿Y Jake? Él será el abuelo.

—Dios, me siento como una artista de circo. ¿Por qué no? Cuantos más mejor —dijo agarrando con fuerza la mano de Brianna —. Pero prométeme que te quedarás. No dejes que Shell me intimide.

—Me parece que eres tú quien lo ha tenido firme —dijo Brianna —. Pero te prometo que me quedaré.

—El abogado dijo que Shell no firmará los papeles para que el bebé sea adoptado.

—No, no lo hará —dijo Brianna con suavidad—. ¿Cómo se te ha ocurrido algo así sin hablarlo con él? Él te quiere y también al bebé, pero si no puede tenerte, al menos tendrá a su hijo.

—Tú cargarás con el bebé si se lo lleva al rancho. ¿Estás dispuesta a hacerlo? —preguntó Loni sin soltar la mano de Brianna.

—Loni, he dejado mi vida anterior con un propósito. Cuidaré de tu hijo. Y cuando tenga uno propio, crecerán como hermanos. Siempre querremos a tu bebé —prometió Brianna.

Cuando Shell, Jake y Brianna se hubieron lavado las manos y se hubieron puesto las batas de hospital, Loni ya estaba preparada en su camilla. Pero una vez dentro de la sala de partos, el proceso no fue tan rápido como Brianna había creído. Loni luchaba entre contracciones muy seguidas. Jadeando entre una y otra, la tomó con Shell, culpándolo por todo aquello.

Él lo escuchaba con calma y la tranquilizaba lo mejor que podía. Y allí estuvo cuando su hija nació, la tomó en sus brazos de manos del doctor antes de que le cortaran el cordón umbilical.

Brianna apretó el brazo de Jake, los ojos llenos de lágrimas cuando la niña dejó escapar su primer llanto. Estaba cubierta aún de fluidos, y apenas tenía pelo en su cabecita, pero era adorable. Y a juzgar por la mirada en el rostro de Shell, era la criatura más perfecta del universo.

Miró a Jake y se sorprendió al notar que sus ojos estaban sospechosamente brillantes. El la miró a su vez y le rodeó los hombros con un brazo acercándola a sí.

—La próxima vez, seré yo la que esté ahí —dijo Brianna suavemente.

Loni estaba sola en la habitación doble. Era tarde, casi medianoche. Se suponía que tenía que dormir pero la luz que se filtraba del pasillo se lo hacía difícil. Se puso de lado y casi se sorprendió de no tener el vientre hinchado.

Su hija. La había visto fugazmente mientras Shell la sostenía en sus brazos. Brianna tenía razón. Shell le había dedicado a su hijita la misma mirada de adoración que una vez le dedicara a ella. Pero ella lo había apartado de su vida.

Una lágrima quedó retenida en sus pestañas. Parpadeó

rápidamente. Ella tenía otro destino. Iba a ser una artista famosa. Cuando su bebé creciera, también podría ir a Nueva York a visitar a su madre. Irían juntas a los museos y a las galerías de arte, y comerían en restaurantes de moda e irían a ver algún espectáculo en Broadway.

Pero quedaba mucho para eso. Y en ese momento, Loni echaba de menos a su hija.

Su tía Maggie había estado esperando para verla. La había invitado a quedarse con ella cuando saliera del hospital, si quería. Loni sí quería. No tenía sentido estar con el bebé cuando pensaba marcharse en unas semanas.

Loni se acostumbraría a estar sola. Tendría sus cuadros. ¿Acaso no estaría orgullosa su hija de tener una madre famosa en el mundo entero?

Frunció el ceño al pensar en Elsa Harrington Marshall. Su fama no había hecho feliz a su familia. Loni necesitaba asegurarse de no cometer los mismos errores. Ella sí quería que su hija la mirara y la considerara una mujer de éxito.

Tal vez debería ir a verla. La enfermera le había preguntado si quería darle el pecho pero Loni había dicho que no. Así que el personal del hospital se ocuparía del bebé hasta la mañana cuando llegara el pediatra y le diera el alta.

Puede que fuera su única oportunidad de ver a su bebé en mucho tiempo.

Saltó de la cama y notó las piernas temblorosas. Se puso la bata que su tía le había llevado y lentamente, salió de la habitación. La enfermera que estaba fuera en el puesto no la vio y Loni se dirigió al nido.

Cuando se acercó, vio a Shell apoyado contra la ventana, mirando a los bebés. Dudó un poco y se acercó finalmente. Otra cosa a la que tendría que acostumbrarse, a tratar con el padre de su hija.

Shell levantó la vista cuando Loni se detuvo a su lado.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—Bien. ¿Qué haces aún aquí?

—Mirar a Ashley.

—¿Ashley? —dijo ella. Había dos bebés en el nido.

—Mi hija.

—¿Ashley? ¿La has llamado Ashley sin consultarme? —preguntó

Loni ignorando el pinchazo de dolor al oírlo referirse a su hija.

—Ashley Shelly Bluefeather. Como mi madre y como...

Se detuvo.

—¿Como qué?

—Como el ave Fénix.

—¿El ave Fénix?

—Sí, ya sabes, el pájaro que nace de sus cenizas.

—¿Y por qué has hecho algo así?

—Porque todo ha sido un desastre. Hemos estropeado una maravillosa relación y hemos quemado todos los puentes. Pero este bebé es un milagro que no deja de maravillarme. Es lo único bueno que ha quedado de nuestra relación. De todas formas, aún no habías elegido nombre, ¿o sí?

Loni sacudió la cabeza. Súbitamente se sentía triste y culpable. Su propia hija y ni siquiera había elegido un nombre para ella. Pero Shell sí lo había hecho. Las lágrimas le enturbiaron la visión mientras miraba las cunas. Sólo veía a su pequeña envuelta en una manta, tumbada boca arriba. Alcanzaba a verle la mejilla y el suave pelo. Negro, claro, como el de Shell.

—Tu tía me ha dicho que vas a quedarte con ella —dijo Shell tras un momento.

—Sí —dijo ella. Hasta que se marchara a Nueva York. Por algún motivo, no quedaba nada del entusiasmo que sintiera antes. Probablemente fuera por todo lo que había ocurrido. Cuando se recuperase por completo, recobraría la emoción.

—Enviaremos tus cosas allí.

—No me importa acercarme al rancho. Tengo que recoger mis cuadros también.

—También podemos empaquetarlos y enviártelos con el resto. Incluso lo podríamos embalarlos para el envío a Nueva York. Elsa tenía material necesario.

—¿No quieres que vaya al rancho?

—¿Para qué? —preguntó Shell—. Tú y yo hemos terminado. Ashley no sabrá quién eres hasta que... es demasiado pequeña. Brianna puede ir a verte al pueblo por si queréis idear algún otro plan.

—¿De qué estás hablando?

—De tu viaje a Nueva York.

—Me dijo que podía darme el nombre de algunos amigos, eso es todo. Ella piensa que estoy loca por querer abandonar este sitio. Pero tengo que ir.

—Pues vete. Adiós, Loni. Que te vaya bien en tu vida —dijo Shell alejándose.

Loni lo miró alejarse y el pánico se apoderó de nuevo de ella. Fue como el día del juzgado. Pero esta vez, era para bien.

Volvió a mirar a los bebés, deseando poder tomar a su hija entre sus brazos una vez antes de decirle adiós. Pero no podía. Loni regresó a su solitaria habitación con la esperanza de haber tomado la decisión correcta.

—¿Es Shell? —dijo Brianna al oír el ruido de la puerta de la cocina—. ¿Qué ocurrirá con ellos?

Jake y ella estaban en su habitación pero no podían dormirse. Brianna no dejaba de rememorar los momentos de gran emoción vividos durante el nacimiento. Era sorprendente lo diferentes que eran los objetivos de cada una.

Sintió un escalofrío pero la reconfortaba la presencia de Jake a su lado, a pesar de que no la hubiera defendido en el hospital. ¿Qué tenía que hacer para convencer a padre e hijo de que no había ido allí para sabotear sus vidas?

—No lo sé —dijo Jake—, pero desearía que no le hubieras ofrecido ayuda alguna a Loni en su marcha a Nueva York. Dile que has cambiado de opinión. Tiene que quedarse cerca. Tal vez, con el tiempo, se dé cuenta de que necesita formar parte déla vida de su hija.

—Jake, les diría a mis amigos que no le hicieran caso cuando llegue si creyera que eso cambiaría las cosas. Pero no es así. Está decidida a hacerlo. Creía que era un sueño que nunca se atrevería a llevar a cabo. Que cuando viera a su pequeña, querría quedarse. Tal vez la diferencia esté en que ella se crió con sus dos progenitores y no se da cuenta de lo que uno siente cuando le falta uno de los dos. Shell, tú y yo tuvimos sólo a uno. Y en el caso de Shell y en el mío, murió siendo joven. Yo nunca podría abandonar a mi hijo.

—Pero si Loni no hubiera tenido ningún apoyo, se habría quedado —insistió Jake.

—¿De veras? Puede que lo consiga. Sus cuadros son buenos.

Jake se encogió de hombros.

—¿Lo suficiente para vivir de ellos?

—El asunto es que no te gusta la decisión que ha tomado. Bueno, a mí tampoco me parece muy buena, pero es su vida. Creo que estás pensando más en Shell que en Loni.

—Lo cierto es que estaba pensando en el bebé. ¿Qué clase de madre abandona a su hijo?

—¿Qué clase de madre mantiene a su hijo bajo su mando, arrancándole la vida poco a poco, dándole la espalda a su propio nieto? —respondió ella despiadadamente—. ¿Quién sabe por qué hace la gente las cosas? No creo que obligar a Loni a quedarse la convierta en una buena madre. No si lamenta cada momento.

La puerta del dormitorio de Shell al otro lado del pasillo se cerró.

—Está sufriendo —dijo Jake con suavidad.

—Lo sé. Y creo que ella también. Pero ni tú ni yo podemos arreglar las cosas. Tienen que vivir sus propias vidas.

Brianna tenía el desayuno preparado cuando Jake entró en la cocina al día siguiente. Había hecho un buen montón de tortitas, consciente de lo hambrientos que estaban siempre los hombres. Jake se sirvió café y se sentó.

—Buenos días —dijo Brianna.

Él hizo un gesto de asentimiento y bebió un poco de café, mirando a la mesa.

—¿Dónde están Hank y Nolan?

—Como está lloviendo, creo que han decidido comer algo en el barracón —dijo ella—. ¿No hicieron lo mismo la última vez que llovió tanto? ¿Vas a salir a trabajar con este tiempo?

—Siempre hay algo que hacer —dijo Jake encogiéndose de hombros.

Shell entró en ese momento pero cruzó la habitación y fue a por su sombrero.

—¿Se puede saber adonde vas? —preguntó Jake, alzando la cabeza.

—El desayuno está listo —dijo Brianna.

—Voy al hospital. Quiero ver al bebé.

—Come algo primero —sugirió Brianna poniendo en un plato huevos y tortitas acompañados de unas tiras de beicon y salchichas.

—No tengo hambre.

—Deberías comer de todas formas. Aún queda un rato para la hora de visita —dijo Jake.

Shell miró a su padre pero ignoró a Brianna. Devolvió el sombrero a la percha y se sentó. Comió como si estuviera solo, con la mirada fija en el plato.

Brianna oía el eco de sus airadas acusaciones. ¿Acaso pensaba seguir ignorándola en venganza por su crimen? Su vida iba a ser realmente cómoda.

A pesar de la lluvia, el mobiliario que había encargado les fue servido esa misma mañana. Los dos hombres parecían dispuestos a satisfacer su necesidad de ver el sofá en un sitio, después en otro. Les agradeció el trabajo invitándolos a un café y galletas, algo que nunca se le habría ocurrido en Nueva York.

Cuando se fueron, Brianna volvió al salón. Había colgado las cortinas un par de días antes. Ahora, con los muebles y la alfombra nuevos, la habitación estaba como ella la había imaginado. ¿Le importaría a alguien?

Quería colgar algunos cuadros de las paredes. No podía creer que Elsa no hubiera dejado nada a su familia. ¿Le haría Steven un buen precio si conseguía encontrar algún cuadro suyo en venta? Le parecía adecuado que en la casa de Elsa Harrington hubiera algún cuadro suyo.

El teléfono sonó en ese momento y corrió a responder.

—¿Está Jake ahí? —preguntó Shell.

—No, salió después de ti esta mañana. No lo he visto desde entonces —dijo ella preguntándose si Shell esperaría de ella que obedeciera sus órdenes después de cómo la había tratado esa mañana. Miró el reloj. Era casi mediodía. ¿Irían a comer los demás? Dudaba mucho que se hubieran alejado de la casa con ese tiempo.

—No responde al móvil pero supongo que es contigo con quien debería hablar, de todas formas. Ashley puede ir a casa hoy y voy a necesitar muchas cosas.

—Qué bien.

—Vamos. No tiene nada. ¡Ni siquiera puedo llevármela porque no tengo un asiento de bebé para ella en el coche!

—Pues ve a comprar uno.

—No sé nada de cosas de bebés.

—Yo tampoco.

—Pero tú eres una mujer —dijo él. Brianna notó el tono desesperado en su voz.

—¿Y eso implica que tengo un gen que me permite saber lo que puede necesitar un bebé? No lo creo. Hace meses que sabías que ibas a ser padre. ¿Por qué no se te ocurrió ir a comprarlo todo antes de ahora?

—Pensé que teníamos tiempo. Mira, esto no nos llevará a ninguna parte. Encuentra a Jake y dile que me llame al hospital.

—Díselo tú mismo. Creo que acaba de entrar —dijo ella al oír la puerta trasera.

—¡Jake! Es para ti —dijo cuando lo vio en la puerta del salón.

Brianna salió y lo dejó allí hablando. Ese día debería haber sido un día feliz, con la llegada del bebé. Una niñita a la que amar y cuidar hasta que se hiciera mayor.

Pero a Brianna le costaba mostrar entusiasmo alguno. No era parte de la familia, tan sólo alguien que vivía en aquella casa.

Jake apareció en la puerta y miró a su alrededor.

—¿Qué es todo esto?

—He pedido muebles nuevos y han llegado hoy

—Te dije que no teníamos dinero para esto. Devuélvelo.

—Lo he comprado yo. Cuando me vaya, me lo llevaré conmigo si tú no lo quieres.

Jake se quedó quieto.

—¿Irte? ¿Estás enfurruñada por lo de esta mañana?

—No estoy enfurruñada pero no quiero que te entre el pánico al pensar que trato de quedarme con tu rancho sólo porque he comprado unos cuantos muebles.

—¿Estoy paranoico?

—Dímelo tú.

—Shell necesita ayuda.

—¿Y eso me concierne a mí porque...?

—Estás enfurruñada.

Brianna se puso las manos en las caderas y lo fulminó con la

mirada.

—Si lo estoy, tengo motivos para ello. Jake, soy tu mujer. Deberías haberte puesto de mi parte ayer en el hospital.

—Shell tenía razón.

—No, ni él tenía razón ni la tienes tú. Sinceramente ¿podéis alguno de los dos decir que mi llegada ha sido el catalizador para que Loni decidiera dejar Sweetwater?

—Si tú no le hubieras ofrecido...

Brianna levantó una mano con la palma hacia él.

—Déjalo ya, y responde a mi pregunta. «Sí» o «no».

—Tu llegada y hablar de Nueva York metió en su cabeza ese destino.

—¿Antes de eso? —insistió ella.

—Ha estado hablando de irse desde antes de saber que estaba embarazada —admitió Jake—. Shell solía quejarse de ello cuando empezaron a salir juntos.

—Entonces, tal vez no sea yo la responsable de todo lo que ha ido mal últimamente.

—Nunca dije eso.

—No, pero tampoco te enfrentaste a Shell cuando lo dijo.

—Está bajo mucha presión. No lo dijo en serio.

—No te pusiste de mi parte —dijo ella lentamente—. Si no puedo confiar en que me defiendas, ¿cómo podré confiar en ti para cosas más importantes?

CAPÍTULO 10

LA CONFIANZA lleva tiempo —dijo Jake.

—Estoy de acuerdo. Tal vez algún día aprenda a confiar en ti —dijo ella.

A Jake no le gustó su respuesta. Pero si miraba la situación desde el punto de vista de Brianna, se daba cuenta de que le había fallado. Ella no era la causante de lo que había ocurrido. Shell había estado persiguiendo a Loni meses para que se casara con él y ella le había dicho en todo momento que quería irse. ¿Por qué no había hablado con Shell de eso?

Porque era más fácil pensar que Brianna era la culpable y unir sus fuerzas con su hijo. Quería crear un lazo más fuerte del que él había tenido con su padre. Pero dejando al margen a Brianna, haciéndole daño, no era la manera de fortalecer nada.

—Te pido disculpas —dijo Jake.

Su mirada de sorpresa debería haberlo divertido, pero en vez de eso se sintió aún más culpable. Si no estaba dispuesto a salir en defensa suya, ¿qué clase de padres iban a ser? Tal vez necesitara recapacitar sobre su matrimonio. Si faltaba confianza de ambas partes, su vida iba a ser un desastre.

—Shell dice que el médico le dará el alta a Ashley esta tarde. Puede traerla a casa pero necesitará un asiento de bebé para el coche.

—Necesita mucho más que eso —dijo Brianna bajando lentamente los brazos—. ¿Qué me dices de una cuna, pañales, biberones y leche entre otras cosas?

—Le he dicho que nosotros iríamos a comprar todas esas cosas —dijo él con cautela.

—¿Nosotros?

—No sé nada de cosas de bebé.

—Yo tampoco.

Había mostrado un temperamento tan calmado desde su llegada que Jake se sorprendió al ver que iba a ser difícil convencerla. ¿Era su manera de devolverle el golpe? Ése era otro aspecto de su matrimonio al que tendría que acostumbrarse. Era hora de comenzar a tender puentes.

—Le he dicho que iríamos nosotros.

Ella se encogió de hombros y miró a su alrededor.

—Pues ve. También tendrás que comprar una mecedora. No creo que quieras meter una de las del porche en la habitación del bebé. Sería buena idea mecerlo mientras se le da el biberón.

—Ven conmigo, Brianna.

Por un momento, Jake pensó que iba a negarse pero finalmente accedió.

—Está bien pero no esperes que sea una experta en esto.

—Aprenderemos juntos.

Brianna sonrió y su rostro entero se iluminó. Jake lo daría todo por ver más a menudo esa sonrisa.

—Será una buena práctica para cuando necesitemos comprar las cosas para nuestro bebé, ¿no crees? —dijo ella.

Llevaban un mes casados y aún no había señales de embarazo. Jake se preguntaba cuánto tiempo se tardaba en saber si una mujer estaba embarazada. ¿Y cuáles serían sus opciones si no se quedaba?

Muchas mujeres no podían tener hijos. ¿No disfrutaría mucho su abuela al saberlo? Pero no había señal alguna de que Brianna no pudiera tenerlos. Tendrían que seguir intentándolo.

Si no fuera porque tenían que ir a comprar el asiento del bebé, la llevaría al dormitorio en ese mismo momento. El tiempo inclemente reducía el nivel de trabajo dándole así más tiempo para otros menesteres.

—¿Quieres comer algo antes de irnos?

Jake se giró, temeroso de que pudiera ver el abultamiento de su ingle, que sus vaqueros no podían ocultar. Él estaba fantaseando con llevar a su mujer a la cama y ella estaba pensando en la comida.

—Sí, comamos algo antes. Tardaremos un rato en llegar a Laramie y tengo hambre ya.

—¿Laramie?

—Sweetwater no tiene grandes almacenes, como ya has visto. Tenemos que ir a una ciudad más grande.

—Claro, ¿y cómo es Laramie?

—Lo suficientemente grande.

Era bien entrada la tarde cuando Jake y Brianna llegaron al

hospital. Brianna esperó en la camioneta mientras Jake iba a buscar a su hijo. Shell estaba en el nido, con Ashley en los brazos, dándole el biberón. Jake notó lo pequeño que era el bebé y lo raro que se sentía su hijo. El chico era demasiado joven, aunque él había sido aún más joven cuando Shell nació. ¿Cómo se las habría arreglado Shelly? De nuevo fue consciente de lo duro que debía de haber sido para ella y se sintió culpable.

—¿Cómo está?

—Podremos irnos tan pronto como se termine el biberón —dijo Shell—. Las enfermeras me han dicho lo que tengo que hacer. Sólo espero recordarlo todo. ¿Has comprado el asiento para el coche?

—Sí. Ya está colocado en tu camioneta. También hemos comprado varios libros.

Shell miró por detrás de su padre.

—¿Dónde está Brianna?

—Fuera. No está muy contenta contigo en este momento.

—Ya lo noté cuando hablé con ella.

—Tiene razón.

Shell asintió.

—Puede. He estado pensando en ello desde que hablé con ella. Loni está decidida a irse. Brianna sólo se lo ha hecho más fácil. Pero fácil o no, cuando algo se le mete en la cabeza a Loni, va a por ello.

—¿Está aún aquí?

—No, se fue esta mañana con su tía Maggie. Se quedará con ella un tiempo. Le dije que le enviaríamos sus cosas.

Jake esperó un momento y finalmente asintió con la cabeza.

—Yo me adelantaré a casa con Brianna. Tenemos que preparar muchas cosas para la señorita. Haré que Nolan o Hank me echen una mano con la cuna. Trataremos de tenerlo todo listo para cuando llegues.

—Gracias.

Jake no quería irse sin decir algo más.

—¿Sabías que el padre de Brianna nunca quiso reconocerla y que los padres de su madre la echaron de casa cuando se quedó embarazada y no volvieron a hablarle?

—No, no lo sabía —dijo Shell, inmóvil.

—Su madre murió cuando ella tenía dieciocho años y ahí estaba ella, empezando la universidad con una beca, sola en la gran ciudad.

El único pariente que había tenido relación con ellas había sido su tío Buck, que murió seis meses antes que su madre.

—Por eso debería saber mejor que nadie lo importante que es para un bebé tener a su madre —dijo Shell.

—O debería saber mejor que nadie lo difícil que es ser joven y estar solo en una enorme ciudad sin familia ni amigos. Loni iba a irse de todos modos. Tal vez Brianna sólo quería ayudarla. Piensa en ello. Y de paso, piensa en quién va a cuidar de tu pequeña mientras tú estás trabajando.

Jake se dio la vuelta y volvió al coche. Cuando salió, miró alrededor disgustado. Había empezado a nevar. El invierno había llegado. Si Brianna no se quedaba pronto embarazada, perdería el rancho.

Pero ya se preocuparía por eso más tarde. Ahora lo importante era encontrar la forma de conseguir heno suficiente para pasar el invierno. Si el tiempo empeoraba, no tendría el suficiente para mantener a todo el ganado. El precio de la carne estaba por los suelos y la única forma de sacar dinero era vender algunos animales.

Se dirigió al coche deseando que el heno fuera su única preocupación. Si la brecha que se había abierto entre Brianna y Shell no se cerraba pronto, sería un invierno muy frío, dentro y fuera de la casa.

Se metió en la camioneta y notó el frío que hacía.

—Deberías haberlo puesto en marcha y haber encendido la calefacción —dijo arrancando el vehículo.

—Estoy bien —dijo Brianna.

—Shell está dando el biberón a Ashley. Cuando termine, irá a casa. Me ha dicho que las enfermeras le han explicado lo que tiene que hacer. Le he dicho que hemos comprado algunos libros.

—Mmm —dijo ella mirando por la ventana los copos de nieve.

Parecía distante. Jake había esperado que la llegada del bebé despertara su interés.

—¿Me ayudarás a prepararlo todo? —le preguntó cuando salieron a la carretera.

—Lavaré las sábanas y las mantas mientras montas la cuna. Así tendré la cama lista para ella. Has comprado pilas para el monitor, ¿verdad?

—Hemos comprado la tienda entera. No podemos haber olvidado

nada.

—Enseguida lo averiguaremos. ¿Estaba Loni en el hospital?

—No. Se había ido a casa con Maggie.

—¿Por qué no se fue a vivir con Maggie antes de que naciera el bebé en vez de con vosotros?

—Su tía estaba fuera de la ciudad cuando sus padres la echaron de casa. No tenía adonde ir, así que le ofrecimos venir al rancho. Una vez acostumbrada, creo que se le hizo todo más fácil. Le gusta el estudio de Elsa, ¿recuerdas?

—¿Vendrá a recoger sus cuadros y su ropa pronto?

—Shell le dijo que se la enviaríamos.

—Puedo llevárselas yo si queréis. ¿Está segura ' de que no quiere venir al rancho ella misma y ver a Ashley?

—No estoy seguro de muchas cosas ahora mismo. Ya veremos lo que pasa en unos cuantos días. Puede que se vaya a Nueva York a finales de esta semana.

Brianna se quedó callada y Jake deseó no haberlo dicho.

Para cuando Shell llegó, la cuna estaba lista y las sábanas y las mantas limpias. La cama que había utilizado Loni había sido levantada y estaba apoyada contra la pared del pasillo. La cómoda estaba llena de ropa de bebé y pañales.

Brianna estaba montando un móvil de figuras de animales de brillantes colores para colgarlo encima de la cuna cuando oyó los pasos de Shell por las escaleras y levantó la mirada.

Jake estaba colocando la mecedora cerca de la ventana. Habían echado las cortinas para proteger la habitación del frío. Brianna seguía pensando que la habitación era demasiado fría para un bebé. Tendrían que asegurarse de que estaba bien tapada cuando durmiera.

Shell entró con la niña en su silla. Estaba profundamente dormida.

—Estamos en casa —dijo aunque no era necesario.

Los minutos siguientes pasaron tomando en brazos a Ashley por turnos, primero Shell, después Jake y después Brianna. Cuando la pusieron en la cuna seguía sin despertar.

—Está bien, ¿verdad? —preguntó Shell inclinándose sobre la

cuna.

—Está dormida —dijo Brianna—. Los bebés duermen profundamente.

Shell la miró.

—Creía que no tenías un gen especial para los bebés.

—No, pero he leído alguno de los libros mientras esperaba a Jake en el hospital. Hay mucho que aprender.

—Practicaremos con Ashley, así lo tendremos todo bajo control cuando llegue el nuestro —bromeó Jake.

Shell iba a responder pero entonces se dio cuenta de que era una broma y se limitó a encogerse de hombros.

—Espero que los bebés sean fuertes.

—Los primeros tienen que serlo. Los padres no nacen sabiendo cómo cuidar a un hijo. Es una labor que se aprende con la práctica —dijo Brianna, maravillada ante la perfección de Ashley Bluefeather.

Deseaba tenerla en brazos, muy cerca de sí misma, para protegerla de los golpes de la vida. Y si se sentía así con Ashley, ¿cómo se sentiría con su propio bebé?

¿Qué importaba que el suyo no fuera un matrimonio perfecto? Bastaba para tener un hijo al que amar.

El incidente de esa mañana durante el desayuno había hecho que Brianna pensara en su futuro. Había decidido casarse creyendo que Jake y ella se irían amoldando el uno al otro.

No estaba segura de lo que iba a ocurrir. Jake era demasiado distante y cerrado. Y eso la había hecho darse cuenta de que necesitaría mucho más en la vida si iba a quedarse en Wyoming.

Cierto era que su médico le había dicho que tenía que aflojar su ritmo de vida, pero no hacer nada no estaba en su naturaleza. ¡De ninguna manera pensaba jubilarse a los treinta y cuatro años!

A finales de semana, ya sabía que estaba deseando ser madre. Ashley era una niña maravillosa. Dormía sus horas, comía cuando era su hora y permanecía despierta cada día un rato para entretener a Brianna. Aunque mucho sospechaba que debería ser ella la que la entretuviera.

Shell se ocupaba de la niña después de la cena. La bañaba y

pasaba un rato con ella en el salón redecorado. Era la habitación más caliente de la casa y Brianna se alegraba de que Shell y Jake hicieran la sobremesa allí todas las noches después de cenar.

Ella terminaba de fregar los platos y se unía a ellos, se sentaba en el sofá y miraba al bebé mientras los escuchaba hablar del rancho.

Brianna recordó su intención de conocer a los amigos de Jake. Lo habían pospuesto mientras se acostumbraban a la presencia del nuevo miembro de la familia, pero si quería poner en marcha su plan tendría que hacerlo rápidamente, antes de que la nieve imposibilitara el acercamiento al rancho.

El teléfono sonó en ese momento.

—Yo voy —dijo Jake dirigiéndose al despacho.

El silencio fue un poco incómodo cuando se marchó. Brianna se mantenía tan lejos del bebé como podía en presencia de Shell, porque no quería que pensara que quería usurpar su puesto.

Jake regresó minutos más tarde con el ceño fruncido.

—Maggie Sorenson quiere hablar contigo, Brianna.

—¿Quién?

—La tía de Loni.

—Oh —dijo Brianna dirigiéndose al despacho—. ¿Sí?

—Brianna, soy yo, Loni. He hecho que llame mi tía porque temía que Jake o Shell me colgaran.

—Loni, ¿cómo estás?

—Estoy bien. He estado levantada y ya ando, pero me canso.

—¿Llamas por tus cuadros? Jake ha dicho que podemos embalarlos y enviarlos a Nueva York si quieres. O podemos hacértelos llegar a casa de tu tía.

—De hecho, llamaba por el bebé —dijo Loni un tanto dubitativa —. ¿Cómo está?

—Es una preciosidad. Todos la queremos —mucho. ¿No quieres venir a verla?

—Creo que no.

Por el tono de voz, Loni no parecía muy convencida.

—Una pequeña visita no te hará daño.

—¿Está Shell enfadado conmigo todavía?

—No creo que esté enfadado en absoluto. Deberías verlo con ella. Está encantado. Y Jake casi tiene que ordenarle que le deje tomar en brazos a su nieta. Nunca habría esperado algo así de unos rudos

vaqueros.

Brianna oyó un sollozo al otro lado de la línea.

—¿Estás bien?

—Sí, es sólo la depresión posparto. La tía Maggie dice que todo el mundo la sufre. Tal vez pueda ir la próxima semana... para ver qué cuadros quiero. Algunos los hice al principio y no creo que valgan mucho. Necesito mi ropa y mis cuadros.

—Lo meteremos todo en cajas. Ashley está en la habitación en la que dormías tú.

—Oh.

Brianna esperó y al cabo escuchó una voz nueva.

—¿Brianna? Soy Maggie.

—Hola.

La tía de Loni esperó un momento antes de hablar de nuevo.

—Sinceramente, no sé qué hacer. Se pasa el día llorando como una loca, pero se niega a ver a su hija. Esto no es normal. Habla de ir a Nueva York. ¿Qué va a hacer allí?

—Pintar, supongo.

—Si es tan importante para ella, podría hacerlo aquí también, pero creo que es una idea que se le ha metido en la cabeza y no logra olvidarla.

—Al parecer, Elsa le dijo que tenía talento.

—¿Y? Hay un montón de pintores por ahí, pero ese bebé sólo tiene una madre.

—¿Crees que debería venir a ver a Ashley?

—¿Es así como la ha llamado Shell?

—Sí. Es un nombre bonito, ¿no crees?

—Sí. Veré si logro convencerla para que vaya, pero no se puede hablar mucho con ella en estos momentos. Sé que mi hermana y su marido no aprueban a Shell pero ésa no es la manera correcta de tratar las cosas. Por lo que he oído, es un joven responsable y trabajador. No puede evitar quiénes fueron sus padres igual que Ashley.

—Es un buen hombre —dijo Brianna levantando la vista. Jake estaba apoyado contra el marco de la puerta, mirándola, con los brazos cruzados. ¿Cuánto llevaría ahí?—. Dile que siempre será bienvenida. Ven tú también. Ashley debería conocer a toda su familia.

—Muchas gracias. Podría ir el martes, si no te viene mal. Me encantaría volver a verla, tomarla en brazos, tal vez. Hace mucho que no sostengo a un bebé. Mi hijo menor tiene veinte años. El tiempo vuela.

—Estaré en casa todo el día. Ven cuando quieras.

Cuando colgó, Brianna se volvió hacia Jake.

—¿Querías algo?

—Me preguntaba por qué llevabas tanto tiempo hablando con Maggie. ¿La has invitado a venir?

—Sí. Parece amable y es la tía abuela de Ashley.

—No sé si Shell lo aprobará.

Brianna estaba irritada.

—Pues entonces haz que le guste o no se lo digas. ¿Acaso estáis planeando los dos privarla de su familia sólo porque Loni no ha querido casarse con Shell?

—Vamos, Bri, yo no he dicho que me oponga, sólo pienso que tal vez él lo haga. Maggie Sorenson es una mujer mucho más agradable que la madre de Loni. Aunque sospecho que Susan Peterson está muy influida por su marido. Pero cuando los abogados lo arreglen todo, Shell tendrá la custodia absoluta. Es lo que pasará tanto si su hija conoce a su tía abuela o no.

—Entonces pregúntale para que pueda decirle a Maggie si es bienvenida o no —dijo Brianna pasando junto a Jake y subiendo las escaleras a continuación. Ella no pensaba contribuir a apartar a Ashley de las otras personas que también la querían. Su niñez había sido solitaria. Ella siempre había envidiado a los otros niños por tener muchos tíos y tías y primos. Cuantos más, mejor.

Se dio una ducha rápida y se puso el camisón. Cuando entró en el dormitorio, se sorprendió al ver a Jake metido en la cama, con un libro de bebés en las manos.

—Shell terminó de leerlo anoche, así que es mi turno —dijo Jake levantándolo para que Brianna pudiera ver la cubierta—. Tú puedes leerlo después.

—O también puedo hacerlo durante el día cuando estás fuera —dijo ella metiéndose en la cama fría. Ojalá hubiera una manera de calentarla aparte de acurrucándose contra Jake.

Seguía incomodándola iniciar cualquier contacto físico con su marido. La mayoría de las noches, era él quien la acercaba a sí, la

besaba y una cosa llevaba a la otra. Pero ella sabía que sólo lo hacía por lo del bebé.

Jake posó el libro, apagó la luz y extendió el brazo hacia ella. Era un hombre que despedía mucho calor. Y en pocos minutos, ella sentía el mismo calor…

Brianna se estaba quedando dormida ya y deseó que Jake y ella estuvieran tan unidos durante el día como por la noche. Llevaba allí seis semanas. Seguro que ya…

De pronto se le ocurrió algo. Habían hecho el amor casi todas las noches desde el día de su boda, lo que significaba que hacía más de seis semanas que había tenido el período por última vez. ¿Podría estar embarazada?

A punto estuvo de echarse a reír. Claro que podía. ¡Jake hacía todo lo posible para que así fuera! Súbitamente impaciente por saberlo, decidió que iría al pueblo a la mañana siguiente a comprar una prueba de embarazo. Ashley era una delicia, pero Brianna ansiaba poder tener en brazos a su propio bebé.

Estaba nevando cuando Brianna se despertó. Miró la nieve que se estaba acumulando fuera mientras preparaba el desayuno. Hank y Nolan entraron y salieron rápidamente. Shell tampoco se entretuvo demasiado y Jake se puso en pie antes de que ella hubiera acabado su desayuno.

—¿Cómo podéis salir a trabajar con este tiempo? ¿No os congeláis?

—Llevamos ropa de abrigo. Y no estaremos fuera todo el día. Hace demasiado frío. Pero quiero comprobar cuanta nieve hay en las praderas y los otros tienen trabajo por aquí. Quédate dentro para no enfriarte.

—Tenía pensado ir al pueblo hoy —dijo Brianna.

Había decidido la noche anterior no decir nada a Jake hasta que estuviera segura. No tenía sentido darle esperanzas si sólo era una falsa alarma.

—¿Habrá alguien disponible para cuidar de Ashley? —añadió.

—Más tarde, tal vez.

Brianna asintió. No sacaría a la niña a la calle con ese tiempo. Pero si esperaba demasiado, probablemente hubiera demasiada

nieve para poder conducir. Cuando vivía en Nueva York, siempre había confiado en los taxis y el transporte público, especialmente cuando hacía mal tiempo. No estaba segura de poder manejarse con la nieve.

—Estaremos todos de vuelta para comer. Prepara algo caliente, ¿vale?

—Ten cuidado, Jake. Hace muy mal día —dijo ella asintiendo.

Jake se detuvo en la puerta y sonrió.

—Lo haré.

Brianna se quedó en su sitio un rato más. La sonrisa de Jake le había sentado como una caricia. Se sentía como una jovencita enamorada.

—Serán las hormonas —dijo en voz alta cuando se disponía a lavar los platos. Antes de terminar, oyó a Ashley a través del monitor. Su día acababa de comenzar.

Para la hora de la comida, Brianna sabía que no podría ir al pueblo. No había dejado de nevar en toda la mañana y había demasiada para arriesgarse. No sabría si las máquinas quitanieves habrían empezado a limpiar las carreteras del condado. Trató de frenar su frustración. No podía hacer nada pero le gustaría saber si estaba embarazada.

—Nos quedaremos aquí esta tarde —dijo Jake—. Shell puede quedarse con Ashley. Me gustaría que tú y yo echáramos un vistazo a las cuentas.

—Vale —dijo Brianna cuando se aseguró de que todos tuvieran en el plato una buena cantidad de estofado y de que hubiera suficientes panecillos—. Me he puesto al día e incluso te he sacado algunos informes. Puedo enseñarte a preparar análisis con el programa de contabilidad, si quieres.

Jake asintió.

Cuando terminó con la cocina, Brianna se dirigió al despacho. Estaba contenta con sus logros. Y preocupada por lo mucho que necesitaba el rancho.

Jake estaba junto a la ventana cuando entró, mirando cómo nevaba. Eran copos tan gruesos que ya no se veía el establo.

—¿Nos cubrirá la nieve? —preguntó mientras atravesaba la habitación en dirección a él. Hacía más frío junto a la ventana que en el centro de la habitación.

—Creo que Elsa tenía ventanas de doble cristal para el invierno. Si las encontramos y las ponemos, ahorraremos calefacción —dijo Jake.

—O podemos ponernos ropa más caliente. Tal vez debería haber conservado las gruesas cortinas del salón. No me di cuenta de que estaban ahí por una razón.

—No lo creo. Creo que a Elsa le gustaban.

—Para ser alguien capaz de pintar cuadros de naturaleza romántica, su gusto para la decoración dejaba mucho que desear.

Jake se volvió hacia ella, asintiendo.

—Has hecho un gran trabajo, Brianna. Las habitaciones que has redecorado son, no sé, cálidas, supongo. Me gusta volver a casa cada noche.

El cumplido significaba mucho para Brianna, su marido solía ser parco en alabanzas.

—Sigo queriendo colgar algún cuadro en las paredes pero eso puede esperar. Y me gustaría un pequeña mesita para debajo de la ventana.

—Mira en el ático. Puede que haya algo. La mayoría de la gente que vive por aquí no suele tirar nada. Tal vez alguna bisabuela tuviera una mesa que Elsa hubiera desestimado.

—¿Siempre te refieres a ella como Elsa?

—Nunca sentí que fuera mi abuela, si es a lo que te refieres. No quería saber nada del hijo de Annie Colter.

—Pero también eras hijo de tu padre.

Jake se encogió de hombros y se acercó al escritorio.

—Dime cómo están nuestras cuentas.

Pasaron las siguientes horas discutiendo la situación del rancho. Brianna comprendía mejor las cosas cuando Jake le explicaba ciertos detalles. Según aumentaban sus conocimientos, también lo hacía su respeto hacia las personas que se ganaban la vida llevando ranchos. Era un negocio arriesgado, sujeto a los caprichos del tiempo y del mercado.

Pero sabía que a Jake le gustaba el reto. Y ella quería que heredase el rancho en el que su familia había vivido durante generaciones. Era horrible que su abuela lo hubiera amenazado así. Elsa Harrington Marshall había sido famosa por sus pinturas pero además era más una amargada y egoísta bruja.

—¿Qué ocurrió con tu abuelo? —preguntó Brianna cuando terminaron de repasarlo todo. No era hora de empezar a hacer la cena y tenía curiosidad por el hombre con quien se había casado Elsa.

—Murió cuando mi padre estaba en el instituto. Se cayó de un caballo y se golpeó la cabeza con una roca.

—Dios, podía haberle ocurrido a Shell.

—Ésta no es siempre una vida segura.

—¿Y no tuvieron más hijos? ¿Sólo a tu padre?

—Sólo mi padre. Él adoraba este lugar y sólo ' quería trabajar en el rancho.

—Y lo hizo.

—Hasta que se casó con mi madre. Elsa se puso furiosa y mi padre se fue. Cuando regresamos, yo tenía catorce años —dijo Jake reclinándose en el sillón y apoyando los talones de las botas en el borde de la mesa—. Mi padre se dio a la bebida cuando mi madre murió y, finalmente, tras ser despedido por enésima vez, decidió volver a casa. No sé exactamente qué ocurrió entre mi padre y Elsa pero terminamos quedándonos aquí y él se ocupó del rancho. Hasta que murió hace unos años.

—Pero tú no te quedaste.

—No. Era joven e inquieto. Además, odiaba a esa vieja bruja. No me bastaba con lo que mi padre parecía haberse contentado.

—¿Y qué encontraste? —preguntó Brianna, que conocía la sensación. ¿Acaso no estaba allí por eso? En busca de una familia y unas raíces. Su madre había vivido siempre sola y Brianna no quería lo mismo.

—Para empezar, conocí a tu tío Buck. Fue una gran influencia para mí. También descubrí que trabajar para otro no es tan agradable como trabajar para uno mismo, aunque el trabajo como director del Bar—XT se acercaba bastante. Sólo llevo unos años viviendo aquí pero los lazos que me unen a esta tierra se remontan a mi tatarabuelo. Pensé que lo heredaría cuando mi abuela muriera. El resto ya lo conoces.

Brianna ansiaba ir hacia él, sentarse en su regazo y rodearle el cuello con los brazos. Hacerle saber que nunca volvería a estar solo. Se preguntó cómo reaccionaría Jake si lo hiciera.

—He llamado a tus amigos y los he invitado a cenar esta semana.

Vienen el jueves. He pensado en hacer algo sencillo, como un guiso, para que no tenga que estar todo el tiempo en la cocina y pueda charlar con ellos —dijo Brianna—. Diane parecía muy amable por teléfono. Me ha dicho que nunca ha estado aquí pero que sabía que Jim conocería el camino. Espero que nos divirtáis contándonos historias de vuestra época de adolescentes.

—Una chica de ciudad como tú se aburrirá escuchando lo que solíamos hacer aquí.

—Eso no ocurrirá. Escucharé fascinada cada palabra —dijo ella echándose a reír.

CAPÍTULO 11

JAKE no pudo evitarlo. Ella le incendiaba la sangre. Sabía que su matrimonio había sido un acuerdo que ambos habían aceptado por diferentes razones, en busca de un objetivo común. Concebir un hijo. Y qué mejor momento para intentarlo que una tarde en la que la nieve no le dejaba salir a trabajar.

Se estaba engañando si pensaba que ésa era la única razón. Simplemente la deseaba. Día y noche. Cuando no estaban juntos, pensaba en ella. Cuando estaban juntos, tenía que esforzarse para no estar tocándola todo el tiempo.

—Te deseo, Brianna.

¿Habría tentado demasiado a la suerte por un día? Brianna pareció sorprenderse.

—Muy bien, vaquero. Dirige tú —dijo ella levantándose y sonriéndole. Si no fuera porque ya estaba excitadísimo, aquella sonrisa lujuriosa habría bastado.

Era como si el silencio del exterior se colara en la casa. El bebé dormía. Shell estaba en su habitación, por una vez con la música baja, en un gesto de deferencia hacia su hijita dormida.

Entraron en la habitación, primero Brianna y Jake a continuación. La sangre corría a toda velocidad por sus venas. La intensidad de sus sentimientos era una sorpresa. Durante años había estado solo pero satisfecho.

Brianna esperó a que cerrara la puerta y se acercó, los ojos fijos en los de él, los labios curvados en una sexy sonrisa. Podría estar mirándola todo el día aunque prefería verla desnuda en su cama en vez de vestida con los vaqueros y la camisa.

Lentamente, nervioso como un chaval, extendió los brazos y la tomó en ellos. Había sido más fácil hacer el amor a oscuras. No tenía que preocuparse de ocultar la expresión de su rostro. Pero ahora quería ver su dulce cuerpo. Quería verla explotar al llegar al clímax y quería verla después, cálida y aletargada.

La besó suavemente y la reacción de Brianna no se hizo esperar. No importaba cuáles fuera las circunstancias en que se había dado su extraño matrimonio, ella lo daba todo. En cuestión de segundos, el beso se hizo más apasionado.

Jake empezó a desabrocharle la camisa. Notó que el corazón de Brianna latía con la misma fuerza que el suyo cuando le acarició el pecho. Ésta contuvo la respiración. Jake abrió los ojos y vio que lo estaba mirando.

Cuando ésta comenzó a desabrocharle los botones, Jake sintió el impulso de arrancar la ropa de los dos y sentir el tacto de la piel desnuda contra su pecho. Pero trató de relajarse y disfrutar de la sensación, expectante.

En un momento dado, Jake le quitó la camisa ya desabrochada y quedó extasiado con el sujetador de encaje que llevaba. Podía ver cómo se recortaban sus pezones duros contra el tejido, esperándolo.

Jake se inclinó y capturó uno de ellos en su boca humedeciendo el encaje. Brianna jadeó suavemente mientras se arqueaba.

Jake chupó entonces el otro pezón, haciéndolo objeto de las mismas atenciones. Mientras tanto, Brianna le quitó la camisa desabrochada y le acarició la piel enfebrecida aumentando aún más la temperatura.

Jake notó que los músculos de ella se tensaban cuando le desabrochó los vaqueros. Le acarició suavemente el estómago, preguntándose si podía aguantar lo suficiente para quitarle las botas y los vaqueros.

Pareció que tardó una eternidad en quitarle las botas, deslizar los vaqueros a lo largo de sus piernas sedosas y quitarse el resto de su ropa. Las sábanas estaban frías pero lo único en lo que podía pensar era en la suavidad de su piel, el calor que desprendía y el dulce sabor de su boca cuando la besó.

Se le pasó por la cabeza el peregrino pensamiento de que, aunque sólo fuera una vez, se lo tomarían con calma. Pero no sería ese día.

Jake vio que seguía nevando. No hacía viento y los copos llegaban hasta el suelo en silencio. Brianna se removió y se acurrucó contra él.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Jake asintió.

—Sólo pensaba… en lo distinta que eres a lo que había esperado —dijo Jake acariciándole el brazo.

—¿Y cómo pensabas que era? —preguntó ella medio adormilada.

Tenía la cabeza apoyada en su pecho, rodeándolo con el brazo, mientras hacía pequeños dibujos en su piel con los dedos.

No era la manera en que Jake habría imaginado que pasaría una tarde de mal tiempo, pero era perfecta.

—Esperaba que fueras sofisticada, dogmática y moderna.

—Mmm. Tú tampoco eres como había esperado, así que estamos empatados.

—¿Y qué habías esperado?

—Un tipo calvo, con barriga cervecera que masticaría tabaco.

Jake la miró sin dar crédito.

—¡No es cierto!

Ella se rió ligeramente.

—Antes de llegar, me asaltaron las dudas y pensé si no serías el mismo hombre que conocí de adolescente. Estaba muy enamorada de ti, ¿lo sabías?

—Sí. Tu tío también.

—¿Y te lo dijo?

—Sólo me amenazó con matarme si se me ocurría tocarte.

—Y míranos ahora.

—Afortunadamente estamos casados; si no, saldría de la tumba para darme mi merecido.

—¿Quién lo habría dicho?

—¿Echas de menos Nueva York?

—No. Bueno, puede que un poco alguna vez, pero ahora que tengo que cuidar de Ashley, estoy muy ocupada. No tengo tiempo para echar de menos nada. Aunque tampoco era que tuviera demasiado tiempo para disfrutar lo que la ciudad podía ofrecerme cuando estaba allí. Trabajaba mucho. Echo de menos a mis amigos. Pero nos escribimos e-mails a menudo.

—No te has quejado lo más mínimo. Sé que esto tiene que ser un cambio duro.

—Un cambio que yo deseaba, por lo tanto no es duro. Aún me queda mucho para ser una verdadera esposa de ranchero, ¿no es verdad?

Jake la abrazó con más fuerza.

—No lo sé, pero a mí me parece que tienes todo lo que este ranchero quiere.

Brianna respondió, deseando saber con seguridad si estaría

embarazada. Sería divertido planear la espera juntos. Pensar en nombres, hablar de las expectativas de cada uno para su bebé.

Sin embargo, una serie de pensamientos más críticos se colaron en su mente. ¿Disfrutarían de tardes como ésa cuando estuviera embarazada? ¿Las noches seguirían siendo apasionadas? Adoraba el tiempo que pasaban juntos en la cama, no sólo por la pasión, sino por todo lo que hablaban. Era el único momento del día en que se sentía parte de aquel matrimonio y del rancho.

—¿Y es así como sueles pasar las tardes cuando nieva? —preguntó ella juguetona.

—No lo había hecho antes, pero podría ser una buena nueva tradición.

—Buena idea. Las tradiciones familiares son importantes —dijo ella estirando la cabeza para besarlo. Aún tenían tiempo antes de cenar...

Brianna pudo ir al pueblo sin problemas tres días después. Había estado nevando dos días. El día anterior, los hombres habían despejado el camino de entrada a la casa y habían dicho que las máquinas habían limpiado la carretera principal. Tenía la intención de comprar comida, especialmente una buena cantidad de alimentos no perecederos para que no tuvieran que salir al pueblo si el tiempo empeoraba.

Su primera parada, sin embargo, fue en la farmacia. Conducía impaciente por saber si estaría embarazada. Se sentía un poco cansada, pero también podía deberse a que no había dormido mucho porque se había turnado con Shell para dar el biberón a Ashley.

No había sentido mareos matutinos y sus pechos no estaban especialmente tiernos. La única pista, la falta de período, podía deberse a los ner—.vios de la mudanza y el cambio de aires.

Cuando llegó a la farmacia, cobró conciencia real de lo pequeño que era el pueblo. Esperaba disfrutar de cierto anonimato, pero el farmacéutico la saludó por su nombre.

—Lo siento, pero no sé su nombre —dijo ella sorprendida de que él sí supiera el suyo.

—Fred Parsons. La he reconocido rápidamente después de haberla visto hace unos días fuera de la oficina de correos hablando

con Maggie. ¿Qué puedo hacer por usted? Si necesita receta, tardaré un poco más, pero la invitaré a un refresco mientras espera —dijo él haciendo un gesto hacia la máquina de refrescos que había en un rincón.

—No, hoy no quiero nada. Sólo he pasado a echar un vistazo —dijo Brianna. Fue incapaz de comprar la prueba de embarazo. Todo el pueblo lo sabría antes que Jake. No podía hacerle algo así.

¿Venderían pruebas de embarazo en el supermercado? Tal vez podría comprarlo sin que se diera cuenta nadie. Si no, tendría que ir a Laramie. Tardaría más y tendría que llamar a casa para decirles que llegaría tarde, pero no pensaba dejar que nadie se enterara antes que ella misma.

El supermercado estaba lleno. Todo el mundo había aprovechado la tregua del tiempo para comprar suministros. Llenó dos carros y parte de un tercero y metió una prueba de embarazo que encontró en la sección de varios. A la hora de pagar, estudió a todas las cajeras. Algunas eran muy sociables y charlaban con los clientes. Había una, sin embargo, que parecía llevar una estricta dieta a base de ciruelas pasas. No hablaba y marcaba los artículos sin el más mínimo interés.

Miró con cierto nerviosismo a la cajera cuando marcó la prueba de embarazo, pero fue como si hubiera sido una caja de pañuelos de papel. El chico que le iba metiendo las cosas en bolsas tampoco pareció darse cuenta. Estaba demasiado ocupado flirteando con la chica de dos cajas más allá.

Cuando llegó al coche, Brianna se sintió como si acabara de llevar a cabo una hazaña peligrosa. Una vez que estuvieron guardadas todas las bolsas en la parte trasera, tardó un poco en encontrar la prueba y la guardó en el bolso. No quería que nadie la viera cuando llegara a casa.

Aún tenía que hacer dos paradas más. Paró en el banco para hacer unas rápidas gestiones y en la tienda de comida para animales.

Cuando llegó a casa, se encontró que todos los hombres estaban fuera, menos Shell. Estaba dándole el biberón a Ashley en la cocina, mientras le hablaba en voz baja. Levantó la vista cuando entró Brianna.

—Si esperas un poco, se terminará el biberón y te ayudaré a meter la comida —dijo Shell.

—Empezaré yo y haré un poco de ejercicio —dijo ella deseando poder terminar con ello rápidamente para correr al baño.

Le pareció una eternidad hasta que consiguió tenerlo todo. Shell seguía allí. Ashley estaba en su sillita, contenta de mirar todos sus movimientos.

Cuando terminaron, Brianna le preguntó si quería que se quedara con la niña por si él tenía alguna otra cosa que hacer.

—Si no te importa. Tengo un par de cosas que hacer. La próxima semana me quitan la escayola y podré volver al trabajo.

—Tómate tu tiempo. Estaremos bien.

De hecho la pequeña estaba comenzando a quedarse dormida. Brianna la subió a la habitación y la metió en la cuna. A continuación, se fue al baño con la prueba de embarazo...

Estaba embarazada.

Tenía que reconocer que durante varios días había considerado la posibilidad, pero la realidad era pasmosa. Tendría un bebé en nueve meses y sería madre para el resto de su vida. ¡Asombroso!

Tenía que decírselo a Jake. El rancho sería pronto suyo. Y aun así dudaba. ¿En qué sentido cambiaría su relación? ¿Consideraría que ya había cumplido con su parte y se alejaría de ella?

Lo pensaría un par de días antes de decírselo.

El martes por la mañana, Maggie llamó para decir que iría por el rancho hacia las dos.

—Llevaré a Loni, si no te parece mal.

—Claro que no. Me sorprende que no haya venido antes.

—Creo que Shell dijo algo que le hizo pensar que no era bienvenida.

Era un alivio que el tiempo hubiera mejorado porque eso significaba que los hombres estarían trabajando toda la tarde y Brianna se apresuró en servir la comida temprano.

—¿Tienes prisa? —preguntó Jake cuando Brianna recogió rápidamente los platos vacíos.

—Tengo muchas cosas que hacer hoy —murmuró. Le había dicho a Jake la semana anterior que Maggie pasaría a visitar a la niña pero no quería mencionar que Loni también vendría. No era que temiera que fuera a prohibírselo exactamente. Simplemente, le parecía que

así sería más fácil mantener la armonía en la casa.

—Si el bebé es una carga, puedo quedarme —dijo Shell.

—No. No es ningún problema. Además, ¿has olvidado que viene su tía Maggie a verla? —lo último que quería Brianna era un enfrentamiento entre Shell y Loni si ya habían terminado las cosas entre ellos.

Shell frunció el ceño.

—¿Debería quedarme?

Brianna sonrió ampliamente.

—No veo el porqué, a menos que quieras pasar la tarde con ella.

—No —dijo él y, levantándose, tomó el sombrero y la chaqueta y salió de la casa detrás de Nolan y Hank. Jake se quedó un momento y la miró con suspicacia.

—¿Qué está pasando?

—Nada de lo que debas preocuparte —dijo ella sonriendo—. He preparado un bizcocho esta mañana para servírselo a Maggie. Espero que quede para esta noche como postre.

Jake asintió y se marchó.

—No se me da bien mentir —murmuró mientras empezaba a fregar los cacharros.

Ashley cooperó a la perfección cuando Brianna la cambió y le puso un vestidito rojo que le había comprado. Por mucho que subiera la calefacción, aquella vieja casa seguía siendo fría debido a las corrientes. Envolvió a la niña en una suave mantita y la tomó en brazos mientras esperaba a sus invitadas. Pronto vio un coche que no conocía.

Cuando se detuvo delante de la casa, Brianna dejó a la niña en su sillita y corrió a la puerta principal.

—Bienvenida —dijo dando a Loni un abrazo—. ¿Cómo estás?

—Bien —dijo ella.

Brianna se preguntó hasta qué punto eso era cierto al darse cuenta de las ojeras que le conferían un aspecto demacrado, pero sonrió y saludó a Maggie. La mujer llevaba consigo un paquete envuelto.

—He traído unas cuantas cosas para el bebé. Estoy ansiosa por tomarla en brazos.

—Entrad y dadme los abrigos. Está en el salón. Es la habitación más cálida de la casa con este tiempo.

Loni le dio su chaqueta a Brianna y casi echó a correr hacia el salón. Brianna intercambió una mirada con Maggie cuando ésta le dio su abrigo.

—¿Ha sido muy duro para ella?

—Creo que echa de menos a su bebé terriblemente pero no quiere admitirlo.

Entraron en el salón juntas. Loni estaba en el sofá, con Ashley en brazos, haciéndole mimos, los ojos relucientes.

—Está más grande, ¿verdad? —preguntó a Brianna—. Estoy segura de que ha crecido.

—Probablemente. Tiene buen apetito. Dentro de poco le toca su biberón. Puedes dárselo tú.

Maggie y Brianna charlaron mientras Loni daba el biberón a su pequeña. Cuando llegó la hora de irse, Loni no hizo movimiento alguno. Tuvo en brazos a la niña todo el tiempo, excepto un breve rato que se la dejó a Maggie.

—Loni, ¿tienes algún cuadro que creas adecuado para colgar encima de la chimenea? —preguntó Brianna—. Quería algo especial y he pensado en ti.

—Puede que tenga algo lo suficientemente grande y que haga juego con los colores —dijo ella estudiando la pared un momento—. Tal vez un paisaje. Pinté un par de ellos de gran tamaño, pero no son tan buenos como los pequeños. Elsa siempre hacía cuadros pequeños y yo quiero ser como ella.

—Tú tienes tu propio estilo —dijo Maggie—. Y bastante bueno.

Loni sonrió con gesto presumido.

—De hecho, Elsa Harrington decía que yo era una gran promesa. He trabajado mucho desde hace un año. Ahora estoy preparada.

—¿Cuándo te vas a Nueva York? —preguntó Brianna atravesando la sala para tomar a Ashley en brazos.

Loni miró con ojos tristes a Brianna, que acunaba a Ashley en los brazos. La niña no tardó mucho en dormirse.

—No estoy segura. No tengo tanta prisa. Tal vez podría venir la semana que viene algún día y ver a mi pequeña otra vez.

—Cuando quieras, Loni. Es tu hija.

Loni parpadeó rápidamente para secar las lágrimas y asintió.

—¿Sabe Shell que he venido?

—No. Pensé que sería mejor que no lo supiera.

—Probablemente tengas razón. La próxima vez podemos mirar los cuadros si puedes esperar hasta entonces.

—Podría decirle a los hombres que preparen el embalaje. Así podrás decirnos qué te llevas y qué se queda y embalarlo ese mismo día.

—Me parece bien. Gracias, Brianna —dijo Loni levantándose. Al poco, ella y su tía se marcharon.

Brianna subió a meter a Ashley en la cuna y la tapó con su manta. Le acarició la cabeza aterciopelada.

—Creo que tu mamá te quiere más de lo que creía —murmuró Brianna—. Te aseguro que era amor lo que hacía brillar sus ojos hace un rato cuando te tenía en brazos.

A la mañana siguiente un enorme camión entró en el patio trasero cargado con toneladas de heno. Jake observaba incrédulo cómo Harvey Williams maniobraba con el camión hasta que estuvo en posición para descargar el heno en el granero.

Jake se acercó entonces.

—Buenos días, Harvey.

—Buenos días, Jake. Supongo que lo quieres en el granero. Elsa siempre lo guardaba allí. Se mantiene seco casi todo.

—Creo que ha habido un error. Yo no he pedido heno —dijo Jake mirando el camión. Había más heno del que habría pedido aun en el caso de que hubiera tenido dinero.

Harvey sacó la orden de pedido, la leyó y se encogió de hombros.

—Está todo pagado. La dirección de entrega es ésta —dijo entregándole a Jake la hoja que éste estudió y se detuvo al llegar al nombre: Ashley Bluefeather.

—¡Maldita sea! Espera aquí, Harvey. No descargues ni una sola bala —dijo Jake y, dándose la vuelta, echó a correr hacia la casa con el papel en la mano. Dio un portazo a la puerta de la cocina. Brianna, que estaba dando el biberón a Ashley, levantó la vista. Había colocado la mecedora junto al fuego para poder vigilar las judías que se estaban cocinando.

—¿Qué demonios te crees que estás haciendo? —preguntó Jake.

—¿Dando el biberón a Ashley? —dijo Brianna, que en ese momento vio el papel que Jake llevaba en la mano e inspiró

profundamente.

—¿Qué sabes de esto? —preguntó él mostrándole la hoja.

—Ah, eso.

—Sí, eso. Te dije que no quería compartir gastos hasta que supiera que esto iba a funcionar.

—No estoy compartiendo gastos.

—¿Has visto cuánto dinero ha costado este heno? ¡Lo voy a devolver!

—Es tu heno y puedes hacer con él lo que te parezca —dijo ella tratando de razonar.

—¿En qué estabas pensando?

—Hmmm, ¿en qué momento? ¿Cuando estabas paranoico al pensar que había venido aquí para quedarme con tu rancho? ¿O cuando te mostrabas v tan testarudo que ni siquiera te parabas a considerar cualquier solución? ¿O cuando Ashley y yo discutimos cuál sería mi regalo de cumpleaños para ella y ella dijo que quería ayudar a su abuelo y a su papá?

Jake la miró y a continuación miró al bebé.

—Por si no te has dado cuenta, el heno es de parte de Ashley, no mía —continuó con voz suave, cambiando de posición al bebé para que expulsara los gases.

—Y si Ashley quiere gastar dinero en el rancho de su papá, es a ella a quien tienes que decirle que no lo haga —añadió.

—Te dije...

—Bueno, tú no eres el amo del mundo. Lo que Ashley y yo decidamos es cosa nuestra.

—¡Lo voy a devolver!

—Como quieras. Entonces tienes un enorme crédito en la tienda de comida para los animales.

—Pueden devolverte el dinero.

Brianna sonrió. Pero a Jake no le gustó nada aquella sonrisa de satisfacción.

—Pero es que no les di un cheque y no tienes el recibo de compra. Dudo mucho que vayan a darte el dinero porque tú lo digas.

—¿Cómo lo has hecho?

—Eh, Jake, Harvey dice que el heno es para nosotros —dijo Shell entrando en la cocina con el sombrero en la mano—. Dice que no puede esperar aquí todo el día y tenemos que descargarlo. ¿De

dónde has sacado el dinero? Creía que...

Shell se detuvo al ver la mirada de Jake y Brianna.

—Ay, Dios —susurró.

—Tu hija lo ha comprado —dijo Brianna.

—¿Qué?

—Le he hecho un regalo de recién nacida. Ella y yo lo estuvimos hablando y decidió que quería ayudar en el rancho. Va a ser su casa, ¿no? ¿Y la mía?

Jake se dio la vuelta con el orgullo seriamente dañado. Se sentía como objeto de la caridad. No quería ni necesitaba el dinero de Brianna. ¿Cuánto tenía si tan poco la preocupaba el precio del heno? Echó un vistazo a la vieja cocina y se preguntó una vez más a cuánto había renunciado para irse a Wyoming.

¿Se había mostrado paranoico? ¿Acaso no habría tenido en cuenta sus sentimientos, ese deseo 'de formar parte del rancho? Jake sabía que no confiaba en las mujeres. No había vuelto a hacerlo después de ver las acciones de su abuela. Pero Brianna no era Elsa Marshall. Tal vez simplemente había hecho lo que había dicho, echarle una mano al rancho para salir adelante.

Sabía Dios que necesitaba el heno. Si había alguna posibilidad de sacar el rancho de los números rojos necesitarían todos los novillos y vaquillas posibles para llegar a la primavera.

Brianna se acercó a él y puso a la niña entre ambos.

—Dale las gracias a Ashley, Jake, y ve a descargar tu heno. No estoy intentando quitarte tu hogar. Sólo intento convertirlo también en el mío.

CAPÍTULO 12

EL JUEVES, Brianna se pasó la mañana limpiando las habitaciones del primer piso, excepto el despacho. Era la primera vez que un amigo de Jake iba a visitarlo y quería dar buena impresión.

Estudió el salón una vez más y no le gustaba ver las paredes desnudas. Aunque colgara un par de cuadros de Loni, no sería suficiente. Tal vez encontrara algo en el ático como había sugerido Jake.

No quedaba tiempo para eso antes de que llegaran los invitados. Había decidido hacer carne asada para cenar. Así todo se cocinaría en la misma olla y podría estar en el salón con los invitados. No le gustaba la idea de estar en la cocina. En las raras ocasiones en las que hacía cenas en casa cuando vivía en Nueva York, pedía comida a domicilio. Pero esos lujos no existían en Wyoming.

Brianna se dio cuenta de que le gustaba cocinar, recordaba todo lo que su madre le había enseñado, aunque no lo hubiera llevado a la práctica en los últimos diez años. Los hombres siempre se mostraban halagadores.

Subió a cambiarse con tiempo de sobra antes de que Jim y Diane llegaran. Se estaba poniendo los pendientes cuando entró Jake.

Se detuvo un momento y la miró. Brianna se giró y contuvo el aliento. Esperaba haber elegido bien la ropa. Era importante para ella hacer amigos allí. La falda larga era suave y muy femenina. El top de seda era elegante pero cómodo.

—Nadie dijo que fuera una cena formal y elegante —dijo él entrando y comenzando a desabrocharse la camisa para ducharse.

—Esto no es formal —dijo ella mirándose en el espejo. Se preguntaba si se habría pasado.

—Yo creo que Diane vendrá en vaqueros. Sé que Jim lo hará.

—Oh —dijo ella mordiéndose el labio dubitativamente. Quería que todo fuera perfecto, pero si ella iba a estar fuera de lugar, tal vez debiera cambiarse y ponerse los vaqueros. Tal vez, unos pantalones de pinzas de lana.

—Estás muy guapa —dijo Jake acercándose por detrás de ella—. Elegante como una buena urbanita. ¿Es así como solías vestirte en

Nueva York?

Brianna asintió.

—Para una tranquila velada en casa.

—Todo un mundo de diferencias entre aquello y esto.

—Creo que voy a cambiarme.

—No, quédate así. Es una pena que Loni no pueda verte, le encantaría. Encajaría con su idea de la sofisticación.

Brianna se preguntó si a Jake no le gustaría la sofisticación pero se estaba acercando la hora de que llegaran los invitados. Sólo esperaba no sentirse demasiado fuera de lugar con ellos. Había llegado con la idea de encajar en aquel lugar y hasta el momento no lo había conseguido.

Nolan había retirado la nieve de la fachada principal de la casa y Brianna había encendido todas las luces confiando en que utilizaran la puerta delantera en vez de la de la cocina como hacían habitualmente.

Cuando el timbre sonó unos minutos más tarde, Brianna miró a Jake sorprendida.

—No sabía que había timbre.

—No se usa demasiado —dijo el dirigiéndose a la puerta.

Brianna lo siguió y se quedó un poco atrás mientras Jake saludaba a su amigo. Jim Ramsey era tan alto y musculoso como Jake. Llevaba una gruesa chaqueta y los sempiternos vaqueros. Pero éstos, al contrario de los que llevaba Jake, eran nuevos.

Diane Ramsey entró detrás de su marido y sonrió a Jake con un gesto cálido para buscar a continuación a Brianna. Su sonrisa se amplió cuando vio cómo iba vestida.

—Te lo dije —murmuró a su marido—. Estoy encantada de conocer a la mujer que le ha robado el corazón a Jake Marshall. Según Jim, era un soltero empedernido. Soy Diane Ramsey.

Brianna estrechó la mano de ambos. Diane también llevaba una falda de lana con un jersey haciendo juego.

—Pensé que una mujer llegada de Nueva York no se pondría vaqueros para atender a sus invitados —murmuró mientras se dirigían al salón. Diane se detuvo en la puerta—. Qué bonito. Parece muy cálido y confortable.

Brianna pareció halagada con el cumplido de Diane y comenzó a relajarse. Encajaría en aquella tierra si contaba con Diane Ramsey.

La cena fue bien, incluso Jake se soltó un poco al recordar, junto a Jim, sus días de juventud.

—Shell tendría que oír esto —dijo Brianna después de escuchar una divertida historia sobre una estúpida apuesta que Jake aceptó y acabó con un brazo roto.

—¿Dónde está Shell? —preguntó Jim.

—Ashley y él están con los hombres —dijo Brianna—. Le hemos dicho que cenara con nosotros pero ha dicho que sería mejor quedarse con los otros para que la niña no nos molestara durante la cena.

—Ya eres abuelo —bromeó Jim—. A mí aún me queda. Mi hijo mayor sólo tiene dos años.

—Creía que sólo tenías uno.

Diane sonrió ampliamente.

—Hasta ahora, pero estoy embarazada otra vez. Esperamos otro hijo para mayo.

Brianna deseaba poder dar ella también su noticia. Su hijo sólo sería unos meses más pequeño que el de Diane. Pero tenía que decírselo a Jake antes que a nadie. Aún no había encontrado la manera de decírselo sin que Jake la enviara a la habitación de invitados.

Shell regresó a la casa cuando Brianna estaba rellenando las tazas de café. Habían comido ya el postre y se iban al salón.

—¿Ha quedado postre? —preguntó. Ashley estaba inquieta y Shell la acunaba en los brazos.

—Te he guardado un trozo de pastel de manzana. Está en el horno. También hay helado —dijo Brianna, tomando a la niña en brazos—. ¿Puedo presumir de ella delante de los Ramsey?

—Si crees que quieren verla —dijo Shell abriendo el horno.

—Estarán encantados. ¿Verdad que sí, cariño?

Diane y Jim juguetearon con la niña como si fueran parientes que no se veían desde hacía tiempo. Cuando Brianna se la entregó a su abuelo, Jake la tomó con cuidado. Nunca había estado con Shell cuando éste era bebé, ni con ningún otro, pero había adquirido práctica rápidamente.

Brianna sabía que se pondría como loco de contento con la noticia. Pero lo cierto era que las cosas cambiarían con ella y seguía queriendo retrasar el momento todo lo posible.

Se retiró el pelo de la cara. Hacía calor en el salón con el fuego que Jake había encendido en la chimenea.

—Pasa, Shell —dijo Jake al ver a su hijo en la puerta con un trozo de pastel de manzana en un plato.

—Voy a tomar el postre. Si quieres, puedo llevar a Ashley a la cuna antes.

—No es necesario, ven a comértelo aquí. ¿Te acuerdas de Jim Ramsey? ¿Conoces a su mujer, Diane?

—Iré a por el café. Vuelvo en un momento —dijo Brianna una vez hechas las presentaciones y Shell se hubo acomodado en un sillón.

—Te ayudaré —se ofreció Diane.

También hacía calor en la cocina. Brianna se acercó al horno para comprobar que lo había apagado. Se secó la frente una vez más. Notó un poco de fiebre y que estaba mareada.

—Jim me había dicho que Shell era el hijo de Jake. Cuesta creer que un hombre así sea su hijo, ¿verdad? Seguro que tú no eres mucho mayor.

—Desde luego no lo suficiente para ser su madre, pero aun así, nos llevamos trece años. ¿Queréis crema con el café?

De pronto todo se volvió negro y Brianna se derrumbó en el suelo.

—¡Jim! ¡Jake! ¡Venid, necesito ayuda!

Jake creyó que se le paraba el corazón cuando oyó el grito de Diane. Se levantó y corrió a la cocina sin pensarlo, Jim y Shell tras él.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Jake arrodillándose junto a Brianna. Le tocó la frente y las mejillas.

—Está pálida.

—Se ha desmayado. Estábamos hablando de la crema para el café y se ha caído al suelo —dijo Diane.

—¡Llama al médico! —dijo Jake a Shell tomando a Brianna en brazos a continuación—. La pondré en el sofá hasta que sepamos más.

Brianna comenzó a removerse, sus ojos se abrieron ligeramente. Jake tragó con dificultad al tiempo que una oleada de alivio lo

inundaba.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Brianna, confusa.

—Al parecer, te has desmayado —dijo Jake pasando al salón con ella en brazos.

—Puedo andar —protestó.

—Tal vez, pero preferiría que no lo hicieras. Shell ha ido a llamar al médico. Puede que tengamos que llevarte al hospital. ¿Cómo te sientes? ¿Te golpeaste la cabeza al caer?

Brianna cerró los ojos y se acurrucó en sus brazos.

—Sentí un mareo y entonces todo se volvió negro.

Jake notó el miedo en su voz. Lo comprendía perfectamente. Él también lo había sentido.

Con sumo cuidado, la depositó en el sofá.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Jim.

—Nada, de momento. Vigílala. Voy a ver qué dice el médico.

Shell entró en ese momento con el teléfono en el oído.

—Sí, está despierta —dijo dándole el teléfono a Brianna.

Jake se sentó a su lado, una mano en su hombro para aportarle confianza.

—¿Diga? —Brianna miró los rostros de preocupación de los presentes. Sólo Ashley, en brazos de Diane, parecía ajena a la situación.

—Sentí calor, lo recuerdo. El salón y la cocina eran como hornos. Entonces todo se volvió negro.

Brianna escuchó un momento y levantó la vista.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Sólo unos segundos —dijo Diane—. No creo que te golpearas ni nada, simplemente te caíste.

Brianna le dio toda la información al médico y, al cabo, asintió.

—Mañana a las diez. Allí estaré —dijo apagando el teléfono, que pasó a Shell, evitando mirar a Jake a los ojos—. Dice que debería relajarme el resto de la noche y que vaya a verla mañana por la mañana.

Jake se levantó y se puso a andar por el salón, hasta la chimenea y vuelta.

—No voy a esperar a mañana. Nadie se desmaya en medio de una conversación sin motivo alguno. Tu salud es demasiado importante para esperar a mañana. Voy a llevarte al hospital. Quiero

que un médico te examine, ¡no me bastan unas cuantas palabras por teléfono!

Brianna extendió la mano y lo tomó del brazo.

—No pasa nada, de verdad. La doctora Fleming dice que no es raro, dadas las circunstancias.

—Oh —exclamó Diane sonriéndole a Brianna.

—¿Qué circunstancias? —preguntó Jake.

—Quería encontrar la manera de decírtelo. Desde luego no esperaba que fuera así —dijo Brianna, mirando a los presentes.

—Creo que tenemos que irnos —dijo Diane a su marido.

—¿Por qué? Puede que Jake necesite ayuda —dijo Jim.

—¡Jim, nos vamos!

—Siento que la velada haya tenido que terminar así —dijo Brianna—. Lo estaba pasando muy bien hasta que me desmayé. Por favor, venid a vernos otro día.

—Creo que deberíais venir vosotros la próxima vez —dijo Diane, pasándole el bebé a Shell—. Así conoceréis a nuestro pequeño terremoto. Travis es todo un bicho.

Los Ramsey se marcharon dejando en el aire los planes de futuras visitas y Shell aprovechó para subir a acostar a Ashley.

Jake apagó las luces y cerró las puertas. Entonces, volvió rápidamente con Brianna.

—¿Estás segura de que estás bien? Puedo llevarte al pueblo ahora mismo. No es necesario esperar a mañana.

—Estoy bien —dudó un momento y finalmente lo miró—. Quería esperar al momento perfecto, pero aún no lo he encontrado y a este paso, te enterarás de otra forma. Estoy embarazada. La doctora dice que las mujeres embarazadas se desmayan a veces.

—¿Embarazada? —dijo él aparentemente sorprendido—. ¿Estás segura?

—Me hice una prueba de embarazo y hablé con la doctora. Y sí, estoy segura.

—Santo Dios —dijo él reclinándose en el sofá y mirando al techo.

—Me voy a la cama —dijo Brianna levantándose—. Siento haberme caído. Vaya una estúpida manera de acabar con una gran velada. Me gustan tus amigos.

—Subiré contigo.

—No es necesario.

—Podrías desmayarte de nuevo y caer por las escaleras. Si no te preocupas por ti, hazlo por el bebé —dijo él con tono cortante.

Claro. Su preocupación se debía al bebé. Y ella no tenía intención alguna de hacerle daño. Pero lo cierto era que para Jake lo realmente importante era el bebé, y los demás eran algo secundario, si acaso.

—No voy a desmayarme. No estoy mareada ni tengo calor como antes. Y no es necesario que me acompañes arriba.

—Deberíamos prepararte una cama aquí abajo para ahorrarte el esfuerzo de subir las escaleras —sugirió.

—No. Quiero nuestra habitación.

—¿Nuestra habitación? —dijo él sin alterarse—. ¿No estarías más cómoda durmiendo sola?

—Todas mis cosas están en nuestra habitación —replicó ella dirigiéndose a las escaleras con actitud obstinada.

—Podemos trasladarlas.

—Maldición, Jake, ¿tengo que explicártelo todo? —preguntó ella girándose, fulminándolo con la mirada—. Está bien. No quiero salir de nuestra habitación. Quiero seguir durmiendo contigo. ¿Satisfecho?

Jake la miró fijamente. Estaba colorada y tenía los ojos relucientes mientras esperaba su respuesta con los brazos en jarras, casi aguantando la respiración.

Como si a él fuera a ocurrírsele discutir con ella. ¿Quería quedarse con él? ¿Dormir con él?

—¡Maldita sea! Pensé que te alegrarías de volver a tener tu espacio.

—Bueno, pues no es así.

—Entonces, claro. Quédate. Quiero decir, estamos casados y todo eso.

—Si no es molestia.

Jake se frotó la cara con una mano, pensando qué decir sin estropear las cosas.

—Es sólo que... bueno, pensé que ya habías aguantado bastante.

—¿Aguantar qué? —preguntó ella relajando su posición ligeramente.

Jake recordó que Brianna necesitaba descansar y cambió de tema.

—¿Necesitas ayuda?

Ella sacudió la cabeza.

—Entonces sube y hablaremos allí.

—Es lo que más me gusta —dijo ella.

—¿Qué?

—Cuando apagamos la luz y estamos solos tú y yo, hablando por las noches —dijo ella empezando a subir las escaleras.

Jake la siguió. Hacía un minuto lo preocupaba que se hubiera puesto enferma y al momento siguiente se enteraba de que estaba embarazada. Pero lo que más lo había sorprendido era que quisiera quedarse en su habitación.

—¿Hablar en la cama era lo único que te gustaba? —preguntó cuando llegaron al dormitorio. Quería saber la verdad antes de hacer el estúpido imaginando cosas de las que no sabía nada.

—No —musitó ella mientras echaba mano del camisón.

—¿Qué más?

Brianna lo miró y se apoyó contra el borde de la cama.

—Utiliza la imaginación —dijo—. No me vendría mal un poco de ayuda aquí.

Jake se acercó al momento, sintiéndose un manazas, pero deseando extender una conversación que le parecía fascinante. Le bajó por fin la cremallera.

Ella se sacó el top y lo tiró hacia la cómoda. No llegó y cayó en un montoncito sobre el suelo. Brianna levantó la vista y le dedicó una sonrisa pausada al notar cómo miraba Jake la piel blanca de su pecho por encima del sujetador de encaje.

—Tal vez deberíamos celebrar la llegada de nuestro bebé —dijo ella con voz áspera.

El deseo lo invadió pero la cautela lo hizo detenerse.

—Tal vez deberíamos esperar.

—¿A qué? —preguntó Brianna tapándose el busto con el camisón, repentinamente vergonzosa.

—El bebé...

—Tengo entendido que la gente puede seguir manteniendo relaciones casi hasta el nacimiento sin problemas —dijo ella—. A menos que no quieras.

Jake la miró fijamente. ¿Estaba loca? Apenas podía trabajar durante el día sin pensar en ella. La llevaría a la cama a las siete de la tarde si no pensara que todos, incluso Brianna, lo considerarían loco de atar.

A juzgar por la expresión de duda de Brianna, Jake supo que ésta no tenía ni idea de hasta qué punto lo afectaba.

Estaban empatados porque él tampoco tenía idea de cómo la afectaba. Habría apostado el rancho a que lo único que ella buscaba era concebir un hijo y luego que la dejara en paz. Sin embargo, Brianna se estaba acercando a él. Mujeres. Nunca dejarían de asombrarlo.

Jake se sentó en el colchón junto a ella y le quitó el camisón. Lentamente, introdujo los dedos en su sedoso cabello y acercó la cabeza a la suya. Cuando la besó, Brianna suspiró ligeramente. Jake sintió su aliento contra la mejilla y no supo qué pensar. Tal vez pensar no fuera siquiera necesario. En ese momento, lo único que quería era sentir cada milímetro de Brianna pegado a su cuerpo; escuchar sus suaves gemidos cuando alcanzaban el clímax juntos; hablarle justo antes de que se quedara dormida.

Se estiró y apagó la luz. Entonces, se dispuso a hacerle el amor a su esposa, la madre de su próximo hijo.

A la mañana siguiente, Jake insistió en llevarla al pueblo para su visita al médico. Brianna protestó pero Jake se mantuvo firme.

—¿Qué pasaría si te desmayaras otra vez? —preguntó. Y con eso terminó la discusión.

Se llevaron a Ashley con ellos para que Shell pudiera trabajar. Tenía casi curado el brazo y lo usaba cada vez más.

La nieve brillaba bajo el sol radiante y Sweetwater parecía relucir en la fría mañana.

—Entraré contigo —dijo Jake tras aparcar al lado de la consulta.

—No es necesario —dijo Brianna—. ¿Por qué no te llevas a Ashley a dar un paseo? Está perfectamente bien arropada.

—¿Alguna razón por la que no quieres que entre contigo? —preguntó.

Brianna dudó una décima de segundo antes de negar con la cabeza. Tenía que decirle lo del ataque de isquemia. Lo había

pospuesto demasiado tiempo. Jake merecía saberlo. Pero lo que no quería era que la doctora le preguntara y que lo averiguara de esa forma. Necesitaba encontrar la manera de decírselo sin que se asustara, ahora que estaba embarazada.

Su médico de Nueva York le había dicho que no creía que hubiera motivos para preocuparse siempre y cuando redujera el estrés. Lo que estaba intentando conseguir.

Brianna sabía que haría todo lo que estuviera en su mano para tener un hijo sano. ¡Tener a Jake preocupado todo el tiempo no era lo que más deseaba!

Entró en la sala de espera y miró a su alrededor. Estaba casi llena, mujeres muy embarazadas y otras con niños en los brazos. Miró a Jake por encima del hombro y casi se rió al ver su expresión. Sabía que había hablado sin pensar.

—Llévate a Ashley a dar un paseo, anda. Saldré cuando termine.

Justo en ese momento, la puerta de la consulta se abrió y salió Loni. Vio a Brianna y su rostro se partió en una sonrisa. Entonces vio a Jake y se quedó inmóvil un momento hasta que vio que tenía a Ashley en brazos. Se acercó decididamente a ellos, y se detuvo cuando estuvo a escasos centímetros de su bebé.

—¿Me dejas tomarla en brazos? —preguntó extendiendo los brazos. Jake retrocedió un paso, abrazando con fuerza a la pequeña.

—Pensé que ya estarías en Nueva York a estas alturas.

Todos los ojos de la sala de espera estaban puestos en ellos. Brianna empujó a Jake hacia fuera, Loni a su lado. Cerró la puerta detrás de sí y echó un vistazo al vestíbulo del edificio. Estaba casi vacío, sólo había gente pasando por allí que no les prestaban ninguna atención.

—Sólo quiero tenerla en brazos —dijo Loni—. Es mi hija.

—Para algunos, la has abandonado. Es de Shell —declaró Jake.

Loni se quedó horrorizada.

—No la he abandonado. ¡No le digas eso jamás!

—¿Y cómo lo llamarías tú? Está viviendo con su padre y sus abuelos. ¿No es lo que querías?

—No —dijo Brianna poniendo un dedo en los labios de Jake que ya se disponía a decir algo más—. No digas nada más. No se lo hagas más difícil.

Jake la fulminó con la mirada. Y antes de que pudiera darse

cuenta, Brianna le quitó a Ashley de los brazos y se la pasó a Loni.

A continuación, enlazó los dedos con los de él y lo arrastró hacia la consulta.

—Jake y yo tenemos una cita con la doctora Fleming. Saldremos dentro de media hora. Vigílala por nosotros hasta entonces.

—Brianna —advirtió Jake sin moverse.

—Vamos, querías ver a la doctora, y ésta es tu oportunidad.

Los dos entraron en la sala de espera, el objeto de curiosidad de todos los allí presentes. Brianna inspiró y, levantando la barbilla, se dirigió a la ventanilla para darle sus datos a la recepcionista.

Nadie dijo una palabra. Brianna miró a su alrededor y después miró a Jake. No le extrañaba que nadie lo hiciera. Tendrían miedo de que les frunciera el ceño como le estaba haciendo a ella. Sabía que tendría muchas cosas que decirle cuando estuvieran a solas.

La había sorprendido ver a Loni pero no tanto comprobar el arrobo con que miraba a su bebé. Brianna sospechaba que la realidad de la separación estaba empezando a pesarle. A pesar de su deseo de abandonar Sweetwater, aún seguía allí. Y la respuesta, lejos de ser entusiasta, a la pregunta de Jake, le hacía preguntarse si irse de allí era realmente lo que Loni quería.

CAPÍTULO 13

LONI no sabía qué hacer con el bebé, aparte de maravillarse de lo hermosa que era. Dudó un momento cuando Brianna y Jake desaparecieron tras la puerta, pero dio su primer paso. Había una hilera de bancos junto a la pared del vestíbulo. Loni se sentó, sosteniendo con suma cautela a su hijita.

—Hola, Ashley, ¿cómo estás? —preguntó en voz baja, acariciándole las mejillas suaves y sonrojadas—. ¿Tienes frío?

El bebé llevaba puesto un mono de invierno rosa con borreguitos blancos y estaba envuelta en una mantita blanca. El gorrito de lana que le cubría la cabeza era de color rosa fuerte y le tapaba la frente hasta las cejas.

Hacía calor en el vestíbulo pero con el constante abrir y cerrar de puertas, el aire frío se colaba y circulaba a su alrededor.

—Te he echado de menos —dijo Loni aventurando una mirada para comprobar que nadie la oía—. No creí que fuera a hacerlo. Pero es así. Me gustaría que pudieras venir a Nueva York conmigo pero estarás mejor con tu papá y con Jake y Brianna en el rancho.

Por un momento una oleada de nostalgia la invadió al pensar en el rancho. Apenas podía respirar. Había pensado que sería muy infeliz allí, sin más opción que llevar la vida que su madre y su tía llevaban. Lo único en lo que había podido pensar entonces había sido en irse de allí.

Ahora había llegado el momento y seguía sin poder hacerlo. Tomó la manita de su hija y le acarició la piel suave con el pulgar.

Ashley se removió un poco en su sueño. Loni la miraba, sus gruesas pestañas, su naricilla. No se parecía demasiado ni a la suya ni a la de Shell, pero ella era una persona en sí, única. ¿Se volvería una salvaje y descuidada a la que le gustaría el rancho? ¿Amaría los caballos y el ganado o los odiaría como le había pasado a ella?

Aunque no siempre fue así. Montar a caballo había sido su pasión hasta que descubrió la pintura a los catorce años, cuando su tía le regaló un juego de pintura. Ella y sus primos pasaban los largos y cálidos veranos yendo a nadar al lago y tomando helados. Había participado siempre en la obra de teatro en Navidad, a veces sólo en el papel de ángel, otras en papeles con diálogo.

¿Le gustarían las Navidades a Ashley? ¿Pasaría el verano bañándose en el río y holgazaneando entre los campos de algodón?

¿O sería una niña rebelde y problemática como lo había sido Shell? Al no tener a nadie más que Shelly Bluefeather para ocuparse de él, se había descontrolado. No había conocido a su padre hasta que su madre murió. Jake había impuesto algunas reglas y había logrado cambiar el comportamiento de Shell un poco.

Loni contuvo un sollozo. Echaba de menos a Shell como nunca habría imaginado. Mientras habían vivido bajo el mismo techo, lo había mantenido a distancia, lo que cual le había hecho creer que podría irse cuando llegara el momento. Pero tras estar apartada de él, se preguntaba si podría hacerlo. Deseaba verlo, oírlo decirle algo, cualquier cosa, aunque fuera un insulto.

¿Estaba cometiendo un error? Dejarlo todo para ir a la ciudad le haría demostrar… ¿qué? ¿Que podía ser rica y famosa? ¿Le importaría a alguien? A sus padres les gustaba la vida que llevaban. A Shell le gustaba trabajar en el rancho. Incluso a Brianna, que una vez tuvo lo que ella misma ansiaba, lo había dejado todo para casarse con un extraño y vivir en Wyoming.

—Vaya, si es Loni Peterson.

Loni levantó la vista y se encontró con la señorita Abernathy, su profesora en quinto grado.

—Hola, señorita Abernathy —dijo Loni, sonriendo educadamente.

—He oído que has tenido un bebé. ¿Una niña? —la señorita Abernathy se inclinó y miró a Ashley—. Es preciosa. Supongo que la tendré en mi clase dentro de unos años.

Loni asintió y se dio cuenta de lo mucho que sabía sobre cómo crecería su hija. Ashley tendría los mismos profesores que Shell y ella habían tenido. Participaría en los mismos actos y seguiría las mismas tradiciones que estaban grabadas en todos los habitantes de Sweetwater. La tranquilizaba saberlo.

Estaba segura de que los habitantes de Nueva York no se encontraban por la calle con sus antiguos profesores del colegio.

—¿Cómo se llama? —preguntó la señorita Abernathy.

—Ashley. Le puso el nombre Shell. Su papá —dijo Loni preguntándose cuál sería la reacción de la mujer.

—Dale saludos de mi parte. Hace tiempo que no lo veo. Siempre

fue uno de mis favoritos. Supongo que no pasará nada porque lo sepa ahora. Claro que entonces tenía que mostrarme imparcial, pero los profesores siempre tenemos nuestros alumnos favoritos.

—Lo haré —sorprendida ante la reacción. Tal vez no todo el mundo tenía la misma opinión de Shell que sus padres.

—Tengo que darme prisa. Tengo una cita. Te veré un día de éstos en las clases para padres —dijo la señorita Abernathy sonriendo al tiempo que se .acercaba a los ascensores.

Si se quedaba, Loni podría asistir a esas clases, ir a las obras de teatro del colegio, animar a Ashley en los acontecimientos deportivos. Compartir la alegría en los partidos del viernes por la noche del instituto cuando llegara el otoño.

En su lugar, se iría a Nueva York. Un mundo muy diferente a Sweetwater, Wyoming. Un mundo lejos de su hija.

—No puedo creer que le hayas hecho todas esas preguntas a la doctora Fleming —dijo Brianna cuando Jake y ella salieron de la consulta.

—Sólo quería saber algunas cosas.

—¿Algunas cosas? Santo Dios, no has dejado nada. Le has preguntado por todo absolutamente.

—Para asegurarme de que el bebé está bien.

Aquello le dolió. Deseaba que Jake se preocupara también por ella. Bueno, lo hacía, pero sólo porque llevaba en su interior a su hijo.

—Sigo pensando que puedo montar a caballo.

—No, nada de eso hasta que nazca. De todas formas, no sería muy agradable con este tiempo.

—No voy a quedarme en casa los próximos meses.

—Podrías resbalarte con el hielo.

—No lo he hecho mal hasta ahora. Dudo mucho que empiece a hacerlo ahora.

—No.

Brianna se detuvo y lo miró con el ceño fruncido.

—No eres mi jefe. Haré lo que me apetezca. ¡No voy a hacerle daño al bebé pero tampoco me convertiré en una prisionera mimada durante los próximos siete meses!

—¿Estás embarazada? —preguntó Loni acercándose a ellos. Ashley seguía dormida en sus brazos—. Por supuesto. ¿Por qué si no habrías venido a ver a la doctora Fleming? No se me ocurrió antes. Sólo pensé en Ashley.

—Lo estoy y este hombre piensa que no debería hacer nada durante los próximos meses más que sentarme a comer caramelos.

—Fruta. Los caramelos podrían hacerte daño.

Loni se rió.

—Qué bonito. ¡Me alegro por ti, Brianna! Sólo que ahora serás tú la que tenga a Jake todo el tiempo detrás. Te va a volver loca.

—Ya ha empezado a hacerlo. Deberías haber oído las preguntas que le ha hecho a la doctora.

Aunque Brianna se había sentido secretamente halagada al oír que la primera se refería al hecho de hacer el amor. No se le habría ocurrido pensar que Jake le preguntara algo así a una extraña. Jake seguía sorprendiéndola.

—Déjamela —dijo Jake a Loni refiriéndose a Ashley.

Loni lo hizo aunque con cierta reticencia.

—Bueno, tengo que volver a casa de la tía Maggie. Te llamaré, Brianna, para ver cuándo puedo ir al rancho.

Brianna tomó a Jake del brazo antes de que éste pudiera negarse. Y la chica se alejó bajo su mirada.

—No quiero que vaya al rancho —dijo Jake.

—Creía que podía invitar a quien quisiera a mi casa —dijo Brianna soltándole un poco el brazo. Miró a Ashley, que seguía dormida.

—Maldita sea, claro que puedes. Pero... —se detuvo y sacudió la cabeza—. Haz lo que quieras. Lo harás de todas formas.

—De hecho, si de verdad no quieres que vaya, accederé a tus deseos —dijo Brianna—. Pero también fue su casa durante unos meses. No seas tan duro con ella.

—Ella fue dura con Shell.

—El padre defendiendo a su cría.

—¿Piensas que es ridículo?

—No, pienso que es maravilloso. Eres un gran padre, Jake. Shell tiene suerte de tenerte. Estoy deseando verte con nuestro pequeño.

Cuando entraba en el camino de grava del rancho, las palabras de Brianna aún resonaban en su cabeza. Nadie le había dicho nunca

que era un gran padre. Ni siquiera estaba seguro de que Shell opinara lo mismo. Pero le agradaba que Brianna lo pensara.

La miró. Estaba dormida, apoyada contra la puerta del coche. El bebé estaba despierto en su sillita, pero estaba tranquilo, los ojos fijos en el retrovisor. Se había perdido muchas cosas de la vida de Shell pero no haría lo mismo con Ashley o con su futuro hijo.

Después de fregar y guardar los platos de la comida, Brianna fue al despacho. Se había puesto al día con las cuentas del rancho y ahora estaba metiendo los datos sobre el ganado.

Pero primero quería decírselo a Connie y a Nancy para que se lo contaran a todos sus amigos. Incluso escribiría a Steven para pedirle que echara un vistazo a los cuadros de Loni cuando ésta llegara a Nueva York.

Se le hacía raro contactar con Steven, más raro aún esperar respuesta por su parte. Hubo un tiempo en que pensó que estaban unidos. ¡Qué equivocada había estado! Aun así, esperaba que pudiera darle una oportunidad a Loni, por los viejos tiempos.

El lunes se puso a nevar de nuevo cuando Loni llamó para preguntar si podía ir. A Brianna la preocupaba que condujera con nieve, pero Loni le aseguró que podría.

—Llevaré la camioneta de mi tío y así podré traerme las pinturas. Lleva una tela aislante en la parte trasera y así no se mojarán.

—Ven entonces, y trae pizza. Llevo todo el fin de semana deseando comerme una.

Loni se echó a reír.

—¡Ya tienes antojos!

—Tú trae la pizza.

Shell entró en el despacho y esperó hasta que Brianna colgó el teléfono.

—Jake me dicho que puedes sacarme el último informe del veterinario. Quiere que eche un vistazo a una de las yeguas.

—Espera un segundo —dijo Brianna buscando el informe, que entregó a Shell en cuestión de minutos—. Era Loni. Viene a recoger sus cuadros.

—¿Y me lo dices porque...?

—Pensé que te gustaría verla.

—No. Gracias por avisarme. Estaré en el establo.

—No vendrá hasta después de comer, así que puedes comer con nosotros, al menos.

Asintió una vez y salió. Brianna sacudió la cabeza. Era obvio que sus intentos por arreglar las cosas no iban a funcionar.

Loni apareció poco después de la una y media. Brianna la hizo entrar en la cocina y tomó la caja de pizza.

—Gracias. No puedo creer lo mucho que me apetece. Pensé que las embarazadas tenían antojo de pepinillos y helado.

—Puede ser cualquier cosa. A mí me apetecían nubes de caramelo. ¿Duerme Ashley?

—Sí. Comió hacia el mediodía y se quedó dormida justo después. Estoy segura de que se despertará antes de que te vayas. ¿Quieres verla?

—Sí, por favor —dijo Loni dando un salto.

—Ve entonces, conoces el camino. Duerme en la habitación en que dormías tú.

Poco después, cuando Brianna satisfizo su deseo de pizza, miraba por la ventana la leve nieve que caía. Shell se acercaba a la casa. Tal vez no hubiera podido resistirse después de todo. Al poco entró trayendo consigo un golpe de aire helado.

—Jake me ha dicho que ayude a Loni con el embalaje de los cuadros.

—Me gusta cómo ha quedado el salón —dijo Loni entrando en la cocina. Se detuvo al ver a Shell.

—Todavía tengo que hacer algo con las paredes.

Loni sacudió la cabeza, reacia a mirar a Brianna.

—Dudo mucho que Shell quiera que un cuadro mío cuelgue de la pared. Le recordaría a mí cada vez que lo viera.

—Cada vez que miro a nuestra hija, me acuerdo de ti —dijo—. No me importa lo que Brianna cuelgue de las paredes.

—Tu padre me ha dicho que puede que haya algún otro cuadro en el ático. Aún no he podido ir a mirar. ¿Sabes lo que puede haber ahí arriba?

Shell sacudió la cabeza.

—Nunca he estado en el ático.

—Yo tampoco —dijo Loni.

—Pensé que estarías ya en Nueva York —dijo Shell.

—He venido a buscar mis cuadros. Cuando lo tenga todo listo, me iré —dijo Loni.

—Si sólo estás esperando por eso, vamos a embalarlos —dijo Shell.

El llanto de Ashley llegó a través del monitor de la cocina.

—Yo voy —dijo Loni.

—Yo voy —dijo Shell.

Brianna no dijo nada. Se volvió a sentar y miró cómo ambos se fulminaban con la mirada.

—Id los dos. Es vuestra hija.

Brianna los oía reñir a través del monitor cuando entraron en la habitación. Esperaba que Loni supiera lo que estaba haciendo. Brianna seguía pensando que la chica era estúpida al sacrificar la devoción que Shell sentía por ella y darle la espalda a su hijita. Pero no era su vida.

De pronto, las riñas cesaron y lo único que Brianna podía escuchar era el movimiento inquieto de Ashley. Momentos después, escuchó pasos en las escaleras. Loni irrumpió en la cocina con lágrimas en los ojos.

—Vamos al estudio.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Brianna, levantándose.

—Hombre arrogante —refunfuñó Loni dirigiéndose a la puerta trasera—. Me ha besado.

Brianna oyó la voz de Shell canturreándole a su pequeña cuando salió de la cocina detrás de Loni.

Había estado en el estudio sólo unas cuantas veces. Loni no solía enseñarlo mucho mientras vivía en el rancho y Brianna siempre había respetado su intimidad. Se detuvo en la puerta y observó la estancia, grande y luminosa. Las telas seguían en su sitio contra la pared, en filas. Había dos caballetes de pie, uno soportando una pintura a medio hacer.

Brianna contempló el cuadro. Era una vista de las montañas. Había nieve en los picos que caía por la cara de las montañas como azúcar glas de pastelero. En primer plano, una extensión de pradera abierta y a un lado, un solitario granero abandonado. El cuadro no estaba terminado, una tercera parte no era más que un boceto, pero

Brianna podía sentir la pasión que la autora había puesto en el trabajo. Deseó que Loni quisiera terminarlo antes de irse.

—Tienes talento —dijo Brianna.

Loni miró el cuadro.

—¿Crees que hago lo correcto? Marchándome, quiero decir.

—No puedo darte la respuesta. Sólo tú sabes lo que es bueno para ti, para tu vida, en este momento.

—No pensé que fuera a echar tanto de menos a mi hija. No quería estar embarazada, lo sabes. Simplemente, ocurrió. Entonces empecé a echarle la culpa a Shell aunque no era más culpa suya que mía. Para concebir un hijo hacen falta dos.

Brianna asintió. No sabía qué decirle. ¿Debería tratar de convencerla de que se lo pensara mejor? ¿De que se quedara en Wyoming? ¿Bastaría para nacerla retroceder?

—Ashley es adorable y la echo de menos cada minuto del día —dijo Loni dejando escapar un sollozo, luchando por mantener la compostura. Brianna la abrazó, lo que hizo que la fuerza de Loni se quebrara y la joven empezara a llorar en serio.

—Quiero estar con mi bebé —gimió—. Debería ser yo quien la cambiara, quien la alimentara, quien la amara. Duele mucho. No sabía que dolería tanto.

Brianna le dio unas palmaditas en la espalda mientras trataba de encontrar las palabras adecuadas.

—Quizá debas pasar más tiempo con ella. Nueva York puede esperar, ¿sabes? No se va a ir a ninguna parte.

—Hace tanto tiempo que quería irme de Sweetwater... Es un sitio tan pequeño... nunca ocurre nada.

—Pero tu familia está aquí y podrías seguir pintando. He hablado con un amigo que tiene una galería. Tal vez pueda vender tus cuadros en Nueva York. Podrías ir de visita.

—No sería lo mismo.

—Entonces tienes que decidirte. Ashley o vivir en Nueva York.

Loni se acercó al fregadero y tomó unas toallitas de papel de cocina, con las que se secó las lágrimas que corrían por sus mejillas y se sonó la nariz.

—Todos los artistas tienen que sufrir.

—Eso es una tontería —dijo Brianna empezando a impacientarse —. ¿De dónde has sacado eso?

—Elsa Harrington me lo dijo. Y ella estaba considerada una de las artistas estadounidenses vivas más importantes.

—Lo sé pero por lo que he oído de ella desde que estoy aquí, no fue una de las mejores madres ni abuelas de Estados Unidos.

—Nadie la entendía.

—Tal vez le gustara que fuera así —dijo Brianna.

Se acercó hasta una hilera de cuadros apoyados contra la pared y miró el primero de ellos y a continuación el siguiente, y el siguiente. El penúltimo llamó su atención. Era un bodegón en el que se veía una vieja Biblia y unas flores marchitas. Sería perfecto para la pared del salón entre los dos ventanales. Debajo pondría un pequeño velador. El cuadro requería un marco antiguo. Lo sacó del montón.

—Me gustaría comprarte éste —dijo Brianna girándose para enseñárselo a Loni.

—Puedes quedártelo —dijo ella sin apenas mirarlo.

—Gracias pero lo compraré. Estás intentando forjar una carrera, ¿recuerdas?

Loni se encogió de hombros. Se sorbió la nariz una vez más y sacudió la cabeza.

—No puedo hacerlo hoy. Ya volveré.

—Ven mañana. Shell estará en Laramie. Abrigaremos bien a Ashley y la traeremos aquí para que puedas estar con ella mientras eliges los cuadros.

—Eso sería genial. Gracias, Brianna.

Brianna se llevó la pintura a la casa preguntándose cuánto pagarle a Loni por ella. Tal vez hubiera una galería en el pueblo o en Laramie donde pudieran asesorarla sobre su valor y encontrar de paso un marco. ¿Dónde habría expuesto Elsa sus pinturas? ¿Quién habría negociado sus ventas? Estaba segura de que Jake lo sabría.

Esa misma tarde un poco después, mientras Ashley se echaba su siesta, Brianna se aventuró a subir al ático.

Las escaleras estaban al fondo del pasillo del segundo piso. Cuando llegó arriba, vio que el ático ocupaba toda la superficie de la casa. El techo era muy bajo a ambos lados de la casa, pero podía caminar erguida por el centro.

Había muchos cubiertos de polvo, cajas atadas con cuerdas, montones de revistas y viejas maletas por todas partes. Brianna caminaba con sumo cuidado, tratando de hacerse una idea de todo

lo que había allí. Parecía como si la familia Marshall no hubiera tirado nunca nada a la basura. Una silla con tres patas reposaba, inútil, sobre un montón de cajas. Una vieja caja manchada de humedad estaba medio rota dejando al descubierto su contenido, ropa en su mayor parte.

—Brianna, ¿dónde estás? —la voz de Jake llegaba alta y clara a través del monitor del bebé que se había subido consigo.

Se acercó a las escaleras y lo llamó. Debía de estar en la habitación de Ashley porque lo oía perfectamente. Un momento después, apareció al pie de las escaleras que conducían al ático.

—¿Qué estás haciendo ahí?

—He subido a buscar los cuadros que dijiste que podía haber o alguna mesita —dijo—. Sube, quiero enseñarte algo.

Jake subió al ático polvoriento. Brianna se dio cuenta de lo grande que era. Rozaba el techo con la cabeza incluso en el centro.

—Está allí —dijo Brianna guiándolo hasta una cuna mecedora—. ¿No es preciosa? ¿Crees que podríamos bajarla y arreglarla para Ashley? Después podría servir para nuestro bebé.

—Ashley ya tiene una cuna.

—Ésta quedaría perfecta en el despacho. Así podría trabajar y tenerla allí conmigo. Le servirá hasta que tenga seis meses. Por favor...

Jake asintió y la tomó para llevarla abajo. Brianna se quedó en el ático, continuando con su exploración entre las cajas.

Unos minutos después, Jake regresó. Estaba medio oculta entre un montón de cajas, mirando unos lienzos apoyados contra una pared.

—No dejes que te caiga algo encima —dijo acercándose a ella—. Los cuadros pueden esperar, incluso podrías comprar unos nuevos. No creo que tengas que estar aquí. Hay demasiadas cosas que se te podrían caer encima.

—Estoy bien. Casi he terminado. En encontrado unos cuadros. Tres ya están enmarcados. Tal vez podríamos utilizarlos —dijo ella maniobrando entre las cajas hasta dar con una sábana polvorienta que protegía los lienzos. Contuvo el aliento al ver la escena de un niño pequeño jugando cerca del río. Por un momento, pensó en Jake de pequeño. ¿Tendría el pelo oscuro como ese niño? ¿Habría sido un niño tan solitario como ése?

Brianna continuó revolviendo mientras Jake daba una vuelta por el ático.

—Cuánta porquería —dijo—. Alguien debería revisarlo todo y tirar lo que no valga.

—¿Quieres ser voluntario?

—No.

—Sospecho que por eso no se ha hecho nunca. Nadie quiere hacerlo. Aquí hay otros cuadros. ¿Podemos llevarlos abajo para verlos mejor? La luz aquí apenas alumbra más que una vela. ¿Crees que son de tu abuela?

—No lo parecen. Su estilo era más romántico y luminoso. Éstos son muy lúgubres. Los bajaré. Ten cuidado con los escalones. Son muy empinados.

—Estoy bien.

Tuvo que hacer tres viajes para bajar todos los cuadros que Brianna había descubierto, catorce en total. Jake y ella los apoyaron contra la pared del comedor. Y empezó a estudiarlos afanosamente. El granero abandonado que había en primer plano le recordaba al de Loni pero, al contrario que el de ella, éste era lúgubre y sombrío.

—Es muy feo —dijo Jake—. No me extraña que estuviera en el ático. Deberían haberlo tirado.

—Es feo, sí. Podemos tirarlo nosotros. No tiene sentido guardar cuadros que no queremos.

—¿Un primer paso para la limpieza del ático?

Brianna sonrió. Jake sintió que se le contraían las entrañas. Había entrado en la casa para ver cómo estaba, pero se preguntaba qué diría o haría si la subiera en volandas al dormitorio y le hiciera el amor para calmar el deseo que se había convertido en parte permanente de su ser desde que llegara al rancho.

Ya no era necesario que siguieran intentando tener un bebé, pero el deseo no había disminuido. Después de cómo se había comportado la otra noche, sospechaba que no diría que no.

—Éste es mejor —dijo Brianna delante de otra pintura—. No encaja en lo que quiero para el salón pero es bueno. Tal vez podamos encontrar un lugar para colgarlo.

Jake se encogió de hombros. Si le gustaba un cuadro, bien; si no, no lo preocupaba. El arte no le interesaba particularmente. Tal vez fuera el resultado de su relación con su abuela.

—Me pregunto si el color mejoraría si lo mandara limpiar —murmuró Brianna—. Quién sabe cuánto tiempo habrá estado en el ático. Se puede ver el polvo —dijo pasando el dedo por otro de los cuadros—. Es extraño que unos tengan marco y otros no.

—Puede que Elsa utilizara los marcos para otros cuadros. O puede que los comprara sólo por los marcos.

—Supongo.

—Podrías preguntarle a Bill Tyler. Él solía exponer los cuadros de mi abuela. Tiene una pequeña tienda en el pueblo aunque su galería principal está en Cheyenne y tiene contactos con galerías por todo el estado. Si no puede limpiarlos él, sabrá quién puede hacerlo —«olvídate de los dichosos cuadros y préstame atención a mí», quería decir. Se pasó los dedos por el pelo. ¿Qué problema tenía? Sólo había entrado a ver cómo estaba.

—Le he comprado uno a Loni —dijo Brianna volviéndose hacia él.

—¿Por qué? ¿Para darle dinero para que se vaya?

—No, porque me gusta, y quedará perfecto entre los dos ventanales. De todos modos, creo que se lo está pensando. Echa mucho de menos a su bebé.

—Debería haberlo pensado antes de planear irse —dijo Jake claramente enfadado—. Si retiraras tu ofrecimiento de ayudarla en su llegada a Nueva York, tal vez se quedaría.

—Si se queda a la fuerza, lo lamentará toda la vida. No puedes obligar a la gente a hacer lo que quieres, Jake. Lo sabes.

—Mi abuela solía hacerlo con mi padre.

—Y tú sabes lo infeliz que lo hizo —dijo Brianna deteniéndose a mirarlo interrogativamente—. ¿A qué has venido? ¿Me necesitas para algo?

—¿Necesitar o querer? —preguntó él sin dejar de mirarla a los ojos. Vio cómo los ojos de Brianna se iluminaban y sus labios se curvaban en una suave sonrisa.

—Y dime, vaquero, ¿qué es lo que quieres?

—A ti.

CAPÍTULO 14

BRIANNA no fue a ver la cuna recuperada del ático hasta después de la cena. Estaba en un rincón de la cocina mientras ella preparaba la comida de Ashley.

—¿Para qué es eso? —preguntó Shell cuando entró.

—Voy a arreglarla para Ashley. Jake la pondrá en el despacho, y así pasará el día conmigo.

—Ya tiene una cuna.

—Ahora tendrá otra —dijo Brianna sin intención alguna de discutir con él. Desde la marcha de Loni estaba hecho un oso gruñón.

A la hora de la cena, la cuna se convirtió en el tema de conversación.

—Yo tenía una así cuando era bebé —dijo Hank.

—Probablemente porque las cunas normales no se habían inventado todavía —bromeó Nolan.

—No soy tan viejo, niñato.

—A lo mejor podrías ayudarme a limpiarla y a pensar qué usar hasta que pueda ir al pueblo a comprar un colchón más pequeño —dijo Brianna a Jake, divertida con los comentarios de los hombres.

—No es necesario molestar a Jake con esa estúpida cunita mecedora —dijo Shell—. Es para Ashley. Yo lo haré.

—Podemos trabajar todos juntos, como un proyecto familiar —dijo Brianna.

—No necesito ayuda.

—Las familias hacen cosas juntos. Podríamos empezar una nueva tradición.

—Sólo quieres arreglarla y limpiarla porque tu propio hijo nacerá en unos meses.

—Exactamente —dijo Brianna mirándolo como si lo hubiera dicho con cariño en vez de como un comentario desagradable.

Shell se levantó de la mesa dejando a medias su plato.

—No voy a ayudar. No eres parte de mi familia, y no me gustan las tradiciones. Tal vez debería buscarme otro sitio para trabajar y vivir —dijo saliendo de la cocina.

—¿Qué mosca le ha picado? —preguntó Nolan.

Jake se encogió de hombros. La cena transcurrió en silencio. Cuando Hank y Nolan se fueron, Jake miró a Brianna.

—¿Proyecto familiar?

—Sí. Y Shell forma parte de esta familia. Tal vez deberías dejárselo claro. Que vayamos a tener un hijo no quiere decir que su relación contigo o con esta familia tenga que cambiar.

—No parece querer formar parte de ella —dijo Jake.

—No seas estúpido, vaquero. Claro que quiere serlo. Piénsalo. Durante sus primeros trece años de vida, no tuvo padre. Ahora, aunque vive aquí, tú centras tu atención en otra persona, alguien que aún no ha nacido. ¿Cómo te sentirías?

Brianna se levantó y metió el plato de Shell en el horno para que se mantuviera caliente.

—Ve a hablar con él, Jake. Dile que es tu hijo y que nadie podrá evitarlo jamás. Que quieres que se quede aquí. Hazle ver que su sitio está aquí.

Brianna se dio cuenta de pronto de que debía de sentirse cómoda con Jake si se atrevía a hablarle de esa forma. ¿Acaso estaría empezando a sentir que había encontrado su sitio? No sólo como madre del hijo que le permitiría heredar el rancho, sino un lugar por sí misma. Quería que Jake se preocupara por ella, por la mujer que era.

Jake miró a aquella mujer a la que apenas conocía y se preguntó si alguna vez la comprendería. Lo estaba mirando como si hubiera hecho algo malo. Shell tenía que saber ya que era parte de la familia, era su hijo.

Brianna obviamente esperaba que hiciera algo. ¿Pero qué? Shell tenía que saberlo.

Al final, tiró la servilleta sobre la mesa y, poniéndose en pie, salió de la cocina. Subió a las habitaciones con la esperanza de que se le ocurriera algo. No le gustaría enfrentarse con Brianna sin haberlo resuelto.

La puerta de Shell estaba abierta, no había nadie en la habitación. Jake se dirigió a la habitación de Ashley. Se detuvo en la puerta de la habitación en penumbra y observó cómo Shell se inclinaba sobre la cuna para arropar a su pequeña, cómo le acariciaba levemente el pelo sedoso.

—Yo nunca pude hacer eso —dijo Jake apoyándose en el marco,

los brazos cruzados sobre el pecho. Seguía sin saber qué decir.

Shell se incorporó y se giró, su rostro oculto en la sombra.

—¿Te habría gustado?

—Creo que sí. Me importaba mucho tu madre. Era mi mejor amiga. Debería haberme buscado para decírmelo. Regresé cuando mi padre murió. Podría habérmelo dicho entonces.

—¿Nunca se te ocurrió?

—Llámame bruto, pero nunca se me pasó por la cabeza —dijo él sacudiendo la cabeza—. Suponía que Shelly me lo habría dicho. Siento mucho no haberte visto cuando eras pequeño.

Shell se encogió de hombros. Jake inspiró y se lanzó a decir lo que tenía que decirle.

—Eres mi hijo, mi familia. Estoy tan orgulloso de ti que me pavonearía como un toro. Brianna me ha dicho que tenía que asegurarme de que lo sabías. No se me dan bien las palabras pero he querido hacerlo bien desde que supe de tu existencia...

—Al menos no me diste la espalda entonces —Shell dijo un tanto reticente—. Vivíamos bien en Texas.

—¿Cambió todo al volver aquí? —preguntó Jake.

Shell se encogió de hombros de nuevo.

—Pensé en abandonar el rancho —dijo Jake.

Eso pareció sorprender a Shell.

—Sí. Pero después pensé que sería mejor que nos quedáramos. Sería mi venganza contra esa vieja bruja. Cuando sea mío, podré hacer lo que quiera, sin ataduras. La mitad será para ti.

—¿Qué? —Shell se quedó asombrado.

—Eres mi hijo, ¿por qué no iba a hacerlo? Tú lo heredarías cuando yo muriera pero no quiero que tengas que hacer como yo. Así que lo dejaré claro cuando pase a ser mío.

—Pensé que querías tener un hijo con Brianna. Su deseo de formar parte de una familia es tan evidente que casi se puede tocar —dijo Shell—. ¿Qué hay del bebé?

—Brianna también tuvo una infancia triste, igual que tú. Igual que yo. Me parece que los tres deberíamos quedarnos juntos y pensar en el mejor futuro en vez de en el pasado. Ella es quien ha renunciado a más cosas, creo. Ha cambiado su estilo de vida tratando de buscar un lugar en el que encajar. No puede ser fácil.

—Es demasiado pronto para asegurarlo pero creo que será una

buena esposa para ti —dijo Shell.

—Yo también lo creo. Y una buena amiga para mi hijo, si él le deja. El asunto es que no sé mucho de asuntos familiares. No tuve tradiciones. Pero Brianna ' le da valor a esas cosas. Tal vez deberíamos probar.

Shell se quedó inmóvil, como si se lo estuviera pensando.

—Mamá quería que hiciéramos cosas como una familia. Supongo que las mujeres le dan valor a esas cosas.

—Brianna tiene razón —dijo Jake con la esperanza de que estuviera diciendo lo correcto—. Tenemos que crear lazos familiares. Reforzarlos para que Ashley no tenga los problemas que nosotros tuvimos. Ella tendrá una niñez alegre, llena de amor.

—Estás orgulloso de mí, ¿eh? —preguntó Shell.

Jake sintió que el corazón se le derretía.

—Tan orgulloso que el pecho me va a reventar. Posees valores sólidos y una buena ética del trabajo. Tu madre era una persona magnífica y te crió bien. Desearía poder decir que yo también tuve algún mérito pero todo es de ella.

—Sí. Era muy especial —dijo Shell mostrándose dubitativo—. Tú y yo llevamos juntos seis años, desde que me enteré de que yo te importaba. No necesito la mitad del rancho.

—Nunca dije que lo necesitaras. Simplemente tengo la intención de convertirte en socio.

—¿Y tu nuevo hijo?

—Si cualquiera de mis hijos quiere trabajar el rancho, ya veremos cómo lo arreglamos. Si no, te lo puedes quedar tú entero.

—¿Es que vas a tener más de uno?

—Creo que Brianna quiere llenar la casa de niños, tener tanta familia que allá adonde mire haya un niño.

—Ashley tendrá muchos compañeros de juegos —dijo Shell avanzando hacia él—. Hagamos realidad el proyecto familiar de tu esposa.

Cuando Shell llegó hasta Jake, éste lo abrazó, por primera vez, complacido hasta límites insospechados cuando notó que Shell le devolvía el abrazo. Sólo tal vez, las cosas podrían solucionarse entre ellos. Gracias a Brianna.

Ésta estaba lavando los platos cuando los dos entraron en la cocina. Miró sobre su hombro y se fijó en la expresión en el rostro de

ambos.

—Tu cena está en el horno —le dijo a Shell.

A continuación miró a Jake y levantó las cejas interrogativamente.

—Te ayudaremos con la cuna cuando se termine la cena.

Shell se sentó a comer el resto de su cena. Jake se sirvió una taza de café y se sentó con él.

—¿Qué hacen todas esas pinturas apoyadas en la pared en el comedor? —preguntó Shell.

—Brianna quiere colgar alguna en el salón. Creo que es su instinto maternal de acondicionar el nido —replicó Jake—. Las encontramos en el ático.

—¿Con la cuna?

Jake asintió.

—¿Crees que es tuya?

—No. Mis padres no vivían aquí cuando nací. Probablemente fuera de mi padre.

—Definitivamente, será una tradición si Ashley la utiliza —dijo Shell mirando a Brianna.

Ésta se giró con una amplia y contagiosa sonrisa.

—Sí. Y en cuanto termines de cenar, empezaremos con ella. A Ashley le encantará. Y a mí me encantará poder tenerla en el despacho conmigo mientras trabajo.

—No tienes que estar ahí todo el día, todos los días —dijo Jake.

—No lo estoy. Sólo unas horas cada mañana. Pero será divertido tener compañía. Voy a llevarle las pinturas al hombre que me has recomendado, Bill Tyler, ¿no?, para que me diga si las puede limpiar y enmarcar. Espero que tengan mejor aspecto. Quién sabe cuánto tiempo llevaban en el ático.

Brianna se detuvo un momento ante de continuar.

—Loni volverá mañana. Hoy se disgustó y no terminó de elegir los cuadros. Le he comprado uno.

—Es buena —fue todo lo que dijo Shell.

Cuando Jake ya salía por la puerta a la mañana siguiente, se detuvo y se giró para mirar a Brianna.

—No estarás pensando en ir a llevar los cuadros hoy, ¿verdad?

Han dicho que nevará ligeramente, con ráfagas de aire más entrado el día.

—No, hoy no, a lo largo de esta semana. Pero puedo conducir con un poco de nieve. Lo que me da miedo son las ventiscas.

Jake sonrió.

—Eso nos asusta a todos. Hoy trabajaré en el establo. Hasta luego.

Loni llamó a las nueve para decir que se acercaría al rancho si Shell no estaba.

—No, ha ido a Laramie a hacer un recado para Jake. Puede que te lo encuentres en la carretera, eso es todo. Ven pronto y así podrás pasar un rato con Ashley.

—Gracias, Brianna. Lo haré.

Brianna llevó un paquete con sándwiches y sopa caliente a los barracones hacia media mañana, y le pidió a Jake si podía comer con los hombres porque así ella podría estar con Loni.

—Sé que no lo apruebas, pero déjame hacerlo, ¿vale?

—Es tu casa también —dijo Jake, pero Brianna vio que no le agradaba la idea.

Loni apareció a las diez y se acercó directamente a la cuna para tomar en brazos a Ashley.

—¿Cuándo has comprado esta cuna mecedora? —preguntó estudiando el intrincado diseño del cabecero. La madera de caoba relucía después de haber sido pulida la noche anterior. Encima de las sábanas, habían colocado una manta con volantes que le había regalado la tía de Loni, Maggie.

—La encontré en el ático. Subí allí ayer para ver si había alguna pintura que pudiera utilizar. Encontré unas cuantas. Cuando las limpie, sabré mejor si quiero quedarme con alguna. Me desharé de las que no quiera. No te imaginas cuánta porquería hay ahí arriba.

—Oh, sí que lo imagino. Si se parece al ático de mis padres, seguro que habrá cosas que pertenecieron al Marshall que construyó la casa. Costaba mucho conseguir cualquier cosa en aquellos días y por eso lo guardaban todo. Cada primavera, mi madre amenaza con limpiar el nuestro pero nunca lo hace.

Hablaron de la posibilidad de deshacerse de toda la basura, de lo que harían con las pinturas que Loni desechara, de Ashley y de sus horarios. Loni le preguntó a Brianna cómo se sentía; y sintió envidia

de ella cuando ésta le dijo que no había experimentado mareos matutinos.

—Yo lo pasaba tan mal que odiaba levantarme por las mañanas. No es justo —gimoteó Loni.

—Disfrutaré mientras pueda —dijo Brianna riéndose—. Quién sabe, aún puedo tenerlos.

Después de comer, vistieron a Ashley con su mono de invierno y ya salían hacia el estudio cuando sonó el timbre.

—¿Quién demonios viene a la casa hoy? —preguntó Brianna, consciente de que cualquier vecino entraría por la puerta trasera mientras se dirigía a abrir la puerta principal.

Cuando la abrió se quedó inmóvil. La última persona del mundo que esperaba ver en el porche era Steven Forrest.

—¿Sorprendida de verme, cariño? —preguntó Steven como si sólo hiciera un día que no se veían.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó ella sin saber qué decir.

—He venido a verte, Bri. ¿No vas a invitarme a entrar?

Brianna miró fijamente al hombre con el que, una vez, pensó que pasaría el resto de su vida. Parecía más bajo de lo que recordaba, como si tuviera menos pelo, o tal vez lo llevaba con un peinado diferente. Su traje parecía totalmente fuera de lugar en el rústico porche. Por un momento pensó que estaba teniendo alucinaciones.

—Entra —los buenos modales se impusieron a la sorpresa.

Steven se inclinó y le dio un beso en la mejilla.

—Sé que te sorprende verme. Nancy me dio tu dirección. Después de recibir tu e-mail, me di cuenta de que teníamos asuntos sin resolver.

—Pues yo no lo creo —murmuró ella incapaz de creer que Steven estuviera en Sweetwater, Wyoming. Sólo salía de Nueva York para ir a Londres o a París.

—¿Quién es? —preguntó Loni saliendo de la cocina con Ashley en brazos.

—Éste es Steven Forrest —dijo Brianna—. Loni Peterson. Steven es el dueño de la galería del que te hablé.

—¿Y ha venido hasta aquí para ver mi trabajo? —preguntó Loni atónita.

—No exactamente —dijo Steven. Se volvió hacia Brianna—. ¿Entonces ésta es la joven artista de quien me hablaste?

—Sí. Va a ir a Nueva York y pensé que podrías examinar sus cuadros —dijo Brianna, que se sentía confusa—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—He venido a verte. A ver en qué te habías metido y comprobar si ya estás lista para volver a Nueva York.

—Steven, estoy casada. Ahora vivo aquí.

—No seas ridícula, Brianna. ¿Cómo puedes ser feliz aquí? No me di cuenta de lo apartado que estaba este lugar hasta que intenté hacer una reserva. He tenido que conducir desde Cheyenne, la ciudad con aeropuerto más cercana. Aquí no hay nada para ti. Vamos a hablar.

—Tal vez sea mejor que os deje solos —dijo Loni sin saber muy bien qué hacer, mirándolos de hito en hito.

—Ya nos dijimos todo lo que teníamos que decirnos —replicó Brianna. No quería que la dejaran a solas con Steven.

Pero él actuó como si no la hubiera oído.

—Mira este sitio —dijo haciendo un gesto extensivo con el brazo, deteniéndose al ver el comedor—. ¿Por qué están esos cuadros en el suelo en vez de en la pared?

Estaba claro que Steven se olvidaría de todo cuando viera los cuadros. Era un marchante de arte antes que nada.

—Mira, Steven, me alegro de que hayas venido a visitarme. Pero ahora estoy ocupada.

—¿De visita? Brianna, he viajado dos días para llegar. No me iré porque estés ocupada. Esperaré hasta que termines. Podría ayudarte a colgar los cuadros.

—La mayoría no están siquiera enmarcados. No estoy segura de cuáles quiero —dijo Brianna. De pronto, se le ocurrió una idea—. Podrías ir con Loni a su estudio a ver sus cuadros. Así podrás darle tu opinión aquí mismo y sabrá cuáles llevarse y cuáles dejar. Vuelve cuando termines y hablaremos.

Eso le daría tiempo y espacio para pensar y respirar. Nunca se le habría ocurrido ver a Steven en Wyoming.

Steven mostró su disgusto. Y Brianna recordó que a él siempre le gustaba hacer las cosas a su manera.

—Por favor.

—Está bien, pero no me iré hasta que tú y yo hayamos hablado seriamente.

—Yo me quedaré con Ashley —dijo extendiendo los brazos hacia el bebé—. Lleva a Steven al estudio y enséñale tu trabajo. Tienes suerte. No mucha gente tiene acceso a una valoración particular de Steven Forrest.

Brianna trató de sonreír para animar a Loni pero no sabría decir si su sonrisa había tenido ese efecto.

En cuanto se quedó sola, se puso la chaqueta y salió con Ashley hacia el establo. No estaba segura de si Jake estaría allí, pero si estaba, quería ser ella quien lo avisara de la imprevista visita de Steven.

Jake estaba limpiando uno de los caballos cuando entró. Había una silla cerca. Jake la miró y su expresión se suavizó cuando vio a Ashley.

—¿Es ésta otra nueva tradición? ¿Crear lazos con mi nieta en el establo? —dijo Jake dejando caer el cepillo antes de acercarse a ellas. Acarició levemente con un dedo la mejilla de la pequeña. Ashley trató de patalear pero estaba bien envuelta en la manta.

—Steven está aquí —dijo Brianna sin más contemplaciones.

Jake la miró.

—¿Y quién es Steven?

—Un hombre que conocí en Nueva York —dijo ella negándose a decirle que había sido su anterior pareja.

—¿Y qué hace aquí?

—Ha venido a verme.

—¿A ver a una antigua amiga?

—Supongo —dijo ella sin poder aguantarle la mirada.

—¿Dónde está?

—Loni le está mostrando sus pinturas. Tiene una galería en Manhattan. Si le parecen buenas, lo tendrá hecho —dijo.

—¿Y qué quieres que haga yo? ¿Entrar a conocerlo?

—Sí. Sí, eso estaría bien —dijo ella haciendo un gesto hacia la silla y el caballo—. ¿Vas a algún sitio?

—Nolan ha encontrado un problema con uno de los pozos. Me ha llamado. Iba a intentar arreglarlo antes de que estalle la tormenta.

—Oh, bueno, eso es más importante. Creo que Steven se quedará un rato. Está examinando el trabajo de Loni. Tiene una galería de arte en Manhattan.

—Ya lo has dicho. ¿Debería sorprenderme que un hombre que

posee una galería de arte en Manhattan haya venido a examinar el trabajo de Loni? —preguntó Jake.

—No exactamente. Quiero decir, le mandé un e—mail para pedirle que examinara los cuadros de Loni cuando llegara a Nueva York. No esperaba que viniera a verla. A verme. A vernos —balbuceó.

Jake frunció el ceño.

—¿Te encuentras bien?

—Sí —dijo cambiándose de posición al bebé—. Estoy segura de que Steven se quedará a cenar. Podrás conocerlo entonces.

CAPÍTULO 15

STEVEN hablaba en serio respecto a lo de hacerla regresar? Era un poco tarde, pensó Brianna mientras regresaba a la casa. Estaba haciéndose un sitio propio en aquel lugar. No era lo que ella había esperado, pero estaba empezando a amar el rancho y el ritmo de vida.

Ashley empezó a removerse inquieta y Brianna le preparó el biberón. Subió a su habitación para dárselo allí, sentada en la mecedora. Brianna adoraba el tiempo que pasaba con ella. Desde luego era mejor que tratar con clientes frenéticos y plazos imposibles, pensó sonriendo al bebé.

—¿Qué harás con tu vida, pequeña? —preguntó suavemente—. Espero que encuentres tu sitio enseguida y no tengas que soportar todo el revuelo que se vive aquí.

Cuando Ashley se quedó dormida, Brianna la dejó en la cuna. Volvió abajo para asegurarse de que Shell no había dejado alguna camisa sucia desperdigada o Jake no había dejado el periódico en algún sitio del salón como solía.

Miró de nuevo las pinturas del comedor. Le encantaría enmarcar una o dos y colgarlas en la pared.

—¿Brianna? —la voz de Steven le llegó desde la puerta principal.

—Pasa —al menos esta vez intentaría ser más agradable. Se acercó a la puerta del comedor para hacerle ver dónde estaba.

—¿Qué tal ha ido? —le preguntó cuando se acercó a ella.

—Le he dado mi valoración. Tiene que elegir. ¿Qué cuadros son éstos? —preguntó mirando el primero y, tomándolo en las manos, se acercó a la ventana para verlo mejor.

—¿Quién es el autor?

—No lo sé. Los encontramos en el ático. Sólo hay tres enmarcados. No sé si alguien los colgó alguna vez. Jake no recuerda haberlos visto antes.

Steven inclinó la pintura, aparentemente estudiándola con detalle. Cuando terminó, la dejó en el suelo y miró a Brianna.

—¿Qué tal te va aquí, Bri? ¿No te parece que el cambio ha sido algo brusco? Este lugar es un vertedero. ¿Acaso ese vaquero se ha casado contigo por tu dinero? Parece que no le vendría mal un poco

de dinero.

Brianna se enfureció.

—El rancho va tirando —dijo.

Steven la miró un momento y volvió su atención al cuadro.

—«Tirando» no es lo mismo que «bien» —dijo dejando el cuadro en el suelo y tomando otro.

—¿Quieres un café? —preguntó Brianna.

—Un cappuccino no estaría mal.

—Sólo tenemos café normal.

Una vez más pareció sorprenderse.

—¿Qué pasó con la amante del café con leche? ¿Cómo sobrevives tomando café negro?

No le dijo que ya no bebía café, sólo infusiones. No era importante. Su futuro era muy distinto del que había previsto con Steven. Seguía teniendo alguna duda, pero en su mayor parte, estaba empezando a amar su vida en el rancho, con su malhumorado hijastro, un marido distante y sin cafeína.

—¿Quieres o no?

—Sí, gracias —dijo él volviéndose hacia las pinturas.

Brianna se tomó su tiempo para preparar el café. También buscó unas galletas. Si hubiera sabido que iba a ir habría hecho algo.

Sacudió la cabeza. Steven se asombraría aún más de lo mucho que disfrutaba cocinando y haciendo bollos. En Nueva York la comida para llevar y los restaurantes habían sido su método preferido.

Pero ésa era la intención. Cambiar. El estresante estilo de vida, que había amenazado su salud, era cosa del pasado. Y no tenía intención de volver a llevarlo ni de volver con él.

Lo encontró mirando por la ventana cuando regresó. Brianna miró las pinturas. Había apartado tres de ellas y las había amontonado en una pila.

Se giró cuando entró en la habitación y alzó una ceja al ver la bandeja.

—Una escena muy hogareña —murmuró.

—Podemos hablar en el salón si quieres —dijo ella pasando a la habitación que con tanto mimo había decorado. Estaba tan complacida con el resultado que quería presumir delante de la gente.

Steven se sentó en un sillón junto al sofá. El sillón en el que solía

sentarse Shell. Qué diferente era Steven respecto de los hombres que había en su vida actual.

Brianna sirvió el café y se sentó en el sofá.

—No puedo creer que te hayas casado de verdad con ese hombre. ¿En qué estabas pensando? Brianna, ésta no es vida para ti. Un rancho en medio de ninguna parte. Sin cine, ni Starbucks, sólo extensiones interminables de tierra. Y mucha nieve.

—Soy feliz —dijo dándose cuenta de que era cierto.

—¿Dónde está el vaquero con el que te has casado?

—Es ranchero. Ahora está fuera, en la pradera, trabajando. Pero lo conocerás después.

—¿Trabajando con este tiempo? Se supone que va a nevar.

—El trabajo no se detiene por el tiempo. Si te quedas a cenar, lo conocerás. Al igual que a su hijo y a otros dos hombres contratados.

Steven miró el reloj.

—En realidad, esperaba poder hablar contigo cenando en la ciudad. El hotel me ha recomendado un buen restaurante.

—El Silverado.

—¿Has estado?

—Claro. Es el único restaurante bueno del pueblo. Hay un café y un par de bares, pero la mejor comida se sirve en el Silverado.

—Entonces ven a cenar conmigo.

—No puedo.

—Que venga tu marido, si quieres —dijo él frunciendo el ceño ante su respuesta.

—Soy la que cocina. Si me voy no habrá nadie a menos que lo haga uno de los hombres y después de un día frío como el de hoy, no creo que pudiera pedirles que hicieran algo así.

—¿Eres la cocinera? —preguntó él tan horrorizado como si le hubiera dicho que tenía lepra.

Brianna estaba empezando a hartarse de sus reacciones. ¿Siempre había sido tan tieso y altanero y nunca se había dado cuenta? ¿Era Steven el que había cambiado o ella?

—No, no soy la cocinera. Soy la esposa del dueño de este lugar. Parte de mis tareas consiste en cocinar para él y sus hombres. Es algo que las mujeres han hecho durante siglos —dijo ella. ¿Quién se creía Steven para llegar y denigrar el estilo de vida que había elegido? Brianna estaba empezando a enfadarse.

—No te imagino casada ni metida en este lugar perdido de la mano de Dios. Tu sitio está en Nueva York. Jerry y Suzi te mandan recuerdos. Me preguntan por ti todo el tiempo —era evidente que estaba tratando de desarmarla.

Amigos de Steven. Brianna dudaba mucho que la hubieran llamado por su nombre. Lo más probable era que les hubiera contado lo de su enfermedad y sus excusas sobre que no podía verla de esa manera.

—Salúdalos si los ves. ¿Quién se está ocupando de la galería? —preguntó Brianna, consciente de que él pasaba allí más tiempo que en ningún otro sitio.

—Jackson. Estamos desmantelando una exposición y estaremos cerrados mientras preparamos la siguiente. Expondremos el trabajo de Carter Harris —dijo dándose importancia.

Brianna recordaba lo emocionado que se ponía con artistas de los que ella no había oído hablar nunca. Pero era su trabajo, su negocio, igual que el suyo era el mundo de la publicidad.

Que, por cierto, no echaba de menos. Sabía, sin embargo, que Steven estaba muy metido en el mundo del arte y que nunca se alejaría de él.

La conversación se volvió hacia amigos mutuos y después a lo que Steven había estado haciendo desde que no la veía.

Estaba pendiente de la vuelta de Loni pero la tarde pasaba y la chica parecía haber desaparecido. No sabía si ir a buscarla.

—¿Vas a exponer los cuadros de Loni?

—No.

—¿Por qué no?

—Eso es algo entre la artista y yo. Tengo que volver a la ciudad. Necesito llamar antes de que se pase la hora con la Costa Oeste. Ven a cenar conmigo. Podemos terminar de hablar de los viejos tiempos, al menos. Si estás segura de que no quieres volver a Nueva York conmigo, ésta será nuestra última noche juntos. Sigues formando parte de mí, Brianna.

Ella quería que él también lo fuera de ella. Había pasado dos años de su vida con él y había esperado casarse con él. Había creído que lo amaba, pero ya no sentía nada. Y el sentimiento le generaba una ligera sensación de culpabilidad.

—Entiendo.

La besó en la mejilla y se fue.

Brianna se quedó en la puerta principal un momento hasta que el frío la hizo volver dentro. Tenía frío. Una parte de ella disfrutaba con el hecho de que Steven hubiera ido a buscarla. Pero otra parte se daba cuenta de que era demasiado tarde. Las cosas que una vez le gustaron ya no significaban nada para ella. Ahora tenía otras prioridades. Otros sueños.

Debería haberle dicho que estaba embarazada.

Después de comprobar cómo estaba Ashley, puso a calentar estofado que tenía congelado. Tal vez podría servirles la cena y conducir hasta Sweetwater para cenar con Steven.

¿Pero qué tonterías estaba diciendo? Ahora era una mujer casada.

Jake podría acompañarla.

—Sí, claro, como si eso fuera a ocurrir, especialmente si supiera que Steven era el hombre con quien una vez había creído que se casaría —murmuró.

Pero la idea de que le contaran cosas sobre Manhattan, sobre sus amigos comunes y conocidos, era atractiva. Se aburría de hablar de ganado todo el tiempo. A decir verdad, sentía algo de nostalgia del mundo que había dejado atrás.

Jake volvió hacia las cinco. Se detuvo en el despacho al entrar.

—¿Se ha ido tu amigo?

Brianna estaba escribiendo un e—mail a su amiga Nancy, recordando su vida juntas en Manhattan. Ella también había sido joven como Loni una vez, llena de sueños. Durante un tiempo, esa excitación le había resultado suficiente.

—Tenía cosas que hacer. Nos ha invitado a cenar en el Silverado.

—¿Y los hombres?

—He preparado estofado. También sacaré unos panecillos justo antes de servirlo. Aún podemos ir.

—¿Ha llegado Shell?

—No.

—Alguien tiene que cuidar del bebé.

—Si no llega para la cena, podemos pedírselo a Hank o a Nolan. No creo que vaya a hacer nada más que dormir. Vamos, Jake.

Jake la observó un momento.

—¿Quién es Steven?

—Un amigo, ya te lo he dicho.

—¿Eso es todo? ¿No hay nada entre vosotros?

—Nada —dijo ella consciente de que estaba siendo sincera. Cualquier lazo del pasado había sido cortado hacía tiempo. Estaba agradecida de no haber seguido malgastando su tiempo con aquel hombre. Era aterrador tener isquemia pero su vida aún podía haber ido a peor.

—Estoy cansado —dijo Jake—. No quiero salir. Quiero cenar y relajarme, no conducir hasta el pueblo para cenar con un extraño del que no sé nada y con quien no tengo nada en común —dijo él apoyándose contra el escritorio—. Puedes ir tú si quieres.

—¿Sola?

—¿Por qué no? ¿No hacías cosas tú sola en Nueva York? Las carreteras están limpias y no se espera tormenta hasta más tarde. Ve y diviértete.

—Entonces no estaba casada.

—Por todos los santos, no estás planeando fugarte con ese hombre o tener un tórrido romance, ¿no?

—Claro que no —dijo ella preguntándose qué diría Jake si le dijera que sí. ¿Si ella le importara tanto como él a ella no sería más normal que se opusiese a dejarla salir a solas con otro hombre?

—Entonces ve si quieres ir —dijo él dirigiéndose a las escaleras.

Se quedó allí escuchando hasta que los pasos se hicieron inaudibles. Ella no sería tan complaciente si Jake quisiera salir a cenar con una antigua amiga de los rodeos.

Le enseñaría lo que era el amor.

Sobresaltada, miró al vacío. Amaba a su marido a pesar de su brusquedad. Sólo deseaba que el sentimiento fuera mutuo.

Comprobó el estofado y subió a cambiarse. Iría a cenar con Steven.

Jake le dijo que podía irse; que él se ocuparía de la cena y del bebé.

Aun así, Brianna se sentía culpable mientras se dirigía hacia el pueblo. Estaba descuidando sus obligaciones. Pero quería salir y dado que iba a nevar, sabía que pasarían días, incluso semanas, antes de poder ir a Sweetwater de nuevo.

Aparcó delante del hotel y entró. Preguntó por Steven en recepción. La invitó a subir pero ella rechazó la invitación. Cenar

con un viejo amigo era una cosa, pero subir a su habitación… Era consciente de lo pequeño que era Sweetwater. No sería objeto de cotilleos.

Momentos después, Steven salió del ascensor con un aspecto tan fuera de lugar como un rato antes en el rancho. El traje que llevaba probablemente costaba más que lo que el recepcionista ganaba en un año; el reloj de oro valía una pequeña fortuna. Pero era su aire de sofisticación lo que lo delataba. Nunca sería un hombre entrañable, que charlaba con amigos y vecinos. A él le gustaba jactarse de todos sus logros y mostrar sus riquezas.

Brianna se preguntó de nuevo qué habría visto en él dos años atrás. ¿Pero acaso no era ella igual cuando estaba en Nueva York? También su ropa había sido cara y de diseño, sus lujos inútiles aunque se los podía permitir con su extravagante sueldo.

La vida era para vivirla. Su enfermedad se lo había demostrado. Sus prioridades habían cambiado pero no podía echarle la culpa a Steven por querer mantener un estilo que le gustaba.

Steven condujo la corta distancia que los separaba del restaurante, charlando animadamente de su última exposición, de la gente que ella conocía.

Cuando terminaron el primer plato, Brianna empezó a sentir dolor de cabeza y se dio cuenta de que había sido un error ir a cenar. Se aburría mortal—mente con el monólogo de Steven sobre Steven. Cuando le preguntaba por alguno de sus amigos o empezaba a hablarle de su nueva vida en el rancho, él cambiaba de tema y volvía a hablar de sí mismo.

Brianna miró el reloj. No eran ni las nueve. Podría estar en casa en media hora y le diría a su marido que no se había perdido nada.

—Tienes una fortuna en cuadros —dijo Steven de pronto.

—¿Qué?

—Los que he examinado esta tarde son de Elsa Harrington. Creo que deben de ser de sus primeros cuadros. La técnica es más primitiva. Los colores son más oscuros y menos mezclados, lejos de su estilo más reciente. Pero son suyos definitivamente. Cuando los limpien y los enmarquen, alcanzarán una buena suma.

—¿Por qué no me dijiste nada esta tarde?

—No quería entrar en una larga discusión sin tu marido delante.

—¿Estás seguro?

—Lo suficiente para hacerte una oferta de cien mil dólares por el lote completo.

Brianna dio un sorbo a su café descafeinado bajando la vista para que Steven no se diera cuenta de lo interesada que estaba en lo que le acaba de decir. Asombroso. Cien mil dólares serían de gran ayuda para lo que Jake quería hacer en el rancho.

Estaba ansiosa por decírselo. Razón de más para dar por terminada la velada y volver a casa.

—No has bebido nada —dijo Steven.

—No bebo últimamente —dijo ella.

—¿Acaso no es un vino adecuado a tu nivel?

—No, es que estoy embarazada y no quiero hacer daño a mi bebé.

Steven parecía estupefacto.

—Entonces puede resultar extraño —consiguió decir al fin.

—¿Qué puede resultar extraño?

—Pensaba pedirte que te quedaras a pasar la noche. Sé que no puede importarte ese ranchero con el que te has casado. Ni siquiera lo conoces. Nosotros estábamos bien juntos, Brianna... Te echo más de menos de lo que nunca habría esperado. Deja a ese vaquero y vuelve a tu sitio —dijo extendiendo la mano para tomar la suya.

Brianna se apresuró a retirarla.

—Corrígeme si me equivoco, pero ¿hace unos meses no fuiste tú quien me dijo que no podía soportar la carga de mi enfermedad, que te resultaría demasiado duro verme si sufría un ataque y quedaba incapacitada? Estoy segura de que fuiste tú.

—Me equivocaba. Te amo, Bri. Quiero que vuelvas y te cases conmigo. Éramos la pareja perfecta. El bebé complica un poco las cosas pero ya se nos ocurrirá algo. Podremos encontrar una niñera para que lo críe en el rancho hasta que crezca, o algo así.

Ella lo miró incrédula. Se habría sentido feliz si Steven hubiera permanecido a su lado en los momentos en que tanto miedo había pasado. Pero la había abandonado. ¿Y ahora quería que volviera con él aun sabiendo que estaba embarazada de otro hombre?

Era absurdo. Especialmente la parte en la que Steven quería que abandonara a su hijo. Estaba claro que no conocía a aquel hombre.

—No tiene sentido que sigamos hablando. Estoy felizmente casada. Mi marido y yo esperamos un hijo en verano y no tengo

intención de volver a Nueva York contigo. ¡Ni de quedarme esta noche!

Tomó el bolso y se dirigió a la salida. Escuchó a Steven a su espalda cuando se detuvo a buscar el abrigo. Miró por encima del hombro y vio que la camarera lo detenía y le pedía que pagara.

Brianna salió a la calle y se detuvo de golpe. Estaba nevando. La tormenta había llegado.

Había seis calles desde el restaurante hasta el hotel, donde había dejado el coche. Podría pedirle a Steven que la llevara o caminar. Eligió lo segundo pero caminar por la acera llena de nieve con tacones no era fácil. Se resbaló dos veces y apenas consiguió mantener el equilibrio.

Estaba congelada cuando llegó al coche. Lo arrancó y encendió la calefacción para calentarse los pies helados. Sin esperar, inició el camino a casa.

Cuando dejó atrás las casas de Sweetwater, redujo la velocidad. Le costaba ver la carretera bajo el remolino interminable de copos blancos que se reflejaba en los faros. El limpiaparabrisas mantenía limpio el cristal pero la nieve se fue amontonando a ambos lados de la luna hasta que el espacio visible se redujo a una cuña como un abanico.

Dos veces las ruedas pisaron la grava de la cuneta. Ella trataba de ver por dónde iba pero todo era muy diferente por la noche, especialmente con todo cubierto de nieve.

Al fin reconoció la valla que bordeaba el largo camino de entrada del rancho. Cuando giró para entrar, las ruedas traseras perdieron tracción y tuvo que esforzarse por recuperar el control del coche. En un estado de completa agitación, inspiró profundamente. Apenas tres kilómetros y estaría en casa. Sujetando el volante con fuerza, rezó para que no le ocurriera nada.

La visibilidad iba empeorando. De pronto, el coche patinó y chocó contra un terraplén a la derecha. Oyó cuando se rompió el faro y el cinturón de seguridad tiró de ella.

Asustada, trató de sacar el coche pero no lo consiguió a pesar de ser un todoterreno con tracción a ' las cuatro ruedas. Una de las delanteras estaba atascada con algo.

Brianna se subió la cremallera y el cuello antes de salir del coche. Metió las manos en los bolsillos. No llevaba los guantes. ¿Dónde los

había dejado? Se acercó a la parte delantera del coche, y trató de ver cuál era el problema con la luz del faro izquierdo únicamente, pero con la nieve y el viento era imposible determinar nada.

Estudió sus opciones un momento. Nadie sabía cuándo llegaría, así que nadie la estaría buscando. Y en el coche pronto haría tanto frío como afuera. Se giró y echó a andar hacia la casa. No podía quedar más de kilómetro y medio si seguía por el camino de entrada. Podía atajar guiándose por la alambrada.

Empezó a sentir un frío atroz en los pies cuando quedaron cubiertos de nieve hasta el tobillo. La próxima vez. Juró que la próxima vez que saliera se pondría botas, por muy arreglada que fuera.

Continuó a duras penas, regañándose todo el tiempo por haber ido a cenar. Debería haberse quedado en casa, donde tenía que estar. Steven ya no era el hombre que recordaba. Aunque, tenía que admitir, que su deseo por las pinturas le había resultado familiar. Recordó otras ocasiones en las que había hablado de adquirir obras de algún autor. Siempre se jactaba de los grandes tratos que hacía. Debería advertir a Jake que le pidiera más dinero. Estaba segura de que la primera oferta de Steven no sería la mejor.

Temblando, Brianna miró hacia delante tratando de ver la casa. Cuando llegó a lo alto del camino la vio a lo lejos, todas las luces encendidas. Nunca se había alegrado tanto de verla. Los ojos se le llenaron de lágrimas y se resbaló en la nieve húmeda. Tras recobrar el equilibrio, continuó con determinación. Estaba más lejos de lo que había pensado en un primer momento, pero al menos la veía.

De pronto, un dolor muy fuerte en el costado izquierdo la golpeó y la hizo doblarse por la cintura. A los pocos segundos, sintió un nuevo golpe de dolor. Esta vez el dolor parecía contraerle todo el vientre. Clavó las rodillas en la nieve y se abrazó. ¿Qué le estaba ocurriendo a su bebé?

No podía perderlo. Rogó que no le ocurriera nada a su hijo por haber tomado la decisión equivocada.

—¡Jake! —gritó inútilmente. En medio de aquel viento, era imposible que nadie la oyera. Torpemente, se puso en pie y caminó un poco más inclinada hacia delante como queriendo contener el dolor que la asaltaba en fuertes oleadas. Aún le quedaban doscientos

metros para llegar a la casa.

—Jake, por favor, ven —dijo empezando a sentirse mareada. No podía desmayarse allí en la nieve. Se moriría congelada si se quedaba allí.

—¡Jake! —gritó, luchando por avanzar un poco más. Parecía que no llegaba nunca.

De pronto, la puerta del porche se abrió y vio recortada la silueta de un hombre a la luz del interior.

—¡Jake, ayúdame! —gritó, luchando por levantarse. Jake echó a correr hacia ella mientras Brianna se desplomaba en la nieve.

—Brianna, ¿qué haces aquí? —preguntó arrodillándose junto a ella en segundos, los brazos extendidos hacia ella—. ¿Qué ha ocurrido?

Otro golpe de dolor.

—Jake, creo que voy a perder al bebé. Me duele mucho —dijo ella sujetándose el vientre mientras Jake la metía en la casa a toda prisa.

—¿Dónde está tu coche?

—Me salí del camino de entrada. He tenido que venir andando. No podía quedarme allí. Pero entonces empezaron los dolores… —se detuvo al sentir otra oleada—. No dejes que le ocurra nada a mi bebé.

CAPÍTULO 16

SHELL! —gritó Jake entrando en la casa. Cerró la puerta de una patada y se dirigió al salón. Depositó a Brianna en el sofá y la tapó con la manta de lana que reposaba en el respaldo. Le quitó a continuación los zapatos empapados y comenzó a frotarle los pies para que entraran en calor.

—Sí, ¿qué pasa? —dijo Shell entrando en la habitación y deteniéndose en seco.

—Llama al médico. El número está en el cuaderno, junto al teléfono, y dile que vamos a llevar a Brianna al hospital. Después ve a arrancar la camioneta, pero primero, prepara una bebida caliente.

Brianna gimió suavemente, encogiéndose para contener un nuevo golpe.

—Hace muy mal tiempo. Apenas podía ver.

—Deberías haberte quedado en el pueblo al ver el tiempo que hacía —dijo Jake.

—Quería volver a casa —dijo ella quejumbrosa pero no le dijo el porqué.

Shell entró con una taza de té caliente y dulce, diciendo que era lo que su madre le hacía beber cuando se ponía enfermo. Habló brevemente con Jake y salió a poner la camioneta en marcha.

—Quiero que entres en calor. ¿Te vas encontrando mejor?

—Sí.

Jake oía que le castañeteaban los dientes. Estaba encogida, hecha una bola, tratando de aguantar el dolor, pero nada parecía pararlo. Se sentía impotente. ¿Qué ocurriría si perdía al bebé?

—Listo —dijo Shell—. Yo conduciré. Tú abrázala.

—¿Y Ashley?

—Aquí estoy —dijo Hank colocándose junto a Shell—. Yo me quedaré con ella. Yo también tengo una nieta.

Jake agarró la chaqueta y tomó en brazos a Brianna con manta y todo. Estaba aterrorizado. No sabía lo suficiente de embarazos para saber si los calambres eran una señal peligrosa o no tendrían nada que ver. Pero sabía que con un dolor así, había que acudir al médico.

Shell condujo todo lo rápido que le permitían las condiciones

atmosféricas pero a Jake le parecía que iban pisando huevos. El tiempo corría y estaban muy lejos del hospital.

Brianna se abrazó a él, susurrando una y otra vez que no dejara que le ocurriera nada al bebé. Pero él no podía prometerle nada. ¿Qué ocurriría si lo perdía? ¿Tendrían tiempo para concebir otro a tiempo? ¿Quería seguir intentándolo? Dependía de lo que le ocurriera a Brianna.

Shell y él podían encontrar otro trabajo. Podían regresar a Texas, o encontrar algo en Colorado, incluso en Wyoming.

¿Se quedaría con él si sólo fuera el gestor de un rancho en vez del dueño? ¿Sentiría que salía perdiendo con el acuerdo?

¿Qué ocurriría si se marchaba?

La sola idea le resultaba angustiosa. ¿Acaso se estaba dando cuenta de cuánto la preocupaba aquella dama valiente? ¡No podía perderla ahora! Si algo le ocurría al bebé, tendrían una docena más. Quería conservar a Brianna. Quería que fuera su mujer hasta que murieran los dos.

Al fin vieron las luces del hospital. Shell se detuvo justo delante de Urgencias.

—Iré a aparcar y después entraré —dijo Shell.

Jake asintió y salió de la camioneta con Brianna. Dos enfermeras salieron a su encuentro, una de ellas llevaba una silla de ruedas.

—¿Puede sentarse?

Jake la colocó en la silla pero Brianna le sujetó la mano con fuerza.

—No me dejes sola… —suplicó—.. Lo siento. No quería que ocurriera esto.

—No te dejaré. Vamos a ver si ha llegado ya la doctora.

A pesar de sus mejores intenciones, la doctora Fleming no lo dejó quedarse en la sala mientras la 'examinaba. Lo envió a la sala de espera. Pero no podía sentarse. Sólo podía caminar arriba y abajo del reducido espacio. Se preguntaba si habrían debido hacer algo de camino al hospital.

Shell llegó al poco tiempo.

—¿Qué ha ocurrido?

—Aún no lo sé. El médico está con ella —dijo Jake acercándose a la ventana.

—Vi su coche en el camino del rancho al venir hacia aquí. ¿Te

has dado cuenta? Caminó casi un kilómetro y medio en la nieve.

—Y con tacones. Maldita sea, debería haber llevado botas.

—O no haber ido.

—O no haber ido —convino Jake. Sólo había querido mostrarle que era un hombre tolerante. Uno de sus amigos había ido a visitarla y le había dejado que saliera con él. Pero si hubiera ido con ella, no se habría visto atrapada en medio de la tormenta. ¿Habría sido andar en la nieve la causa de los calambres? ¿O habría algo más?

El tiempo parecía haberse detenido. Quería verla. La doctora Fleming apareció en la puerta y Jake corrió hasta ella, muerto de miedo.

—¿Cómo está mi mujer?

—Parece estar bien en este momento —dijo la doctora—. Le hemos dado un calmante para los calambres. Eran agudos. Quiero que se quede esta noche. Quiero averiguar qué ha podido causarlos.

—¿Está en peligro ella o el bebé?

—No lo creo.

—No quiero que les ocurra nada a ninguno, especialmente a mi mujer.

—Lo comprendo. Haré todo lo posible. Al menos, la causa de esto no es su otro problema. Por esa parte, está bien.

—¿Qué otro problema? —preguntó Jake, confuso. No sabía nada de que tuviera ningún problema.

La doctora pareció dudar.

—Su ataque transitorio de isquemia. Le estamos haciendo un seguimiento.

—¿Ataque transitorio de isquemia?

La doctora suspiró.

—Tal vez debería hablar con su esposa. Pero no esta noche. La he sedado y la van a trasladar a una habitación. Estará despierta por la mañana. Puede que prefiera ir a casa y dormir un poco.

—Tengo que verla —dijo Jake.

—Está dormida.

—No me importa. Necesito verla para saber que está bien.

—Está bien, pero no intente despertarla. Necesita descansar. Estará monitorizada toda la noche. Si hay algún cambio, se lo haremos saber.

—Estaré aquí.

—Puede ir a casa, no es necesario que se quede.

—Estaré aquí —repitió—. Le dije que no la dejaría sola.

La doctora lo miró como si pudiera entender su tozudez.

—Quédese entonces en la sala de espera de maternidad. Los sillones son más cómodos. Denos unos minutos para cambiarla de habitación y pregunte a la enfermera del segundo piso.

Jake se volvió hacia Shell.

—Llamaré por la mañana, cuando sepa algo más.

—Puedo quedarme.

—No es necesario. Vete a casa y deja que Hank descanse. Ashley te necesita.

—De acuerdo. Llama por la mañana. Espero que se ponga bien.

—Sí, yo también.

Jake esperó diez minutos y subió al segundo piso. La enfermera de guardia estaba esperándolo para llevarlo a la habitación de Brianna. Tumbada en aquella enorme cama de hospital parecía muy pequeña e indefensa. Su fiera determinación había desaparecido.

Le acarició la mejilla. Estaba tibia. La medicina había calmado sus calambres. Sólo el tiempo diría si el bebé estaba bien.

—Ponte bien, Brianna. Vuelve a casa —dijo y al cabo salió a buscar a la enfermera—. He olvidado lo que es un ataque de isquemia —dijo.

Cuando la enfermera se lo explicó, Jake le hizo un par de preguntas más. Se preguntaba por qué Brianna no se lo había contado. Ahora tenía sentido por qué había decidido cambiar de vida. Pero su embarazo estaba considerado de riesgo. No le había dicho nada. Era posible que sufriera un ataque. Y había puesto en peligro su vida para darle el hijo que ambos querían.

Pero nada valía más que su vida. Ni el rancho, ni el bebé. Podían encontrar otro lugar para vivir. Podían adoptar hijos. Había otras opciones. Y pensaba discutirlas con Brianna en cuanto se despertara.

Siempre y cuando ella quisiera quedarse. Rogó a Dios que quisiera. No podía perderla.

Se dirigió a la sala de espera y se sentó. Al cabo de un rato, y sintiéndose falto de práctica, empezó a rezar.

Brianna fue despertando lentamente. Abrió los ojos y miró a su

alrededor hasta que reconoció dónde estaba. De nuevo el hospital. Después del ataque que sufrió la primavera pasada juró que no quería volver.

Estaba sola. Un monitor hacía leves ruidos a su lado. Cables y tubos salían de sus brazos. ¿Habría perdido a su bebé? Le daba miedo preguntar. Mientras nadie fuera a decírselo, había esperanza de que no hubiera ocurrido.

Las persianas de la habitación estaban echadas pero era de día ya. O era muy temprano o el día estaba cubierto. La luz que se colaba por las persianas era gris.

Una enfermera asomó la cabeza.

—Me alegro de que esté despierta. La doctora ha dado órdenes estrictas de dejarla dormir pero el desayuno está listo y su marido se ha pasado la noche preocupado por usted. ¿Está lista para verlo?

—¿Jake está aquí?

—Por supuesto. ¿Dónde iba a estar un marido? La ayudaré a entrar en el cuarto de baño antes de hacerlo pasar. Y después, ¡a desayunar!

Brianna se preguntó cómo alguien podía estar tan contento por la mañana. Lentamente, se cubrió el vientre con la mano y se movió con cuidado para no enredar los cables. ¿Estaría bien el bebé?

—Hola —dijo Jake desde la puerta minutos más tarde.

—Hola a ti también. La enfermera me ha dicho que te has quedado toda la noche —dijo Brianna con el corazón henchido de felicidad al verlo. Parecía agotado, necesitaba afeitarse y llevaba la ropa del día anterior. Pero para ella nunca había tenido mejor aspecto.

Jake se acercó a la cama y le tomó la mano.

—Claro que me he quedado. Me pediste que no te dejara. No lo habría hecho, en cualquier caso.

—¿He perdido al bebé?

—No. El bebé y tú estáis bien —dijo él apretándole la mano ligeramente.

Las lágrimas se arremolinaron en los ojos de Brianna y cayeron por sus mejillas.

—Pero si ésa es la buena noticia —dijo él limpiándole las lágrimas.

—¿Hay una mala noticia?

—Eso depende de cómo lo mires. Tendrás que guardar cama una semana y después nada de tareas pesadas. Órdenes de la doctora. Pasará a hablar contigo antes de darte el alta.

—¿Cama durante una semana? —repitió Brianna, a quien no se le ocurría nada peor. Aun así, no haría nada que pudiera poner en peligro la vida de su pequeño. Una semana. Ya estaba pensando cómo hacer las cosas sin ser una carga demasiado pensada para nadie.

—¿Y puedo irme a casa hoy?

—Hoy o mañana. Me parece que la doctora quiere asegurarse de que estés estable antes de darte el alta.

—¿Cuándo va a venir a verme? —preguntó Brianna. Al parecer, había informado detalladamente a Jake, pero la paciente era ella, no Jake.

—En algún momento del día —dijo él encogiéndose de hombros. Y guardó silencio.

El silencio se alargó y Brianna se preguntó si habría algo que Jake no le estaba diciendo.

Se había quedado toda la noche. ¿Por ella o por el bebé? No importaba. Se lo agradecía igualmente. Steven no la había visitado en el hospital cuando le dio el ataque. Y cuando volvió a casa, sólo fue a verla una vez para decirle que no era hombre capaz de sobrellevar la vida con una enfermedad grave.

Pero Jake se había quedado.

Alguien llamó a la puerta medio abierta y Loni asomó la cabeza.

—Brianna, he venido en cuanto me he enterado —dijo la chica acercándose a la cama. Miró a Jake cautelosamente—. ¿Te encuentras bien?

—Atontada, pero Jake dice que el peligro ha pasado. Aún no he visto a la doctora.

—Dios, me he asustado tanto... ¿Qué puedo hacer para ayudar?

—¿Cómo te has enterado de que estaba aquí? —preguntó Jake. Su voz había perdido toda suavidad al dirigirse a Loni.

—Llamé al rancho para hablar con Brianna y Shell me lo dijo. No sabía lo grave que era, sólo que pensabas que podía haber perdido al bebé. Dios, debió de ser horroroso.

—Supongo que tendría que ir a decirle a Shell que estás bien, Brianna —dijo Jake.

Ésta le apretó la mano.

—Ve a decírselo. Tal vez la doctora venga a verme mientras tanto y me dé el alta.

—No antes de que yo hable con ella.

Brianna lo vio marcharse y le sonrió a Loni.

—Muchas gracias por venir. Tienes razón, anoche lo pasé muy mal. Tenía mucho miedo de perder al bebé, pero Jake dice que si me tomo las cosas con calma, todo irá bien. Supongo que esto forma parte de lo que es ser madre. Empiezas a preocuparte antes de que nazcan y ya nunca dejas de hacerlo.

Loni jugueteó con el asa del bolso, sin mirar a Brianna a los ojos. Brianna se dio cuenta de que había metido la pata, pero no podía evitar lo que sentía.

—¿Y qué significa eso de tomárselo con calma? —preguntó Loni sentándose con cautela en el borde de la cama.

—Reposo absoluto en cama durante una semana. ¿Te imaginas? Me volveré loca. Por no hablar de la preocupación por la cocina y la limpieza... Y supongo que Shell tendrá que quedarse en casa para cuidar de Ashley.

—Yo puedo hacerlo. Me gustaría ayudar, Brianna. Tú te has portado muy bien conmigo desde que llegaste. Deja que me ocupe de las cosas hasta que puedas levantarte.

—Pensé que te ibas a marchar —preguntó Brianna, sorprendida ante el ofrecimiento.

—Yo... esto... aún no. He pensado que podría esperar a que Ashley crezca un poco. He hablado con un abogado. Shell no puede prohibirme que vea a mi hija.

—No creo que vaya a hacerlo. Todos pensábamos que te habrías ido. ¿Qué pasa con la pintura?

—Bueno, el señor Forrest me dijo que fuera a verlo cuando llegara a Nueva York.

—Oh —dijo ella. Así es que Steven no le había cerrado la puerta por completo.

—Déjame ayudar, Brianna —el tono de Loni era casi de súplica —. Me ayudará estar cerca de Ashley.

—Se lo preguntaré a Jake —dijo Brianna—. Es su casa.

—Pero cuando tengáis a vuestro hijo, el rancho será de la familia y tú eres parte de la familia. Así que también es tu casa.

—Buenos días, Brianna, ¿qué tal te encuentras hoy? —preguntó la doctora Fleming, que entró acompañada de una enfermera.

—Mejor que anoche —respondió.

—Yo me voy —dijo Loni—. ¡Llámame y estaré en el rancho en un santiamén!

Mientras la enfermera comprobaba los signos vitales, la doctora le preguntó qué tal se encontraba y qué estaba haciendo la noche anterior cuando comenzaron los calambres.

—La presión arterial y otros signos vitales están bien. No he detectado ningún otro movimiento anómalo en la zona abdominal. Creo que te pondrás bien y podrás llevar el embarazo a buen término. Pero para estar seguros, quiero hacer una eco—grafía y alguna otra prueba. Si todo está correcto, podrás irte a casa. Quiero que hagas reposo absoluto una semana, eso significa que puedes levantarte para ir al baño y sentarte media hora por la mañana y por la tarde. Pero nada de trabajo. Nada de hacer sopa, la cama, nada. Si no me prometes que lo harás, no te daré el alta.

—Se lo prometo —dijo Brianna.

—Quiero que vengas a verme después para que te haga un reconocimiento. Creo que todo irá bien pero no quiero correr riesgos.

—Yo me ocuparé de que lo cumpla —dijo Jake desde la puerta—. Así que te echan hoy mismo, ¿eh?

—Más tarde, después de algunas pruebas y sólo si los resultados me parecen adecuados —dijo la doctora sonriendo—. Ve a casa y date una ducha, Jake, y desayuna. Con suerte, habremos terminado cuando regreses.

La doctora les sonrió y salió seguida de la enfermera.

—Loni se ha ofrecido a ir al rancho y ocuparse de las tareas caseras mientras hago reposo —dijo Brianna—. Al parecer le cuesta dejar a Ashley. No puedo imaginar por qué creyó que podría irse sin más.

—¿Quieres tenerla en el rancho? —preguntó Jake.

—No me importaría. ¿Qué te parece? Es tu casa. Ella conoce cómo funciona todo. Será como antes de que yo llegara —dijo ella al tiempo que algo se le ocurría. Nada había cambiado mucho desde su matrimonio. Si se hubiera ido con Steven, ¿se habría dado cuenta alguien?

Jake, por supuesto, por el bebé.

—Hablaré con Shell —dijo él—. Si no le parece mal, la llamaré. Volveré esta tarde. Llámame si te dan el alta antes de que llegue.

Brianna asintió y en el momento en que Jake se fue, una terrible sensación de desolación la invadió.

Loni estaba en el rancho cuando Jake llegó con Brianna. La llevó arriba, a pesar de sus protestas, directamente a la habitación de invitados en la que había estado cuando llegó.

Miró a su alrededor con suspicacia y se dio cuenta de que la cama estaba recién hecha y doblada.

—Pensamos que estarías más cómoda aquí —dijo Loni animadamente, mientras ahuecaba la almohada—. Jake ha dicho que así no te molestará cuando se acueste y cuando se levante por la mañana. Puedes dormir cuanto quieras.

Brianna se quedó aturdida, sintiéndose rechazada. Tal vez Jake no se sintiera más cómodo alrededor de una inválida que Steven. Simplemente no se lo había dicho a la cara.

—¿Tienes todo lo que necesitas? —preguntó mientras la ayudaba a quitarse el abrigo.

Brianna asintió mientras se quitaba los vaqueros y la sudadera que Jake le había llevado al hospital. Se puso a continuación el camisón que Loni sostenía en la mano y se metió en la cama. Era agradable poder tumbarse.

Loni bajó la persiana dejando la habitación en penumbra.

—Volveré a verte dentro de un rato —dijo.

Jake la siguió, dejando a Brianna a solas. Ésta se puso de lado, de espaldas a la puerta, y trató de olvidar la mirada de recelo que había visto en Jake. Se había asustado ante la idea de perder al bebé. Ella también.

Y de no ser por el bebé, no habría motivo para que Jake se hubiera casado con ella.

Brianna se dio cuenta de que eso era lo que ella quería, estar casada con ese hombre para toda la vida. Construir un futuro en el rancho, con Shell y con Ashley. Y con Loni. Ella también era parte de la familia.

Brianna quería ver crecer a la pequeña, verla graduarse en el

instituto. Había hecho grandes progresos con Shell, aunque siguiera culpándola del deseo de Loni de marcharse. Quería tener la oportunidad de conocerlo mejor, llegar a quererlo como el hijo de Jake que era.

Pero lo que más deseaba era quedarse con Jake. Si perdiera el bebé, ¿querría él que se quedara? Había muchas cosas en las que pensar. Sin embargo, cerró los ojos y se quedó dormida.

Se despertó un rato después. Se sentía mejor, ya no estaba atontada. Tras ir al baño, se acercó a ver a Ashley, pero el bebé no estaba en su cuna. Probablemente estuviera con Loni.

Brianna volvió a la cama y se tumbó, mirando a su alrededor y preguntándose qué hacer. No llevaba ni siquiera un día en la casa y ya estaba harta de estar en la cama. Tal vez pudiera pasar la media hora permitida en la cocina, en compañía de Loni.

El reloj de la mesilla le dijo que ahí era donde estaría la chica, preparando la cena. Todos estarían sentados a la mesa en un rato. Se perdería las quejas de Nolan y las bromas de Hank. Se perdería incluso el rostro enfurruñado de Shell.

Pero especialmente se perdería a Jake hablando del día que había tenido.

—Me alegro de que estés despierta. No estaba segura —dijo Loni abriendo la puerta. Entró con una bandeja con la cena. Jake iba justo detrás de ella.

—Puedes sentarte a comer —dijo Jake ayudándola con las almohadas.

Cuando Brianna estuvo acomodada con la bandeja sobre las piernas, Loni salió de la habitación. Jake guardó silencio tanto rato que Brianna comenzó a preguntarse qué pasaba.

—¿Vas a cenar aquí conmigo?

—No, cenaré con los hombres. ¿Te encuentras mejor?

—Sí.

—¿Hablaste con la doctora del desmayo de la otra noche?

—Sí. Dijo que es normal en algunos embarazos.

—Y en mujeres que sufren ataques de isquemia.

Brianna perdió de golpe el apetito. Jake la miraba con aquella mirada implacable que tenía a veces.

—¿Te lo dijo ella?

—Es curioso que mi propia esposa no me mencionara nada, ¿no

te parece? Quedarse embarazada sufriendo de ese tipo de ataques es muy arriesgado.

—Hablé con la doctora cuando supe que estaba embarazada. Me pidió que le enviara mi historial y lo revisamos juntas. No estoy considerada como una enferma de riesgo, si es lo que te preocupa.

—Pero no lo sabes.

—Déjalo ya, Jake. ¿Cuál es el problema?

—Que podrías haberte quedado incapacitada al quedarte embarazada. Que podrías no conseguir llevar el embarazo hasta el final sin problemas.

Claro. Lo preocupaba que no pudiera dar a luz a su bebé porque eso significaría que no conseguiría el rancho. Si sus cálculos eran correctos, no le quedaba tiempo para concebir otro si perdían éste.

—Tu preocupación era de esperar.

—¿En qué estabas pensando al ocultármelo? Y te preguntas por qué no confío en las mujeres... pues bien, querida, aquí tienes el primer ejemplo. ¿No crees que deberías haberme informado?

—No es un asunto tan importante. Es mi salud y me estoy ocupando de ello.

—¿Poniendo en riesgo a tu bebé no nacido?

—¡No le pasará nada a tu precioso bebé !

—Me voy a cenar —dijo saliendo de la habitación.

—¿Jake? —dijo ella cuando éste ya estaba en el pasillo.

—¿Qué? —preguntó aún reticente a girarse para mirarla.

Si algo sabía sobre lo que era ser una familia era que debía permanecer unida cuando llegaban momentos difíciles.

Ellos no eran una familia. Eran un grupo de individuos que vivían en la misma casa, y no tenía la menor idea de cómo cambiarlo.

—Los cuadros que están en el comedor podrían ser obra de tu abuela. Steven me ofreció cien de los grandes anoche por comprártelos todos. Yo aguantaría hasta que me ofreciera otros cincuenta mil más si fuera tú.

CAPÍTULO 17

—¿QUÉ? —Jake lo había oído pero no podía creerlo. ¿Él estaba hablando de un problema que afectaba a la familia y ella hablaba de una fortuna en cuadros?—. Mi abuela cedió todos sus cuadros a grupos de artistas. Se hizo un inventario tras su muerte y todos se habían distribuido.

—Son las pinturas que encontramos en el ático. Steven en un tasador excelente. Quiere comprarlas.

—Ha llamado antes —dijo Jake—. Yo no hablé con él y Loni colgó bastante rápido. No dijo nada de comprar cuadros.

—Sé cuidadoso cuando hables con él —dijo dejando caer la vista a la comida.

Jake esperó un momento hasta asegurarse de que Brianna no iba a decir nada más. Entonces se dirigió a las escaleras, pensativo. Brianna había palidecido cuando le había dicho que sabía lo del ataque. ¿Acaso se sentiría culpable? ¿Por qué no se lo había dicho?

Decidió que debía de ser porque él no le importaba. Ella sólo buscaba formar un hogar y una familia bajo sus propias normas. No estaban acercándose como dijo que le gustaría que pasara un día. Que le hubiera ocultado algo tan importante le dejaba claro en qué punto estaba su relación con ella. Encendió la luz del comedor y se dirigió hacia las pinturas, sorprendido de que pudieran tener algún valor. La primera de ellas no tenía los tonos románticos, los colores pastel y la luminosidad que había caracterizado el estilo de Elsa. Era más bien gris, una escena apagada de un castillo en una tierra estéril. Se acercó y examinó con detalle el extremo inferior derecho. La pequeña firma era casi irreconocible pero se dio cuenta finalmente de que era la de Elsa. Tomó otra pintura totalmente diferente. Era un jinete solitario sobre una vasta pradera de Wyoming. Los colores eran apagados, sombríos. La escena entera evocaba un sentimiento de tristeza. Le dio la vuelta. Escrito a lápiz en una esquina podía leerse Mi hijo.

Jake examinó el cuadro una vez más. ¿Ése era su padre? ¿Así era como Elsa, su madre, lo veía?

Rápidamente, examinó los otros. Le gustó uno de un niño pequeño. Le dio la vuelta con la esperanza de encontrar alguna

anotación, pero no había nada. Conocía la poza del dibujo. ¿Sería su padre de niño?

¿Podrían ser de Elsa aquellas pinturas? Hablaría "con su agente por la mañana. Y con el abogado sobre la propiedad legal de los cuadros.

Shell entró procedente de la cocina.

—Loni tiene la cena en la mesa. Pensé que estabas arriba.

Jake dejó los cuadros en el suelo.

—Son de mi abuela. Brianna dice que su amigo quiere comprarlos.

—¿El tipo que va a exponer los cuadros de Loni? Yo sospecharía de su pericia como experto si fuera tú —dijo Shell cínicamente.

—Brianna dice que ofreció cien mil dólares por el lote.

—¿Hablaba en serio?

—Dice que aguantemos hasta que nos ofrezca otros cincuenta mil.

Shell miró las pinturas con la boca abierta, sin poder creerlo.

—Si Brianna tiene razón, podríamos arreglar este sitio.

—Y tanto que podríamos. ¿Quién iba a pensar que unos lienzos polvorientos valdrían tanto? Puedo entenderlo de un toro pero... —se quedó sin palabras.

—¿Crees que hablaba en serio?

—Ha llamado una vez. Si vuelve a llamar, te puedo asegurar que hablaré con él.

—¿Está bien Brianna? —preguntó Shell mirando a su padre.

Jake asintió. No les había dicho nada a los demás sobre el ataque ni sobre que se lo hubiera ocultado. Con suerte, nadie se enteraría de que se había burlado de él.

—Iré al pueblo después de cenar, si no te parece mal —dijo Shell —. Estaré con los chicos en el Oak Bucket.

—Claro. ¿Quieres que cuide de Ashley?

—Estará todo el rato dormida pero Loni estará aquí. Por eso ha venido, ¿no es cierto? Para ocuparse de esto mientras Brianna guarda cama.

Jake asintió y le dio una palmada en el hombro a su hijo.

—Sigue así, hijo.

—¿No vas a decirme que las cosas mejorarán? —preguntó Shell torciendo el gesto.

—No. Lo único que podemos esperar es que no empeoren.

Loni no habló mucho durante la cena. Se sentía rara, de vuelta en el rancho después de sus muchas quejas. Lo único bueno era que podía pasar todo el tiempo que quisiera con su hija. Y eso era algo muy bueno. Tenía que recuperar el tiempo perdido.

Cuando Brianna se recobrara, Loni sabía que tendría que irse, pero no se alejaría mucho, sólo hasta el pueblo. No estaba segura del trabajo que iba a hacer, pero mientras pudiera mantenerse, no le importaba. Si conseguía encontrar un bonito apartamento, podría hacer que Ashley fuera a verla.

No era lo mismo que vivir con su hija pero había sido ella quien había malgastado su oportunidad. Por nada.

Escuchó la conversación de los hombres a medias. El resto de su atención estaba puesta en el monitor del bebé. Había metido a Ashley en la cuna antes de cenar. La niña había tardado en quedarse dormida, pero ahora guardaba silencio.

—¿.. .una cita caliente? —preguntó Hank.

Loni miró a Shell. «Está saliendo con alguien».

¿Y por qué no habría de hacerlo? Ella había rechazado sus proposiciones de matrimonio. Y él le había dicho alto y claro el día de la boda de Jake que era la última vez que le pedía que se casara con él.

Él estaba continuando con su vida. Era hora de que ella también lo hiciera.

Sólo que no tenía adonde ir. Pero no pensaba decírselo ni a él ni a nadie. Ashley era el motivo de que se quedara, y eso era lo único que tenía que saber la gente.

Las lágrimas amenazaron de nuevo al pensar en sus padres. En la familia a la que había decepcionado. En sus estúpidos sueños. Steven Forrest los había hecho añicos al decir que su trabajo prometía pero que necesitaba más experiencia. Le había dicho que fuera a verlo en diez años, que querría ver cómo había progresado.

Cuando terminó de cenar, Jake se levantó.

—Si ese Steven vuelve a llamar, quiero hablar con él.

Loni asintió, sintiendo el corazón roto al pensar que Shell había encontrado a alguien. ¿Sabría esa nueva mujer reconfortarlo? Bueno,

eso era fácil. Shell no necesitaba mucho, era perfectamente autosuficiente. ¿Pensaría esa mujer que podría darle la luna? Ella lo había creído, una vez. Él nunca se había reído de sus sueños a pesar de que ella se hubiera burlado de los suyos. El siempre se había mantenido fiel a ella y ella lo había dado por hecho.

Dios, lo había hecho todo tan mal que no sabía si alguna vez recuperaría el control de su vida.

Media hora más tarde, Loni limpió la cocina y se puso a ver la tele hasta la hora del biberón de la noche para Ashley. Después, no tenía nada más que hacer que irse a la cama. No podía dormir y bajó. Habían dejado la luz encendida para cuando Shell regresara.

Fue la puerta trasera y la abrió ligeramente. Escuchó un momento pero no oyó ninguna camioneta. Los sentimientos tanto tiempo contenidos bullían en su interior. Se sentía sola y perdida. Lentamente, cerró la puerta y se apoyó contra ella, la frente sobre la fría madera. Había tenido la oportunidad de ser feliz y la había destrozado. Sólo tenía diecinueve años y sus esperanzas se habían desvanecido. Empezó a llorar como si se le fuera a romper el corazón. Pero eso no podía pasar porque ya lo tenía roto.

Se limpió finalmente la cara con unas servilletas de papel y pensó que una taza de té la ayudaría. Era el remedio de su madre para todo.

Con el té preparado, se sentó a la mesa, no tenía ganas de dormir. De pronto, escuchó la camioneta de Shell en el camino de grava. Debería irse a la cama antes de que la viera. ¿Y si Shell pensaba que lo estaba esperando? Sería patético.

Por otro lado, tenía todo el derecho a estar en la cocina. Podría decirle que la niña se había despertado y había bajado antes de volver a la cama. Al menos, había tenido el sentido común de cambiarse de ropa.

Andaba despacio pero lo oyó cruzar el porche. La puerta se abrió y se cerró.

—¿Loni? ¿Qué estás haciendo levantada? —preguntó sorprendido al verla.

Ella no quiso mirar el reloj. Eran más de las doce la última vez que lo había mirado.

—He bajado a prepararme un té.

Shell se acercó. Loni vio que olía a cerveza pero no a perfume.

Lentamente levantó la vista y vio que la estaba mirando fijamente.

—¿Has estado llorando? Desde que te conozco, es la primera vez que te veo llorar.

—Bueno, a veces una mujer llora, ¿sabes? —contestó ella. Tomó la taza y se levantó—. Me subiré la taza a la habitación.

—¿Está bien Ashley?

Loni asintió con la intención de irse y el deseo de quedarse. Deseaba que su relación fuera como había sido un año antes, cuando los dos ansiaban estar con el otro, haciendo al amor y hablando de sus planes futuros. Aunque, ahora que lo pensaba, ella siempre había hablado más que él.

—¿Te lo has pasado bien esta noche? —preguntó, aunque al momento deseó haberse mordido la lengua. No quería que él supiera que le importaba.

—Sí, pero es más tarde de lo que pensaba. Mañana me pasará factura. A Jake no le gusta que sus hombres se duerman.

—No te entretengo entonces. Necesitas dormir —dijo apretando la taza, pero no se movió. Shell había estado con alguien. No debería dolerle después de las veces que lo había rechazado. Pero le dolía. Si pudiera hacer retroceder el tiempo un año, un mes, haría las cosas de otra manera...

—¿Estás bien? —preguntó Shell con aquella voz susurrante tan sexy que hizo que se le derritieran los huesos.

Ella asintió, los ojos llenos de lágrimas de nuevo. Contuvo el aliento con la esperanza de poder contenerlas hasta que Shell se fuera. Pero no se movió.

Loni intentó contenerlas pero se le escapó un sollozo.

—¿Loni? —dijo él extendiendo los brazos hacia ella—. ¿Ocurre algo malo?

—Todo está mal —dijo ella dejando la taza en la mesa. Cuando Shell la abrazó, ella asió con todas sus fuerzas la parte delantera de su camisa, y se puso a llorar en serio.

Era maravilloso sentir sus fuertes brazos, y sus murmullos reconfortantes aplacaron el dolor de su corazón. Se sentía segura con Shell, segura y amada.

—Shell, prométeme que no le dirás nunca a Ashley que pensaba abandonarla, por favor.

—¿Qué quieres decir?

—No voy a ir a Nueva York, ni a Dallas ni a ningún sitio. Me quedaré aquí, en Sweetwater. No puedo estar lejos de ella mientras crece. ¿Cómo pude pensar una cosa así? Por favor, no se lo digas, ¿vale?

—No lo haré —dijo él abrazándola con más fuerza—. ¿Entonces te quedas?

Loni asintió y sus lágrimas fueron cediendo. Si pudiera detener el tiempo, sería feliz para siempre.

—¿Qué ha pasado con la artista más grande del mundo?

—No soy yo. Y probablemente no lo sea nunca. Él no piensa que sea lo suficientemente buena.

—Cariño, lo siento.

Eso le dolía aún más. A pesar de lo mal que lo había tratado, seguía preocupándose por ella. Loni se apartó de él y lo miró.

—Seguro que lo has pasado mejor con ella que con una llorona como yo.

—¿Con qué ella?

—Tu cita.

Shell guardó silencio un momento.

—No tenía ninguna cita. Hank estaba bromeando.

—Pero nada te impide volver a salir con chicas —dijo ella hurgando en su propia herida.

—Sólo yo.

—¿No sales con nadie?

Shell negó con la cabeza.

—¿Por qué no?

—Lo intenté una vez para ver qué ocurría. Mis sentimientos hacia ti no han cambiado, Loni. No tan rápido.

Loni no podía respirar. ¿Se atrevería a hacerlo?

No pudo sostenerle la mirada. No, con la estúpida idea que se le acababa de ocurrir. El corazón empezó a latirle con fuerza.

Lentamente, le soltó la camisa y trató de planchar las arrugas con los dedos.

—Sé que dijiste que no volverías a pedirme que me casara contigo. ¿Pero y si te lo pido yo?

Brianna no sabía cuánto tiempo llevaba despierta, pero le

parecían horas. Había dormido mucho durante el día. Había intentado todos los trucos, pero ninguno había funcionado. Podría encender la luz y leer un poco.

Pero justo cuando lo hizo, oyó a la niña. Ashley estaba inquieta, aunque no estaba llorando. Podría cuidar de ella y dejar que los otros durmieran. Ella ya había descansado suficiente.

En unos minutos, le calentó el biberón y le cambió el pañal. Bajó la intensidad de la luz y se sentó en la mecedora. Al poco, Ashley bebía ruidosamente, su manita alrededor de uno de los dedos de Brianna.

Ella adoraba el tiempo que pasaba con el bebé. Podría estar acunándola todo el día. Ashley pronto se quedaría dormida pero Brianna no quería irse.

—Estamos solas las dos contra el mundo a estas horas de la noche —susurró mientras la niña bebía.

—No exactamente —dijo Jake desde la puerta.

—¿Te ha despertado? —preguntó ella sorprendida—. Pensé que había llegado antes de que se pusiera a hacer ruido de verdad.

Estaba imponente. Llevaba puestos los vaqueros y una camisa por encima sin abrochar. Contuvo la respiración al ver su pecho desnudo y recordó cómo la abrazaba mientras dormían.

—¿Qué haces levantada?

—No podía dormir.

—¿Te remuerde la conciencia? —preguntó él con tono socarrón.

—He dormido mucho durante el día —replicó ella, y miró de nuevo al bebé. Si Jake había ido para reñirla por no haberle contado lo de su ataque de isquemia, se levantaría y se iría. Le pediría disculpas. Fin del asunto.

—Ésa es la intención. La doctora dijo que reposo absoluto.

—Inténtalo tú. Es muy aburrido. Además, también dijo que podía sentarme media hora por la mañana y por la tarde. Esto es como si fuera por la tarde.

—Son las cuatro de la mañana.

—Entonces contará como mi descanso de la mañana. Lo que quieras. ¿Qué riesgo puedo estar corriendo, sentada en una mecedora, con un bebé en brazos?

Él se encogió de hombros y entró en la habitación. Se dejó resbalar por la pared y se sentó en el suelo, tan cerca de ella que

podía tocarla si alargaba la mano.

—¿Cuánto tiempo llevas levantada?

—Despierta, al menos una hora. Levantada, sólo unos minutos.

El bebé se estaba quedando dormido. Brianna le quitó el biberón y se la puso sobre el hombro mientras le acariciaba la espalda suavemente.

—Steven Forrest me llamó anoche. Tenías razón. Quiere los cuadros.

—¿Vas a venderlos?

—¿Debería?

—Jake, son tuyos. Tú decides.

—Necesito la valoración de Bill Tyler. Él conocía la obra de mi abuela mejor que nadie. Si le gustan, haré lo que me diga.

Ella asintió mientras se colocaba al bebé en los brazos de nuevo y lo acunaba en ellos.

—¿No te importa que tu amigo nos los consiga?

—No demasiado. Consigue el mejor trato que puedas. Son tu legado.

—¿Qué ocurrió la otra noche para que vinieras a casa en medio del temporal?

Ella lo miró. Quería que su matrimonio funcionara con o sin la ayuda de Jake, aunque sería más fácil con su ayuda. Sólo deseaba que lo estuviera intentando.

—Steven se me insinuó y me ofendí. Quería volver a casa. Cuando salí del pueblo no sabía que la nieve me lo haría tan difícil o que mi coche se saldría de la carretera.

—¿Qué tipo de insinuación?

—Quería que pasara la noche con él.

Jake se incorporó al oírlo.

—¿Qué tipo de amigo es?

—Hubo un momento en que pensé que estábamos unidos. Circunstancias imprevistas me demostraron lo contrario. Está tan poco interesado en una posible inválida como lo puedas estar tú.

—Siempre tendrás un hogar aquí, pero tienes que cuidarte.

—Me estoy cuidando.

—Ahora, pero no siempre lo has hecho. Dime qué te ocurrió cuando sufriste el ataque.

—¿Para qué? ¿Para que puedas seguir gritándome?

—Yo no te he gritado.

—Tal vez no en volumen —murmuró ella.

—Brianna, volverías loco hasta a un santo. ¿Qué ocurrió?

Se reclinó en la mecedora y cerró los ojos mientras recordaba. No deseaba hablar de ello pero Jake merecía saber la verdad. ¿Cambiaría en algo las cosas?

—Nunca había pasado tanto miedo en mi vida. Creía que iba a morir. Sólo tenía treinta y cuatro años y creía que aún me quedaba mucha vida por delante. Es un choque tremendo comprobar que el cuerpo te falla y te demuestra lo delgado que es el hilo de la vida.

—¿Qué ocurrió?

—Estaba en una reunión asignando a mi equipo las tareas sobre un par de proyectos. De pronto, dejé de ver. Sólo había una neblina negra en vez de una sala llena de gente. Lo veía todo distorsionado. Podía oírme pero no comprendía por qué las palabras que oía no eran las que estaba pensando.

—¡Dios!

—Afortunadamente, uno de los miembros de mi equipo era médico de la reserva militar. Sospechó lo que me ocurría y me llevó al hospital antes de que dijera nada más. Se me paralizó el lado izquierdo del rostro. Me sentía como si tuviera gripe, débil y temblorosa. Parecía como si mis rodillas no pudieran sostenerme cuando intentaba andar.

Abrió los ojos y lo miró.

—Pasaron horas antes de que me estabilizara y lograra hablar con normalidad. Afasia, lo llaman. Cortocircuito neuronal. En cualquier caso, estuve dos días en el hospital llena de cables, sometiéndome a todo tipo de pruebas.

—¿Cuál fue la causa?

—Tras eliminar todos los factores de riesgo, como el tabaco, la tensión alta y la obesidad, que yo no tenía, el médico dijo que lo más probable era que se debiera al estrés. Había estado viviendo de prestado, como una goma que de tanto estirar y estirar acabó por romperse. Si no cambiaba, volvería a ocurrirme y las consecuencias serían más graves.

Se detuvo antes de continuar.

—Lo irónico del asunto era que estaba asignando trabajo porque me iba de vacaciones al día siguiente. Mis primeras vacaciones en un

año.

—Así que decidiste venir a Wyoming para acabar con el estrés y vivir feliz el resto de tus días —dijo Jake—. Pero olvidaste contarle ese pequeño detalle a tu marido.

—¿Te habrías casado conmigo si lo hubieras sabido?

Jake se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? No tuve que hacer la elección.

—Ahora lo único que tenemos que hacer es mantenerme sana hasta dar a luz —dijo ella.

—Eso suena muy frío —dijo Jake mirándola con ojos insondables.

—Esta situación lo es, si lo piensas. ¿Acaso crees que estamos construyendo un matrimonio? ¿Una familia? ¿O seguimos siendo dos individuos que llevan vidas paralelas?

Jake guardó silencio tanto tiempo que Brianna pensó que diría que sí. Notó que perdía la esperanza. Si no quería oír la respuesta, no comprendía por qué había hecho la pregunta.

—Te vas a poner bien, ¿me oyes?

—Eso creo.

—¿Dónde aparece Steven en todo eso?

—No podía soportar la idea de vivir con una enferma. Pero después de oír que me iba bien, pensó que podía venir y convencerme para que continuáramos donde lo habíamos dejado. No le gustó que le dijera que no.

Jake se levantó.

—No necesito saber nada más. Deja que ponga a la niña en la cuna para que puedas volver a la cama. Tienes que descansar.

—He hablado de esto con la doctora Fleming. No cree que haya riesgo para el embarazo. Estoy haciéndolo como era de esperar. No puedo explicarte lo de la otra noche, a menos que fuera el frío o el esfuerzo de haber soportado a Steven. Pero no está relacionado con el ataque. No soy una inválida, Jake.

Jake tomó al bebé y lo abrazó contra su pecho hasta que lo depositó en la cuna. Tras cubrirlo con su manta, lo estudió un momento.

—¿Podré meter algún día a mi propio hijo en la cama? ¿Sostenerlo en brazos? ¿O he puesto el futuro de este rancho en manos de una mujer enferma?

Brianna sabía que merecía aquellos comentarios aunque le dolieran.

—Estoy bien, Jake. Tengo que creerlo y tú deberías hacerlo también.

—¿Y si no es así?

—Dímelo tú. ¿Tendré que irme? ¿Tendré que volver a Nueva York y buscar otro sitio en el que vivir? Si le decía que se fuera, no sabía qué haría. Amaba hasta el más mínimo detalle de aquel testarudo, indiferente e irritante hombre. Estaba empezando a adorar el rancho, a pesar de todas sus limitaciones y necesidades. La peor parte era que entendía que él no quisiera estar con ella. La vida no había sido justa para Jake Marshall.

—Éste es tu hogar, Brianna. Quédate —dijo él " volviéndose de la cuna.

—Si de verdad es mi hogar, deja que te ayude a arreglarlo. Deja que pinte la fachada, que repare...

—Para. Ya lo hemos hablado. Encontraste la manera de incumplir nuestro acuerdo con lo del heno. Pero no dejaré que lo vuelvas a hacer.

—Esos cuadros valen una fortuna. Firmamos el maldito acuerdo prematrimonial. El rancho está asegurado. Viviré aquí de mala gana pero quiero hacer algo aunque sólo sea por mí, si no quieres que lo haga por ti o por Shell.

—No quiero que te quedes aquí de mala gana —dijo él frotándose la nuca—. Así era como yo me sentía cuando viví aquí con mi padre. Por la misma razón, no puedo correr riesgos.

—Sólo el tiempo te convencerá de que no quiero tu rancho. El tiempo y la confianza.

—La confianza ya la has ganado. Y la sinceridad es la mejor base.

—Sólo te lo diré una vez más. Siento no haberte contado desde el principio lo de mi ataque pero no voy a estar pidiéndote disculpas toda la vida.

—Dure lo que dure.

—Vale, considérame una inválida y aíslame en una burbuja para que no vuelvas a cometer un error —dijo levantándose de golpe y se dirigió a la puerta.

—Me ocuparé de que descanses como te ha ordenado la doctora.

—Sé lo que hago.

—¿De verdad? Dímelo.

—Quiero que este matrimonio funcione. Tenemos muchos años por delante. Estoy decidida a sacar lo mejor.

—No creo que se me haya pasado el enfado por haberme ocultado tu problema médico.

—Déjalo ya, vaquero. Estoy segura de que no será la última vez que te haga enfadar.

Jake le tomó la mano y se la llevó al pecho.

—¿Tienes algo en mente?

—No, pero la naturaleza de nuestra relación garantiza que nos daremos de cabeza una o dos veces en el futuro.

—Me gustaría pensar que podemos evitarlo.

—A mí también pero no lo creo posible.

Jake se rió.

—Vamos a la cama —dijo y, tomándola en brazos, la acercó a su pecho.

—¿Te he dado las gracias por quedarte en el hospital? —dijo ella emocionada. La reacción de Jake no era la que había esperado. Sabía que todo estaba en su imaginación pero cuando la tenía en brazos era fácil fantasear que la amaba.

—Sí.

—Nadie lo hizo la última vez. Tenía mucho miedo y estaba sola.

—Nunca volverás a estarlo, Bri.

—¿Entonces esto forma de nuestro proyecto familiar?

—Sí, afianzar los lazos en medio de la noche.

Ella lo besó en la mandíbula mientras la llevaba a la cama. Puede que las cosas salieran bien al fin y al cabo.

—Se me ocurren cosas mejores que hacer en medio de la noche —susurró Brianna.

CAPÍTULO 18

A PESAR de sus esfuerzos por guardar silencio, Jake la despertó cuando se estaba vistiendo.

—Me gustaría ir contigo a caballo —dijo ella medio adormilada.

—No te gustaría. Está nevando otra vez. No estaré fuera mucho tiempo. Vendré más tarde a verte.

—Estoy bien. Puede que me haya vuelto loca cuando vengas a verme, pero físicamente, estoy bien.

—Si lo estás, podrás sentarte conmigo cuando me tome un descanso.

—¡Yupi! —dijo ella con sequedad.

—¡O no!

Brianna se echó a reír.

—Ten cuidado de no resfriarte. Sé que se pasa muy mal —dijo ella.

Jake dudó un momento. No quería alejarse de ella, pero el deber lo llamaba. Finalmente, se acercó a la cama y se inclinó para besarla suavemente en los labios. El deseo que despertó en su interior ya no lo sorprendía. Estaba acostumbrándose. ¿Qué necesitaría para satisfacerle? ¿Quedarse en la cama con Brianna un mes? Las imágenes que acudieron a su mente no le hacían más fácil la tarea de irse.

—Descansa —dijo. La idea de pasar un mes solo con Brianna, sin responsabilidades ni preocupación por aquel maldito rancho, le resultaba tentadora. ¿Qué ocurriría si actuara por impulso?

Se irguió sorprendido de sus propios pensamientos. Durante años, había querido recuperar el rancho. Ahora ya no era lo más importante en su vida. Jake salió de la habitación con el ceño fruncido. No dejaría que nada se interpusiera en su camino. En la tierra podía confiar. En las mujeres, no.

Brianna dormitó hasta las diez y entonces se levantó para darse una ducha. Se vistió para bajar a la cocina. No tenía hambre pero sabía que tenía que comer algo.

Loni estaba en la cocina cuando entró Brianna. Estaba hablando con Ashley pero se sobresaltó al verla.

—¿Quieres comer algo? Me asomé a la habitación antes pero

estabas dormida.

—Puedo preparármelo yo sola —dijo Brianna acercándose a la niña. El bebé la miraba con seriedad.

—No, ése es mi trabajo —insistió Loni—. ¿Qué te apetece?

—¿Cereales?

—Siéntate. Te lo prepararé en un santiamén. Te lo puedo subir si quieres volver a la cama.

—Acabo de levantarme. Me dijo la doctora que podía sentarme fuera de la cama media hora por la mañana —Brianna se estaba hartando de que todos quisieran que se quedara en la cama. Sabía que era por su bien pero estaba muy aburrida.

—Media hora. Y has estado veinte minutos en la ducha —razonó Loni.

—Pareces una madre —gruñó Brianna sentándose en la silla que había dejado libre Loni mientras hacía cosquillas a Ashley.

—Soy una madre —dijo Loni llena de orgullo.

—Sí, lo eres, pero no mi madre —dijo ella sonriendo.

Jake entró en la cocina, los hombros cubiertos de nieve. Miró a Brianna.

—¿Cuánto llevas levantada?

Loni se rió.

—Acabo de decirle que vuelva a la cama en cuanto termine el desayuno. La estoy vigilando, Jake.

Shell entró justo a continuación de su padre.

—Hola, Brianna. ¿Qué tal estás hoy?

—Bien —dijo ella volviendo la atención al bebé—. Al menos tú no me das órdenes —gruñó.

Shell miró a Loni mientras se quitaba la chaqueta y la colgaba junto a la de su padre. Esperó a que éste se hubiera sentado junto a Brianna y se aclaró la garganta. Todos lo miraron.

—Loni y yo queremos anunciaros algo. Hemos esperado a que estuviéramos todos juntos para deciros que vamos a casarnos.

—Si a Jake no le parece mal —se apresuró a decir Loni.

—No, lo haremos aunque le parezca mal a Jake —dijo Shell con firmeza—. Ya hemos perdido bastante tiempo. Espero que los dos asistáis.

—Amo a Shell. Bueno, creo que ya lo sabíais —dijo Loni mirando a Jake y a Brianna—. Y no puedo alejarme de Ashley. Nunca

imaginé que sería así. Probablemente termine como mi madre.

—Lo que no estaría mal —dijo Jake.

—No, no estaría mal.

Brianna se levantó y abrazó a la chica. Entonces miró a Shell un segundo y lo abrazó también, sorprendida de que éste le devolviera el abrazo.

—Bueno, Brianna, ahora tienes dos nuevos hijos, además de una nieta y el hijo que llevas dentro —dijo Shell sonriendo.

Conmovida por sus palabras, Brianna notó que los ojos se le llenaban de lágrimas. ¡Shell la había aceptado! Había avanzado un paso más en dirección al sentimiento de pertenencia y familia que tanto deseaba.

Jake felicitó a la joven pareja y preguntó cuándo planeaban casarse.

—Cuando antes mejor —dijo Shell.

Loni asintió mientras le ponía a Brianna un plato con cereales.

—Debería haber aceptado la primera vez que me lo pidió. Ahora ya estaríamos casados.

Shell le dio la vuelta a una silla y se sentó a horcajadas, apoyando las manos en el respaldo.

—Si te parece bien, Jake, algún día me gustaría construir una casa para nosotros en la colina de la parte oeste de aquí. Con vuestro hijo en camino, y la nuestra, vivir aquí todos juntos será un poco caótico.

Jake asintió.

—Por no hablar de la falta de intimidad —dijo Jake.

Shell levantó una ceja y miró a Brianna. Su rostro se iluminó, divertido.

—Sí, lo mismo digo.

—Hemos pensado que le pediremos al juez Tomlinson que lleve a cabo la ceremonia en cuanto Brianna pueda levantarse —dijo Loni.

—¿No queréis una boda más formal? —preguntó Brianna.

Loni sacudió la cabeza.

—La boda no me importa. El matrimonio sí —dijo Loni sonriendo.

—Aun así, hay que hacer muchas cosas. Deberías celebrar una recepción. Podemos invitar a vuestros amigos del pueblo.

Jake le puso un dedo en los labios y la fulminó con la mirada.

—¿Qué parte de «reposo absoluto en cama» no entiendes?

Brianna parpadeó muy rápidamente.

—Esto es actividad cerebral. Puedo estar tumbada en la cama y hacer listas, llamadas.

—¡No hasta que la doctora dé el visto bueno!

—Sí, señor.

Loni se echó a reír.

—Si tú crees que yo parezco una madre, Jake parece un padre.

—O un dictador —murmuró Brianna comiéndose los cereales.

Se sentía mejor que nunca desde su llegada, a pesar del miedo a perder el bebé y la preocupación por su relación con Jake. Por un momento, deseó que Jake se preocupara por ella misma, y no por ser la incubadora natural de su heredero.

A pesar de todos los problemas a los que Loni y Shell se habían enfrentado, al menos ellos sabían que se amaban. ¿Cambiarían las cosas si le dijera a Jake que lo amaba? ¿Creería que le estaba diciendo la verdad?. Si algo había aprendido era que había que explicarlo todo desde el principio.

Brianna se llevó el inalámbrico del despacho a la habitación. Desde allí, llamó a la doctora. Tras la confirmación de que planear la boda de Loni desde la cama no pondría en peligro su salud, llamó a Loni.

—Lo primero que hay que hacer es llamar a tu madre —dijo Brianna cuando las dos se sentaron con papel y bolígrafo—. Querrá ayudarte con la boda.

—Lo dudo.

—Entonces, tu tía.

—Quiero una pequeña boda como la tuya con Jake.

—Bueno, nosotros estábamos acompañados de toda nuestra familia. Tú tienes que incluir a la tuya. Y estoy segura de que harías daño a algunos de tus amigos no invitándolos.

Loni lo pensó un momento y finalmente asintió.

—No he visto a muchos de ellos desde el instituto. Algunos han ido a la universidad, un par de ellos están trabajando. Pero yo me quedé aquí, embarazada... —sus palabras quedaron flotando pero

Brianna sabía que Loni pensaba en sus planes frustrados.

—¿Qué ocurrió con el plan de Nueva York?

Loni le contó lo que le había dicho Steven.

—Lo siento.

—Es culpa mía. ¿Quién ha oído que un artista haya logrado el éxito con diecinueve años? Necesito práctica y experiencia para desarrollar un estilo. Y respecto a la boda, tienes razón. Debería compartir mi felicidad con mis amigos. Viviré cerca de ellos toda mi vida.

—¿Te parece bien ese futuro?

—Sí —contestó la chica con total sinceridad—. No podía creer cuánto echaba de menos a mi bebé y a Shell. Los dos son muy importantes para mí, no podría haber vivido en la ciudad, por mucho que hubiera tratado de convencerme. Shell y yo estuvimos hablando anoche. Puedo seguir pintando. Tengo mi maravilloso estudio. Aunque quién sabe cuánto tiempo libre tendré cada día para hacerlo. Ser esposa de un ranchero es un trabajo a tiempo completo.

—Todo el tiempo que necesites y quieras, imagino. Shell no espera que abandones tu pasión. Por cierto. Sigo queriendo tu cuadro para el salón.

Loni miró el cuaderno un momento y, a continuación, miró a Brianna tímidamente.

—Shell le pedirá a Jake que le deje construirse su casa cuando el título de propiedad sea definitivo, claro.

—Me parece un plan sensato —dijo Brianna sonriendo. A ella no le importaba tener a Jake para ella sola en la casa. Se preguntaba cómo se sentiría él al respecto.

El resto de la semana pasó lentamente. Brianna continuaba en cama. Si no hubiera estado ocupándose de la boda de Loni, se habría vuelto loca.

Y Jake no le era de ayuda. Llegaba de trabajar, cenaba y se iba al despacho. Esperaba que no le estuviera desordenando su trabajo. Pero cuando le preguntó, le dijo que no se preocupara, que sólo pensara en ponerse bien.

Deseaba poder sentarse con él por las noches, después de cenar. Retrasaba su media hora fuera de la cama para pasarla con él después de cenar, pero él nunca estaba.

Por fin llegó el viernes. Loni llevó a Brianna a ver al médico.

Estaba nevando ligeramente, ni parecido a la noche que cenó con Steven.

Qué gran error. No había tenido noticias suyas desde entonces. Seguía intentando negociar el precio de los cuadros con Jake, pero a ella la ignoraba por completo.

En la consulta, la doctora le dijo que podía reanudar su actividad normal aunque le hizo prometer que, a la más mínima anomalía, la llamaría inmediatamente. Se moría de ganas de contárselo a Loni. Comieron en el pueblo y después se marcharon a casa.

Cuando llegaron, Loni abrió los ojos desmesuradamente al ver el pickup negro de su padre aparcado en la puerta principal.

—Oh, Dios mío, es el coche de mi padre —dijo ésta pasando junto al vehículo. Aparcó en la parte trasera—. ¿Qué está haciendo aquí? Espero que no haya ocurrido nada malo.

—¿Quieres que me ocupe de Ashley? —preguntó Brianna.

—Sí, sí —dijo Loni subiendo las escaleras y a punto estuvo de chocarse con Shell.

Brianna sacó a la niña del coche y se acercó a la casa, justo a tiempo de oír parte de su conversación.

—... esperaban para hablar contigo. Tu padre no se alegra por nosotros, pero tu madre parece más tolerante.

—¿Les has dicho lo de la casa? Jake dijo que le parecía bien, ¿no? Se lo preguntaste, ¿no?

—Sí, se lo pregunté, y dijo que no lo podía hacer hasta que esté asegurado el título de propiedad. Puede que Brianna no lleve su embarazo a buen término.

Brianna quería gritar que estaba bien pero sólo el tiempo los convencería a todos. Haría que Jake se tragara sus palabras.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Loni mirando hacia atrás a Brianna y de nuevo a Shell.

—Parece que Brianna tuvo un ataque de isquemia antes de venir aquí. Y eso convierte su embarazo en un caso de riesgo.

—Estoy harta de decirle a todo el mundo que estoy bien —dijo Brianna poniendo el bebé en los brazos de Shell—. Aunque algo sucediera, podrían mantenerme con vida hasta que naciese el bebé.

—¿Con Jake alrededor diciendo a los médicos que hagan lo que sea para salvar tu vida? —dijo Shell.

—¿De qué estás hablando?

—Cuando estuviste en el hospital, lo oí decirlo. Le dijo a la doctora que te salvara, aunque significara perder al bebé.

—No es posible.

Shell se encogió de hombros, abrazando a su pequeña, y mirando a Brianna.

—Es la verdad.

—¿Por qué iba a decir algo así? El bebé es su futuro.

—Parece que siente que su futuro está unido al tuyo.

Aturdida, Brianna miró a Shell, y después a Loni.

—¿Dónde está Jake?

—Está fuera, con Nolan.

—Está nevando. Pensé que se quedaban cerca de la casa cuando nevaba.

—No cuando hay que ver si empezamos a distribuir el heno.

—¿Volverá pronto?

—Cuando termine.

—Vamos a ver a mis padres —dijo Loni entrelazando el brazo con el de Shell—. Ashley los tendrá comiendo de su mano en un segundo, espero.

—Cuento con ello —dijo Shell.

Brianna los vio atravesar la cocina y dirigirse al salón. Miró a continuación hacia la pradera cubierta de nieve, una vista bonita, pero un problema para los rancheros. ¿Cuándo regresaría Jake? Tenía muchas preguntas que hacerle.

¿De verdad le había dicho a la doctora que la salvara a costa del bebé? ¿Por qué lo habría hecho? Tener un hijo antes de la fecha límite impuesta por su abuela era su prioridad. Shell debía de haber entendido mal.

Claro que también podía estar en lo cierto.

Los minutos se hacían interminables. Loni regresó a la cocina y le pidió que entrara a conocer a sus padres. Poco después, los Peterson se marcharon. Brianna tomó la chaqueta y salió en dirección al establo a ver si Jake había vuelto.

Nolan estaba quitando la silla de su caballo. Levantó la vista y sonrió al verla.

—¿Estás bien?

—La doctora me ha dicho que estoy perfectamente. ¿Dónde está Jake?

—Llegará pronto. Se alejó un poco más pero no creo que tarde. Hace frío hoy —dijo Nolan colgándose la silla al hombro, caminando en dirección a la habitación donde guardaban los aperos.

Impaciente, Brianna se acercó al corral y oteó el horizonte. No se veía a ningún jinete. El frío la obligó a meterse dentro. Quería saber la verdad pero congelarse fuera de la casa no traería a Jake de vuelta antes.

Cuando ya oscurecía, la impaciencia de Brianna se tornó en preocupación. Shell había salido a preguntar a Nolan. Minutos después, oyó el sonido de caballos. Salió a toda prisa por la puerta trasera justo a tiempo de ver a Shell y los otros dos hombres.

—¡Shell! —gritó pero estaba demasiado lejos ya para oírla.

Loni se acercó.

—¿Qué ocurre?

Los hombres acaban de salir. Está oscureciendo y Jake no ha vuelto a casa.

—Shell lo encontrará —dijo Loni.

—No quiero que lo encuentre. ¡Quiero que llegue por su propio pie! ¿Recuerdas lo que ocurrió cuando Shell se retrasó aquel día? ¿Qué ocurriría si Jake se hubiera caído? Podría estar en grave peligro con este frío.

—No le pasará nada, Brianna. Está acostumbrado a esta vida. Vuelve dentro. Ni siquiera llevas puesta la chaqueta.

Media hora después, era casi noche cerrada. Brianna pasó el tiempo andando hasta la cocina, mirando por la ventana de cuando en cuando, tratando de calmarse. Cuando oyó caballos de nuevo, corrió a la ventana y contó hasta cuatro. Casi se echó a llorar de alivio.

—¡Está aquí! —gritó a Loni, que estaba arriba con el bebé. Tomó la chaqueta y salió a la calle. Quería asegurarse de que Jake estaba bien.

Los hombros se acercaban al paso. Se dio cuenta de que Jake iba montado con Shell y llevaba las riendas de su caballo. El pobre animal venía cojeando.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó saliendo a su encuentro en el establo.

—Vuelve dentro. Hace frío —la riñó Jake mientras bajaba de la montura de Shell sin soltar las riendas de su caballo.

Brianna no hizo caso y se acercó a él.
—Estaba muerta de miedo. ¿Dónde estabas?
Jake la miró con expresión extrañada.
—Mi caballo resbaló con el hielo y se ha hecho daño en la rodilla. No podía montarlo. Estaba lejos de casa.
—Temía que te hubiera ocurrido algo, como aquella vez con Shell, o algo peor. Hace muchísimo frío hoy.
—Por eso deberías meterte en casa.
Brianna le tocó la manga.
—Tenía miedo de que estuvieras inconsciente sobre la nieve.
Shell le quitó las riendas a Jake y guió al caballo herido hacia el establo, donde ya estaban Hank y Nolan.
—Si hubiera habido algo o alguien que pudiera haber ayudado, habría llamado —dijo Jake.
—No si te hubieras golpeado la cabeza.
—Pero no lo hice. Vamos dentro.
—Shell me ha dicho algo sorprendente y quiero una explicación —dijo mientras se dirigía a la casa—. No tiene ningún sentido.
—¿Qué no tiene sentido?
—Lo que me ha dicho Shell.
—¿Y qué te ha dicho?
—Que le dijiste a la doctora que se asegurara de que no me pasara nada, aunque fuera a costa del bebé.
—¿Y? —preguntó él sin detenerse.
Ella sí se detuvo y lo miró a los ojos.
—No puedo creer que lo dijeras. Este bebé es lo más importante para ti.
—En realidad, no —dijo Jake, y tomándola del brazo, la obligó a volver a la casa.
—Significa recuperar el rancho —dijo ella.
Jake se quitó la chaqueta y la colgó en una percha; después la ayudó a quitarse la suya.
—¿Sabes? He vivido casi cuarenta años sin este rancho. Si es necesario, supongo que podría vivir otros cuarenta sin él. Admito que me gustaría conservarlo, pero no es lo más importante para mí.
—¿Qué es entonces? —preguntó ella absolutamente confundida.
Jake la contempló unos instantes antes de contestar.
—Tú, Brianna.

Ella lo miró sin dar crédito.

—¿Desde cuándo?

—Desde que pensé que iba a perderte aquella noche en el hospital. Nunca había estado tan asustado en toda mi vida. Y entonces me enteré de lo de tu ataque y de que el embarazo podía ser un riesgo para ti… Aún me asusto cada vez que lo pienso. Dices que no te pasará nada, pero no lo puedes garantizar. Y no quiero perderte, Brianna.

Ella parpadeó rápidamente. De pronto, comprendió el significado de sus cálidas palabras—. ¿Eran reales?

—Te quiero, Jake —dijo con los ojos brillantes.

—Pues me alegro porque yo también te quiero —dijo tomándola en sus brazos y besándola apasionadamente.

—¿De verdad me quieres? —preguntó Brianna momentos después.

—De verdad te quiero, Brianna.

—Pero nunca me dejaste entrever nada —se quejó—

—Antes has dicho que estabas muerta de miedo. Eso te dará una idea de cómo me sentí el otro día en el hospital. Desde entonces tengo miedo, espero que todo salga bien, pero me preocupa que no sea así. Hace que vea las cosas con perspectiva. Tengo un hijo. Y gracias a tus presiones, creo que estamos en camino de formar una familia.

—Y pronto tendrás una nuera.

—Y a Ashley. Si, Dios no lo quiera, algo malo sucediera y perdiéramos a nuestro bebé, sabría arreglármelas. Los dos lo haríamos. Juntos. Tu optimismo es contagioso. Creo que no tenemos que preocuparnos por el futuro.

—Pero tú siempre has deseado este rancho.

—Si tú pudiste dejar Nueva York, el lugar que una vez creíste ser tu sueño, para venir a Wyoming, ¿por qué no puedo cambiar yo también mis sueños? Ahora tengo otro sueño, envejecer contigo.

—Con montones de hijos, nietos y bisnietos alrededor —dijo ella riendo de alegría—. Oh, Jake, vamos a tener la familia más grande y más feliz que hayas podido imaginar.

—Te tomo la palabra.

Más tarde esa misma noche, cuando ya se preparaba para ir a la cama, Brianna se sorprendió cuando Jake se acercó y espolvoreó sobre ellos un puñado de confeti, besándola a continuación.

—¿Qué significa esto? —preguntó ella cuando rompieron el beso —. ¿Qué celebramos?

—Celebramos el comienzo de nuestra vida juntos. Un suerte de acuerdo prematrimonial. Ya no lo necesitamos, ¿no te parece?

—Nunca —dijo ella besándolo de nuevo—. ¡Voy a quedarme aquí para siempre, vaquero!.

Fin